

Selección RNR

ENCARNA MAGÍN

Indomable

**E** Romance Histórico

Indomable  
Novela histórica lejano oeste  
americano

*Encarna Magín*



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Encarna Magín

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699126

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Quiero dedicar esta novela a todos los que miran  
la vida con esperanza.*

# Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Promoción

# CAPÍTULO 1

*Invierno de 1858, El Paso, Texas*

La piel dorada de Trevor Jenkins se cubrió de un sudor ardiente. Se pegaba a su piel como si se tratara de un espectro que quisiera rodearlo de tinieblas. Navegaba entre la luz y las sombras escondidas tras el velo de los recuerdos. Quería correr, pero sus pies estaban anclados en el puerto de las pesadillas y se negaban a partir hacia mares tranquilos. Sabía demasiado bien que, cuando se despertara, el dolor seguiría en su cabeza formando pasajes oscuros que no lo llevarían a ningún lugar. Por ello, se obligó a seguir durmiendo y dejó de debatirse, dispuesto a que el telón se alzara detrás de sus párpados cerrados.

La obra de teatro empezó como cada noche; y, como cada noche, era la misma pesadilla de siempre; y también, como cada noche, sus personajes estaban preparados para torturarlo sin piedad. Se veía a sí mismo arrodillado en el suelo, recogiendo los pedacitos de su alma rota. Sus ojos se elevaron en el instante en que unos gritos cortaron el aire y se clavaron en sus oídos, que los notó sangrar, pero lo ignoró. Empezó a sudar, el ambiente nocturno desprendía un hedor a alcohol y a perfume barato que él recordaba demasiado bien. Así olía su padre cuando llegaba borracho a casa después de retozar con prostitutas. El muy miserable terminaba la noche descargando su furia contra su madre. De pronto, se encontró bajo la cama, escondido igual que cuando era niño, muerto de miedo y de frío.

Trevor escuchaba los gritos, los lamentos y las súplicas desgarradoras de su progenitora, que su padre ignoraba. Se tapó las orejas con las manos, que seguían sangrando; era un niño al que le habían robado los sueños, al que obligaban a vivir en un mundo de miedos que su padre, hábilmente, había tejido a su alrededor.

Sin embargo, él ya no era un crío, sino un hombre curtido en la batalla de

la vida. De modo que ignoró todo aquel sufrimiento, y se encontró en otra pesadilla, corriendo detrás de aquella mujer de cabellos rubicundos y ojos azules. No sabía su nombre y tampoco le importaba; de lo único que era consciente era de la necesidad de su cuerpo, que clamaba a grito de loco poseído, que lo satisficiera. Estaba enfadado, pues la desconocida le había negado probar las mieles de su femenino cuerpo, y aquello lo había enfurecido. No tardó en darle alcance y la tiró al suelo sin ápice de compasión. Y es que la furia guiaba cada uno de sus instintos animales; necesitaba liberarse de aquella necesidad sexual que oprimía su cuerpo. Pero, sobre todo, necesitaba escapar del dolor que le había provocado el abandono de Amy y que lo mordía con la saña de un lobo hambriento.

La desconocida empezó a defenderse con arrojo, y él respondió con la misma agresividad que había caracterizado a su difunto padre y que tanto dolor había provocado a su madre. Jenkins, desde la altura de ganador que le daba estar por encima del cuerpo femenino, la observó. Se encontró sonriendo con el morbo que acompaña al malvado, ella gritaba, y se defendía, y suplicaba... tal como había hecho su madre en vida. Trevor se negó a escucharla, su necesidad lujuriosa estaba por encima de ella y de lo correcto; su padre había anclado en su interior y lo devoraba sin piedad. Su mente, sus entrañas y sus acciones ya no eran suyas, sino de él, que lo obligaban a golpear a la desconocida hasta hacerla sangrar.

El tufo que acompañaba siempre a su padre, de perfume barato, sudor lujurioso y sangre, puso al hombre enfermo de rabia. En su mente, se mezclaron las voces de su madre pidiendo clemencia y las risas de su padre cuando la violaba y golpeaba. Otra vez se vio bajo la cama, llorando lágrimas silenciosas, mordiéndose los puños hasta despellejarlos. Quiso decir «¡basta!», quiso salir de debajo de la cama y darle a su padre su merecido, pero no podía, puesto que el miedo lo tenía abrazado con sus tentáculos negros y lo estrujaba angustiosamente. La necesidad de llenar sus pulmones de aire lo hizo jadear, sin embargo, ya era tarde, la bilis había subido hasta su garganta y lo estaba asfixiando. Se estaba muriendo entre terribles agonías, y

lo peor de todo era que no le importaba.

Empezó a toser y a mover sus brazos en el aire, a dar manotazos a la atmósfera, quería liberarse de aquella congoja que oprimía su espíritu. Aquello le sirvió para conectar su mente a la realidad; entonces Trevor abrió los ojos de golpe, se despertó con la sensación de no haber dormido y de haber estado en el Infierno. La estancia empezó a dar vueltas a su alrededor y, aún conmocionado, ya no pudo más... y empezó a gritar de dolor. Otro huésped del hotel, que dormía en la habitación de al lado, golpeó la pared de madera al tiempo que lanzaba improperios contra su persona por perturbar su descanso.

Se levantó de la cama sudando, temblando y con la sensación de tener veneno circulando por el interior de sus venas. Instintivamente, caminaba de un lado al otro de la habitación como poseído, con su boca convertida en una fina línea de desprecio por sí mismo. Detuvo sus andares precipitados y, respirando con dificultad y a paso tembloroso, se acercó a la ventana; la luna menguante se asomaba, mostraba su belleza etérea digna de los mejores cumplidos. Pero él no estaba para elogios, sino que todo tenía el sabor de la frustración de un presente y un futuro que no quería. Nunca había pedido mucho a la vida, solo que Amy lo hubiera esperado el tiempo necesario para amasar fortuna, no obstante, en su ausencia, se casó con otro.

Había puesto esperanza en un deseo en el que había creído ciegamente. No tendría que haberse ilusionado, pues a veces, las cosas no salían como se planeaban o deseaban, como en su caso. Y, en ese momento, la decepción era como tener tallos espinosos constriñendo su corazón hasta hacerlo sangrar de dolor, un dolor que cobrara vida por las noches, cuando cerraba los ojos, y Morfeo, ataviado con las vestimentas del demonio, lo obligaba a participar en una obra de teatro de la que no quería formar parte. Ya estaba harto de soñar con lo mismo, de vivir en aquella constante agonía.

Trevor sacudió la cabeza, tenía la sensación de estar cubierto de lava líquida. La débil luz blanca y pura del astro nocturno iluminaba el camino hacia al palanganero; medio a tientas, cogió la jofaina y vació el agua que

contenía encima de su cabeza. El líquido resbaló por todo su cuerpo desnudo, calmando parte de aquel fuego que ardía en su piel. Maldijo en voz baja la pesadilla. Era el mismo mal sueño que acudía todas las noches para atormentarlo sin piedad, cuyas imágenes escribían una especie de libro escrito con la sangre derramada de su madre. De algún modo llevaba su pasado adherido a su esqueleto y mucho temía que nada más que la muerte lo salvaría de pudrirse en vida. Amy había sido la única que le había dado sentido a su vida rota por dentro y por fuera, una esperanza con aroma a rosas, una felicidad de arco iris. En cambio, en ese instante, todo aquello había desaparecido como arena del desierto que el viento se había llevado lejos.

Cogió el pedernal y encendió un quinqué. Lo primero que vio, cuando la luz se hizo dueña de la habitación, fue su imagen en el espejo de enfrente. Su cuerpo estaba mojado y se dio cuenta de que temblaba, pero no de frío, sino de una rabia contenida capaz de destrozarse toda la bondad que en él quedaba. Miró sus ojos grises y vio en aquellas esferas acuosas su corazón roto y sus ilusiones quemadas. Su alma ya no cobijaba esperanza alguna. Todo se había ido, como el humo de las velas que se pierde en el firmamento. Ya las risas no brotarían de sus labios, ni las campanas de la felicidad repiquetearían en su cabeza. Solo nubes negras teñían su horizonte y sus sueños, sueños que ya habían tocado a su fin. Bien sabía que su aspecto tétrico y ceniciento era la imagen del fracaso. Él nunca debió ocupar el cálido útero de su madre, pues había sido concebido en el acto violento de su padre. Más valdría que no hubiera nacido, que jamás hubiera llenado sus pulmones de aire para convertirlo en el primer llanto. Más valdría que se hubiera quedado en la oscuridad del destino. Es lo que merecía, porque de una violación no podía nacer nada bueno. Él era el ejemplo.

Trevor empezó a respirar agitadamente. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como si hubiera corrido sin detenerse durante horas. La verdad era que tenía que hacer grandes esfuerzos para acompañar una función corporal que se veía incapaz de realizar en aquellos momentos. Y es que el dolor

caminaba por su alma, recordándole que Amy nunca sería para él. Por más que lo había intentado, no conseguía aceptarlo, no se mentalizaba que ella estuviera con otro. Aquella lacerante realidad, poco a poco, lo estaba convirtiendo en un hombre agresivo, tal como lo fue su maldito padre, que convirtió la vida familiar en una vulgar réplica de lo que tendría que haber sido, donde los hechos traumáticos eran la base en la cual se sostenían los cimientos de un hogar que nunca pudo nombrarse como tal.

Tragó saliva, empezaba a odiarse, tanto como a su progenitor. Y es que siempre había luchado por no parecerse a él; con todo sabía que estaba perdiendo la batalla. Nunca pensó que su interior albergara una parte violenta que se había mantenido latente, a la espera de una excusa con la que explotar. El abandono de Amy había sido la llama que había encendido la mecha del cartucho de dinamita. Dios era testigo de que había intentado olvidar a Amy, no obstante, la llevaba grabada en el alma y no podía arrancasela sin más.

Él siempre había creído que si sus ojos no se alimentaban con la imagen de Amy, su corazón olvidaría, y era por ello que había puesto kilómetros y kilómetros entre ella y él. ¡Qué idiota, qué iluso pensar que aquello era la solución! Y en el momento en que la había vuelto a ver, el muro que retenía sus sentimientos en su interior se había resquebrajado, dando paso a una riada de sentimientos dolorosos.

La verdad era que no había sido buena idea ir al entierro del padre de Amy, pues su dolor se había hecho más grande; y más aún cuando percibió que ella estaba embarazada de su marido, Jacob Hunter, el hombre que ella amaba y que él envidiaba... Familia. Sí. Familia era la palabra que le vino de pronto a la cabeza. Cada letra escoció en su corazón, ya que él siempre había soñado con formar una junto a Amy. Si bien reconocía que Jacob era mecedor del cariño y del amor incondicional de ella, no podía evitar sentir celos, que no hacían otra cosa que endurecer su corazón, provocándole todavía más sufrimiento. Con pesar, reconocía que amaba a Amy más que antes. Necesitaba olvidar, pero ¿cómo? Una pregunta a la cual no tenía

respuesta... O, tal vez, sí.

Tuvieron que pasar unos segundos para que Trevor tomara conciencia de que la muerte era su única solución. Todo era confuso en su cabeza, nada tenía sentido, ya que la vida lo fustigaba, y dolía más de lo que podía soportar; en realidad, no deseaba seguir viviendo en un mundo de telarañas pegajosas.

Desesperado, negó con la cabeza con la esperanza de alejar sus malos pensamientos. Sin embargo, estaba lejos de conseguirlo, tan lejos que la tenebrosa idea de quitarse la vida cruzó su mente. Volteó el rostro solo lo justo para observar a su Colt plateado dentro de su funda, que estaba sobre una silla. La tentación era grande, la necesidad de buscar paz en la eternidad de la muerte le resultaba balsámica.

Trevor, en un arranque de rabia, agarró la jofaina y la estrelló contra la pared de madera. El estrepitoso ruido del choque hizo que, otra vez, el huésped de la habitación de al lado golpeará el tabique y le lanzara algunos insultos contra su persona y la de su madre, que él ignoró. Ya cansado de vivir, herido en el alma y con su corazón sangrando a raudales, se sentó en la cama en busca de un minuto de paz, una paz que no llegaba. Se dedicó a hacer lo mismo que hacía cuando se despertaba todas las noches después de soñar lo mismo: buscaba una explicación, puesto que no entendía el porqué de aquella pesadilla recurrente. Jamás en la vida había forzado a una mujer, era un acto repugnante y deshonesto que no merecía perdón. De acuerdo que hacía meses que no estaba con una mujer; sin embargo, no era excusa para ni siquiera pensar en tomar a una por la fuerza.

Entonces se levantó de la cama y, mientras se dirigía caminando hacia la ventana, tuvo la sensación de que los grilletes de una vida pretérita, triste en todos los sentidos, ceñían sus tobillos y muñecas impidiendo que pudiera avanzar. El esfuerzo que le suponía arrastrar aquellas cadenas, oxidadas por el destino, lo dejaban sin fuerza, sin aliento, sin esperanza... Quiso abrir la ventana en un intento de refrescar su piel, pues el agua no había apagado el fuego que ardía en sus entrañas, no obstante, no pudo, ya que estaba atascada.

Maldijo durante un buen rato mientras hacía esfuerzos para que el batiente se despegara de la jamba y del dintel; sin embargo, por más que lo intentó, no lo consiguió. Pronto se dio cuenta de que no podía abrirla porque estaba asegurada con clavos, cosa que lo enfureció, y le vinieron ganas de arrancarla de cuajo de la pared. Supuso que los propietarios lo habían hecho para que los huéspedes no se marcharan sin pagar, dado que la altura entre el dormitorio y la calle era más bien corta y le permitía saltar sin partirse una pierna. Para su desgracia, en El Paso, solo había ese hotel para hospedarse y no era muy cómodo, además, la limpieza brillaba por su ausencia. Había dos más en construcción, uno de ellos moderno y lujoso, pues la ciudad crecía a un ritmo vertiginoso.

Con esfuerzo, y todavía renegando en voz baja, se calmó y se limitó a mirar el exterior. La noche cubría el lugar con una oscuridad perturbadora, apenas quebrada por una luna menguante. Trevor contemplaba, desde detrás de los cristales de la ventana, aquellos cuernos resplandecientes que miraban al oeste y deseó que descendieran y se clavaran en su destrozado corazón. Sabía que debía dejar de una vez por todas de pensar en la muerte como solución a su amargura; pero no podía, pues cada vez estaba más convencido de que era el estigma de su destino.

De pronto, le atrajeron la atención dos mujeres de vida alegre. Incluso en la penumbra logró distinguir sus ropas llamativas, cuyas faldas ondeaban al capricho del viento helado de invierno que soplaba esa noche. A aquellas horas, las damas de buen nombre que preciaran su virtud estaban recluidas en sus respectivos hogares. Aquel par de alegres féminas reían y cantaba mientras avanzaban con inseguridad debido a la ingesta de alcohol. Terminaron por cruzar la calle, no sin antes dar tumbos de un lado a otro, y no tardaron en desaparecer en el interior de una taberna que había en el edificio de enfrente. Era fácil adivinar lo que buscaban; Trevor lo sabía y supuso que se disponían a vender a cualquier hombre sus cuerpos femeninos a cambio de un puñado de monedas. Tal vez eso era lo que él necesitaba: desahogarse físicamente y emborracharse con una ramera para poder

descargar de su cuerpo algo de desamor. Además, si tenía su mente ocupada, dejaría de pensar en la muerte. De hecho, hacía tiempo que no estaba con una mujer y su cuerpo exigía algo de gozo para sobrellevar la angustia de la que era prisionero. Se sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuera aquello, porque no tenía fuerzas para cortejar a ninguna dama y empezar de nuevo. Nunca antes había acudido a los servicios de una prostituta, pero siempre había una primera vez para todo.

No le dio más vueltas y se vistió haciendo ruido, el huésped de la habitación contigua se quejó de nuevo; esta vez, lo amenazó de muerte. La idea de exasperarlo aún más para que cumpliera su promesa lo tentó sobremanera. Si bien en el salvaje oeste imperaba la ley de las balas y siempre se disparaba primero y se preguntaba después, no quería cargar sobre la conciencia de nadie su asesinato. De modo que siguió vistiéndose e ignoró a su vecino. Se puso unos pantalones color chocolate y una camisa gruesa de un tono vainilla claro, se ató un pañuelo granate al cuello, dado que en el exterior hacía viento y, a veces, tenía que taparse la boca por si una bocanada de aire levantaba polvo. Se calzó sus botas negras relucientes con espuelas de plata, cuyas puntas había limado para no herir a su caballo. Por último, se caló su sombrero marrón oscuro; aunque de noche no lo necesitaba, quería esconder su mirada bajo el ala, pues sabía que sus ojos plateados mostraban lo desgraciado que era. Desde luego que no se olvidó de su cinto, que se colocó en la cadera, no sin antes comprobar que en su canana hubiera balas de repuesto. Inmediatamente después, cogió su Colt, que enfundó hábilmente después de hacer malabarismos con el arma entre los dedos.

Envuelto en tristezas, salió al exterior. La noche lo abrazó con sus tentáculos viciosos y el frío lo recibió con su aliento, que él agradeció. No llevaba chaqueta, pues su cuerpo estaba ardiendo de rabia y necesitaba de ese aire para sosegar sus nervios. Las condiciones atmosféricas de El Paso eran las típicas de un clima árido, con veranos cálidos —casi sin precipitaciones— e inviernos templados cuyas temperaturas nocturnas y diurnas experimentaban unos contrastes exagerados. Mientras de día se precisaba

poca ropa, en las noches, por el contrario, había que abrigarse, ya que las temperaturas llegaban a ser negativas, como en esos instantes.

Él estaba de paso en aquella ciudad. Al día siguiente emprendería el camino hacia su rancho, ubicado cerca del nacimiento del río Pecos, viajando por la ruta Camino de Santa Fe. Pero desde que había vuelto a ver a Amy, ni su hogar representaba motivo suficiente para encontrar sentido a su vida. Y pensar que él había hecho fortuna con la intención de darle a Amy lo mejor. Ciertamente era un hombre rico, sin embargo, no se sentía feliz, pues de qué le servía el dinero si no tenía a nadie a su lado para compartir lo que tanto le había costado.

Trevor se negó a pensar más en ello; bien sabía que estaba atrapado bajo el yugo de la desesperación, era un cuerpo naufragado que iba a la deriva. Todo él se agitaba bajo sus ropas debido a lo perdido; de modo que dejó de pensar y miró a un lado y al otro, sin saber a cuál prostíbulo acudir. El Paso era una ciudad que servía de refugio a esclavistas, cuatrerros, bandidos mexicanos, indios rebeldes y gambusinos demasiado obsesionados con el oro. La flor y nata de la maldad parecían reunirse en los *saloons* y burdeles, así que no era de extrañar que, antes de que acabara la noche, muchas disputas se resolvieran a balazos. Más de uno acabaría como alimento de una legión de gusanos.

Pasó por delante de una taberna, el jolgorio que salía por la puerta se escuchaba con claridad, era estridente y molesto. Una mezcla de piano, armónica, risas, chistes, voces beodas y vasos rotos componían la sinfonía de la depravación. Sin embargo, de momento, entre el bullicio parecía haber una relativa calma; el viento frío, que bufaba a intervalos, templaba los cuerpos a esas horas ahogados en *whisky*. De todos modos, solo haría falta cualquier tontería, por muy ridícula que esta fuera, para que se desatara un tiroteo. Por este motivo, Trevor prestaba atención a movimientos y ruidos, no quería que nadie lo cogiera desprevenido.

Se acercó a la puerta, echó una mirada al interior y avistó a dos grupos de hombres, unos eran falsos ricos cuyas acciones habían empujado a mucha

gente a la miseria, engañándolos con sus negocios contruidos de castillos de arena, y que se gastaban el dinero ganado ilícitamente sin remordimientos. El otro grupo eran hombres de piel quemada por el sol y por una vida repleta de vicios. Sus jornales ya a esas horas habían desaparecido de sus bolsillos, y Trevor sabía que era cuestión de minutos para que alguno intentara conseguir más efectivo robando a alguien; o quizá vendiendo su alma al Diablo.

El hombre siguió caminando un poco más. Un golpe de viento levantó una polvareda más que considerable; Trevor se tapó la boca con el pañuelo. Decidió entrar en el primer burdel que encontró, más bien lo hizo a fin de protegerse de la arena fina que parecía meterse por sus ropas, y aquello le incomodaba. Se dio cuenta de que se trataba de un burdel que rezumaba elegancia y clase. Nada más entrar, una campanilla avisó de su llegada. Una mujer rubia, de mediana edad, ligera de ropa y algo entrada en carnes, pero que no restaba atractivo a sus curvas sensuales, bajó unas amplias escaleras y se acercó a él. Con una sonrisa tentadora y moviendo las caderas como solían hacer las mujeres con intención de seducir, le dijo:

—Estás en el sitio adecuado si buscas viajar a las estrellas. —Extendió la mano, y Trevor la besó con cortesía—. Soy la *madame* de este edén tan particular. ¿Cómo te llamas?

—Trevor, ¿y usted?

—Puedes llamarme como quieras. —Se puso de puntillas y besó los labios del hombre, después susurró—: Yo soy quien tú quieras.

La mujer lo cogió posesivamente del brazo y subieron los peldaños. Fue entonces cuando él se percató de la presencia de un hombre grande e intimidante como un oso, que estaba sentado en una silla al lado mismo de la puerta. Estaba tan inmóvil que parecía una estatua; de hecho, pensó que lo era nada más había puesto sus ojos encima de él. Sin embargo, pronto tal suposición se esfumó cuando el individuo giró un rostro surcado de cicatrices para contemplar el bamboleo de las caderas de la mujer que caminaba a su lado. Trevor dedujo que debía ejercer de vigilante, sin duda debía de ser el protector de la *madame*, pues aquellas marcas en la cara y el par de pistolas

que colgaban de su cinto así lo evidenciaban. Jenkins no olió peligro en el desconocido, simplemente desempeñaba su trabajo.

Y es que Trevor, un hombre de naturaleza solitaria y desconfiada, que escatimaba tantas palabras como podía y que, en consecuencia, solía pasar desapercibido, nunca se equivocaba juzgando a las personas. Jamás se solía meter en peleas, era una persona prudente, pero no cobarde. Siempre tenía el hábito de analizar todo a su alrededor y sabía detectar con una sola mirada al hombre peligroso, o qué situación podía acabar en una lluvia de disparos. Gracias a aquella actitud, no había matado a nadie en sus veintinueve años de edad. Aunque había disparado su arma en varias ocasiones, siempre apuntaba a zonas no vitales del cuerpo. Ese era otro de sus grandes rasgos: donde ponía el ojo, ponía la bala. De hecho, su buena fama como pistolero se alababa a varios kilómetros a la redonda, pues cuando era más joven, para ganar algo de dinero, se había presentado a concursos de puntería, que él siempre había ganado.

Pronto Trevor se olvidó de aquel desconocido y se dejó llevar por la atractiva rubia. Pasaron por un pasillo y las notas de un piano llegaron a sus oídos que, poco a poco, se hicieron más nítidas entre tanto caminaban hacia un salón. Cuando entró, se encontró a un grupo de mujeres vestidas con ropas elegantes, las faldas llevaban volantes, grecas y flecos. Predominaban los negros y granates brillantes, colores que una señorita de sociedad no utilizaría. Las prendas eran ricas en adornos, como lazos, puntillas y botones. Los torsos de las féminas estaban apretados en corsés, los pechos se desbordaban por los escotes pronunciados, casi dejaban poco a la imaginación. Sin duda alguna, se trataban de sensuales damas de la noche que harían las delicias de cualquier hombre en la intimidad de sus dormitorios.

Trevor no se quitó el sombrero. Por muy estúpido que pareciera llevarlo puesto, de alguna manera, le daba seguridad, era como permanecer en el anonimato. Protegido por la sombra del ala, se detuvo a observarlas unos segundos; y se sorprendió, pues todas eran hermosas y todas le gustaban para

hacer lo que quería que hacer. Los gestos y expresiones de las bellas féminas las dotaban de un aire lujurioso que se palpaba incluso en el ambiente. El deseo se materializaba en los interiores de los varones que había en el lugar, despertando sus instintos más primarios, incluso los suyos.

De pronto, el perfume que ellas llevaban inundó sus fosas nasales. Por un instante, su cuerpo se endureció, ya que temía recordar el olor empalagoso que había cubierto a su padre en vida, sin embargo, no fue así. Aquel aroma era dulce, nada pesado y embriagaba sus instintos más íntimos. Algunas de las damas de la noche ya estaban acompañadas de varones de diferentes edades, reían por lo que ellos decían mientras se dejaban manosear ligeramente. Vio como una de ellas instaba a un cliente a que lo acompañara, supuso que se lo llevaba a la intimidad de un dormitorio. Una de las que estaba sin compañía masculina, morena y atractiva, se percató de su presencia; le guiñó un ojo con descaro al tiempo que se alejaba de sus compañeras hacia el bar. Trevor la siguió con la mirada, incluso el acto de coger un vaso y una botella de *whisky* resultaba seductor, desde luego que esas mujeres sabían tentar. Inmediatamente después se acercó a él, le sirvió un trago, que se bebió de un sorbo.

De momento, todo iba bien, la alegría de la noche y su afán por cumplir con sus deseos empujaban al hombre a sucumbir a una de aquellas beldades, quizá dos, ¿por qué conformarse con una? Y empezaría por la morena que tenía delante.

—¿Más? —le preguntó esta alzando la botella.

—Sí.

Ella, con sensualidad y con una sonrisa meliflua en los labios, le sirvió más de aquel licor tostado. Trevor sabía que no estaba siendo educado, pues no se había quitado el sombrero como todo un caballero habría hecho, sin embargo, continuaba necesitando de las sombras para no enseñar más de la cuenta.

—Puedes escoger la que más te guste —le susurró la *madame*.

Trevor, primero, se bebió el *whisky*. Notó como el líquido ardía en su

interior, como disolvía sus penas y angustias. Se alegró de haber ido allí y se maldijo por no haberlo hecho mucho antes. Era lo que necesitaba: emborracharse y desahogarse sexualmente toda la noche con una de aquellas bonitas mujeres. Miró los labios de la morena sin nombre, no podía apartar los ojos de aquellos rebordes rojos, le gustaban, y agradeció no haberse quitado el sombrero, pues sabía que su rostro no escondía tal anhelo. Quiso iniciar una conversación con ella, era lo más normal, aunque si lo pensaba bien... para lo que necesitaba hacerle, ¿de qué serviría malgastar palabras y tiempo? Aun así, una parte de él lo reprendió en el silencio de su alma; no había ninguna razón poderosa para no mostrar un poco de educación. No sabía su nombre, con lo cual tenía un motivo para iniciar una corta charla, solo lo justo para no parecer un salvaje lujurioso.

De pronto, se dio cuenta de que no quería saber cómo se llamaba, de hecho, era mejor no saberlo, pues no quería recordar su nombre cuando se marchara de allí. Los nombres dejaban huellas, algunas demasiado dolorosas, tan dolorosas que producían cicatrices que nunca se curaban, como las suyas. Él solo pretendía divertirse, para ello, necesitaba comprar su cuerpo; y eso era lo que iba hacer inmediatamente, por nada del mundo mezclaría sentimientos, y mucho menos emociones.

Trevor, de refilón, vio brillar unos tirabuzones pelirrojos, no supo el motivo, pero giró el rostro. Sin más, dejó de prestar atención a todo menos a la música que nacía de las manos de aquella pianista. Las notas eran alas de seda que volaban por su alrededor. La vida se detuvo durante un segundo, un segundo en el que él renació y en el que sus pensamientos vieron un faro iluminado que lo llevaban directamente a tierra firme.

Sus pies parecieron cobrar vida propia y, sin darse cuenta, se acercó a ella, esta siguió tocando el piano, ignorando su presencia. Cual fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que la propietaria de aquella música era la misma mujer que salía en sus pesadillas, esa a la que él forzaba llevado por su instinto de macho depredador. El primer impacto fue severo, y una emoción triste, más propia del luto que conlleva la pérdida de un ser querido, se

acomodó en sus entrañas. Temblaba por dentro y por fuera, incluso sentía los latidos de su corazón como cañonazos en un campo de batalla. El mundo dejó de importarle, un revoltijo de emociones había colapsado sus pensamientos y todo quedó oscuro y triste. Observó a aquella muchacha, no iba vestida como las demás mujeres. Su vestido de algodón era de un azul índigo, en un estilo muy recatado, de líneas simples, sin muselinas ni mangas abombadas, y en la parte delantera había una hilera de botones abrochados hasta el cuello.

Después de la primera impresión, se fijó en su rostro. Poseía unos ojos azules vivarachos, nariz fina, cejas compactas y coquetas del mismo tono que su cabello, cuyo punto de altura formaban un pico muy personal. Le llamó la atención sus labios con el arco de cupido con forma de corazón. A Trevor, aquellos rebordes le recordaron los melocotones que se comía en verano, dulces y jugosos, y se preguntó si aquellos labios sabrían de la misma manera. Le gustaba esa mujer, la verdad es que era la que más le gustaba de todas las que habían allí, a pesar de vestir tan pudorosamente. A diferencia de la morena, de esta pelirroja quería saberlo todo, hasta su nombre.

Trevor la miró mientras seguía tocando el piano con una delicia y mimo que todavía lo eclipsaron más. Sus dedos largos se movían con elegancia, uno tras otro, sobre las teclas blancas y negras. Ella ni tan solo levantó la mirada, a pesar de que era consciente de su presencia y observación. Lo supo en cuanto se le sonrojaron las mejillas, algo extraño, pues trabajaba en un lugar donde la vergüenza no tenía cabida; de todos modos, se alejó de ella a fin de evitar ponerla más nerviosa. Se dio cuenta de que deseaba aquella mujer, más de lo que nunca hubiera creído, su bajo vientre así se lo hizo saber, su erección dolía.

Así que no perdió el tiempo y llamó la atención de la *madame*, esta se acercó a él con rapidez, y Trevor fue directo al grano.

—Quiero a la chica que toca el piano.

## CAPÍTULO 2

Era tal el deseo que Trevor sentía por aquella pianista que sacó un pequeño saco del bolsillo, en cuyo interior había una cantidad de monedas más que considerable. Se lo entregó a la *madame*, esta sopesó su peso y abrió los ojos de sorpresa. Y es que lo que menos deseaba Trevor era regatear, sabía lo que quería y pagaría lo que fuera necesario, el dinero no iba a ser un problema.

La *madame* lo miró con avaricia, Trevor supo que la mujer había visto en él un filón de oro, pero no le importó, dinero era lo que le sobraba, de modo que le contestó con una sonrisa, diciéndole con aquel gesto que habría más saquitos como el que le acababa de dar si sus deseos se veían satisfechos.

La mujer se escondió el saquito de monedas entre los pechos e hizo un gesto de cabeza para que lo siguiera, ambos se acercaron a la muchacha que tocaba el piano. La *madame* le apretó el hombro y la música se detuvo, no así el bullicio y las risas que había en aquellos momentos.

—Grace, quiero que satisfagas a este cliente en todo lo que te pida.

La aludida se levantó y miró a uno y a otro.

—Pero, *madame*, yo, yo solo toco el piano... —Sus mejillas se ruborizaron—. Me contrató para eso.

Trevor dedujo que ella no era una dama de la noche como las que habían por toda la estancia, eso hizo que aun la deseara más.

—Pues, ahora, las condiciones han cambiado —dijo su jefa en un tono amenazante—. Bien sabes a lo que nos dedicamos, era cuestión de tiempo, y hoy es una buena noche para empezar.

La *madame* le dio un empujón en dirección a Trevor, este la acogió en un abrazo posesivo. Inmediatamente después, la jefa se acercó al oído de Grace y le susurró con dureza:

—Si este cliente se queja de que no has sido buena chica, te despediré y te

quedarás en la calle.

La muchacha se tensó, Trevor lo notó, y es que también había escuchado las palabras de la *madame*; en un gesto instintivo, la apretó más entre sus brazos. Era tal el grado de intimidad que percibió las carnes de la muchacha temblar de miedo. Cuando la *madame* se alejó, Grace se apartó del hombre, echó la cabeza hacia atrás, ya que ella era bajita y él más alto de lo normal. Lo observó con cautela a pesar de que llevaba sombrero, al estar tan cerca tenía una visión muy clara de su rostro. Pudo ver que se trataba de un hombre de cabello rubio oscuro, lo llevaba largo hasta el hombro. Su cuerpo robusto y fuerte le advirtieron que no tendría escapatoria en el caso de que se pusiera agresivo. Sus labios finos los tenía apretados, sin embargo, lo que le llamó la atención fueron sus ojos grises, que no es que fueran feos, sino que parecían no tener vida. Aun así, sus pupilas dilatadas la acechaban de igual modo que un coyote hambriento. Sus cejas bien proporcionadas estaban curvadas de una manera amenazante, intensificando más, si cabía, aquella expresión de animal que se guía por sus instintos intrínsecos y, como resultado, lo hacían más feroz de lo normal. El movimiento de sus músculos, tensos y duros, le recordó a la violencia de Jake, su esposo, al que había abandonado por su crueldad. Sin duda debía temer a ese hombre, tanto como temía a su propio marido.

—Te llamas Grace, ¿verdad?

—Ya has oído a la *madame* —contestó irónicamente.

Trevor se sorprendió sonriendo con humor y, teniendo en cuenta que ya no se acordaba de la última vez que lo había hecho, era un gran logro por parte de ella.

—Yo me llamo Trevor Jenkins.

Por la cara de indiferencia que la muchacha puso, supo que le importaba un rábano cómo se llamaba. Lejos de enfadarse, aquello lo excitó todavía más, era como si se liberara del cortejo que siempre había considerado necesario entre hombre y mujer, pues no quería seducirla con paciencia y consideración, ya que estaba allí en busca del cuerpo de una fémina, nada

más. Trevor no pudo con la tentación y, con el reverso de su mano, acarició la mejilla de la mujer. Le sorprendió la inmovilidad de ella, aquella rigidez extrema decía mucho de su estado de ánimo, parecía una de esas criaturas desvalidas que saben que no tienen ninguna oportunidad ante su depredador. Había, en su rostro, tristeza, una tristeza con el poder de conmover al más duro de los hombres, menos a él. Porque en aquellos momentos su deseo estaba por encima de todo. Había comprado ese derecho y no se detendría por mucho que ella le rogara.

El hombre, con el pulgar, acarició sus labios, deseaba besarlos, comprobar si de verdad sabían a melocotones madurados bajo el sol del verano. Le apetecía todo de aquella pelirroja, ya se estaba imaginando desabrochándole la hilera de botones que impedía verle el nacimiento de sus pechos apretados por su corsé.

—Quiero ir a un lugar más privado... —pidió él con la voz ronca de deseo.

Grace sabía lo que quería decir, miró en dirección a la *madame*. Esta se estaba abanicando y la vigilaba casi sin pestañear, advirtiéndole de que si no interpretaba su papel, la echaría de allí sin remordimientos. Reflexionó durante unos segundos: no quería acostarse con ese hombre ni con ningún otro, la idea la horrorizaba en extremo. Sin embargo, yacer con un desconocido no era tanto sacrificio como vivir en la calle, donde no tenía oportunidades; y menos cuando su marido la estaba persiguiendo para matarla. Era cuestión de supervivencia, y supo que no le quedaba otra alternativa que dejar que ese hombre le hiciera lo que quisiera.

Grace asintió y lo agarró de la mano, tal como había visto hacer a sus compañeras. Estaba nerviosa y le daba la sensación de que sus piernas y brazos no eran suyos, que eran de otra persona, pues casi parecían tener vida propia y actuaban por instinto, de modo que dar el primer paso no le supuso ningún esfuerzo. Había dejado de ser Grace Sten para convertirse en una dama de la noche.

Acto seguido, se dirigieron a un pasillo que llevaba a las habitaciones

privadas. Grace escogió la primera que encontró abierta, y entraron. Él cerró la puerta con llave mientras ella encendía el quinqué que había sobre una cómoda. Apenas pudo terminar, pues Trevor la agarró de la cintura y la atrajo a su cuerpo. Fue tal la agresividad empleada que su sombrero cayó al suelo y por poco a ella se le cae la lámpara también. Y, sin más, le dio la vuelta y la besó, un beso con el sabor jugoso de un melocotón maduro que endulzó los sentidos del hombre.

Trevor fue consciente de sus labios unidos a los de ella, de la sinceridad de su acción, de la necesidad de perderse en aquella paz. No obstante, su corazón, hecho añicos, no quería sucumbir otra vez a besos dulces, sino que era su parte animal la que buscaba perderse entre las carnes de una mujer para borrar el recuerdo de otra.

Se separó de ella con brusquedad. La efervescencia de su sangre de macho enardecido lo incitó a dejar a un lado toda consideración. No buscaba la entrega incondicional de ella, porque no la tenía, bien lo sabía. Se limitaría a saciar su instinto.

Trevor no pidió permiso y empezó a desabrochar los botones de su escote. Grace, llevada por la desesperación, lo obligó a detenerse sujetándole las muñecas. El hombre no dudó en amenazarla.

—No estoy de humor para aguantar a una remilgada muchacha, trabajas en un burdel y yo te he comprado.

Grace abrió los ojos desmesuradamente, sorprendida por la dureza que empleaba aquel hombre. El pánico se adueñó de su frágil cuerpo y supo que no podría acostarse con ese hombre ni borracha de *whisky*.

—Por favor... —rogó apretando todavía las muñecas de él.

Sus ruegos fueron inútiles y consiguieron el efecto contrario, pues enfadaron a Trevor. Y es que el hombre había dejado atrás la realidad y ahora estaba sumergido en la pesadilla que lo martirizaba todas las noches. Grace era la misma mujer de sus sueños, esa que le negaba probar las mieles de su cuerpo. La misma que lo rechazaba. La misma que huía angustiada por miedo a que la tocara. La misma que solo le dejaba la alternativa de coger a la

fuerza lo que deseaba como un loco, igual que hacía su padre con su madre.

El hombre se sacudió las manos para soltarse del agarre de ella y, sin miramientos, le desgarró la parte delantera del vestido. Sus pechos apretados por el corsé quedaron a la vista, y él los miró como si estuviera muerto de hambre. La muchacha vio aquella necesidad lujuriosa en los ojos grises de él, supo que estaba en peligro, puesto que nada de lo que dijera o hiciera lo iba a detener. Instintivamente, dio un paso atrás, pero no pudo dar ninguno más, ya que Trevor la agarró y la tiró encima de la cama.

Una vez reducida, el hombre aprovechó para besar la parte de los pechos que se desbordaban por el corsé y la camisola interior, ella reaccionó rápido y se revolvió. Entonces, llevada por el miedo, empezó a llorar, lágrimas que fueron fuego añadido al infierno que experimentaba el hombre en sus entrañas. Las voces de su madre parecían gritarle en su cabeza y, de pronto, se vio escondido debajo de la cama, huyendo del dolor que le suponía contemplar a su padre golpear y violar a su madre.

Todo fue rápido, se puso entre los muslos de ella, le subió la falda del vestido azul dispuesto a desgarrarle los pololos para penetrarla vorazmente; necesitaba arrebatarse lo que ella no le quería dar y por lo que había pagado. Esperaba rebeldía a modo de lucha, de la cual, sin duda, saldría ganador. Del mismo modo preveía gritos e insultos, igual como hacía su madre, no obstante, se encontró con lo contrario.

Ella se mantenía laxa entre sus brazos mientras él le agarraba su prenda interior con intención de hacerla añicos. La impresión fue mayúscula cuando desvió su mirada a la de ella y se encontró con la resignación brillando en sus bonitos ojos azules. ¿Sería así como su madre miraba a su padre antes de que él la humillara de la peor manera? Solo un animal sin corazón podría llevar a cabo una acción tan vil en contra de una mujer. De alguna manera, tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Ella tenía agarrada una pequeña cruz, que llevaba colgada de una cinta de cuero y que antes no había visto. La mujer susurraba entre dientes una especie de plegaría que él no entendió. Aquel acto de fe rompió los cimientos en los que se sostenía su violencia, y

un cúmulo de sombras se apoderaron de él.

Trevor se levantó de la cama, la observó con detenimiento. Parecía una hoja estremecida por el viento helado de las montañas; aquello lo conmovió más de lo que reconocía. La esperanza que mostraba esa frágil muchacha casi parecía de otro mundo. Nadie, ni él mismo, tenía derecho a comportarse como un salvaje; y mucho menos a deshonrar aquella magia nacida del interior de la mujer. De algún modo, hizo más soportable su existencia al darse cuenta de que todavía albergaba algo de compasión dentro de su propia destrucción; aun así, se sentía culpable por parecerse a su padre. Una punzada de envidia pareció acomodarse en sus vísceras, porque él había perdido la esperanza por el camino de la vida. Vivía en un mundo donde un muro lo retenía y no lo dejaba avanzar; pensaba que su desgracia era culpa de todos, cuando en realidad solo él tenía la culpa de sus decisiones, ahora se daba cuenta. Se estaba convirtiendo en un peligro para la humanidad y para sí mismo, se sentía incapaz de buscar el camino correcto, pues consideraba que cualquier ruta que escogiera le estaría vetada. Y es que su mundo era gris, y negro, y sucio. Todo tenía el aroma de la muerte, era como la res que marcaban para que supieran a quien pertenecía, y él pertenecía a la muerte.

El hombre agarró ferozmente su sombrero del suelo y se marchó sin decir nada. Tenía la respiración atascada en sus pulmones y una ola de calor parecía quemarlo vivo. Por el contrario, ella se quedó impertérrita sobre la cama, sin saber qué hacer o qué decir. Solo se permitió reaccionar cuando escuchó los pasos de Trevor alejarse cada vez más, incluso lo sintió bajar atropelladamente por los escalones de madera.

Después, tomó conciencia de su semidesnudez y fue a su propio cuarto a cambiarse. Se quitó el vestido de algodón azul índigo y lo sostuvo en lo alto, cerca de un quinqué, para inspeccionar el destrozo. Por suerte tenía arreglo, cosa que agradecía después de todo, ya que su vestuario era más bien escaso. Además, no tenía dinero para comprarse ropa nueva, así que, cuando tuviera tiempo, lo cosería.

Se puso un vestido viejo de lino color tierra, aún más sencillo y sobrio que

el anterior. Su verdadero objetivo era no llamar la atención de ningún otro hombre cuando, de nuevo, regresara a la sala a tocar el piano. Por nada del mundo quería volver a pasar por una situación semejante; aún las rodillas le temblaban de pánico. De hecho, hacía tiempo que no se sentía de aquella manera, pues llevaba una temporada tranquila y había sido fácil acostumbrarse. La vida la había premiado con una tregua, y eso le había hecho bajar la guardia. Hasta ese día, había conseguido despistar a su marido y había encontrado un trabajo que le permitía, más o menos, salir adelante. Ciertamente, saboreaba el presente, aunque no todo era idílico, pero se conformaba.

Su error había sido pensar que estaba fuera de peligro. Desde que tenía conciencia, siempre había vivido rodeada por el peligro de no saber si al día siguiente estaría viva o muerta. Tiempo atrás había lidiado con Jake, no obstante, en los ojos vacíos de Trevor Jenkins había visto autodestrucción; aquello la había desarmado, de algún modo, había sentido compasión. Era evidente que los fantasmas lo perseguían y, si no luchaba contra ellos, sin duda alguna, perdería la batalla. De todos modos, no iba a ser ella quien lo aconsejara, ya que, en un arrebato de furia, la podía lastimar. A nadie le gustaba que le dijeran las verdades, estas solían provocar terremotos en las almas, y él no sería una excepción. Por suerte, no lo vería nunca más.

No perdió más tiempo, dejó de pensar en Trevor y puso rumbo a la sala. No tenía ni idea de qué le iba a explicar a la *madame* cuando le preguntara si el nuevo cliente se había marchado satisfecho. Tampoco sabía si él le habría contado algo, aun así, pronto saldría de dudas. Quizá esa sería su última noche como pianista, pero se negó a que el pesimismo la invadiera.

Grace entró en la sala aspirando valentía y optimismo mientras acariciaba su cruz. A esa hora, el bullicio era bastante ensordecedor, no obstante, ya se había acostumbrado. Lo primero que hizo fue buscar a su jefa, la cual estaba ocupada embelesando a uno de los clientes, sin embargo, esta tuvo tiempo de lanzarle una mirada amenazante, con un gesto de cabeza, le señaló el piano. Grace entendió que quería que tocara algo relajante, pues la *madame* era consciente de que muchos clientes habían bebido demasiado.

Grace no supo el porqué, pero uno de los clientes le llamó la atención. Estaba con el codo apoyado en la barra de la zona de bar, de espaldas a ella, y su sombrero negro estaba colocado de tal manera que ocultaba casi toda su cabeza. Vestía una chaqueta larga y unas botas bastante sucias de polvo; todavía llevaba las espuelas ajustadas al tacón y parecían en muy mal estado. Dedujo que debía llevar horas cabalgando y que se había detenido en busca de compañía femenina.

El forastero se acercó a una de las chicas, Grace supuso que era para pedir un trago. Su mirada quedó fija en aquella silueta masculina, pues había algo en sus movimientos que le resultaba familiar. De pronto, el desconocido se llevó la mano izquierda al sombrero para saludar a la dama de la noche que le estaba sirviendo una copa de licor.

Entonces... Entonces ella vio que solo tenía cuatro dedos en vez de cinco. Su corazón se detuvo... Era su marido, el pasado regresaba para arrastrarla a las tinieblas. Jake la había encontrado.

Fue tal su sorpresa que se quedó paralizada. Soltó de golpe el aire que retenía sus pulmones, en una exhalación larga y angustiada. En aquel instante, fue cuando él se dio la vuelta y la vio; sus miradas se cruzaron, la de él la había sentenciado a muerte, aquello provocó que los músculos de la mujer quedaran agarrotados debido al miedo. Era incapaz de moverse, el aliento de la muerte la habían atrapado en un beso frío y demoledor. Por suerte, la supervivencia acudió en su ayuda y corrió a su habitación, que cerró de inmediato. Escuchó los pasos apresurados de él, cómo las botas perforaban el suelo de madera en una carrera sin tregua. Ella no perdió el tiempo y se acercó a su baúl, lo abrió y empezó a sacar las piezas de ropas sin ningún cuidado; y es que buscaba el arma que allí escondía.

Sin embargo, no había cerrojos lo bastante fuertes ni puertas lo suficientemente gruesas que detuvieran las intenciones oscuras de Jake, un hombre que no había perdonado el abandono de su esposa. Su odio alimentaba su sangre y sus pensamientos destructivos, pensamientos que con el pasar del tiempo se habían vuelto espesos y pegajosos, como el lodo

oscuro de un pantano que, poco a poco, lo iban hundiendo más en una agonía interminable. Porque Jake era consciente de que estaba cavando la tumba de su mujer, que también sería la suya propia.

Jake embistió la puerta con su cuerpo, esta cedió con facilidad, la batiente cayó al suelo en medio de un estruendo. Aquello alertó al hombre de abajo, el de la entrada, que ejercía como protector de la *madame*, sus botas se oían en la lejanía. Grace supo que solo dependía de ella misma, pues, para cuando él llegara, Jake ya la habría matado. Por suerte, había encontrado la pistola y no dudó en apuntar a su marido. Aguantaba el arma con fuerza, el metal estaba frío, pero enseguida atrapó su calor corporal.

—¡Quieto, o disparo! —amenazó con la seguridad que le daba tener algo con lo que defenderse.

Él se detuvo, su sonrisa quedó oculta bajo su espeso bigote negro. Con todo, Grace percibió en la endurecida mirada castaña del hombre que no se sentía intimidado, este sacó su propio revólver y la apuntó. Ella empezó a temblar, siempre supo que llegaría el día en que ambos estarían frente a frente y que unos de los dos acabaría muerto. El problema era que ella nunca había disparado a nadie y su conciencia le advertía que matar no estaba bien, que ella no podía actuar de juez y verdugo, que ese papel estaba designado a Dios. No pudo evitarlo, y la mano que empuñaba su arma empezó a temblar.

—Grace, Grace... —dijo él, su tono sonaba como el restallido de un látigo—. Tú me disparas, yo te disparo, bonita manera de terminar, no hemos estado unidos en vida, pero sí lo estaremos en la muerte. —Terminó lanzando una de esas risas duras, carentes de humor.

Por su parte, el vigilante había llegado a la habitación. Jake, un hombre frío y déspota por naturaleza, no dudó, se giró lo justo para tenerlo a tiro y le disparó cinco veces, asegurándose de no dejarlo vivo. La víctima cayó al suelo como si fuera un saco de harina.

Grace, en un primer momento, gritó, pero cuando vio que Jake la apuntaba de nuevo, pensó que le iba a disparar y abrió los ojos como si fueran dos grandes lunas veladas por el tul negro de la muerte. La mujer estaba atrapada

en un miedo narcótico que le impedía pensar con serenidad. Enredaderas ficticias parecían haber brotado del suelo de madera para atraparle los pies. No podía dar un paso, la sensación horrorosa de que iba a morir avivó esa parte petrificada. No se lo pensó y apretó el gatillo.

Su marido recibió un balazo en el muslo izquierdo, a trompicones logró sostenerse en pie, aun así, ninguna queja salió por su boca, solo un silbido entre dientes que acalló de inmediato. Ella era consciente del momentáneo estado de debilidad de su marido, habían sido demasiadas las ocasiones en que ella había estado en inferioridad de condiciones, de modo que aquella situación era una sorpresa. Sin embargo, lo conocía de sobras, era un hombre fuerte y joven, poseedor de una mente retorcida, como pocas, que le brindaba cierta ventaja. Por suerte, la herida y su dolor evitarían que la pudiera agarrar deprisa a fin de darle una paliza y después matarla. Así que, antes de que él reaccionara, aprovechó aquella circunstancia para acercarse a Jake y arrancarle la pistola de la mano. Lo hizo con tanta rapidez que cogió al hombre desprevenido.

Jake sonrió, su entrecejo se arrugó, su expresión mostraba perplejidad. Era evidente que ella se había hecho fuerte de carácter. En el pasado, su mera presencia la llenaba de temor; eso lo hacía sentirse poderoso, por este motivo, nunca pensó que la muerte le pudiera llegar de las manos de su esposa, que él siempre había tenido dominada bajo el yugo de la violencia.

—¿Qué vas a hacer, Grace, rematarme?

Las palabras de él dichas con una frialdad cortante pretendían arredrarla; y lo consiguió, pues no podía dejar de temblar. La pistola con la que apuntaba al hombre titubeaba entre sus dedos, el arma de Jake la sostenía en la otra mano y la apretó entre sus dedos con fuerza. De alguna manera, quería cerciorarse de que la sujetaba y que esta vez había sido ella la que le había ganado la partida. Aún no se lo creía.

La mujer observó al hombre, un solo disparo y todo su sufrimiento y temores desaparecerían. Se acordó del cura Patrick, un anciano todo bondad que la había acogido en su casa cuando huía de su marido. Este había dado

con ella, tal como en aquel instante, y había matado al cura Patrick por la espalda, sin pestañear, delante de ella, vaciando el cargador de su pistola en un cuerpo torpe y desgastado por los sinsabores del tiempo. Solo por hacerle justicia, Jake merecía el mismo destino, morir por una bala incrustada en la entrañas, pues lo justo no era una muerte rápida, sino lenta, de esos finales agónicos, para que le diera tiempo de pensar en los pecados cometidos en vida. Quizá incluso pidiera perdón, pero, conociéndolo como lo conocía, dudaba que aquello pasara alguna vez. Antes, las gallinas ladrarían.

Grace movió el dedo que tenía posado en el gatillo, un movimiento y ya estaría, punto y final. Tan fácil y tan difícil al mismo tiempo. Y es que la rabia la tenía dominada, su razón quedaba eclipsada por la venganza; esa necesidad de hacerle pagar a Jake la muerte del cura Patrick podía con ella. Sin embargo, las palabras del religioso afloraron en su corazón, siempre le había dicho que todas las almas eran buenas. Que eran sus miedos y obsesiones quienes las empujaban a ser crueles. Que las injusticias venían del exterior y no del interior de las personas, esa parte pura e iluminada que el ser humano desconocía y que debía descubrir con las pruebas que la vida le ponía.

No obstante, le costaba pensar que Jake tuviera un alma buena y luminosa, puesto que habían sido demasiadas veces las que había recurrido a las palizas para alimentar una parte de él que solo la violencia saciaba. Y si los ojos eran espejos del alma, en los de Jake siempre había habitado el Demonio. Ella lo había visto de cerca, de igual modo había vivido de cerca su injusticia. Aún los golpes le dolían en sus carnes, y aun también los huesos rotos, curados a duras penas, se quejaban cuando el tiempo era húmedo y frío.

Como si ese interior, al que había hecho referencia el cura Patrick cuando ella vivía en su humilde hogar, tomara vida, hizo vibrar la cruz de madera que llevaba colgada en el cuello, un regalo que le había hecho el religioso con todo el amor de su alma. De pronto, supo que sería incapaz de matar a su marido por mucho que éste lo mereciera. Una cosa era sobrevivir y otra diferente, matar, pues matar iba contra toda ley moral; su conciencia no lo

soportaría. Nunca había matado a nadie y nunca lo haría, no estaba en su naturaleza, porque ella creía en esa alma pura y luminosa que llevaba dentro. De repente, tuvo claro lo que iba a hacer. No cruzó ninguna palabra con Jake, consciente de que debía huir antes de que él se recuperara y le diera la oportunidad de asesinarla.

Grace salió de la habitación tan rápido como le permitieron sus piernas temblorosas. Tuvo que pasar por encima del vigilante muerto, le hubiera gustado dedicarle un Padre Nuestro, pero no había tiempo para ello, su vida estaba en peligro. Corrió por el pasillo, ella no contaba que, debido a los disparos, había revuelo, además, había una ligera estampida de clientes. Esquivó como pudo a unos cuantos hombres, sin embargo, acabó tropezando con la *madame* y una de sus chicas. Ambas se llevaron la mano a la boca en cuanto se percataron de las armas que llevaba ella agarradas con fuerza entre sus dedos. Era tal el nerviosismo del que era presa que ni siquiera se había dado cuenta. La lógica la llevó a pensar que la acusarían de la muerte del vigilante y del disparo de su propio marido. Si bien de la segunda situación sí que era culpable, no así de la primera. Teniendo en cuenta que Jake, seguramente, aprovecharía la oportunidad de incriminarla, así tuviera que faltar a la verdad, dudaba mucho que le creyeran a ella en vez de a él.

Supo de inmediato que no podía quedarse en El Paso, pues quedarse significaba que la sentenciaran a la horca, si no decidían antes lincharla por algo que no había hecho. De nada servirían sus gritos de inocencia, en el Oeste no solían creer la palabra de una mujer que había abandonado a su marido y que trabajaba en un prostíbulo.

Así que a Grace no le quedó alternativa, empujó a aquellas dos mujeres, aún impresionadas, y salió al exterior. El viento helado fue un indeseable contratiempo. Sus tirabuzones se sacudían con fuerza, pero lo peor no fue aquello, sino que solo llevaba el vestido puesto y tenía frío; notaba como su piel se erizaba cada vez que el aire levantaba su falda y se introducía en el interior.

Lo primero que hizo fue esconderse, sin duda la buscarían cuando

informaran al *sheriff* de lo sucedido. Su marido, seguramente, se curaría la pierna antes de emprender de nuevo su caza, eso le daba cierta ventaja. Con un poco de suerte, el médico del pueblo lo mantendría ocupado con sus curas, una herida de bala no era una cosa para tomarse a la ligera.

Grace suspiró de alivio, eso le sirvió para recomponerse, y buscó un lugar donde ocultarse y resguardarse del frío. Encontró refugio detrás de un edificio, bajo unos escalones. El lugar era oscuro, en aquel momento, ella lo agradeció, pues necesitaba de esa oscuridad para pensar y tranquilizarse. Dejó las armas a su costado, después, se abrazó las rodillas, de esta manera, su cuerpo recuperó algo de calor.

La mujer empezó a barajar posibilidades, debía salir de El Paso de inmediato, no quería que la ahorcaran. Podía vender las armas y comprar un caballo, pero el miedo de que la reconocieran la hizo desistir. Otra posibilidad era robar un équido, cualquiera le servía, solo necesitaba que fuera joven y sano, a pesar de que no entendía de caballos, sabría reconocer uno de esas características. Entre cavilaciones, y sin darse cuenta, se llevó la mano a la pequeña cruz de madera que llevaba colgada en el cuello. Entonces, tomó conciencia y no se sintió orgullosa. Robar no estaba bien, casi prefería perder la vida y morir con dignidad. De acuerdo que la supervivencia obligaba a tomar decisiones drásticas, no obstante, aquello no era excusa para perjudicar a los demás con sus actos.

La verdad era que apenas tenía posibilidades, aquella realidad retorció su estómago, causándole un dolor agudo. De pronto, se acordó de Trevor Jenkins, conocía más o menos a todos los habitantes del pueblo y, sin duda, ese forastero estaba de paso. Solo había un lugar donde hospedarse y decidió probar suerte, también cabía la posibilidad de que estuviera de invitado de alguno de los habitantes de El Paso; si era aquel el caso, ya se podía dar por muerta.

Grace se centró en la idea de buscarlo en el hotel antes de meditar en un segundo plan. Si estaba allí, le pediría acompañarlo al lugar que fuera, pues le daba lo mismo la ciudad donde empezar de nuevo. Supuso que tendría un

precio, solo tenía dos armas como pago, no era mucho, desde luego, pero podía tentarlo con su cuerpo. Él la deseaba, ese deseo, casi desesperado, que había visto en sus ojos grises, tal vez sería suficiente. Debía marcharse de El Paso, era una cuestión de vida o muerte, de nada le serviría su pudor si no era un escudo frente las balas de su marido y a la furia de la *madame* por creerla culpable de la muerte de su vigilante. En el pasado, siendo una niña, había pasado hambre y había aguantado las palizas en un hogar para huérfanos. Después, esas mismas personas la habían esclavizado en los campos de algodón. Sin embargo, ni por aquel entonces perdió las esperanzas de un futuro mejor. Y creyó haber dado con un respiro celestial cuando se topó con Jake, un hombre que la trató con consideración y respeto al principio. No había dudado en casarse, pues no supo darse cuenta a tiempo de que sus palabras estaban cubiertas por el tul de la mentira, que solo buscaba una mujer disponible en la cama y servicial fuera de ella, así tuviera que domarla a palos para satisfacer sus exigencias. Fuera como fuese, y a pesar de las piedras en el camino, jamás se dio por vencida, jamás se rindió y seguiría luchando con uñas y dientes por una vida digna.

Grace se movió por la ciudad como gata sigilosa, para que nadie la descubriera. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que tendría que arriesgarse a mezclarse con la gente y preguntar con disimulo, a fin de encontrar al forastero. Y así lo hizo, temblaba de miedo y rezó en silencio para que nadie la reconociera. Un gran alivio la invadió de pies a cabeza cuando el propietario del hotel, con unos tragos de más, corroboró que Trevor se hospedada allí, incluso le dijo en cuál habitación se alojaba. Había sido una gran suerte haberse tropezado con él, pues no tuvo que insistirle mucho. Ni tan solo la había reconocido, es más, la había confundido con una de sus hermanas. Ahora venía la parte más complicada: tenía que caminar entre la gente que había dentro del hotel y buscar la habitación sin que nadie la viera.

Grace suspiró, rezó en silencio y emprendió camino a la salvación o a la perdición.

## CAPÍTULO 3

La noche y sus fantasmas parecían cebarse con Trevor. Era como estar entre dos paredes que se acercaban imparables hacia él, con la certeza de que acabaría aplastado entre ellas como una cucaracha. La bella luna menguante no aportaba claridad a sus pensamientos sombríos desde hacía demasiado tiempo. El hombre estaba sentado en la cama; aferraba su Colt plateado como si fuera la cuerda a la que se agarraría con fuerza para no precipitarse desde un peñasco. El arma tenía sus iniciales grabadas en la empuñadura, que ahora se le antojaban letras que quemaban en sus palmas. El cañón miraba hacia su rostro y, en la negrura de su interior, él creyó ver la muerte absorbiendo su aliento.

Y es que él buscaba refugio en la tan ansiada muerte como única salida a su situación. Dejaría que sus brazos lo atraparan porque solo así podría descansar en paz. Tenía el alma enferma, bien lo sabía, y sus pensamientos, contaminados por el odio y el miedo por parecerse a su padre, lo tenían atrapado sin remedio.

Él nunca había causado daño a nadie y saber que, de algún modo, podía sacar el carácter agresivo de su padre no hacía otra cosa que provocar un rechazo visceral hacia sí mismo. Ni tan siquiera podía mirarse al espejo sin ver reflejada la imagen de su progenitor en su propio reflejo, como un fantasma que, desde su descanso eterno, buscaba vivir en el cuerpo de otro. Cierto, estaba derrotado por la vida y no encontraba una puerta de salida. La tristeza y la soledad eran sus fieles amigas, que lo acompañaban a cada paso que daba.

Trevor era consciente de que nada era para siempre, el final siempre aguardaba el momento idóneo para salir a la luz. Igual que la vida espera a la muerte y el día a la noche, consideraba que le había llegado su momento, pues no encontraba alimento para sus ilusiones. En el fondo, hasta sus sueños

se habían desvanecido como agua que se escurre entre los dedos. Porque ni un rayo podía atraparse y así consideraba que había sido su amor por Amy, un rayo de esperanza que no pudo atrapar.

Trevor miró el cañón de su arma, se negó a que esa fuera la última imagen con la cual llenar sus retinas. Cerró los ojos y evocó a Amy, quiso que su último pensamiento fuera para ella. Después, después deslizó sus dedos helados por el gatillo...

Unos portazos, entre desesperados y escandalosos, impidieron que terminara con su vida. Quiso ignorarlos, pues imaginó que se trataba del vecino de la habitación contigua, aunque, esta vez, no era por hacer ruido, así que desechó la suposición y guardó su Colt en su correspondiente funda. Fue a abrir la puerta sin saber quién podía ser, dado que él no conocía a nadie en El Paso y tampoco había hablado con los demás huéspedes del hotel.

Se quedó petrificado al ver que era Grace, la mujer que poco antes había querido obligar a mantener relaciones carnales con él. Sinceramente, de todas las mujeres que había a lo largo y a lo ancho de Texas, a ella era a la última a la que hubiera esperado que acudiera voluntariamente a su habitación. La observó unos instantes, tenía los labios violáceos debido al frío. Se fijó que solo llevaba un modesto y sencillo vestido, desgastado por el uso, y que poco debía abrigar. Lo que más le impresionó fue su mirada vidriosa. No tenía aquella esencia vivaracha que había percibido un par de horas antes cuando la contempló tocando el piano. En su lugar, había miedo, toneladas de miedo, un miedo que parecía haberse enquistado en su interior. Su sentido común le pedía que la echara, pero la compasión que su corazón aún parecía retener evitó que lo hiciera.

La mujer se sobresaltó cuando oyó que alguien se acercaba por el pasillo. Grace, sin ni siquiera pedirle permiso, entró y dijo:

—Por favor, cierra la puerta.

Trevor dedujo que ella se escondía de alguien. La vio tan desesperada, rogándole con su mirada azul, con sus mejillas tensas y su pecho inmóvil debido a que aguantaba la respiración, que hizo lo que ella le pedía y cerró la

puerta. Grace no tardó en respirar de alivio, cosa que afianzó la suposición de Trevor de que huía de alguien que ella temía, y mucho. No podía ser de otra manera, pues ninguna mujer que apreciara su dignidad y que, además, poseyera un poco de sentido común, acudiría a la habitación de un hombre desconocido que pocos instantes antes había estado en un burdel con malas intenciones. Si no fuera, claro, porque de la persona de la que ella quería escapar era peor que él.

La idea de saber más sobre el asunto le hizo ir directamente al grano.

—¿De quién huyes, Grace?

El ruido de gente pasando delante de la habitación provocó que ella no contestara con rapidez. Esperó a que el jaleo de zapatos caminando se alejara lo suficiente. Después, se centró en él, era muy alto y su cuerpo era tan grande y musculoso que llenaba el espacio de una manera amenazante, y aquello le provocó miedo, un miedo tan punzante que la clavó en el suelo.

—D... de na... die —contestó tartamudeando, con tan poca fe que él supo que mentía, hasta un niño se hubiera dado cuenta.

Las comisuras de Trevor se alzaron lentamente hasta convertirse en una sonrisa mordaz. Se acercó a ella, le cogió las armas por seguridad y las dejó encima de una de las mesitas de noche. Inmediatamente después, la miró a los ojos, la curiosidad lo invadió y le preguntó:

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

Grace se tomó unos segundos para observarlo con detenimiento. Le llamó la atención que no encajara en aquel ambiente tan mísero, sucio y de mal gusto, pues sus ropas de excelente calidad, sus botas brillantes y nuevas con espuelas de plata hablaban de un hombre adinerado.

—Pues... pues tengo que proponerte un trato.

—¿Un trato?

La conversación mejoraba por momentos, Trevor estaba ansioso por saber su desenlace.

—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó la fémina.

—¿Por qué debería decirle a dónde voy?

—Porque el trato depende mucho del lugar a dónde vayas.

Trevor dedujo que buscaba una ciudad cuanto más lejos mejor; decidió confiar.

—Me dirijo a Santa Fe, no lejos de allí, en las montañas, cerca del río Pecos, tengo mi rancho.

A Grace se le iluminó el rostro, Santa Fe estaba lo suficientemente lejos para empezar de nuevo. La mujer recuperaba poco a poco la seguridad, con todo, Trevor la intimidaba, ya que la miraba con dureza y recelo. Él era tan grande y tan fuerte que de un manotazo podría romperle todos los huesos. Se preguntó si no era más peligroso ese hombre que su propio marido. Si era así, estaba cambiando una muerte segura por otra incierta o incluso más dolorosa. Aun así, debía probar suerte, sí, suerte, en aquellos momentos, su vida era una mera cuestión de suerte, triste, pero cierto.

—¿Puedo acompañarte hasta Santa Fe? —preguntó ella.

—¿Y por qué querría yo una compañera de viaje?

—Puedo pagar el viaje...

Ella desvió la mirada hacia las armas, él supo lo que quería decir, casi se le escapó la risa.

—¿Crees que dos pistolas cubrirán un viaje largo y con muchos peligros en el camino?

—Ya sé que no es suficiente, pero... —La saliva se atascó en su garganta, se acercó a él de manera sensual en un intento de seducirlo, tal como había visto hacer a sus compañeras—. ¿Yo te sirvo como moneda de cambio?

Trevor pensó que esa mujer era sorprendente. En poco tiempo había sido capaz de arrancarle un puñado de sonrisas, la verdad era que se estaba divirtiendo, y eso le gustaba. Sentía revivir todo su cuerpo.

—¿Es lo que creo que me estás proponiendo?

—Sí...

—Bueno, si me dejas llevar por tus antecedentes, me dejaste claro que no

querías que te tocara.

—Eso era antes.

—¿Y qué es lo que ha cambiado ahora?

—Nada, bueno, quiero decir... —Grace no sabía cómo llamarlo y enrojeció de pies a cabeza—. A partir de ahora estoy disponible.

Grace hubiera querido que la tierra se la tragara y la escupiera lejos de allí. ¡Qué mal había sonado! Por su parte, Trevor, por dentro, se destornillaba de risa.

—Tengo tu buena disponibilidad... —ironizó él—. Si no he entendido mal, durante el trayecto serás mi prostituta.

Ella abrió la boca a fin de replicar, pero la cerró enseguida cuando se dio cuenta de que era verdad, que no había otro nombre para describir lo que ella le proponía.

—Sí... —susurró con más pena que gloria.

Él percibió que ella lo estaba pasando mal. La realidad no era otra que la desesperación, pues solo la desesperación obligaba a buscar soluciones como aquellas. Ella no era una dama de la noche, lo estaba demostrando sin darse cuenta. Sus intentos de seducción eran patéticos; no tenía ni idea de conquistar a un hombre y ofrecerse a él como un manjar de delicioso deseo. Cualquiera otra mujer hubiera pegado su cuerpo al suyo y lo hubiera tentado con caricias y besos. Entendió más de lo que hubiera querido, pues supo que Grace estaba sola en el mundo, sin nadie a quien poder recurrir para salir adelante. Apenas hacía unos minutos tenía su Colt a punto de darle muerte, porque así él lo había decidido. De pronto, la idea de ir a Santa Fe acompañado de esa mujer, que se parecía asombrosamente a la que salía en sus pesadillas, se le antojaba un buen plan. La idea de poseerla sin resistencia por su parte lo había traído vida, su sangre había renacido bajo su piel, pues la notaba caliente y vigorosa.

—Está bien, puedes acompañarme —dijo, al fin, él. Vio como ella suspiraba de alivio—. Pero antes quiero un adelanto de lo que me puedes dar... de lo disponible que estás —añadió con un toque irónico.

—¿Qué quieres decir?

Si bien ella intuía sus intenciones, de pronto su mente se colapsó, buena culpa la tenía los pasos largos que él estaba dando hacia ella.

—Quiero ver lo que me has ofrecido —exigió mirándola a los ojos—. Quítate la ropa.

A Grace se le atascó el aire en los pulmones.

—¿Ahora? —balbuceó a media voz.

—¿Acaso no vas a cumplir con tu parte del trato? Si es así, puedes marcharte.

Trevor hizo ademán de ir a abrir la puerta.

—¡No! —gritó ella, él se detuvo—. Está bien, será como tú ordenas.

—Yo ordeno y tú obedeces, eso me gusta.

Con los dedos engarabitados por el frío, se desabrochó botón a botón. Poco a poco, se fue sacando el vestido, primero, una manga, después, otra, y entonces dejó que la prenda cayera por su propio peso cuando alcanzó su cintura. Las enaguas, el corsé y la camiseta interior de tirantes quedaron a la vista. Las prendas eran sencillas, sin adornos, sin encajes, tan desgastadas como el vestido. Trevor fue consciente de que ella era una mujer con pocos recursos económicos, incluso la pequeña cruz que llevaba colgada en su cuello era de madera. Considerando donde trabajaba, no le extrañaba, solo la supervivencia la había llevado a trabajar, tocando el piano, en un burdel. Pensó que ataviada con bonitas telas de excelente calidad, cosidas por las manos de una costurera que supiera de moda, y con un exquisito colgante de zafiros colgado de su cuello harían resaltar la belleza de la cual Grace ya era dueña.

A pesar de que su vestido era delgado, Grace echó en falta esa protección en su piel. No pudo evitarlo y empezó a temblar. Tenía la cabeza agachada, puesto que era incapaz de mirarlo, aun así, sentía el peso de la mirada de él en todo su cuerpo.

Trevor empezó a dar vueltas a su alrededor, la luz anaranjada y cálida de

la lámpara titilaba en el cuerpo femenino. Escrutó cada porción de piel descubierta, sobre todo, los montículos de sus pechos, esas jugosas redondeces se desbordaban por el corsé. Apenas sus pezones quedaban cubiertos por la tela blanca, dos círculos sonrosados se percibían a simple vista, cuyos puntos erectos se dibujaban en relieve en la prenda. Trevor saboreó con sus ojos aquel manjar, eran cucharadas de miel a sus emociones reprimidas durante demasiado tiempo por un desamor que lo había destrozado por dentro.

Ella se sentía como un trozo de carne al que evalúan en un mercado de reses, solo le faltaba mugir, pero el recuerdo de Jake humillándola, que aún era peor, evitó que se vistiera a toda prisa y que marchara lejos de aquella habitación y de Trevor. Bien sabía que dependía de él para salvar el pellejo.

—Quítatelo todo —exigió el hombre alargando sus brazos hacia ella, cuyas manos empezaron a desabrochar las cintas del corsé—. Quiero verte completamente desnuda.

Ella reaccionó alargándole las muñecas.

—Ya lo haré yo —pidió la mujer, nerviosa de pies a cabeza.

La intimidad del momento hizo que sus pezones todavía se endurecieran más. Por los ojos hambrientos de él, supo que se había dado cuenta. La vergüenza se apoderó de ella y cruzó sus brazos sobre sus pechos para ocultarlos de la mirada lujuriosa. Aquel gesto provocó la ira del hombre.

—Grace... —empezó a decir en un tono engañosamente tranquilo—, no me gustan las mujeres mentirosas, tú te has ofrecido y, si cada vez que quiera algo de ti, te comportas de esta manera, prefiero ir solo a Santa Fe.

Ella estaba demasiado asustada como para reaccionar de inmediato, sin embargo, a pesar del miedo, no retrocedió ni un centímetro, pues huir significaba morir. Por su parte, Trevor notaba como en ese instante su pesadilla tomaba forma, y nubarrones espesos empezaron a cuajar en su mente. Sentía esa parte maligna que luchaba por aflorar dentro de su ser. Arrebatarle a la fuerza lo que ella le negaba se le antojaba tentador, sin embargo, el niño atemorizado, ese muerto de miedo que se escondía bajo la

cama y que lloraba impotente por no poder ayudar a su madre, evitó que lo hiciera. Trevor luchaba, una lucha entre ese niño que llevaba dentro y el monstruo de su padre. Si bien en vida jamás le había plantado cara, ni cuando asesinó a su madre por buscar el amor en los brazos de otro hombre, en aquellos momentos tenía que luchar con todas sus fuerzas si no quería convertirse en un monstruo como él.

Fue en ese instante cuando Grace tomó conciencia de que, si no complacía a aquel hombre, su vida no valdría nada, así que se dispuso a quitarse toda la ropa.

Solo hizo falta que se desprendiera del corsé para que Trevor ardiera de deseo; su mente era un cúmulo de pensamientos lujuriosos, a cual más ardiente. No veía el momento de verla sin nada puesto, de llenar sus ojos con su piel desnuda. Contempló extasiado como ella se llevaba sus manos delicadas a los tirantes de su camiseta interior. Sus movimientos eran suaves, igual que cuando la vio tocando el piano y sus dedos acariciaban las teclas con la ligereza de una nube suspendida en el cielo.

Trevor levantó la cabeza para contemplar su rostro y, entonces, la vio llorar por dentro. Porque había otro llanto, uno sin lágrimas, mucho más triste y doloroso, un llanto inmenso y desgarrador que rompe en trocitos las ilusiones y te vacía por completo. Lo sabía, pues de pequeño también había llorado lágrimas secas; y de mayor, esas mismas lágrimas habían aparecido con el abandono de Amy.

El corazón de Trevor se contrajo, su deseo de hombre quedó reducido a un mero puñado de cenizas que se llevó el viento. Y es que se sentía mezquino, dado que él era el culpable de su dolor. En el fondo, Grace era una mujer vulnerable ante la vida; bien lo veía en las acuosas lágrimas que ella retenía en sus ojos azules. Y él se estaba aprovechando de esa fragilidad y de su desesperación. Desde luego que a una mujer se la podía violar de muchas maneras, y una de ellas era la humillación a que la exponía por saciar su capricho.

—Vístete —ordenó él.

Ella no quiso preguntar el motivo, puesto que era tan grande la vergüenza que sentía que no podía soportarlo, y se vistió tan rápido como pudo. Mientras lo hacía, Trevor se dio cuenta de que temblaba, supuso que era una mezcla de frío y miedo. Se acercó a la silla donde colgaba su chaqueta y se la dio.

—Póntela, antes de que te congeles de frío.

—Gracias.

—No me las des, estoy cansado y necesito dormir un poco.

Trevor estaba mintiendo, lo cierto era que no quería que ella percibiera sus debilidades. De todos modos, su deseo por Grace era grande y punzante, casi podría decirse que desesperado, pero se obligó a controlarse. En su interior, empezó a librarse una batalla, ya que debía lidiar con sus ganas enormes de poseerla a cualquier precio, tal como en su pesadilla. Lo único que le impedía actuar como el monstruo de su padre era que había aflorado en él esa parte que había enterrado, llamada compasión.

—Por cierto, necesitarás otra ropa para el viaje... —sugirió él.

La mujer tembló; la idea de regresar al lugar donde trabajaba para recoger sus pocas pertenencias le helaba la sangre, y prefería perderlo todo.

—No puedo regresar.

—¿Qué has hecho, Grace? ¿Tiene que ver eso con tu desesperación por marcharte lejos?

—Eso es asunto mío.

A pesar de ser un hombre tranquilo y paciente cuando no lo dominaban sus fantasmas, pensó que, si se mostraba furioso, tal vez le contaría la verdad.

—Y mío también. Necesito saber quién va a ser mi compañera de viaje. — La agarró de los hombros, acercó su rostro al de ella y clavó su mirada gris en la azul de ella—. ¡Dime la verdad!

Grace pensaba deprisa, solo se le ocurría recurrir a una media mentira. No podía decirle la verdad porque no le creería.

—La *madame* se ha puesto furiosa, le dije que me negué a complacerte y

que te eché de la habitación.

Trevor la dejó libre, de nada serviría intimidarla con su furia. Él había conocido la verdad y la mentira en todas sus facetas. Su niñez no había sido fácil, ya que su padre recurría a gente con las entrañas tan podridas como las suyas. De modo que, desde pequeño, había tratado con demasiados desalmados; de ellos había aprendido a detectar las mentiras, las medias verdades y las verdades. Por tanto, sabía que Grace mentía en parte. Sin embargo, dejó que ella creyera que lo había engañado, la mujer estaba muerta de miedo y de frío. Ya habría tiempo de sonsacarle la verdad.

—Muy bien, ya arreglaremos lo de la ropa mañana.

Trevor no añadió nada más, agarró la lámpara y la colocó encima de la mesita que había al lado de la cama. Puso su Colt cerca, quería tenerla a mano por si acaso. Se quitó las botas y se metió en el lecho sin desvestirse, meditó que era mejor no hacerlo a fin de no violentar a Grace. Se insultó mentalmente, no entendía el motivo de su consideración hacia ella; era una desconocida con demasiado secretos. Sin embargo, algo que creyó haber perdido, cuando se sintió abandonado por Amy, parecía renacer bajo su piel y no sabía muy bien de qué se trataba. Quizá fuera esa ilusión por la vida que había experimentado una vez, cuando conoció a Amy, no obstante, el anhelo que le provocaba Grace era de otra naturaleza. Trevor dejó de lado sus pensamientos, hasta él estaba sorprendido de su estupidez. Por suerte, ella no se había dado cuenta de sus demonios internos, sin embargo, lo miraba como si fuera un bicho de dos cabezas y veinte brazos. Aquello le hizo gracia, era ella la que estaba en apuros, no él.

—Estoy cansado —comentó él—, la cama es lo suficientemente grande para los dos. Mañana nos iremos, así que aprovecha para dormir, las próximas noches tendrás de lecho el suelo duro.

Trevor apagó el quinqué y se tumbó, dándole la espalda a ella. No tardó mucho en notar movimiento a su costado, oyó también un ligero suspiro de alivio. Grace estaba cansada e, irónicamente, se durmió antes que él. De algún modo, al hombre le conmovió la confianza que ella mostraba al dormir

a su lado. ¿Acaso no tenía miedo de que la asaltara en plena madrugada con sus exigencias de hombre excitado? Solo esperaba que la misma pesadilla de siempre no lo asaltara con su violencia y demandas. Porque si sucedía, temía que no pudiera controlarse con Grace.

## CAPÍTULO 4

Grace no se sentía cómoda con su nueva indumentaria. Llevaba pantalones marrón claro y una camisa a cuadros en varias tonalidades de gris, todo, prendas muy masculinas, incluso Trevor le había proporcionado unos guantes de piel de ante. Además, se había recogido el pelo en un moño y ocultado bajo un sombrero color pardo de ala ancha. Si bien tenía veinte años, con aquellos ropajes parecía un chico imberbe y delgado, y era algo que la incomodaba. Sin embargo, su compañero de viaje no le había dejado alternativa, de modo que el inicial enfado había dejado paso a la resignación.

La mujer viajaba a lomos de un mustang joven de pelo castaño oscuro llamado Wind. En la cara tenía una mancha blanca que abarcaba la zona de los ojos y hocico. Llevaba tiempo sin montar y la falta de costumbre empezaba a pasarle factura a su cuerpo; en todo caso, no se quejó. En realidad pensaba que Trevor se estaba tomando demasiadas molestias; la ropa de calidad y su buen caballo así lo demostraban. Sabía que todo ello había costado bastante dinero y no entendía el porqué de tanta consideración; y no saberlo la estaba poniendo nerviosa. Por más que había preguntado, él solo había contestado con un «era necesario», al final, la mirada huidiza y distante del hombre la silenciaron. Era evidente que no le contestaría por más que preguntara, no tenía sentido insistir.

La verdad era que Trevor era un hombre parco en palabras, pues tampoco sirvieron sus intentos de entablar alguna conversación. Pero bien sabía ella que los silencios tenían la mala costumbre de hablar a gritos, pues, boca adentro, todos los fantasmas se sentían fuertes, unos fantasmas que veía en sus ojos plateados cada vez que él la miraba.

Trevor, de pronto, se detuvo. Él cabalgaba sobre un alazán tostado claro, de crin dorada, al que había bautizado con el nombre de Pirata por tener un ojo rodeado de pelo blanco, daba la sensación de que se trataba de un parche.

El hombre, con la ayuda de un catalejo de latón, oteó el paisaje seco y polvoroso que se estiraba hacia un horizonte convertido en una marcada línea que separaba los colores de una tierra desértica con el azul, añil y rojizo del cielo. Una estampa típica de que la tarde avanzaba y que había que buscar un lugar donde pasar la noche antes de que se quedaran sin luz diurna.

Por suerte, habían empezado con un buen ritmo por el Camino de Santa Fe, una ruta que había abierto un explorador, Pierre Vial, a finales del siglo XVIII. A principios del siglo XIX fue una ruta de transporte. Después, en mil ochocientos cuarenta y seis, las tropas de Estados Unidos la usaron en la guerra contra México. Ahora se utilizaba como ruta comercial; para los buscadores de oro, líneas de diligencias, aventureros, traficantes de pieles, caravanas, forajidos, cuatrerros... era un camino importante.

El hombre, un amante de los caballos, a los que consideraba unos seres especiales y con los que tenía una conexión especial —que había cultivado desde muy niño—, echó un vistazo a Pirata y Wind. Estos respondían bien, apenas estaban cansados, y el otro caballo que traía consigo, una yegua blanca reluciente como la luna, que llevaba atada con una correa de cuero al fuste de su silla, también. Trevor era consciente de que estaban en tierras comanches, por tanto, el peligro acechaba, razón por la cual haría una visita a la tribu que conocía para regalarles la yegua, como pago por dejarles pasar por el Camino de Santa Fe sin sufrir ningún ataque. El hombre tenía cierta amistad con aquellos hombres y sabía que el animal estaría bien cuidado. Él jamás pondría la vida de un caballo, majestuoso en aspecto y noble en carácter, en manos inadecuadas. Habían sido muchas las cenas que había compartido con aquellos guerreros, y podía decir con total seguridad, que las historias sangrientas que corrían como la pólvora por el Oeste sobre ellos no eran ciertas. Otras, sin embargo, no se ajustaban a la realidad y habían sido exageradas. Los comanches hacían lo que haría cualquier hombre, de la raza que fuera, al ver cómo invadían su territorio sin consideración alguna hacia ellos y a su entorno. Nadie debería culparlos por defenderse e intentar sobrevivir. De injusticias había cada día, Trevor lo sabían bien, pero también

sabía que la venganza y el odio no llevaban a ninguna parte.

—Pronto anochecerá —informó Trevor centrando su atención en la mujer, sabía de cierto que estaría dolorida por las horas que llevaban cabalgando—, nos desviaremos hacia el oeste, donde está río Bravo, haremos noche allí y podrás descansar.

Grace alzó sus cejas rojizas, ambas tenían el punto de altura con forma de pico, esta característica se acentuó y provocó que su mirada adquiriera un aspecto vivaracho y risueño. Trevor quedó embelesado por unos instantes, ella tenía el semblante de una chiquilla que acababa de pasar un momento divertido en alguna de sus travesuras. Cualquiera otra mujer estaría quejándose por su poca consideración al no haber parado a descansar de vez en cuando.

Sin embargo, ella estaba lejos de recriminar nada. Por otra parte, la mujer era consciente de que la miraba con cierto interés, detectó un poco de humor en sus facciones, aquello la inquietó. Por naturaleza, ella era curiosa, así que no pudo dominar sus ganas de saber el motivo.

—¿Por qué me miras de esta manera?

El hombre volvió a la realidad, procesó la pregunta.

—Llevamos horas cabalgando y no me has recriminado nada.

De hecho, a Grace no le habían faltado ganas, pues notaba su trasero en carne viva, sus riñones estaban hechos puré y su espalda parecía un palo rígido, y si se movía un poco, le dolían todas las vértebras. Pero el miedo de no estar a su altura y que en cualquier momento la acabara abandonando por el camino la estaba obligando a tragarse su dolor y a mostrar su mejor semblante.

—Estoy bien —comentó la mujer.

En ese mismo instante, Wind, un mustang de sangre vigorosa, se sacudió ligeramente, como si se quejara por estar quieto. Ella se removió en su silla, que crujió bajo su peso, aquello le provocó un dolor que fue incapaz de aguantar, su cara contraída la delató.

—Sé que no estás bien, pareces una estatua sobre un caballo. Tu espalda está hecha polvo y tu trasero, dolorido. Mañana haremos varios altos para que

puedas descansar.

—No hace falta, puedo cabalgar a tu ritmo.

—No lo decía solo por ti. —Se caló su sombrero—. También me apetece disfrutar de tu cuerpo de vez en cuando, quiero aprovechar este viaje.

Grace apretó los labios, ese tipo de conversación dejaba una sensación amarga en su interior y la hacían sentirse vulnerable, desprotegida, como en el pasado. Estaba asustada, temía que Trevor fuera como su marido, o peor. Jake nunca pedía, tampoco sugería, simplemente agarraba con violencia lo que deseaba y la sometía si se resistía.

Por su parte, el hombre esperaba algún comentario, pero al ver que ella guardaba silencio, no esperó y emprendió la marcha a un trote tranquilo; ella lo siguió. No obstante, a Trevor no le había pasado desapercibido el temor que los ojos de ella reflejaron cuando le había dicho que pretendía disfrutar de su cuerpo en las paradas que hicieran. Y, en aquel momento, esa mirada, que eran gritos que no gritaban, porque estaban demasiados escondidos en su corazón para que los escuchara, no se la podía quitar de la cabeza.

El hombre dejó que Wind se pusiera a la altura de Pirata y observó a Grace de reojo. Aún le asombraba el parecido que tenía con la mujer de sus pesadillas y que él violaba sin remordimientos. Sin embargo, la noche anterior, cuando la tuvo durmiendo a su lado, la pesadilla no había acudido. Por la mañana se había despertado como hacía meses que no dormía. La sensación de bienestar y descanso, que había olvidado por culpa de sus malas noches, lo había hecho sentirse optimista y no había podido con la tentación de observarla dormir un rato. Luego, y antes de emprender el viaje a Santa Fe, había ido a varias tiendas y a un almacén de El Paso. Mientras compraba provisiones y echaba una mirada por los comercios, por casualidad había escuchado a dos tenderos hablar del tiroteo que había habido en la casa de citas después de haberse marchado él. Había habido un muerto, el vigilante de la *madame*, y un cliente herido en una pierna, y el *sheriff* estaba buscando a Grace como la autora de ambos disparos para detenerla y condenarla a la horca en un juicio rápido.

En aquel momento, todo encajó: su desesperación, su miedo no era otra cosa que el fruto de sentirse acorralada, pues si la encontraban, la sentenciarían a muerte, eso si no le disparaban antes o la linchaban. Y allí, en aquel comercio, el mundo estalló en su cabeza. Supo que tenía que ayudarla, no sabía muy bien el motivo, nunca había sido partidario de ayudar a quienes mataban sin sentido. Él mismo era un gran pistolero, sin embargo, jamás había utilizado su destreza con las armas para matar, solo disparaba en caso necesario. Y siempre en lugares estratégicos, con la única intención de derrotar a sus rivales, no matarlos.

Pero solo de imaginar a Grace con una soga en el cuello, se le cortaba la respiración, tal vez ella no había tenido más remedio. De modo que en un arrebato había decidido sacarla del peligro y le había comprado ropa de chico, para que pudiera salir de El Paso sin que la reconocieran, y un buen mustang que fuera rápido por si las cosas se ponían feas.

De hecho, Trevor no entendía el motivo de su comportamiento hacia ella. Había pasado de querer saciarse con su cuerpo femenino a cualquier precio, a querer protegerla a expensas, incluso, de su propia seguridad y anhelos. Quizá fuera por su frustración, o por la soledad que se atragantaba en su cuerpo, o por esa necesidad de hacer algo provechoso en la vida que, de algún modo, le daban el aliento necesario para no pegarse un tiro. Pero la realidad era que no deseaba que a Grace le sucediera nada malo.

No tardaron en llegar al lugar donde harían noche. Allí el curso de río Grande se desbordaba y había creado una especie de meandro abandonado, en cuya orilla había una gran roca y un manchón de arbustos que los ocultaría durante la noche y los resguardaría del frío nocturno. Trevor conocía aquellos parajes gracias a los comanches amigos suyos. El hombre bajó de un salto de su alazán, no así ella, que tuvo que hacer varias maniobras, ya que su cuerpo entumecido le impedía hacerlo con agilidad. Trevor se dio cuenta y la ayudó, ella resbaló por su torso y hubo un instante en que los cuerpos estaban tan pegados que solo un suspiro impedía que los labios se tocaran. Él sintió su aliento cálido y casi palpó el sabor de melocotones madurados al sol. Y es

que aquellos labios le recordaban los sabrosos melocotones de verano, que endulzaban su boca y los sentidos con su pulpa jugosa.

Grace no tardó en separarse de él. Se acercó a las aguas plácidas, se quitó el sombrero y se lavó las manos y la cara. El hombre no podía dejar de mirarla, no estaba acostumbrado a ver mujeres con pantalones. Ella poseía una silueta dulce y esbelta que no podía dejar de admirar; le encantaba como la ropa se moldeaba en su trasero, se preguntó si sus manos se acoplarían de aquella manera suave. Trevor se regañó, expulsando con ello sus calientes pensamientos. La dura evidencia de su deseo le advirtió que no iba por buen camino, lo desviaban de lo verdaderamente importante. El viaje que acababan de emprender estaba plagado de peligros, ante ellos los esperaba el infierno en todos sus matices. Más valdría que, a partir de aquel momento, prestara atención a su entorno si no querían tener problemas.

Antes de girarse, la estudió en un intento por saber más de ella. Se había percatado, desde que habían empezado el viaje, que era una mujer inquieta, de movimientos ágiles y a la vez cautelosos, como si caminara por la vida vigilando a su alrededor. Era fácil adivinar que aquella fémina que contemplaba huía de alguien, tal como había sospechado nada más entró en su habitación de El Paso.

A esas horas el cielo tenía un rojizo intenso, el sol se ponía y el perfil suave de ella, semioscuro por la falta de luz, quedaba recortado en el aire. Ella miraba las aguas, absorta por completo, y sus pensamientos parecían hundirse en la profundidad del río. A Trevor le dio la sensación de que el aliento de la noche empezaba a sumergirla en su oscuridad. De golpe, Grace volteó el rostro, pues notó la mirada de él. Y no se había equivocado, pues tenía sus ojos plomo pegados a su rostro, parecía que la examinaba con verdadero interés.

Sus miradas se solaparon, en la de él había tristeza; en la de ella, dolor, sin darse cuenta ambos se relajaron y se intercambiaron un poco de consuelo, pero solo duró el equivalente al tiempo que tarda una hoja en caer de un árbol. Ninguno de los dos podía dar más.

Después, Trevor buscó entre las alforjas y el zurrón y no cejó en su empeño hasta dar con lo que quería. Inmediatamente después se acercó a ella y le entregó una pastilla de jabón que había comprado para ella. Su aroma le recordaba a los melocotones recién recolectados, un aroma dulce y aterciopelado como el de sus labios de mujer.

—Por si necesitas asearte —dijo él alargándole el presente.

Ella miró la palma abierta de hombre y vio un rectángulo algo asimétrico de color entre ocre y blanquecino. Agarró la pieza con sorpresa, y es que ella no estaba acostumbrada a aquellos detalles y no sabía cómo reaccionar.

—Gracias... —susurró, sorprendida, la mujer.

El primer impulso de ella fue acercarse el jabón a la nariz. Reconoció su perfume a melocotones y cerró los ojos para inspirar un trocito de paraíso. Se sorprendía que Trevor fuera tan considerado y hubiera pensado en algo tan especial como la de ofrecerle aquel detalle tan aromático y femenino.

El hombre se alejó, y ella aprovechó para esconderse entre unos densos nopales<sup>1</sup> que había no muy lejos de la zona de acampada y que ofrecían la intimidad que buscaba; aunque debía ir con cuidado, pues no quería pincharse. Después de atender sus necesidades fisiológicas, se quitó la camisa, botas y pantalones, se acercó al agua; con la ayuda de la pastilla de jabón y con bastante pericia se lavó todo lo bien que pudo en aquellas circunstancias. Después se sintió como nueva y la sensación de frescor alivió algo su cuerpo.

Entretanto, Trevor había reunido un pequeño montón de leña ayudado por un hacha. No muy lejos había visto mezquites<sup>2</sup>, cuya madera era de excelente calidad y les daría mucho calor durante la noche.

Grace salió de su improvisado escondite, y él se dio cuenta.

—Enciende un fuego —pidió el hombre—, y prepara algo rápido de cena mientras yo me encargo de los caballos.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, lo vio alejarse agarrando los caballos por sus respectivas riendas. Grace aún tenía pegada en el cuerpo la dureza de

la jornada, así que sus movimientos eran lentos y algo torpes. Mientras cocinaba unas tortillas con harina de maíz, un poco de sal y agua tibia, las que acompañaría con un poco de fruta seca, observaba de vez en cuando a Trevor. Le sorprendía el amor que ponía al cuidar los animales, a los que había liberado de sus monturas y de sus cabezadas. Los peinó uno a uno, la mujer seguía la suavidad de la mano del hombre resbalar por el pelaje brillante de los équidos. Una punzada se instaló en su corazón, ella veía caricias en aquellos gestos, solo hacía falta mirarlos a los ojos para saber que la complacencia de los animales era total. Nunca nadie la había tocado de aquella manera tan cuidadosa, tan especial y deseó ser uno de aquellos caballos.

Cuando la mujer se dio cuenta del calibre de sus pensamientos, los cortó de cuajo y siguió con sus quehaceres. Aun así, la tentación era grande y no resistió la necesidad de echar miraditas. Vio como Trevor limpiaba los caballos con verdadero esmero con la almohaza, les revisó las herraduras y pezuñas, los acercó al agua para que los animales bebieran, les dio grano que pronto detectaron y se escuchó con claridad como masticaban. Después dejó que pastaran de la hierba que había en lugares húmedos, resguardados de las inclemencias del clima. Grace no entendía como un hombre que había querido poseerla a la fuerza, fuera capaz de mostrar tanto amor, porque lo que acababa de contemplar era amor.

Antes de reunirse ante ella, Trevor buscó un lugar oculto y se aseó. Durante el viaje no habría muchos lugares como aquel, la escasez de agua y zonas totalmente llanas, sin sitios donde cobijarse, eran muy habituales, así que aprovechó. Cuando se acercó al fuego, ella ya tenía la cena lista, había dos platos con sus respectivas raciones. Ya era casi de noche, de modo que la única luz de la que dispondrían a partir de entonces serían las llamas. Trevor se sentó frente a ella, el fuego era lo único que los separaba.

—¿No temes que los caballos huyan? —preguntó ella entregándole su plato con la cena.

Grace miró en dirección a los caballos, los había dejado en libertad, sin

ataduras o limitaciones de ninguna clase. Casi no los veía debido a la noche, aunque los escuchaba relinchar con agrado.

—No.

Trevor siempre tan parco en palabras, y Grace no se conformaba con aquella respuesta.

—¿Acaso les has leído los pensamientos?

El hombre tragó el alimento que masticaba.

—Los conozco.

Grace recordó a Jake, ella también creyó conocer a su marido cuando se casó.

—A veces eso no basta. Siempre te acaban sorprendiendo, y para mal.

A la mujer, la cena, en un principio deliciosa, le supo a rayos y truenos. Bebió agua de su cantimplora a fin de que la ayudaran a tragar la bola de comida que se había formado en su boca.

—Los caballos no son como las personas —declaró él.

—¿Qué quieres decir?

Trevor estaba acostumbrado a la soledad, y verse, de pronto, desbordado por una mujer curiosa lo ponía nervioso. Sin embargo, no se trataba de unos nervios molestos, sino que admitía su agrado a compartir sus pensamientos con ella; le apetecía, y era esa circunstancia la que lo alteraba sobremanera. En el fondo, temía que le gustara demasiado y él sabía que ella, un día u otro, se marcharía, y no quería anidar más tristezas en su corazón de las que ya cargaba. De pequeño se había acostumbrado a vivir solo, pues su padre asustaba a sus pocos amigos con sus malas maneras. Y de mayor se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para cambiar. Solo con Amy había logrado cierta complicidad, pero duró lo que tardó ella en darse cuenta de que amaba a otro.

—Los caballos son nobles por naturaleza, te lo dan todo —contestó el hombre.

—Parece que sabes muchos de caballos.

—Eran mis únicos amigos de pequeño, aprendí a entenderlos, aunque nunca se sabe lo suficiente.

—¿No tenías amigos de pequeño?

Trevor, de ningún modo, le iba a contar nada del niño atemorizado por un padre cruel, ni de la madre que siempre llevaba golpes en el cuerpo.

Grace esperó a que le contestara, sin embargo, él se mantenía oculto en su silencio, y cuando más silencio guardaba él, más crecía la necesidad de saber de ella. Ya habían terminado de cenar, aun así, el calor reconfortante de las llamas los invitaba a calentarse antes de ponerse a dormir.

—¿Hacemos un trato? —preguntó ella, así de golpe, empujada por su curiosidad.

El tono risueño de ella sorprendió al hombre para bien. No pudo evitarlo y su boca sonrió por sí sola. Ella contempló el rostro de él como si recién lo descubriera. Trevor ya poseía una expresión pícaro muy sensual, pero las arrugas que se le formaban al curvar los labios en un arco muy marcado, como en aquel instante, lo dotaban de una belleza masculina que la dejaba sin aliento. Aunque no todo era perfecto, pues la tristeza que inundaba su mirada eclipsaba la felicidad del efímero momento

—¿Qué trato? —quiso saber él.

La mujer se acercó al fuego, extendió las manos para calentárselas, en ningún momento dejó de mirarlo a los ojos.

—Tú me haces una pregunta y yo te hago otra a ti, y nos comprometemos a decir la verdad.

La idea le resultó interesante a Trevor, pero a la vez era un cuchillo de doble filo. Siempre había sido un hombre receloso con su vida privada; consideraba que nadie tenía por qué meterse en sus asuntos personales. De todos modos, se arriesgaría.

—De acuerdo. Empieza tú —aceptó él.

Grace respiró profundo, en el ambiente se respiraba expectación, pues ambos eran dos desconocidos unidos por un capricho de la vida. O quizá no

fuera un capricho, y en realidad el destino los había unido con un propósito. Porque nada sucede por casualidad, hasta la más sencilla de las situaciones tienen un motivo de ser.

—En tu mirada hay mucha tristeza, me gustaría saber el porqué. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha lastimado?

—Has dicho solo una pregunta.

Trevor nunca llegó a imaginar que su frustración fuera palpable a los demás. Solo Pirata percibía su dolor interno e intentaba mitigarlo con su cariño.

—Está bien —se quejó ella—. ¿A qué se debe tanta tristeza?

Pasó un segundo, dos, tres... El repentino chispeo de un tronco en llamas pareció sacar a Trevor del agujero donde había caído con la pregunta.

—A una mujer...

Amy, su amor perdido, regresó a sus pensamientos. Ella había sido la única mujer que le había dado la fuerza suficiente para pensar en el futuro con optimismo. Todo su ser se llenó de nuevo de pesar; bajó la mirada, no quería que Grace se diera cuenta, ya bastante había enseñado sin saberlo.

—¿Era tu mujer, tu novia, que pasó, se murió, o se puso enferma, dónde está?

A Grace le faltaba tiempo para tantas preguntas, incluso se quedó sin aire. Saber que en la vida de Trevor había una mujer con tanto poder la sorprendía. Él era la viva imagen de un hombre extraviado en medio de un Oeste polvoriento; por ese motivo, le hubiera gustado saber más, aunque se quedó con las ganas, pues Trevor la detuvo.

—¡Eh...! Hemos dicho que una pregunta, no seas tramposa. ¿No te han dicho que eres demasiado curiosa?

Ella agachó la cabeza avergonzada con su comportamiento. Se llevó las manos a sus rodillas y las unió por los dedos. Tuvo necesidad de disculparse.

—Lo siento...

—Ahora me toca a mí.

La mujer asintió con la mirada, era su turno.

—¿De quién huyes, Grace? —preguntó mirándola con ojos inquisitivos.

Grace supo que se había metido en la boca del lobo. Su hambrienta curiosidad le había impedido calibrar la inteligencia de su plan. Pero ahora no podía echarse atrás, así que dijo la verdad, una verdad con muchos matices ocultos.

—De un hombre...

A diferencia de ella, él no la avasalló con más preguntas, cosa que la mujer agradeció. Ella se levantó, puesto que era incapaz de aguantarle la mirada, bien sabía que mostraría más de lo que quería. Se alejó, pues quería refugiarse en el negro mate de la noche, o más bien esconderse. A tientas, se acercó a la orilla del agua y miró el negro horizonte. La luna casi había menguado por completo y no aportaba claridad; no le importó, ya que sus emociones no estaban para disfrutar del paisaje por muy bello que fuera.

Trevor ahora sabía que Grace huía de un hombre y supo que el tiroteo de la casa de citas tenía que ver con él. Dejó que ella se tomara su tiempo, dado que él mismo necesitaba de ese espacio para recomponerse. Su interior estaba agitado y supo que era mejor alejarse de ella, pues temía desbordarse por dentro, que el salvaje de sus pesadillas tomara el control y cometiera una locura de la cual después se arrepentiría.

A continuación, el hombre se tumbó en su manta al lado del fuego, su silla de montar hacía de almohada. Si bien estaba cansado, no se permitió descansar hasta que no escuchó que ella se ponía a dormir también. Debido a la cantidad de viajes que, como aquel, había tenido que hacer, había desarrollado un sexto sentido frente al peligro. Como si fuera un animal, prestó atención a su alrededor mientras lo olfateaba, y no, no había peligro por los alrededores, todo estaba en orden. Eso le permitiría dormir con más o menos tranquilidad, ya que no podía bajar la guardia, y menos ahora que debía proteger a Grace. Se tranquilizó al recordar que tenía su Colt, y también las dos armas de Grace. Además, también llevaba un rifle de largo alcance, que solo lo utilizaba para cazar. Sin embargo, bien sabía que en el salvaje

Oeste no había nada que se pudiera dar por seguro, y menos cuando las armas no se utilizaban con inteligencia.

\*\*\*

En silencio, el sol iba apareciendo por el este. Sus rayos se alargaban y alcanzaban la tierra seca cuales besos de bienvenida se trataran. La mañana llegó bostezando esperanza en Grace y Trevor. Después de pasar tantas horas juntos y de las únicas confesiones de la noche anterior, la relación entre ellos había cambiado y había algo más de confianza, si bien el miedo de Grace hacía de barrera y el dolor de Trevor eran pedruscos demasiado grandes que cargaba en su espalda.

Grace limpió los cacharros y guardó las sobras del desayuno, que se comerían durante el trayecto en algún descanso. Mientras, Trevor aprovechaba para afeitarse, la barba espesa le producía calor y el día se presentaba caluroso, a pesar de ser invierno. Todavía les quedaba cruzar una gran llanura de ambiente desértico; si todo iba como Trevor había planificado, pronto estarían a más altitud, entonces el clima cambiaría y las temperaturas serían más soportables. Trevor conocía aquellas tierras y los contrastes climatológicos variaban mucho de un lugar a otro, de modo que se encontrarían con un poco de todo.

El hombre decidió que se detendrían las horas de más insolación y avanzarían en las de menos, sin hacer muchos descansos. Era su manera de no agotar los caballos más de lo necesario, y también para ellos mismos. Un cuerpo descansado daba más de sí en esos trayectos tan largos y pesados.

Por su parte, Grace seguía con su naturaleza curiosa y quería saber las peculiaridades de la zona por la cual viajaban, así que instó a Wind a que se pusiera a la altura de Pirata y se dedicó a preguntarle a Trevor. Grace se enteró de que por allí habían tribus de comanches, serpientes de cascabel — que debía evitar a toda costa— y que, a veces, en las zonas más desérticas se

producían tormentas de arena, mientras que en los lugares llanos eran más típicas las tormentas eléctricas, las cuales eran peligrosas, pues al ser un terreno plano, sin montañas o vegetación donde cobijarse, un rayo podía alcanzarlos con bastante facilidad, eso si los fuertes truenos no asustaban a los caballos y los desbocaba. No obstante, el hombre no se prestaba a conversaciones largas, aun así, se sorprendió varias veces alargarse en sus explicaciones con algún tipo de leyenda o hecho real, pues el Camino de Santa Fe era un trayecto importante que inspiraba a los más imaginativos.

Aunque no diera muestras de ello, al hombre le gustaba conversar con ella; le complacía de una manera que lo relajaba en lo más profundo de su ser. Con ella se estaba dando cuenta de que, desde niño, por miedo o protección, se había dedicado a alejarse del mundo. Con el abandono de Amy, esa necesidad se había hecho vital, prácticamente había vivido solo en cuerpo y alma durante toda su vida. Pero bien valía la pena salir de su cueva solo por ver los ojos chispeantes, abiertos de par en par, y la sonrisa expectante de Grace cada vez que le comentaba algún hecho extraño sobre la condición espiritual de algunos de los chamanes que conocía, cuyas habilidades para entrar en trance y convertirse en animales era del todo reales y mágicas, que solo una persona con fe y sabiduría interior podía llegar a experimentar. Sí, valía la pena vivir un trocito de vida, porque Grace era esperanza en estado puro.

El resto del día fue transcurriendo dentro de una relativa normalidad. A ellos les parecía que la jornada había pasado más rápido de lo habitual, ya que las conversaciones los mantuvieron entretenidos. Trevor era consciente de que pronto deberían pararse para cenar y dormir, así que se desvió del camino para seguir por otro, dado que conocía buenos lugares donde acampar gracias a los comanches. Además, debía hacerles una visita, pues estaban cerca de allí. Su plan era ir de noche, pero a última hora decidió cambiar de plan y acercarse a la tribu al día siguiente. La verdad era que no le apetecía dejar sola toda la noche a Grace, si bien aguantaba el ritmo del viaje con facilidad, ella no conocía la zona y no era prudente exponerla a peligros. Solo

de pensar que le pudiera ocurrir algo malo se le helaba el corazón. Desde luego que también podía llevársela con él, no obstante, algunos de sus amigos comanches eran guerreros jóvenes. Debido a su edad, eran impetuosos y carecían de la sabiduría interior que caracterizaba a los mayores de la tribu. En cuanto vieran a Grace, una hermosa mujer blanca de cabellos de fuego, la tentación los asaltaría; mucho temía que entonces la yegua no resultara un pago atractivo.

Grace y Trevor atravesaron un pastizal bastante largo, en cuyo final había unas cadenas montañosas. Sin embargo, no se quedaron en la zona plana —a pesar de haber vegetación que les serviría de refugio—, sino que cabalgaron ladera arriba por un estrecho camino que serpenteaba. En seguida notaron el cambio de temperatura, allí arriba el invierno hacía honor a su nombre, muy diferente a la llanura desértica. Tuvieron que ponerse sus respectivas chaquetas de ante, y que Trevor había comprado en El paso. Grace se sentía agradecida, pues él había pensado en todo: ropa, calzado, provisiones, caballos, lo imprescindible, y más, para un viaje como aquel; incluso se había acordado de proporcionarle una aromática pastilla de jabón.

Llegaron a un bosque de robles, se adentraron en su interior y Trevor no se detuvo hasta dar con un grupo de piedras que la madre naturaleza había esculpido caprichosamente de tal manera que, con el pasar de los siglos, había creado un refugio a modo de pequeña cueva. Cerca de allí había un arroyo con un caudal muy bajo, pero suficiente para que los caballos y ellos bebieran, se asearan y cocinaran. Por suerte, no había nevado y teniendo en cuenta que estaban en pleno invierno, Trevor consideraba que había sido un golpe de suerte.

No tardaron en acampar, cada cual hizo lo que le tocaba: ella, la cena y él se encargó de los caballos. Ya era entrada la noche cuando habían terminado de cenar. Grace revolvía la brasas del fuego con un palo, tenía una pequeña manta sobres los hombros, que Trevor le había colocado, pues el frío era vivo a aquella altitud. Ella miraba el fuego, buscaba la complicidad de las danzarinas llamas mientras ideaba alguna salida, pues se había dado cuenta

de que Trevor había preparado dos lechos, uno al lado de otro, cerca de la lumbre y bastante protegido de la humedad fría que se vaticinaba en el ambiente aquella noche. Era evidente que quería que lo complaciera; y no podía arrepentirse de un trato que ella misma le había ofrecido.

Por su parte, Trevor estaba apoyado sobre sus codos en una pose relajada y la observaba. Ella llevaba el pelo suelto, se le habían formados unos rizos salvajes que brillaban rojos como rubíes debido al reflejo de las llamas. El hombre reconocía que Grace poseía una belleza hipnotizante. Su nariz fina; sus ojos azules, vivos como la vida en todo su esplendor; sus cejas compactas del mismo color que el cabello, que se curvaban hacia arriba, formando un pico que aún le daban más atractivo al conjunto de su rostro, provocaban un embelesamiento más típico de un conjuro divino. Trevor, esa noche, deseaba a Grace; anhelaba poner en su existencia un poco de aquella magia que se encontraba dentro del alma de ella, y por fin acariciar algo de felicidad con la esperanza de encontrar un poco de felicidad en su propia alma, solo así tendría la certeza de que seguía vivo. Nada impedía que pudiera hacerla suya, se sentía con las fuerzas y con la resolución necesarias para salirse con la suya. Ella no se resistiría, pues había dado su palabra.

—Ven a mi lado, Grace.

Ella dio un leve respingo y salió de su ensoñación. Agarró el palo con fuerza y lo miró sin decir nada, bien sabía lo que quería; lo llevaba grabado a fuego en sus ojos grises. En esta ocasión, su tristeza y melancolía parecían haber sido sustituidas por su deseo de hombre. Sin duda alguna, Trevor era apuesto, sin el sombrero se podía apreciar sus facciones juveniles, solo una barba incipiente le daba el aspecto duro, que no restaban atractivo al rostro, todo lo contrario. Además, el moreno de su piel aún acrecentaba más aquella sensación de hombre salvaje tan típico del Oeste. Pocas veces ella lo había visto sonreír, pero cuando lo hacía, su sonrisa era amplia y sincera. El color ocre de las llamas se mezclaba con el rubio oscuro de su cabello largo hasta los hombros y adquiría un tono luminoso al dorado del sol.

La mujer no pudo evitar mirar hacia los dos lechos que él había preparado

uno al lado del otro, estaba dejando claro lo que quería de ella en aquellos momentos. De hecho, no es que la cogiera desprevenida, ya le había advertido que pretendía aprovechar el viaje.

Trevor, al ver que ella no reaccionaba, decidió imponer su autoridad, la autoridad que le daban las palabras de ella cuando le propuso acompañarlo a cambio de su satisfacción sexual.

—Grace, te he dicho que vengas. —Ella permaneció inamovible en el lugar, él respiró profundo en un intento de calmar el enfado que empezaba a cuajar en sus entrañas—. No me hagas ir a buscarte si no quieres arrepentirte después.

---

1 Planta perteneciente a la familia de las cactáceas.

2 Árbol perteneciente a la familia de las leguminosas. Su copa es densa e irregular.

## CAPÍTULO 5

Trevor no soportaba las mentiras ni la falsedad. En aquellos instantes, tenía la sensación de que ella le había tomado el pelo. Cumplir con la palabra dada debía ser algo intrínseco en cualquier persona. Y ella había dado su palabra.

Grace tragó saliva, estaba fría como un glaciar a pesar de estar frente a una hoguera con unas buenas brasas. No podía moverse, sentía como su miedo la había atado de arriba abajo. Ella sabía que un hombre enfadado era agresivo por necesidad, así que no le quedaba otra salida y se tragó la bola de temor que hacía rato que masticaba. Tiró el palo a las llamas y se acercó a él. Se sentó a su lado; no sabía qué hacer, qué decir, no podía ni mirarlo a los ojos sin que le temblaran los labios, de modo que giró el rostro y se tumbó de espaldas al hombre mientras se estremecía de frío, de un frío peor que el de la muerte.

Ella sabía lo que pasaría. Él la obligaría a darse la vuelta, le diría que era una zorra inútil, la abofetearía, la llamaría estúpida, le propinaría un puñetazo, la desvestiría sin consideración. Y si ella se atrevía a resistirse, la golpearía sin parar hasta que no pudiera moverse del dolor. Después, después le abriría los muslos y la penetraría sin más. La embestiría con violencia, le haría daño, un daño atroz que la partiría en dos. No se detendría hasta hacerla sangrar debido a su crueldad y, cuando hubiera eyaculado, la echaría de allí y la obligaría a dormir en el suelo, sin nada para taparse.

Grace no podía olvidar a Jake. En las noches con Jake. En los insultos de Jake. Aquellos minutos agonizantes en los que Jake la utilizaba, en las patadas de Jake, en sus bofetones, en sus puñetazos, en los días y días que pasaba con Jake, con sus noches violentas y humillantes. ¿Cómo olvidarse de aquello si todavía le hacía daño? Jake... un hombre que le enseñó de lo que era capaz un ser humano en nombre del amor. Y ahora estaba tumbada al

lado de otro hombre que, ciertamente, la trataría de la misma manera.

Los temblores de Grace se intensificaron, y no por el frío, sino que temblaba de pánico, pánico al dolor, a no poder aguantar lo que Trevor le haría. En un acto reflejo, sacó la cruz de madera que llevaba en el cuello, escondida dentro de la camisa, y la agarró como si fuera un salvavidas. Entonces esperó. Y esperó. Pero nada de lo que estaba imaginando llegaba.

Trevor estaba enfadado. Esa mujer lo estaba rechazando cuando había prometido hacer lo contrario. Su sangre bullía en sus venas, su padre volvía al presente para azuzarlo con sus intenciones. Sin delicadeza, agarró a Grace y le dio la vuelta con una violencia inusual en él. Se encontró con su rostro de mujer convertido en pesadilla, una pesadilla largo tiempo vivida. Ella lo miraba abrazada a la oscuridad, apenas había vida en sus ojos. Guardaba silencio, se trataba de una pesada mudez, la misma que habitaba en los campos devastados por cualquier guerra, esa quietud que cubría como un sudario las almas de los que quedaban. Trevor también conocía aquella sensación; el silencio que llegaba después de los gritos de su madre y de las lágrimas de sangre derramadas. Entonces, apenas era un niño al que le habían robado las esperanzas.

De algún modo, él se identificó con ella y se asombró de que fuera así, era como si su alma hubiera entrado en contacto con la de Grace. Aun así, su instinto animal por poseerla hostigaba en sus entrañas y lo quería guiar, sin embargo, por suerte, no pudo atravesar la barrera mental que una parte de él había construido, pues él era ella y no le gustaba ese estado de abandono y terror que su corazón experimentaba. Supo que su madre se sentía de aquella manera cada vez que su padre la violaba y, por lógica, comprendió que Grace huía de un hombre como su padre. Entonces el Cielo cayó sobre él.

Trevor tenía sus sentimientos en carne viva. Casi podía percibir los puñetazos que Grace había recibido en el pasado, y sus lágrimas silenciosas, y sus ruegos contestados con insultos, y su cuerpo humillado y vapuleado por las manos de un salvaje. El hombre empezó a respirar deprisa, todo encajaba en esa mujer: su miedo cuando la conoció y quiso poseerla a la fuerza porque

había pagado por ello. Comprendió el porqué de sus temblores en su habitación del hotel, su desesperación por acompañarlo a pesar de que él casi se comporta como el hombre del que huía. ¿Y acaso ese salvaje también la quería muerta? Sin duda debía ser así, pues ella misma le había dicho que escapaba de un hombre, y ese hombre era su propio marido. Ella había vivido en un infierno, como el de su madre.

Fue entonces cuando él se dio cuenta de que Grace agarraba con verdadera angustia la cruz que colgaba de su cuello. Era la misma angustia que había visto en la habitación de la casa de citas, cuando estaba dispuesto a desgarrarle los pololos y humillarla sin piedad. Empujado por un sentimiento inusual en él, quiso empaparse de aquella fe y esperanza que parecía estar concentrada en la cruz de madera y alargó su mano. Pero se encontró con la resistencia de ella, pues imaginó que se la quería arrancar.

—Por favor, no me quites lo único que me importa —rogó con la voz rota, con su rostro desolado por el dolor.

Cada una de las palabras fue un puñetazo para el hombre. En aquellos instantes se sintió el ser más mezquino del mundo, y una avalancha de sentimientos culpables lo empujó hacia el abismo. Trevor reaccionó: se dejó llevar por el niño del pasado y por el hombre abandonado, y abrazó a Grace con todas sus fuerzas. Y es que todo ese dolor acumulado se había transformado en un gesto nacido del corazón que esperaba que actuara de bálsamo para ella y también para él, pues cuando uno da, también recibe. Porque de toda herida quedaba cicatriz, y las más dolorosas eran las más difíciles de curar, pues eran las que sangraban lágrimas en el corazón. Ella tenía de esas heridas, igual que él.

—Grace... —repitió una y otra vez en un tono susurrante y compasivo—. Mi bella dama... —musitó desde su corazón.

La mujer estaba confundida, nunca nadie le había dicho algo tan bonito como «bella dama». Por un momento se sintió especial y empezó a respirar de una manera inquietante, el aluvión de emociones que experimentó su cuerpo fue demasiado para ella. No pudo contener el llanto y lloró, lloró

lágrimas, una detrás de otra, lágrimas verdaderas, lágrimas de esperanza porque nunca un hombre la había abrazado en cuerpo y alma.

Casi por inercia y por una necesidad apremiante, Trevor se tumbó arrastrando con su gesto el cuerpo de ella. En aquel momento, estaban yaciendo no solo uno al lado del otro, sino que un abrazo cargado de sinceridad, dulzura y compasión los mantenía unidos.

Y así estuvieron toda la noche, atrapados en la ternura de una intimidad silenciosa que los reconfortó a ambos.

\*\*\*

La mañana llegó con el trinar de los pájaros. El cielo era un lienzo celeste preparado para recibir las pinceladas de la vida. Después de lo de anoche, a los dos les resultaba difícil poner en su rostro una expresión indiferente. Apenas Trevor la miraba a los ojos, pues temía que ella sospechara que le había gustado demasiado aquella complicidad, tan alejada de lo sexual que no daba crédito. Por su parte, Grace no podía dejar de pensar en el abrazo de Trevor, y daba por hecho que no volvería a suceder, de igual modo que la lluvia que cae de las nubes no puede regresar más a ellas. Además, poco a poco se fue mentalizando de que nada de lo sucedido había pasado y que debía olvidarlo porque, ¿quién iba a abrazar a una mujer como ella, que no ofrecía nada más que lágrimas de tristeza?

El café hervía en la cafetera que estaba colocada en el fuego. Con la ayuda de un paño, Grace la cogió por el asa y la puso cerca de las brasas para que se mantuviera caliente, abrió un poco la tapa y aspiró; le gustaba deleitarse con el olor a café recién hecho. El tocino frito casi estaba listo y las tortas de maíz esperaban repartidas en dos platos. Mientras, Trevor preparaba a Pirata y a la yegua blanca para hacerles una visita a los comanches.

—El desayuno está listo —le informó ella, se dio cuenta de que su montura no estaba preparada, temió lo peor—. ¿Y Wind? ¿Le sucede algo?

El hombre estaba de espaldas a la mujer, se dio la vuelta e intentó no mirarla más de lo necesario, después de lo de anoche se sentía algo confundido y sorprendido.

—Está bien, solo que tú te quedas aquí.

La mujer se quedó blanca como la espuma, nunca había previsto que Trevor pudiera abandonarla, el miedo de que así fuera la desbordó por completo. Dio un paso atrás, intentaba aguantarse las lágrimas. Se sentía vacía de todo, incluso de la esperanza que anoche había experimentado. El presente le resultó insostenible, su desolación se acumulaba en su pecho. Y todo era por su culpa, porque anoche, por segunda vez, se había negado a complacerlo.

—¿Vas a abandonarme aquí? —preguntó ella incapaz de creerse lo que le estaba sucediendo, si la dejaba allí, encontraría la muerte, quizá hubiera sido más inteligente que su marido acabara con ella de un balazo—. ¿Es por lo de anoche? Lo siento, no volverá a suceder, sé que no he cumplido con mi palabra, pero cambiaré.

A Trevor se le rompía el alma. Ella no sabía nada de la visita que quería hacerle a los comanches, ni del regalo que ofrecía como pago por dejarlos pasar por el Camino de Santa Fe. Se insultó mentalmente, reconocía que era demasiado solitario, no muy dado a las palabras, y se había acostumbrado a hablar lo necesario, pues siempre se escondía en su madriguera de silencios. Y ni él mismo se había dado cuenta de que la soledad en exceso era tan dañina como el alcohol, y no le estaba gustando causar daño a Grace cuando lo podría haber evitado.

El hombre se acercó a la muchacha, tuvo tentación de abrazarla, derramar en ella la tranquilidad que necesitaba, pero se detuvo en el último momento, pues temía experimentar la misma paz que le había proporcionado el abrazo de la noche anterior, un contacto que había dejado huella en su interior, una marca que no se borraría ni con el paso del tiempo. Era un sentimiento que reconocía que no había notado con Amy, y él amaba a Amy, ¿de verdad seguía amando a Amy? Trevor sacudió la cabeza, incapaz de creerse que se

hiciera esa pregunta. No entendía lo que le pasaba; aquello lo ponía nervioso, dado que quería evitar depender emocionalmente de Grace, tal como le había sucedido con Amy. No cometería el mismo error dos veces. Debía verla como una mujer de carne y hueso, nada más. Sin embargo, reconocía que era difícil después de lo que había pasado y de lo que sabía de ella por pura deducción.

—No, no voy a abandonarte, soy un hombre de palabra —comentó él—. Me marchó después de desayunar, pero regresaré antes del anochecer y mañana, tan pronto salga el sol, continuaremos con nuestro viaje.

Trevor vio como ella se tranquilizaba, casi la vio suspirar de alivio.

—¿A dónde vas?

—Estamos en tierras comanches, nadie pasa por El Camino de Santa Fe sin pagar, no querrás que nos ataquen, ¿verdad? Prefiero vérmelas con una manada de bisontes encolerizados que con unos guerreros indios.

Grace entendió y miró la yegua blanca, era un animal precioso y sano, desde luego que era la mejor de las recompensas.

—¿Por qué no puedo acompañarte?

Trevor no quería decirle que no la llevaba consigo para evitar problemas con los comanches jóvenes de la tribu. Una mujer blanca, joven y hermosa como ella, que como incentivo tenía una melena parecida a una cascada de lava; sin duda, era un dulce demasiado tentador. Solo de pensar en otro hombre, comanche o no, cerca de ella se ponía de mal humor. No, no le confesaría nada de eso, así que mintió por el bien de los dos.

—Iré más deprisa si voy solo. Tú puedes descansar, sobre todo, no te alejes, no conoces el lugar y tampoco sus peligros.

Ella asintió. Después desayunaron, Trevor lo hizo apresuradamente; había visto ciertas señales en la atmósfera que advertían de que, quizá, más tarde se gestarían tormentas. Sabía que se estaba arriesgando, pues a aquellas alturas los diluvios podían ser peligrosos, pero no podía postergar más su visita a los comanches; no sería inteligente. De todos modos, decidió que no estaría más del tiempo necesario, solo lo justo para ofrecer su presente y no parecer

maleducado. Ya con todo listo, y antes de montar a Pirata, se puso los zahones para protegerse de los arañazos de la abundante maleza que encontraría por el camino. Inmediatamente después puso rumbo hacia la tribu.

Grace lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista, entonces notó un vacío interior que la sumió en un estado de tristeza difícil de soportar. Se obligó a no sucumbir al llanto y buscó cosas que hacer, así que puso frijoles en remojo que cocería más tarde. Como estaba sola y tenía tiempo, se lavó el pelo y se aseó todo lo que le permitió la poca agua que había, además, estaba helada y no se entretuvo más de la cuenta. Wind, que ya se había acostumbrado a ella, no le quitaba ojo y reclamó su porción de grano cuando consideró que era su hora. Nunca nadie le había enseñado a cuidar caballos, pero estaba aprendiendo solo de ver a Trevor. Él trataba a los animales con respeto y cariño, y ellos, a la vez, le daban respeto y cariño. En cierto modo, Trevor la tenía impresionada; cada minuto que pasaba con él, más se reforzaba su idea de que no era como Jake, tal como creyó en un principio.

Después, sin mucho que hacer, se dedicó a observar la naturaleza. El día era espléndido a excepción de unas nubes que empezaban a espesarse en el horizonte. No quiso darles importancia, pero sabía lo suficiente para deducir que habría tormenta. Su preocupación por Trevor creció, si se desataba un temporal, ella estaría protegida dentro de la cueva, no así él, que andaría cabalgando por una montaña resbaladiza por el agua y el fango. Sin desearlo, su cabeza se llenó de imágenes de Trevor malherido, aquello la puso nerviosa. Dispuesta a no dejar que su mente se desvariara más, se puso a cocer los frijoles. Como se percató de que las nubes del cielo crecían cada vez más deprisa, decidió ir a buscar más leña.

Grace consiguió apilar un buen fajo de troncos para mantener el fuego encendido en el caso de que lloviera durante horas. Le había llevado un buen rato, ya que había tenido que ir de un lado a otro y recoger leños pequeños que habían esparcidos por la zona. Wind entró a la cueva en busca de refugio, empujado por el viento que acompañaba el mal tiempo y por alguna gota que

otra que ya empezaba a caer.

La noche se echó encima sin que ella se diera cuenta, a pesar de estar solo a inicios de la tarde. La culpa la tenían unos nubarrones negros que habían cubierto el cielo. Ya los pájaros no se oían; seguramente habían presagiado el clima revuelto y se habían puesto a cubierto. Sacó los frijoles del fuego, olían muy bien, pero ni eso avivó el apetito de Grace, que parecía haber huido debido a los nervios que empezaba a sentir por la tormenta.

No tardaron en aparecer los relámpagos, a los que les siguieron ruidosos truenos, cuyos estruendos hicieron retumbar incluso el suelo. La lluvia apareció; primero, caía con una calma contenida de aquel que retiene el aliento para exhalar con brusquedad. Después la precipitación se convirtió en una cortina de gotas que caían furiosas del cielo. Apenas se veía más allá de dos metros y pequeños ríos de agua, sucia de barro, empezaron a circular cuesta abajo.

Grace creyó imposible que pudiera llover más, pero la realidad se opuso a sus deseos de que el temporal cesara. La tormenta arreciaba con más violencia de la habitual; y a cada trueno, más crecía su preocupación por Trevor. El ruido de las gotas estrellándose en el suelo, el aullido del viento que entraba en la cueva y avivaban las llamas la ponían nerviosa. Era incapaz de quedarse quieta en un lugar, pues temía que Trevor estuviera en apuros, y su mente ya empezaba a hacerse preguntas: «¿Y si está lastimado esperando a que alguien lo ayude? ¿Y si se ha quedado detenido por alguna riada? ¿Y si se ha perdido debido a la poca visibilidad? ¿Y si...?».

Montones de miedos empezaron a formar montañas en su interior, pues no quería que le sucediera nada de malo, solo de pensar en esa posibilidad su corazón dejaba de latir. Grace se acercó a la entrada, ya que la zozobra y la inquietud no la dejaban respirar, y sintió la necesidad de llenar sus pulmones. El viento sacudió su pelo suelto, parecían hebras de fuego que danzaban con la tormenta. Se fijó que el cielo era una masa negra; las culebrinas cruzaban de nube a nube, cuyos chasquidos eran golpes de látigo en su corazón, parecían tentáculos de pulpos luminiscentes que se cebaban en el ambiente en

su afán de destrucción.

Grace no podía más con su desesperación. A esas alturas cualquier cosa era mejor que quedarse sin hacer nada, temía que a Trevor le hubiera sucedido algo. Miró a Wind, pero no sabía ensillar caballos, y mucho menos tratar con ellos. Ella no era como él, que parecía hablar el lenguaje de los équidos, así que agarró su abrigo y su sombrero. Cuando estuvo lista, salió dispuesta a buscar a Trevor, al poco, quedó mojada de pies a cabeza; y es que caían litros y litros de agua. No sabía por dónde empezar su búsqueda, de modo que decidió seguir el camino por el cual lo había visto marchar.

Grace tiritaba de frío, ya casi no veía por donde pasaba, además, le costaba alzar las botas debido al barro adherido. Reconocía que no había calculado los inconvenientes de salir en busca de Trevor de aquella manera tan precipitada, pero no se arrepentía.

La mujer siguió por una zona donde los árboles estaban lo suficientemente separados para dejar espacio a un camino; supuso que Trevor había pasado por allí. El problema era que ya casi estaba oscuro y ya no se trataba del fango pegado a su calzado, sino que debía asegurarse por dónde caminaba. Seguía lloviendo con intensidad, aun así, los relámpagos le proporcionaban la luz que ella necesitaba para guiarse. Sin embargo, uno de ellos logró alcanzar un roble que tenía cerca, el chasquido fue como el aviso del fin del mundo. Entonces, una lluvia de chispas cayó encima de la mujer, la madera, astillándose con fuerza, resonó en el bosque.

A Grace, el corazón le galopaba deprisa, era incapaz de creerse lo que sucedía, deseando que todo aquello fuera una pesadilla. Parpadeó varias veces a fin de recuperar la visión que había perdido con el chorro de luz que la había dejado momentáneamente ciega. Cuando sus pupilas alcanzaron la normalidad, observó boquiabierto como el árbol se partía en dos y una parte cedía a la gravedad. Tuvo que tirarse con brusquedad hacia atrás para que el tronco no cayera encima de ella.

No obstante, la inercia del movimiento provocó que patinara, y eso sumado a la poca agilidad con la que se encontraba debido a las ropas y a las

botas llenas de barro la precipitaron camino abajo. Solo un árbol algo grande evitó que siguiera rodando, con todo, el golpe que sufrieron sus costillas fue grande y se quedó sin respiración.

Grace estaba mareada, sabía que de un momento a otro perdería el conocimiento. Se quitó el sombrero que milagrosamente se había mantenido en su cabeza; necesitaba el agua fría de la lluvia para recuperar la conciencia. De pronto, un relámpago, que duró más de lo necesario, le mostró que ante ella había una figura oscura con sombrero recortada por la luz del rayo; se alzaba amenazante sobre ella.

A Grace se le cortó la respiración.

—Jake... —dijo ella presa del pánico.

Sobrevivir era lo único que importaba, Grace, aún dolorida por el golpe, gateó por el suelo mojado y lleno de barro en un intento desesperado de escapar de su marido. Lloraba, lloraba y lloraba, lloraba pasado, lloraba cicatrices que salían por sus ojos azules en forma de lágrimas grandes, como los puños de Jake con los que la golpeaba. Con gestos desesperados quiso levantarse, pero no pudo, todo su cuerpo era una bola desmadejada de agua y barro. Se dio la vuelta y vio como tenía al hombre sobre ella y alargaba los brazos para agarrarla. Seguramente antes de matarla la apalearía hasta hartarse.

Grace empezó a golpearlo y a patearlo, ignoró las gotas que se estrellaban en su cara dolorosamente. Gritaba, voces que sangraban resignación, que quedaban escondidos bajo el sonido de los truenos.

—¡Suéltame, suéltame!

—¡Grace, soy yo!

La mujer reconoció aquella voz.

—Trevor...

La respiración de Grace era agonizante, sin embargo, saber que no se trataba de Jake sino de Trevor le dio la tranquilidad que necesitaba. Enfocó la mirada, no veía muy bien su rostro, pues solo era una gran sombra en el ambiente. No obstante, el rayo que destelló en el cielo en ese instante le sirvió

para ver que la cara de Trevor carecía de suavidad, sus rasgos eran recovecos abruptos, cincelados por la furia que el hombre sentía en sus entrañas.

—¿Estás loca? ¡Te dije que no te alejaras de la cueva!

Grace supo que perdería cualquier discusión que iniciara, sin embargo, tuvo la necesidad imperiosa de sacar lo que sentía.

—Salí a buscarte porque estaba preocupada, ¡no quiero que te suceda nada malo!

Las facciones de Trevor se suavizaron en el acto. Saber que ella había arriesgado su propia vida porque estaba preocupada de su integridad era un regalo de la vida. Aun así, ella debía comprender que él sabía lo que hacía y que haría falta algo más que una desbocada tormenta para acabar con él.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —dijo él mirándola con furia a través de la cortina de las gotas gruesas que se desbordaban de su sombrero.

Ella asintió con la cabeza; fue entonces cuando Trevor no pudo evitar sus emociones y la abrazó, por un momento había creído que la había perdido, y necesitaba saber que estaba viva. Ella se amoldó a él, este supo que ese tal Jake debía ser el marido del que huía. Le hubiera gustado preguntárselo, eso y más cosas desde luego; pero no era el momento y mucho menos cuando ella temblaba. Si no entraba en calor pronto, se pondría enferma.

Trevor instó a Grace a que se levantara. La mujer agarró el sombrero, Trevor vio que ella tenía problemas para caminar, era evidente que se había hecho daño, por lo que la ayudó a subir sobre Pirata. Después agarró las riendas y empezó a caminar, el animal lo siguió dócilmente.

Llegaron a la cueva, Trevor puso un montón de leña en el fuego; afortunadamente, la madera estaba muy seca y prendió rápido.

—Quítate la ropa, Grace, antes de que cojas una pulmonía.

El hombre le alargó una manta y, mientras ella se desvestía en una relativa intimidad, él se encargó del caballo. Solo hizo lo necesario y revisó que no se hubiera lastimado, todo estaba en orden y respiró aliviado. Lo premió con un buen puñado de grano; por suerte, en el campamento de los comanches le habían vendido un saco de grano, tanto Wind como Pirata necesitaban de esa

energía para rendir sin problemas el resto del viaje. Inmediatamente después, se puso detrás del caballo para quedar oculto entre sus sombra y se deshizo de sus ropas. Con pericia, se lió una manta alrededor de la cintura.

Cuando salió de detrás del caballo, miró a Grace: se había envuelto la manta sobre los pechos, ella tenía la cabeza gacha, sabía que estaba muerta de vergüenza. Las llamas del fuego lamían la piel desnuda de sus hombros y las piernas de rodilla abajo. Sus tobillos y pantorrillas tenían unas formas suaves que armonizaban perfectamente con su pequeña figura. Toda ella era delicadeza de pétalos de flor. Trevor censuró su mente, pues su virilidad había cobrado vida ante el espectáculo. Se dio cuenta de que ella seguía temblando, así que echó más leña al fuego.

Grace estaba paralizada, con la cabeza gacha, agarraba la manta a la altura del pecho como si temiera que se le cayera al suelo. Trevor se acercó a un bulto —envuelto con lona impermeable— que traía atado a la silla. En la tribu de los comanches había un chamán al que apreciaba mucho. Le gustaba hablar con él, era un pozo de sabiduría, su bondad traspasaba los cuerpos de las gentes, pues cuando estabas cerca de él podía sentirse la gracia divina que le habían transmitido sus dioses. Trevor desenrolló la lona, dentro había una piel de bisonte enorme que el chamán le había regalado. Con su especial carácter enigmático y con una gran sonrisa le había dicho que la necesitaría. Sin duda alguna, la sabiduría de ese anciano comanche iba más allá del presente. En aquellos instante le dio las gracias con la mente, sabiendo de ante mano que de alguna manera lo estaría escuchando.

Trevor preparó un lecho que prometía ser muy cálido. La piel marrón brillaba ante el fuego, el hombre avivó las brasas para que lo calentara antes de tumbarse. Después tendió como pudo las ropas chorreantes de él y de ella para que se secan durante la noche. Por último, se acercó a Grace, ella seguía temblando y afuera la tormenta arrasaba con su furia inusual.

—Necesitas entrar en calor, Grace, acércate.

Ella lo miró de reojo.

—Ya me encuentro mejor.

Trevor sabía que mentía, ella estaba sumida en la gravedad del momento.

—No es verdad, estás muerta de frío, además, te has dado un golpe, lo vi.

Ella seguía sin mirarlo, pues estaba avergonzada y tenía miedo, un miedo atroz, lleno de espinas que rodeaban su cuerpo y laceraban su carne en heridas profundas.

—No ha sido nada —susurró la mujer.

—Mentirosa —dijo con humor, sin ánimo de ofenderla.

Trevor caminó hacia ella, y ella dio un paso atrás, la vio encogerse de miedo, él se detuvo. Comprendió que temía que la golpeará, intentó buscar la explicación en algún comentario o gesto que hubiera hecho sin darse cuenta. Recordaba haberse cabreado más de la cuenta cuando la había visto rodando montaña abajo iluminada por un rayo. Sí, de acuerdo, en aquel momento la hubiera querido zarandear hasta que hubiera entendido que no había sido prudente salir de expedición con ese tiempo. Ella debió leer en su cara la furia contenida y de ahí el miedo que en aquel momento expresaba sin palabras. Sus reacciones no eran otra cosa que las consecuencias del maltrato recibido, desde luego que no la culparía por ello. Demasiadas veces, de niño, había visto a su madre dar respingos de pánico ante cualquier ruido que le recordara a su padre cuando este no estaba en casa.

De hecho, Grace no se había alejado de la cueva por capricho, sino que estaba arriesgando su vida por él, porque creía que estaba en peligro y había salido en su busca. Ciertamente que aquella tormenta era peligrosa, pero otras veces se había visto en situaciones peores y tenía experiencia; no así ella.

—Grace, solo quiero ver si te has roto alguna costilla.

Cuando Trevor vio que la mujer levantaba la mirada y le daba su aprobación con el brillo mágico de sus ojos azules, se acercó un poco más. Con cuidado, palpó por encima de la manta la zona que se había golpeado. Por suerte no tenía ninguna costilla rota, pero los gemidos de dolor que ella no podía aguantar le dieron a entender que el porrazo le dolería unos días. Se prometió ser atento para cuando emprendieran de nuevo el viaje; sabía que no podría cabalgar muchas horas seguidas y tendrían que hacer más paradas de

las necesarias.

—Gracias por salir en mi busca —comentó él—, pero otra vez quiero que me hagas caso, sé cómo arreglármelas.

Trevor pretendía que ella se sintiera segura a su lado.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

—No, no estoy enfadado.

Trevor se preguntó cómo ese tal Jake se había atrevido a golpear a aquella mujer, toda ella era una bocanada de esperanza en un mundo duro y sin escrúpulos. Desde luego que era un pecado imperdonable lastimar a cualquier ser vivo, pero más cruel era hacerlo desde la altura que le daba ser más fuerte que ella. Esa falsa creencia de sentirse superior con alguien asustado e indefenso que no tenía ni un gramo de maldad en el cuerpo. En el fondo, también él se odiaba, puesto que había estado a punto de lastimarla de una manera humillante cuando la conoció en el burdel. Supo que no podría olvidarlo mientras viviera, y eso, desde luego que lo reconfortaba, ya que no quería que su padre —desde el poder que le daba entrar en sus pesadillas— envenenara su sangre de violencia. De ningún modo sería como él. Lucharía siempre contra su recuerdo, dentro y fuera de sus pesadillas.

—De verdad, Grace, no estoy enfadado —confirmó al deducir por su expresión que dudaba.

Grace contempló con adoración a Trevor, Trevor a Grace, eran miradas dulces como el azúcar, ligeras, como las nubes, y fuertes, como las raíces de un centenario roble. El hombre, entonces, posó sus ojos en sus labios que sonreían sinceridad, él pudo advertir los ligeros hoyuelos que se le habían formado. Hasta aquel momento no se había dado cuenta, porque nunca ella le había sonreído con el corazón alojado en su alma. Cada minuto de más que pasaba con esa mujer, más crecía su idea de que ella era magia, una magia que no se veía, pero que se sentía tan hondo que te hacía volar entre estrellas, tal como haría un conjuro divino.

Trevor quería besar a Grace, sus ganas aumentaban a pasos agigantados, esos labios con sabor a melocotón lo atraían de una manera poderosa. Sin

embargo, no quería asustarla y actuó con cautela. Llevó su dedo a aquellos rebordes esponjosos, los acarició con ligereza, como si fuera un susurro. Para su sorpresa, ella no lo rechazó, aquello le dio el empuje necesario.

—¿Puedo besarte, Grace?

La mujer abrió los ojos con exageración.

—¿Besarme?

—Lo necesito...

A Grace le sorprendió que la respetara hasta aquel punto, pues no estaba acostumbrada. Desde luego que el Trevor que tenía ante ella no era el mismo que había conocido en el prostíbulo. Ese nuevo Trevor era especial, un hombre considerado, diferente a lo que había visto y vivido hasta el momento... y al que no le podía negar un beso. Solo se trataba de un beso, un beso que, de pronto, ella también necesitó.

—Sí...

Trevor había besado a bastantes mujeres, incluso a Amy de tanto en tanto le había robado alguno en su afán por sentirla cerca. Sin embargo, a Grace no le quería robar besos, no se conformaba solo con eso. Él sabía que había dos clases de besos: estaban los que se daban con lujuria, esos en los que el instinto tenía el control y por desgracia no dejaban marca más allá del cuerpo físico, porque solo necesitaban ser saciados. Luego existían los que se daban con el corazón; estos eran inmortales, pues se instalaban en el alma y permanecían en el recuerdo para siempre. Él quería darle un beso de esos, un beso que se alojara en el interior de la mujer y en el suyo para saborear en los momentos tristes que toda vida tenía.

Por aquello y por otros tantos motivos que le laceraban el alma por como la había tratado cuando la conoció, Trevor se tomó su tiempo, alargó el suspense concentrado en un ficticio hilo de seda que los conectaba a ambos. Jaló de él con lentitud, ambos se acercaron, tiraron al mismo tiempo y no se detuvieron hasta que la suavidad de los labios se acopló.

Esta vez, fue la esperanza la que cubrió aquellos rebordes necesitados de tanto y, como un caudal de río preñado por las nieves derretidas de la

cumbres, las lenguas se desbordaron en el interior de sus bocas. Y esa tibia humedad inundó de paz la vida y serpenteó en ellos hasta alojarse en sus corazones. Unidos en lo más profundo, se abrazaron como cielo y estrellas; como cuerpos abiertos al deseo para endulzar las sombras, en ese instante no tan oscuras, como ventanas desplegándose que dejaban entrar aires nuevos; como fuegos que avivaban y calentaban sus interiores fríos. Trevor sintió la chispa de la felicidad y ella, la emoción de experimentar por primera vez un beso de verdad.

Se separaron porque sus pulmones reclamaron aire y, mientras recuperaban la respiración, pusieron luz a sus miradas. Ambos sabían que ese beso se había guardado en el baúl de los recuerdos, del beso nada se desperdiciaría, hasta su olor a rocío y su sabor a melocotón cabrían. Y allí se estaría hasta que la tristeza reclamara la alegría de aquel beso.

—Melocotones, sí..., a dulces melocotones —dijo él aún saboreando los últimos ecos del beso.

—¿Melocotones? —preguntó ella sin entender de qué hablaba.

—A melocotones, así saben tus labios, tu boca... A dulces melocotones.

Ella sonrió, una sonrisa melodiosa y espléndida. No pudo evitar sonrojarse de pies a cabeza, pues nunca nadie le había dicho algo tan bonito y ya se estaba convirtiendo en una costumbre. Y le gustaba, y mucho. Sin darse cuenta, se tocó los labios con las yemas de sus dedos, los notaba calientes, tiernos, sacó la lengua y, con la punta, resiguió aquellos rebordes enrojecidos de pasión. Trevor sintió su excitación crecer, nunca una imagen expresó la sensualidad de una manera tan inocente y perfecta a la vez. Desde luego que esa mujer era magia en estado puro.

El hombre buscó distraerse con algo, de modo que se agachó y atizó el fuego, puso un par de troncos más verdes que ayudarían a producir brasas más duraderas. Aun así, su deseo de hombre lo incitaba a que intentara algo más, pero Grace no estaba preparada para recibirlo en su interior, pues el miedo que ella albergaba en su corazón oscurecería lo conseguido hasta el momento. Sin duda quería hacerle el amor, el amor en mayúsculas, y ella

tenía que desearlo tanto como él, por tanto, a Grace le dejaría la libertad para dar el primer paso. No quería ser como ese tal Jake o su padre, ya que del cierto sabía que no se lo perdonaría jamás, actuar como un salvaje lo condenaría al fuego del infierno y a morir por dentro para siempre.

El hombre sonrió en su interior; en El Paso, suicidarse era lo que había deseado con toda su alma, en cambio, en aquel instante, más que nunca deseaba vivir para hacerle el amor a Grace.

Trevor se levantó, se dio cuenta de que Grace se había tumbado en el lecho que había preparado con la piel de bisonte. Él se tumbó a su lado; a diferencia de la noche anterior, ella no le dio la espalda, lucía una sonrisa, sus ojos risueños le pedían que la abrazara, y Trevor así lo hizo, y se pegó a ella tal como se acopla el beso a la boca, la nota a la música, la sonrisa a la felicidad.

Entonces, la tormenta cesó y, con ella, los miedos de ambos mientras sus cuerpos estuvieran pegados. Eran conscientes de que el nuevo día traería consigo las sombras del pasado, pero el mañana aún estaba por llegar y en aquel especial instante solo importaba el presente.

## CAPÍTULO 6

Después de la tormenta llega la calma, una ley de la naturaleza que nunca falla. Las últimas gotas resbalaban por la vegetación y caían en la tierra saturada de agua. Las ramas rotas aquí y allá, y la superficie fangosa, gravemente erosionada por allí donde había circulado el agua como torrentes furiosos, evidenciaba que la tormenta se había encarnizado en el bosque de robles. Quizá lo hizo para demostrar que su poder no tiene discusión allí donde los humanos proclaman a los cuatro vientos que son los reyes. Sin embargo, el tiempo, que todo lo cura, se encargaría de sanar la Madre Tierra con su sabiduría innata.

Implacables, los primeros rayos de sol se encargaron de calentar la tierra empapada de agua. Poco a poco se fueron formando pequeñas nubes de vapor pegadas al suelo. Entonces, al paisaje lo cubrió una pequeña neblina semitransparente, como si fuera un velo, y adquirió el aspecto perezoso que inspira al poeta que ve belleza después de la destrucción.

Trevor hubiera querido emprender la marcha en cuanto hubieran desayunado, sin embargo, las ropas todavía húmedas invitaban a no hacerlo. Escurrieron las prendas, retorciéndolas entre los dos, y las pusieron al sol, que calentaba cada vez más según transcurrían los minutos. Las camisas, pantalones y ropa interior se secaron relativamente deprisa; no así los abrigos que mucho temían que tardaría toda la jornada.

Una vez vestido, Trevor se acercó a un río que había cabalgando al este y pescó dos truchas. Grace los limpió y frió en una sartén con la grasa que soltaron unos dados de tocino, y acompañó el pescado con los frijoles cocidos el día anterior.

Trevor la miraba cocinar. Se dio cuenta de que demasiadas veces se sorprendía observándola, y cada vez con más intensidad. Necesitaba estudiar sus movimientos, adivinar el siguiente gesto, o la sonrisa que le seguiría a

algún comentario ingenioso que él hiciera, algo raro en su naturaleza ermitaña. Pero con Grace estaba sacando aspectos de su propia persona que no sabía que tenía. La culpa la tenía esa chispa de vida que había nacido entre los escombros de la destrucción de su pasado, gracias a Grace. Todo ello henchía su alma de un no sé qué inmenso, de una luz tan brillante que cegaba cualquier otro pensamiento. Y es que, con alegría y pesar, con culpabilidad y naturalidad, admitía que con Amy nunca había nacido esa necesidad; sus pupilas nunca se posaron en ella tal como se posaban en Grace.

Sin quererlo ni desearlo, empezaba a tener a Grace viviendo en sus pensamientos, y en sus pensamientos la hacía suya, la disfrutaba como algo maravilloso y expectante, y lo hacía en silencio y en secreto; porque era la única manera de no salir lastimado. Y le bastaba, ¡claro que le bastaba!, pues en el fondo de su alma sabía que era imposible construir una esperanza con cimientos agrietados por la tristeza.

—¿Otra taza de café? —preguntó Grace agarrando el asa de la cafetera con un trapo.

Trevor volvió a la realidad de golpe. Asintió con la cabeza y alargó su taza. Grace se inclinó y le sirvió; el líquido oscuro salía caliente, emanando gran cantidad de vapor en el proceso. El hombre, en un principio, tenía su mirada clavada en el rostro de ella, pero sus pupilas descendieron cuando la cruz que llevaba ella al cuello, la cual se había escurrido fuera de la camisa al ella inclinarse, quedó a la vista. Trevor miró la pieza con reverencia, esa cruz era la misma que ella agarraba cuando se sentía amenazada, vulnerable a los ataques de otros. Se trataba de un colgante bastante rudimentario, constaba de una cinta de cuero de la que colgaba una pequeña cruz de madera. El hombre nunca había visto una joya más humilde que aquella y no supo qué pensar.

—De modo que crees en Dios... —dijo Trevor.

Aquello sorprendió a la mujer, que levantó el rostro, percibió que él tenía la mirada fija en la cruz. Grace se sirvió otra taza de café, dejó la cafetera en su lugar y se sentó en una roca que utilizaba como silla.

Ella no sabía qué decir, así que fue escueta en la explicación.

—Sí...

—Dios nunca está cuando lo necesitas —soltó con acritud él.

Su dureza era el reflejo de lo desamparado que se había sentido en la infancia, pues nunca encontró explicación a que Dios los hubiera abandonado a su madre y a él. Su fe terminó por diluirse cuando perdió a Amy. Se acordó del padre Glenn, que fue el que lo recibió el primer día que llegó a Santa Fe, en busca del mejor futuro posible para ofrecerle a Amy. El religioso había sido testimonio de su felicidad cuando construía el hogar en el que había planeado vivir junto a Amy. Y también, espectador de su caída cuando esta lo abandonó. El sacerdote le regaló una Biblia y le aconsejó que buscara consuelo en las palabras de Cristo; pero lejos de hacerle caso, lo humilló pisoteando el sagrado libro, insultándolo a él y a su fe, no solo una vez, sino que fueron varias veces las que se desahogó con el pobre anciano.

Grace acarició su cruz, entonces dijo:

—Que no lo veas no significa que no esté. Él está dentro de ti aconsejándote en todo momento. Que no lo escuches no es culpa suya, sino tuya.

Una risa despectiva salió espontáneamente de la boca del hombre.

—Yo no creo en lo que no pueda corroborar con los ojos y los oídos.

—El aire que respiras no lo ves, pero ahí está, llenando tus pulmones, dándote vida.

Trevor alzó una comisura y esbozó una medio sonrisa irónica. Ella lo decía de veras, lo creía así. Sin duda debía haber una explicación para que aquella cruz significara tanto para ella; e intuía que su valor era emocional. De pronto, Trevor necesitó saber el sentimiento que había oculto tras aquella cruz y se le ocurrió una idea.

—Quiero hacer un trato —anunció de golpe él.

Grace giró el rostro para mirarlo de frente, en sus facciones se reflejó una ligera sorpresa, que fue sustituida por una mueca de agrado. Se levantó, dejó su taza sobre la piedra, puesto que el café estaba demasiado caliente, y se sentó a su lado guardando una prudencial distancia.

—¿Qué trato? —preguntó con humor, bien sabía lo que le iba a proponer.

—Tú me haces una pregunta —empezó a decir él, dejó la taza en suelo—, y yo te hago otra a ti, y nos comprometemos a decir la verdad.

Grace no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Oh, si no recuerdo mal, este trato ya lo pusimos en práctica una vez!

Trevor sonrió de oreja a oreja, y ella observó con gracia el aspecto juvenil y pícaro del hombre, y le gustaba, realmente no entendía por qué no sonreía más a menudo.

—Bueno, ¿aceptas o no?

—De acuerdo, ¿empiezas tú o empiezo yo?

Trevor no disimuló su emoción, las ganas de saber de ella crecían como la espuma.

—¡Yo! —se apresuró a decir él.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—¿Quién te regaló la cruz que llevas colgada al cuello?

Grace se llevó la mano al colgante, sorprendida por la pregunta. Su rostro era un lienzo de pinceladas oscuras y temblorosas; agarró con fuerza la cruz mientras miraba ausente el suelo; a duras penas superó el llanto que de pronto le sobrevino.

—El cura Patrick.

La mujer suspiró dolor, alzó la mirada nublada de resignación. Trevor ya no tenía esa sonrisa pícaro que tanto le gustaba, sino que alrededor de sus ojos y comisuras se habían formados unas pequeñas arrugas que mostraban la profundidad de sus pensamientos. Ella quiso estar dentro de su cabeza, investigar sus peros y calmar sus temores más profundos. Supuso que él debía estar preguntándose cómo un colgante de tan escaso valor tenía tanto significado para ella. De algún modo, le apetecía disolver todas las suposiciones erróneas que él pudiera estar meditando.

—El valor de una joya —empezó a explicar la mujer— no se mide por el valor de su material, el valor está en las manos que la crea y en el sentimiento

con que se entrega.

—¿Está muerto? —preguntó, aunque deducía la respuesta, pues había tanta tristeza de los ojos azules de ella que, en sus lágrimas sin desbordar, se palpaba la muerte.

—Sí...

Grace estaba al borde del llanto. El cura Patrick era el hombre más bondadoso que había habido sobre la faz de la tierra; y ella daba gracias al cielo por haberlo puesto en su camino. De él aprendió a no perder la esperanza, a valorarse como un ser único, porque según decía el religioso, cada creación de Dios era única y perfecta. Solo la maldad del ser humano corrompía y malograba lo que había nacido de la semilla del amor.

Grace se sacó el colgante y se lo entregó a Trevor a fin de que lo inspeccionara. En aquella cruz había un trocito de ella y no encontraba mejor manera que la de que percibiera a través de su tacto su significado. Le reconfortó que él sostuviera entre sus dedos el latido de su corazón, porque en realidad se trataba de eso: un latido de agradecimiento de su interior más profundo hacia el cura Patrick, que le dio tanto sin pedir nada. La mujer echó una mirada al pasado, cuando una noche de viento y lluvia, el religioso y ella estaban delante del fuego. Él le explicaba, mientras le esculpía la cruz a partir de un pequeño tronco, que la copa de Jesús también era de madera y que quería que ella tuviera una cruz maravillosa que le recordara los buenos momentos y los consejos que le iba dando.

Mientras, Trevor contemplaba la cruz que sostenía con la palma abierta, miraba más allá de su apariencia y se sintió extraño. Incluso la piel de su mano experimentó una curiosa sensación, como si una fuerza rodeara aquella cruz creada por unas manos gobernadas por un alma bondadosa. La fragancia de la vida llegaba a sus sentidos abiertos y revivía cada parte de él. Todo era paz y tranquilidad.

Trevor nunca había creído en la bondad de los religiosos, pues habían sido muchas las veces que había visto a más de uno corrompido por los pecados capitales. Aunque siempre había excepciones, que sentían de verdad la

llamada de Cristo, y el cura Patrick parecía una de esas personas únicas que caminaban por la vida haciendo el bien, al igual que el padre Glenn y que él había tratado injustamente. Glenn siempre fue un hombre de buenos sentimientos y acciones, y era mucho más de lo que podía decir de él mismo, pues no se sentía orgulloso de haberse comportado como un animal cuando conoció a Grace. Un agravio que cada día le pesaba más en su conciencia, y ahora más al comprobar por sí mismo que esa mujer era una víctima como su madre. Grace era frágil como el llanto, fuerte como el miedo, débil como una caricia, y, sobre todo, mágica, toda ella rebosaba magia.

—El cura Patrick me enseñó a tocar el piano —dijo, de pronto, ella—, a montar a caballo y a leer y escribir.

Trevor le devolvió la cruz, y ella se la volvió a colgar y la colocó en su sitio, dentro de la camisa.

—¿Cómo es que acabaste tocando el piano en un burdel?

—¡Eh, solo una pregunta! Ese ha sido tu trato. Ahora me toca a mí.

«¡Maldito trato!», pensó él. Las ganas de que le explicara sobre su vida se estaban convirtiendo en algo importante y admitía en el silencio de su alma que quería saberlo todo. Y es que conversar largo tiempo con ella se estaba convirtiendo en una necesidad que crecía cuanto más la conocía. De momento le gustaba aquella sensación, y, lejos de reprimirla, intentaría profundizar más con el paso de los días. Como sabía que aquel viaje no duraría eternamente y que, una vez en Santa Fe, cada uno seguiría su camino, decidió poner más de su parte. Así que, preguntara lo que preguntara, se sinceraría desde lo hondo de su corazón, porque si una cosa estaba aprendiendo junto a Grace, era que para recibir había que dar más de lo que uno estaba dispuesto.

—Está bien, pregunta lo que quieras —expuso él.

—¿Quién era ella?

Trevor respiró profundo, empezó a jugar distraídamente con la hierba que tenía a su costado, como si inspeccionara su tacto y consistencia.

—Se llama Amy, y era la mujer con la que quería casarme y formar una

familia.

—¿Y ella te rechazó?

El hombre la miró, podía recurrir a la parte del trato en que se hablaba de solo hacer una pregunta, con todo, había decidido dar para recibir a cambio.

—No y sí. Planeamos casarnos en cuanto regresara de hacer fortuna, sin embargo, se casó con otro, tuvo que hacerlo por el bien de su familia.

—Pero si ella te quiere a ti, tendría que estar contigo.

—No, no quiere estar conmigo, ama a su marido. Y no la culpo, es un hombre bueno que la ama con locura y la hace feliz.

—Lo siento mucho...

—No lo sientas, Amy es una mujer excepcional, ella es muy feliz. Le deseo lo mejor junto a su marido.

—Su felicidad es tu infelicidad.

—La vida nos pone a cada uno en el camino correcto, y si mi camino es este: permanecer solo, me tengo que resignar.

De una manera muy agradable, a Grace le sorprendió la predisposición de él al contarle cosas tan personales. Al mismo tiempo, una punzada de celos parecía cubrirla, y no quería aquel sentimiento dentro de su persona. Trevor era el hombre con el cual siempre había soñado desde niña, cuando estaba recluida en el orfanato. Nunca tuvo nada, siempre le recordaban que ni las ropas que llevaba puestas le pertenecían y que tampoco era merecedora de la poca comida que le daban, que ella se llevaba a la boca con ansiedad, buscando aplacar esa necesidad de hambre con la que convivía día tras día. Solo era dueña de sus sueños y, como una niña con ilusiones, soñaba con un hombre que la amara. Y eso creyó que el cielo le enviaba con Jake. Hasta que se casó y le demostró que el amor era doloroso y humillante. No obstante, se estaba dando cuenta de que había otra clase de amor: uno grande como el cielo y que no hacía daño, como el que Trevor sentía por Amy. Un hombre capaz de sacrificarse como había hecho él confirmaba que su interior era noble y bueno. ¿Qué más se podía pedir en unas tierras duras y violentas?

—Gracias... —agradeció la mujer, no sabía el motivo, pero quería agradecerle que le hubiera dado tanto con aquella conversación.

Trevor no entendió.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por demostrarme que existen hombres buenos.

—No te equivoques, Grace, recuerda lo que pasó cuando te conocí.

—Ese no eras tú, lo sé.

Grace se levantó, agarró los platos y fue a lavarlos. Trevor se quedó en el sitio, mudo por completo; ella estaba en lo cierto, aquella noche, en su interior habitaba su padre, que intentaba envenenarlo con su aliento convertido en recuerdos. Quiso volver a la soledad ermitaña que tanto lo había caracterizado, aquello le daba seguridad, una seguridad que en realidad lo llevaría a tropezarse y a caerse. Y no quería caer de nuevo en la oscuridad, esa que casi lo empujó a pegarse un tiro en la cabeza. De algún modo, supo que esa parte de él había desaparecido gracias a Grace.

Muchas cosas estaban cambiando dentro de él y, sinceramente, nunca llegó a pensar que sucedería. Ni en el más remoto de sus pensamientos creyó que hubiera una esperanza. Después de lo sucedido con Amy había creído que la vida le había dado la espalda.

Trevor giró el rostro y la miró. Estaba arrodillada al borde del arroyo, con las mangas de su camisa arremangadas hasta los codos. Lavaba los platos y la sartén con la delicadeza de la persona que cuida lo poco que tiene porque sabe darle valor. El sol de principio de la tarde se filtraba por las ramas de los robles. Intermitentemente, la luz del día se derramaba sobre ella, le sorprendía la manera en que brillaba su cabello rojizo, que deslumbraba como vivas llamas. Nunca había visto la lava de un volcán, pero sin duda tendría aquella tonalidad espectacular y mágica. Y es que cuanto más la miraba, más crecía su sensación de que aquella mujer estaba hecha de destellos de estrellas, porque solo las cosas mágicas brillaban de aquella manera.

Otra vez el hombre se sorprendió riendo tontamente, una sonrisa que nacía

en el fondo de su alma y que viajaba de arriba abajo contagiando de felicidad cada rincón. Se sintió estúpido, y algo aturdido también, pues cada vez era más el esfuerzo que debía hacer para controlar unas emociones que parecían haber cobrado vida propia dentro de su cuerpo. No quiso darle más vueltas, fue a por los caballos, debía darles su ración de grano, puesto que había que coger fuerzas para el día siguiente cuando emprendieran el camino hacia Santa Fe. No quiso pensar en ello, ya que veía Santa Fe como un final doloroso, el que le esperaba cuando se despidiera de Grace. La idea de no verla más le revolvió el estómago en espasmos dolorosos.

Una bocanada de aire acudió en su ayuda y refrescó su piel caliente de desesperación. Mejor no pensar en ello, mejor disfrutar del presente, y en su presente estaban ella y su magia.

\*\*\*

Los días transcurrieron, amaneceres y atardeceres que se cosían en el corazón de Trevor y Grace, cuyos colores creaban arco iris a modo de puentes. Y es que su relación poco a poco iba cambiando. En Grace había provocado que fuera más espontánea y más curiosa si cabía, sus ganas de aprender eran grandes y veía a Trevor como un pozo de sabiduría. Ella sabía que llegaría el día en el cual se separarían; otra vez estaría sola y tendría que valérselas por sí misma, por ello, cada lección que Trevor le daba, como cuidar un caballo, o buscar el mejor lugar para acampar, o descifrar las señales del cielo para predecir el tiempo... eran asimiladas sabiendo de antemano que aquellos conocimientos, en el futuro, le podían salvar la vida. Sin embargo, la experiencia siempre estaba por encima de la teoría y casi aprendía más observándolo.

Por su parte, Trevor no se quejaba, era más, le gustaba verla curiosa y rebosante de vida. Esas ganas innatas por luchar contra la adversidad, porque sabía que solo así podría salir adelante, mantenían al hombre en un estado de

sorpresa continua. Viajar con Grace estaba siendo gratificante en todos los sentidos, era como respirar aire de las montañas en medio de una tierra árida, sin apenas vegetación y agua, por la cual se veían obligados a pasar. Y es que viajaban por una zona completamente plana que parecía no tener fin, de ambiente desértico bastante agobiante, muy diferente al que habían dejado atrás. Ellos quedaban pequeños, ni siquiera Trevor, un hombre grande y musculoso, podía llenar aquel infinito sobrecogedor. Lo peor de todo era que el horizonte, una línea distorsionada por el calor que desprendía la superficie, parecía una meta inalcanzable.

Era el mediodía, el sol estaba en lo alto, lanzaba sus rayos impecablemente sobre la tierra, y eso se traducía a un ambiente caluroso, bastante insoportable, que agobiaba a extremos inhumanos. Un viento condenadamente caliente corrió galopante por la zona, haciendo notar su indeseable presencia; casi parecía que habían abierto las puertas del Infierno. Grace y Trevor estaban sudorosos, sus pieles brillaban y sus cuerpos se resentían debido a la suma de cansancio y calor. En cuanto pudieran, se detendrían. La oportunidad se dio cuando alcanzaron un peñasco rocoso. Entre dos grandes pedruscos había una sombra; además, tal como estaban posicionadas las rocas, actuaba de embudo y canalizaba el aire, que si bien no era fresco, sí que brindaba un respiro a sus cuerpos calientes y agotados por sol.

Ambos se sentaron en el suelo, se quitaron sus respectivos sombreros y apoyaron la espalda en las grandes piedras. Bebieron de sus cantimploras, agua que les supo a gloria y que los refrescó por dentro y por fuera. La mujer sacó las tortillas de maíz que habían sobrado del desayuno. Estaban algo secas, aun así, se las terminaron conscientes de que hasta bien entrada la noche no podrían volver a comer nada.

—Antes del anochecer llegaremos a un lugar donde hay una laguna de agua —informó Trevor—, no es muy grande, más bien es algo diminuta, pero lo suficiente para podernos refrescar nosotros y los caballos.

Grace imaginó el momento, se vio a sí misma corriendo al agua y tirarse

de golpe, vestida y todo. Casi sentía el líquido pegarse a su piel, aquello le arrancó un suspiro.

—¡Oh, qué larga se me va a hacer la tarde! —se quejó la mujer.

Grace miró al hombre, cuya barba sin afeitar la llevó a pensar en la dureza del Oeste. La imagen que lucía Trevor en aquellos momentos era feroz, como el paisaje. Con agrado comprobó que la chispa del miedo ya no saltaba de sus entrañas al corazón cuando aquella expresión, en otros tiempos, le recordaba a su marido. Había comprendido que Jake y Trevor, a pesar de ser hombres, eran diferentes, tan diferentes que se arrepentía de haber confundido la naturaleza especial y bondadosa de Trevor con la agresiva y déspota de su marido.

—Reconozco que hoy está siendo una jornada dura de soportar —admitió él—. Pronto dejaremos atrás esta infernal tierra, la parte dura del camino ya está hecha.

—¿Cuánto queda para llegar a Santa Fe?

—Una semana, incluso menos.

Una semana..., su eco parecía que resonaba entre aquellas piedras. Grace contuvo el aliento, clavó su mirada en la de él y apretó sus labios, sombras de tristeza acudían ante ella para arrastrarla de nuevo a un mundo sin luz. La mujer creyó estar viviendo el momento más oscuro de su existencia. Ni las palizas de su marido se podían comparar con la realidad de un futuro que se acercaba y que le anunciaba de su pronta soledad, porque otra vez estaría sola... sin Trevor.

Nunca imaginó que la vida le hubiera dado tanto en tan poco tiempo. La complicidad que se había forjado entre ellos era el regalo más preciado que tendría jamás; nada era comparable con lo vivido en las últimas semanas. Trevor le había hecho recuperar la felicidad en la vida, esa felicidad que perdió cuando era una niña abandonada en un orfanato. De pronto, por sus entrañas podía notar aquella vieja sensación, que de niña fragmentaba sus sueños hasta convertirlos en trozos rotos por verse en un lugar donde no la querían y del que no podía escapar. Apenas hacía unos instantes, el calor era

dueño de su cuerpo, en cambio, de pronto, sintió que el frío se había apoderado de su ser. Grace no quiso que él se diera cuenta de su perturbación y desolación que abrían sus venas de arriba abajo, de modo que una sonrisa intentó esbozarse entre los escombros de su tristeza. Pero ya era tarde para sonreír y mucho más para disimular, pues el rostro contraído de él y sus ojos cubiertos de nubes espesas le decían que se había dado cuenta.

—A mí también me gusta mucho tu compañía... Todo de ti me gusta... — murmuró él, casi parecía que había escuchado los pensamientos de ella.

Trevor pretendía darle consuelo, pues había percibido mucho más allá de las palabras. Sin embargo, se dio cuenta de que él estaba en las mismas condiciones, o incluso peor. Con todo, le estaba diciendo la verdad: disfrutaba de ella, de su charla, de sus sonrisas, de su compañía, de esa complicidad tan especial que se había tejido entre ellos con el hilo de la esperanza. Esperanza... Grace le había dado unas alas; apenas empezaba a volar con ellas y el miedo a estrellarse era tan grande como su necesidad de tenerla cerca, por tanto, no diría nada más al respecto. No quería que el dolor acudiera con sus colmillos afilados y lo desgarrara en pedazos grandes, tal como le había pasado cuando Amy desapareció de su vida para siempre. No podría soportarlo de nuevo, otra vez no. De modo que enfocó sus esfuerzos en otra dirección y preguntó:

—¿Dónde irás cuando llegemos a Santa Fe?

Habían pasado tantas cosas últimamente que la mujer no había pensado en ello. Sopesó sus posibilidades: Santa Fe era un lugar bueno para empezar de nuevo, y bastante lejos, por otro lado, debía pensar en Jake. Cada vez era menos el tiempo que tardaba en dar con ella y solo le quedaba una alternativa: ir de ciudad en ciudad y no permanecer el suficiente tiempo en una sola, eso dificultaría el trabajo de Jake de una manera notable.

—Tal vez me quede unos días en Santa Fe y busque trabajo de pianista, después... quién sabe, también tengo la posibilidad de incorporarme en alguna caravana que se dirija a otra ciudad.

A Trevor no le gustó saber que ella acabaría tocando un piano en un

burdel o *saloon*, pues no eran lugares para una mujer como aquella. Y mucho menos le complacía la idea de que se largara a un lugar remoto que la alejara de él para siempre. La rabia afloró en su cuerpo como si se tratara de un indeseable invitado, en su cabeza se amontonó una única suposición. Y es que solo había un culpable para empujar a Grace a llevar una vida que dudaba mucho que a ella le gustara.

—¿Es de Jake de quien huyes? —preguntó entre dientes.

Grace entornó los ojos, su sorpresa era evidente, no solo por la pregunta, sino por la furia que empezaba a cubrirlo, que ella percibía y no entendía el motivo de su enfado. Actuó a la defensiva, más por desconcierto que por otra cosa. Su corazón latía deprisa, casi parecía que corría a galope huyendo del peligro. Ella jamás le había hablado de Jake, solo le había dicho que huía de un hombre.

—¿Jake? ¿Qué sabes tú de Jake? —exigió en un tono algo elevado.

—Me confundiste con él cuando te encontré vagando en medio de la tormenta. ¿Acaso no lo recuerdas?

Grace tuvo que hacer memoria, y Trevor no mentía. Era curioso como el miedo se apodera de los pensamientos hasta el punto de tomar el control de las palabras y acciones y hacerlas suyas. La mujer no quería confesarle que ese hombre era su marido, sabía que la juzgaría, pues cuando una mujer abandona a su esposo, era blanco de todas las recriminaciones posibles por su falta de fidelidad a la palabra dada ante Dios y, a la par, su honor como mujer y persona quedaba seriamente dañado.

Aun así, a Trevor quería confesarle la verdad; él era un hombre bondadoso que merecía todo su respeto, y el respeto se daba diciendo la verdad. Porque en el caso de que le mintiera, su conciencia sería la que se encargaría de juzgarla, cuyas recriminaciones pesarían más que una sociedad criminalizándola por abandonar a su marido. Y es que Jake siempre se había mostrado ante la gente como un hombre de bien, tal como había hecho con ella cuando la ayudó a escapar del orfanato para labrarse un futuro. Apenas era una chiquilla que empezaba a tener cuerpo de mujer, no sabía nada de

hombres, y él lo había tenido fácil para engañarla. Nadie conocía la naturaleza oscura de Jake, esa parte solo la sacaba con ella y en privado.

—Jake es mi marido. Llevo toda la vida huyendo de él.

Nunca unas palabras le habían costado tanto pronunciarlas, pero saber que había hecho lo correcto la liberaban. Esperó que le recriminara su falta de lealtad al compromiso sagrado del matrimonio. Sin embargo, nada de eso sucedió.

—Lo sé —dijo él.

Grace no salía de su asombro. A diferencia del desliz cuando lo confundió en plena tormenta con Jake, esta vez estaba segura de que nunca le había contado que estaba casada y no lograba comprender cómo se había enterado.

—¿Lo sabes? No entiendo...

—Lo deduje. ¿Fuiste tú quien le disparó en el prostíbulo a él y al vigilante?

—¿Y cómo sabes lo que pasó?

—Porque escuché a unos tendedores hablar del tema en El Paso.

—Sabía que me culparían, por eso huí. Pero no fui yo quien mató al vigilante, sino Jake. Solo soy culpable de dispararle a Jake en la pierna, lo tuve que hacer.

—No te voy a juzgar por querer salvar la vida, hiciste lo correcto. Yo te ayudaré, tengo contactos importantes, conozco gente que arreglará tu situación en El Paso. Todos sabrán la verdad.

—Gracias, pero ¿por qué? Otro en tu lugar me vería como una asesina.

Trevor no se sentía con fuerzas para confesarle que su madre había vivido un infierno igual que el suyo, con lo cual había sido fácil adivinar el motivo de sus reacciones y miedos, pues lo había visto en su progenitora siendo un niño. Tampoco quería confesarle que él era fruto de la violencia que su padre descargaba en ella, ya que había sido concebido en una de las tantas noches en las que su progenitor humilló el cuerpo débil y malherido de su progenitora. En realidad, lo que temía era que Grace lo comparara con Jake,

pues un hombre nacido de la violencia llevaba en su sangre la semilla del mal. Ya se lo había demostrado la noche en que la conoció, y a esas alturas no podría soportar que lo mirara con la misma cara de pavor que ponía cuando hablaba de Jake o recordaba su pasado. No quería que las cosas cambiaran entre ellos, que esa profunda compenetración desapareciera sin más, sería como quitarle la miel de la boca, o, peor aún, sería como si lo enterraran vivo.

Como si tales pensamientos hubieran cristalizado en sus entrañas, y más que nunca tomara conciencia de lo que había estado a punto de hacerle a Grace en el burdel, quiso disculparse; no solo porque era lo correcto, sino porque necesitaba su perdón más que nunca.

—Siento haberme comportado como lo hice cuando te conocí. Espero que no me recuerdes como un hombre violento y sin escrúpulos.

—No hace falta que te disculpes, yo, yo... te recordaré por haberme dado un trozo de estrella. —Sonrió, una sonrisa con sabor a melocotones dulces—. Tengo mucho que agradecerte y nada que recriminarte. —Hizo una pausa—. De Jake no me llevé nada; de ti me lo llevaré todo.

—Grace...

Los ojos de ella parecían satén azul salpicados por dos gotas de tinta negra que se agrandaron y brillaron felicidad. Lo acariciaba sin tocarlo. El corazón de Trevor viajó hasta su garganta, casi masticaba sus latidos, no sabía qué decirle, y una fuerza nacida del alma lo empujó a acercar su rostro al de ella. Empezó con un beso tierno, suave, apenas los labios se rozaron; en sus bocas se sostuvo la esperanza tan fuerte que terminaron por unir sus alientos... Beso dulce de zumo de melocotón que sació el deseo y emborrachó los sentidos.

El hombre recorrió las curvas de la mujer con sus dedos, sus manos buscaron sus más tiernos secretos. Desabrochó los botones de la camisa con ansiedad, como quien, muerto de sed, escarba en la madre tierra en busca de un pozo de agua. Todo en ambos era desesperación, pues querían sentirse el uno al otro, ya que habían demasiados anhelos atragantados durante

demasiados días en sus interiores. Y ardieron los cuerpos, hombre y mujer... mujer y hombre que buscaban amarse con todos los sentidos, con el corazón abierto de par en par para que entrara la música de la felicidad.

Trevor no tardó en abrirse camino por entre la camisola y acunó los pechos de ella, sostuvo su peso con la delicadeza de alas de ángel, acarició sus puntas erectas mientras su deseo de hombre ardía de necesidad. Su lengua caliente recorrió la curva sensual del cuello de Grace, su aliento enardecido a la mujer, que pronto notó como sus entrañas se agitaban en vaivenes desesperantes, donde la agonía de algo inexplicable la sacudió de arriba abajo. No entendía qué le pasaba, tampoco entendía el fuego que se había instalado ahí, entre sus piernas, en esa parte de ella que nunca sintió nada salvo el dolor humillante. No pudo con la tormenta dulce que había estallado dentro de ella, porque le gustaba, porque la volvía loca, porque quería más, y lo quería con Trevor, y temía quemarse en el Infierno.

Sin previo aviso, la mujer se separó del hombre, se levantó y puso distancia. A toda prisa se arregló las ropas. Trevor sabía que podía terminar con lo que había empezado, solo sería cuestión de acariciarla más íntimamente y que comprobara en sus carnes la sensación de estar en el paraíso con la persona correcta. Sabía que la mujer que lo observaba, en parte, estaba asustada, sin embargo, el brillo de sus ojos azules eran licor caliente de deseo, nada que ver con el miedo. En el fondo, eso lo hizo sentirse bien y poderoso, ya que de algún modo percibía que sus anhelos por sentirlo eran tan fuertes como los de él mismo. Contempló como ella se daba la vuelta y se alejaba en un intento de buscar un lugar donde ocultarse, no obstante, no había donde esconderse entre aquellas dos grandes rocas, de modo que se quedó detrás de Wind, que era lo más parecido a una pared.

El hombre meditó si acercarse o no, supuso que Grace, en aquellos instantes, necesitaba su espacio a fin de calibrar lo que había pasado con aquel beso y sus caricias. No le quedaría más remedio que reconocer dentro de ella que deseaba más, pues era lo que ocurría cuando los besos y caricias traspasan la barrera de la lujuria para convertirse en algo más intenso y fuerte.

A él también se le estaban removiendo sus entrañas; de su enamoramiento con Amy tuvo un principio que no concluyó en nada, como agua derramada que no fue a ninguna parte, sino a desaparecer en la tierra seca. Con todo, mientras duró, había sido algo bonito, una ilusión que le estaba dando a entender que lo que tenía en aquel momento no era un enamoramiento o un capricho, era algo más, y ese algo más era lo que le producía miedo, miedo a que acabara de la misma manera.

Dejó que pasaran unos minutos antes de acercarse a ella. Después se levantó y caminó, y el ruido de las botas pisando gravilla alertó a Grace. No obstante, le dio vergüenza girar el rostro y enfrentarse a su mirada gris, pues no quería que se diera cuenta de sus mejillas enrojecidas. Y desde luego que no era por el calor del ambiente, que aún seguía adhiriéndose a su cuerpo como aliento que salía de un volcán, más bien, su calentura se debía a que todavía tenía las manos de él pegadas en su pechos y su lengua unida a la de ella danzando pasión. Solo de pensarlo, todo su cuerpo vibraba como el piano que ansía el tacto de unos dedos que lo hagan gritar con las más hermosas notas. Así se sentía ella, como un piano cuya música aguardaba en su interior a la espera del tacto tibio de unas yemas sensibles que supieran cómo tocarlo para cantar primaveras. Lo peor era que nunca se había sentido de aquella manera y no sabía si era bueno o malo. En realidad, siempre había desconocido qué había detrás de unas caricias tan dulces, de modo que nunca las había deseado; hasta aquel momento, un momento que ya había quedado marcado a fuego en su corazón.

—¿Reanudamos la marcha? —preguntó él.

—Sí.

Entonces ella giró el rostro y él quedó atrapado en aquellas chispas de colores que salían de la mirada de ella. Lo curioso era que Grace no era consciente de lo que le provocaba; tampoco podía confesárselo, pues temía que en vez de acercarla más a él la separara. Trevor, inconscientemente, acarició el rostro de ella y aprovechó para dejar más tiempo de la cuenta la mano en aquella piel. Le gustaba tocarla, más que a ninguna otra cosa en el

mundo. Era tan bella, bella por dentro y por fuera, y supo sin duda alguna que, incluso tras la oscuridad de sus párpados cerrados por el sueño, su cuerpo varonil la abrazaría en sueños. Por fin podía asegurar que ya lejos quedaban las pesadillas, aquellas que lo habían atormentado tanto tiempo.

Grace ladeó la cabeza, y él acunó su mejilla; se miraron en silencio y saborearon aquel instante que hinchó el corazón de ambos. Él sonrió, y Grace contestó aquella sonrisa con otra, sus labios de melocotón se alargaron cuanto pudieron, se tensaron al máximo en una esplendorosa curva. Grace notó una sensación de bienestar que quedó atrapada en su pequeño cuerpo. Momentos inolvidables que quedarían siempre impregnando el futuro de aromas a vida, que los alentaría a seguir caminando por la senda del destino.

Y reanudaron el viaje, también en silencio, porque las cosas hermosas se saboreaban en silencio.

## CAPÍTULO 7

Era ya avanzada la tarde cuando el paisaje llano había cambiado a uno más montañoso. No se trataba de montañas con árboles, donde una sinfonía de verdes deleitaba los sentidos, sino que enormes rocas se alzaban a modo de montículos, como si fueran muros. Grandes chollas y chumberas evidenciaban que por allí no llovía mucho, el suelo era una superficie dura cubierta de tierra polvorienta que, de vez en cuando, el poco viento removía dándole formas helicoidales.

Había una pareja de águilas que volaba dibujando circunferencias en el aire, a la espera de que algún roedor se dejara ver. Sus chillidos resonaban entre las rocas y los amplificaban y repetían. A Grace y Trevor no les molestaba, era tan grande la soledad en aquellos parajes que agradecían la compañía. De tanto en tanto, alzaban los rostros y contemplaban el vuelo tranquilo de las aves, su pericia era digna de alabanzas por parte de ambos.

Fue en ese momento que, hacia el oeste, tras un montículo rocoso, Trevor divisó una nube de polvo bastante grande, se detuvo, y Grace hizo lo mismo y miró en la misma dirección que él.

—¿Temes que se haya levantado una tormenta de polvo?

Si bien estaban en un lugar donde las inclemencias atmosféricas de todo tipo se daban cuando menos se esperaba, no era eso lo que le preocupaba.

—No, no lo creo, he visto muchas, y esta no se parece en nada.

El hombre no continuó, pues no quería alarmarla.

—¿Dime qué es lo que te preocupa? Yo también quiero saberlo.

Grace no cejaría en su empeño por saber el motivo, de hecho, su carácter curioso la empujaba a ello. En esos momentos, ya rabiaba de curiosidad, aquello provocó que el hombre sonriera disimuladamente.

Trevor suspiró, en el fondo, le agradaban hasta sus defectos, pero decidió quedarse callado, pues si se equivocaba, le haría pasar un mal rato

innecesariamente, de modo que mejor asegurarse antes de abrir la boca.

Reanudó la marcha, y la mujer lo siguió espoleando ligeramente a Wind, subieron por un camino con muchas piedras que tuvieron que circundar. Por desgracia, Trevor no tardó en confirmar sus sospechas.

—Creo que allí hay un grupo de jinetes —informó él.

—¿Y eso es malo?

—Si llevan malas intenciones, sí.

—¿Bandidos?

—Bandidos, traficantes, renegados... quién sabe.

—¿Qué vamos a hacer?

—Acercarnos sigilosamente y observar si son gente de bien o de mal.

El hombre palmeó la cabeza de Pirata, y este movió los bellos con exageración, casi parecía que sonriera de agradecimiento. La conexión entre ambos era especial, algo que agradaba a Grace, por tanto hizo lo mismo y acarició a Wind, pero el *mustang* relinchó sorprendido e incómodo. El hombre se dio cuenta.

—Wind no sabe que tú eres una persona de corazón noble, debes demostrárselo.

—¿Y cómo se hace?

—Con mucha paciencia, otro día te lo explicaré, ahora debemos centrarnos en continuar el viaje sin problemas. —Dijo esto último con preocupación, su instinto le advertía que podían surgir problemas.

Grace y Trevor se fueron acercando al lugar donde se levantaba una gran polvareda, lo hicieron en silencio y ocultándose, no sabían con lo que se encontrarían y mejor era tomar precauciones. De pronto, escucharon disparos que, debido al eco, parecían cañonazos. Cuando hubieron cesado, percibieron los gritos coléricos de indios.

Ella miró al hombre, cuyo semblante se había tornado más sombrío y duro; era evidente que se preparaba por si las circunstancias lo precisaban. No estaba acostumbrada a verlo tan feroz, y contrastaba sobremanera con su

expresión pícaro e infantil cuando sonreía abiertamente, en aquel instante, escondida bajo una apariencia violenta que impactaba. Cualquiera hubiera pensado que se trataban de dos personas diferentes.

Trevor y Grace se detuvieron tras unas rocas, pidió a la mujer que se quedara allí con las monturas. Él se quitó el sombrero y reptó por el suelo hasta el borde del precipicio, donde contemplaría con total claridad qué había detrás de aquellos gritos y aquella polvareda. Escudriñó a fondo la escena con su catalejo y no le gustó lo que vio.

Había una mujer acuclillada, abatida por la desesperación mientras sostenía el cuerpo de un hombre que tenía una herida de bala a la altura del corazón. Dos indios y un hombre blanco cabalgaban con sus caballos a toda velocidad alrededor de ella. De vez en cuando le disparaban; no parecía que tuvieran intención de matarla, pues las balas se incrustaban en el suelo. Solo se estaban divirtiendo a costa del miedo de la mujer que sollozaba sin parar, incluso a esa distancia Trevor percibía el temblor de su cuerpo sacudido por un profundo llanto.

Trevor debía pensar deprisa, esa mujer necesitaba ayuda, era cuestión de minutos que aquellos locos se cansaran de jugar y violaran a la mujer. Simplemente no podía permitirlo, porque si la dejaba allí a merced de aquellos locos, no sería mejor que ellos y sabía de lo que eran capaces aquellos hombres. Sus cuerpos y ropas sucias, sus cabellos largos, convertidos en estropajos debido a la falta de un buen cepillado, evidenciaban que eran unos renegados de la sociedad, que vivían de espaldas a la ley, incluso las morales. De hecho, ya se había topado otras veces con ese tipo de calaña; eran peligrosos en extremo, ya que solo buscaban saciar sus instintos así tuvieran que lastimar y matar a inocentes. Muchos eran adictos a la bebida, sobre todo, algunos indios que, gracias al hombre blanco, habían descubierto en el *whisky* una manera de soportar la vida. Y lo único que habían conseguido era que los expulsaran de sus tribus. Pensó en coger su rifle, los forajidos no estaban a más de seiscientos metros y, si apuntaba bien, los podía derribar a los tres sin dificultad. Sin embargo, había un problema

mucho mayor, y es que entre disparo y disparo le daría tiempo a que uno de ellos matara a la mujer. No podía arriesgarse, de modo que solo cabía la posibilidad de acercarse hasta el lugar y utilizar su Colt o luchar cuerpo a cuerpo.

Trevor se acercó a Grace, se puso de nuevo el sombrero, después buscó entre sus alforjas y encontró uno de los revólveres que ella le había entregado en el hotel de El Paso tiempo atrás, cuando lo visitó. Revisó el arma y todo estaba en orden, a punto de ser disparada.

—¿La has usado alguna vez? —preguntó él entregándole el arma.

Grace nunca había disparado a nadie salvo a su marido, y había sido para defender su vida.

—Sí... —afirmó con más pena que gloria, pues no se sentía orgullosa.

Trevor sabía que no le mentía, pues, según la conversación de dos tenderos en un comercio de El Paso, había sido ella la que había matado al vigilante del burdel y herido a un cliente en la pierna, seguramente, su marido. Pero no la iba a juzgar por ello, bien sabía que una muchacha en el Oeste, si no tenía la protección de un hombre, debía apañárselas como podía. Sobrevivir en aquellas tierras era mucho más duro para una mujer sola que para un hombre.

—Hay alguien que necesita mi ayuda —expuso él—, quédate aquí y escóndete, cuando haya terminado, vendré a buscarte y, si alguien que no sea yo viene en tu busca, le disparas y lo envías a purgar sus pecados.

Grace asintió con la cabeza, sus pupilas extasiadas dejaban a la vista una mente llena de preguntas, sin embargo, era consciente de que cada segundo era vital.

Trevor hubiera querido llevársela con ella, tenerla a la vista y protegerla de cuantos quisieran lastimarla; pero lo más inteligente era dejarla ahí, pues estaría más segura. Además, había muchas posibilidades de que no saliera vivo; de pronto se imaginó a Grace sola y desamparada en aquellas tierras. Ella no conocía el trayecto por el cual debía pasar para llegar a Santa Fe, solo sabía que debía cabalgar hacia el norte; con todo, el trayecto no era recto y

había que desviarse en algunos lugares. De algún modo, la estaría sentenciando a muerte, aquella sensación lo puso nervioso. Se dio cuenta de que tenía que salir vivo costara lo que costara, la vida de Grace estaba en sus manos.

Echó un vistazo a su Colt plateado, acarició sus iniciales grabadas en la empuñadura como una manera de insuflarse fuerzas. A decir verdad, no le gustaba la violencia y, por desgracia, esa palabra era sinónimo de bala. Nunca había disparado a matar y podía decir con orgullo que jamás había causado la muerte a nadie. Para defenderse, siempre disparaba a lugares no vitales con el fin de debilitar a su oponente. Por ello, desde joven aprendió todo lo que se necesitaba saber para ser un buen pistolero, se había ejercitado durante años y había conseguido hacerse un nombre como uno de los mejores disparando. Así que más que nunca debería recurrir a su pericia para salvar a la mujer que aquellos locos estaban maltratando y, al mismo tiempo, no morir en el intento y no dejar desamparada a Grace. Esta vez, reconocía que si las cosas no salían bien, no le quedaba otra alternativa que disparar a matar.

El hombre la besó en la boca, lo justo para darle a entender que se marchaba para volver vivo y sano. Eso la tranquilizó, no dejó de mirarlo mientras se subía a lomos de Pirata con una agilidad magistral, era consciente de que cada minuto valía más que el oro. Lo vio alejarse y, cuando lo perdió de vista, se sentó abatida y triste, se llevó la mano a su cruz, esa que la protegía de todo mal. Empezó a rezar, no para que la mantuviera a salvo, sino para que Trevor regresara junto a ella sin ninguna herida.

Trevor había llegado al lugar con el sigilo de una serpiente y con la inteligencia de un puma. Había dejado a Pirata más atrás, oculto, con la intención de que cuando silbara el animal fuera hacia él y lo montara de un salto. Estaba detrás de una roca, boca abajo, y echó un vistazo: no muy lejos había un carromato sin sus respectivos caballos y al que le faltaba una rueda; la lona lucía una buena rotura. Supuso que se trataba de un matrimonio que había emprendido camino a un futuro mejor y se habían encontrado con lo contrario. Dudaba mucho de que el hombre, que la mujer sostenía contra su

cuerpo en busca de consuelo y protección, estuviera vivo. Trevor miró el suelo y vio señales de arrastre. Solo cabía la posibilidad de que los équidos, asustados por el ajetreo y los tiros de sus perseguidores, se hubieran desbocado, como resultado había provocado que la viga central del vehículo y el eje que sujetaba la rueda delantera izquierda se rompieran. El hombre oteó a lo lejos por donde deducía que los animales, al verse liberados, se habían escapado; seguramente empujados por el miedo.

Sin duda, el factor sorpresa era su mejor baza, y aquel carromato destartado le serviría para sus propósitos. De todos modos, debía actuar con inteligencia, siempre buscando el resultado que requiriera menos violencia, pues tampoco quería asesinar a nadie si podía evitarlo. Solo en caso necesario dispararía a matar.

Después, puso atención a los asaltantes, de lejos había percibido que eran unos pobres desgraciados, que gastaban sus vidas en vicios, unos vicios que no los llevarían a ninguna parte, solo a morir más pronto que tarde, aun siendo jóvenes. Quién sabía dónde caerían sus cuerpos sin vida cuando llegara el momento. Quizá ni tan solo recibirían sepultura y los buitres harían buena cuenta de ellos. Un triste final para hombres que podrían haber hecho mucho, pues se los veía fuertes y sanos a pesar de su descuidado aspecto.

De todos modos, no pudo evitar maldecir entre dientes. Más valía que los dejara lo bastante heridos para que no pudieran cabalgar durante mucho tiempo, impidiendo, de esta manera, que los siguieran, pues el tórax de sus monturas era ancho y las patas largas, con lo cual les permitiría cabalgar grandes distancias en poco tiempo y podrían darles alcance con rapidez. Además, dichos animales parecían estar bien alimentados, algo que no entendía dadas las condiciones deplorables de sus jinetes. Era fácil llegar a la conclusión de que aquellos équidos habían sido robados hacía muy poco tiempo.

Trevor observó a sus adversarios, uno por uno, con ojos de cazador, necesitaba hacerlo para saber a qué atenerse. En sus cuencas, los ojos se movían desordenadamente debido a que sus cuerpos estaban saturados de

alcohol; eso era una ventaja para él, dado que no tendrían buena puntería cuando empezaran a dispararle. De pronto, los tres se detuvieron y empezaron a hablar entre ellos, la mujer seguía abrazada al cadáver de su marido, incapaz de reaccionar. Trevor aprovechó para acercarse al carromato a zancadas grandes, sin que lo vieran. Por suerte, al estar más cerca, los podía escuchar. Sin embargo, no los entendía con claridad, ya que las palabras estaban tan ebrias como sus dueños. De sus bocas salían marañas sin sentido, solo por sus torpes movimientos y risillas dedujo que sus intenciones con respecto a la mujer no eran buenas.

No se lo pensó más y, escondido entre los restos de la lona echada casi a perder del carromato, apuntó a uno de los hombres, su intención era dispararles uno por uno en las piernas, dejarlos indefensos en el suelo y desarmarlos.

Todo fue muy deprisa, solo un puñado de segundos bastó para que el plan de Trevor no saliera bien...

\*\*\*

Grace seguía rezando, pero los nervios se habían apoderado de ella y las palabras salieron a trompicones por su boca cuando le dijo un sinsentido de frases a Wind. El équido movió los belfos y las orejas con gracia, y ella lo interpretó como una mofa. Se regañó mentalmente por hablar con el caballo, pero se lo había visto hacer a Trevor y a él le daba resultado. Era evidente que no entendía como él de caballos, así que lo dejó estar.

La desesperación de la mujer era grande, pero no podía tranquilizarse, pues la vida de Trevor, quizá, estaba en peligro, y ella se sentía inútil por no poder ayudarlo. No se detuvo a pensar en nada que no estuviera relacionado con Trevor y su vida, así que, sin más, se acercó al precipicio, tal como lo había hecho él, reptando por el suelo. Se asomó solo lo justo para no ser vista, desde allí arriba tenía una buena perspectiva, y contempló la escena con

horror. Había una mujer en apuros por culpa de dos indios y un hombre blanco. Trevor pretendía ayudarla y se había escondido entre un carromato destrozado. Vio como disparaba a los dos indios, que se desplomaron rápido al suelo gritando como posesos por las heridas de sus respectivos muslos, pero el otro asaltante había reaccionado y ahora tenía a la mujer agarrada por el cabello, con el cañón de su pistola encañonada en la sien. Amenazaba con matarla si Trevor no lanzaba la pistola al suelo.

Grace empezó a temblar. Bien sabía que ese hombre dispararía a Trevor en cuanto quedara desarmado. Ni tan solo reflexionó en las consecuencias; en su mente solo había la certeza de que debía ayudarlo, aun a riesgo de poner su vida en peligro. Corrió hacia su montura, puso el pie en el estribo y montó en un abrir y cerrar de ojos. Instó a Wind a que girara sobre sus patas traseras y espoleó al animal en sus flancos. Además, lo urgió con las riendas a fin de que entendiera la orden de cabalgar tan rápido como el viento. El équido respondió y mantuvo un galope veloz, sus pezuñas herradas pisaban con fuerza la tierra levantando nubes de polvo a su paso. Cuando llegó abajo, y mientras se acercaba a galope tendido, Grace contempló espantada como Trevor lanzaba su pistola al suelo, incluso a aquella distancia distinguió la tensión con la que realizaba la acción. Solo era cuestión de segundos de que lo tirotearan, y él lo sabía.

La escena era realmente surrealista, Trevor no daba crédito. El forajido gritó a sus compañeros de juerga para que agarraran a Trevor mientras seguía apuntando a la desconocida. Sin embargo, los dos indios poco podían hacer para ayudar a su socio; estaban aún más borrachos que él. Reían estúpidamente, pues intentaban levantarse y, debido a sus lesiones en los muslos producidos por los disparos certeros de Trevor, caían al suelo como sacos de patatas, aquello les divertía. Era tan grande la concentración de alcohol en la sangre que estaba actuando de anestesia.

Ya estaba atardeciendo y una mezcla de anaranjados y añiles empezaban a cubrir el horizonte. Grace no sabía qué hacer y lo único que se le ocurrió fue sacar su revólver y disparar al aire en un intento de desviar la atención de los

asaltantes, a fin de que Trevor pudiera recuperar el arma. El forajido se sorprendió al escuchar el tiro y, en el momento que giraba el rostro para ver a su atacante, Trevor ya se había tirado al suelo y agarrado su Colt. Quedó demostrada su agilidad y seguridad, a pesar del escaso segundo del que disponía para poner a Grace y a la desconocida a salvo. Primero, le disparó en la mano que llevaba el arma y, después, en el muslo. Corrió hacia la desconocida y la apartó del agresor; miró seguidamente a Grace, fue tal la alegría que experimentó, que la necesidad de abrazarla, de palpar con todos sus sentidos que no le había sucedido nada, afloró en lo más hondo de su ser. Se conformó con suspirar de alivio; de todos modos, merecía una reprimenda por no hacerle caso, de la cual no se iba a librar, eso lo tenía claro.

Trevor miró a la desconocida, en aquel momento, como ella estaba de pie, se dio cuenta de que era muy joven y que estaba embarazada, no de mucho tiempo, pero el abultamiento de su vientre evidenciaba su estado de gestación. Tenía una parte de la cara ensangrentada, al igual que su vestido ocre.

—¿Está bien, señora? —le preguntó; la aludida asintió con la cabeza—. ¿Y la sangre de la mejilla?

La individua se llevó la mano a la zona y, cuando contempló sus dedos ensangrentados, casi se desmaya. Trevor acudió en su ayuda y la sostuvo con su brazo rodeándole la cintura.

—Es de, de mi marido...

La mujer quiso correr hacia el cuerpo de su esposo muerto, sin embargo, Trevor se lo impidió, ella se echó a llorar desconsolada.

—Ocúpate de ella —pidió Trevor a Grace, ésta se acercó a la desconocida y la abrazó, dejó que desbordara su pena sobre su hombro—. Luego, tú y yo tenemos que hablar, y muy seriamente —aseveró mirando a Grace.

El tono autoritario con que dijo esto último puso en alerta a la mujer. En la punta de su lengua se sostenían las preguntas que la llevarían a descubrir el motivo de su enfado. No obstante, era consciente de que no era el momento, la tensión sufrida estaba por encima de las demás necesidades; había que

seguir adelante y mantenerse vivo fuera de aquella escena de violencia y sangre. Con todo, adivinaba que su irritación se debía a que, otra vez, sí, otra vez, no le había hecho caso en su petición de quedarse en el lugar seguro donde él la había dejado. Pero ¿acaso no era consciente de que solo pretendía ayudarlo?

Sin embargo, ya habría tiempo para preocuparse; en aquel momento, urgía ocuparse de la mujer.

—¿Cómo se llama? —preguntó Grace a la desconocida.

Antes de contestar, se limpió las lágrimas con la manga de su vestido.

—Soy la señora Murray, me llamo Teresa Murray.

—Yo me llamo Grace Sten.

Hechas las presentaciones, Grace se dispuso a asear un poco a la mujer. La falta de agua impidió que lo hiciera como convenía, así que se tuvo que conformar con un pañuelo que humedeció con el agua de la cantimplora, con el cual limpió su rostro ensangrentado. A continuación, ambas mujeres se acercaron al carromato destartado, el baúl de Teresa se había volcado y la tapa se había abierto y todo el contenido se había desparramado por el suelo del vehículo.

Grace escogió un vestido limpio, el más holgado que encontró dado que debía cubrir su vientre algo abultado. La falda de la pieza era de un verde oscuro y el cuerpo, de un tono más claro. Teresa se cambió, y Grace le ayudó a peinarse el cabello moreno, le hizo una trenza que recogió en un moño. Fue entonces cuando Grace se dio cuenta de la belleza de Teresa; a primera vista impactaba, supo que cualquiera quedaría embelesado con sus ojos, que eran de un verde intenso, como prados cubiertos de rocío. Su piel se asemejaba al blanco de la porcelana más fina y sus facciones eran tan suaves y delicadas que hacían resaltar unos labios pequeños y carnosos, casi parecían que habían esculpido un beso en aquellos rebordes esponjosos.

De pronto, Grace se sintió la mujer más fea del mundo, se quitó el sombrero y se dio cuenta de que su pelo tenía el tacto de la hierba reseca debido a la jornada calurosa y polvorosa que Trevor y ella habían soportado.

Miró, desde su perspectiva, su aspecto: llevaba ropas masculinas, nada estilas, y que acrecentaron más su sensación de estar horrible; además, estaban muy desgastadas debido a los días y días que llevaban de viaje. Necesitaba un baño, un buen peine, un bonito vestido y ser más hermosa, y lo último jamás estaría a su alcance. Se obligó a no pensar en ello, pero cuando volvió a mirar a Teresa, le fue imposible, realmente era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Mientras, Trevor obligó a los tres asaltantes a que montaran sus caballos; cuando lo hicieron, él los amenazó, subrayó la palabra «matar» varias veces. Debía quedarles claro que si se atrevían a cruzarse en su camino, no tendría compasión y les dispararía directo al corazón. Se marcharon conscientes de que decía la verdad, a pesar de estar borrachos. Además, una vez que se les pasara el efecto del alcohol y rabiaran de dolor por sus heridas de bala, se darían cuenta de que cumpliría con sus amenazas.

Trevor esperó a que solo fueran tres puntos lejanos en el horizonte para acercarse a las mujeres. Grace estaba de rodillas frente a una Teresa que reposaba sentada en una roca, tenía la cabeza gacha mientras aferraba las manos de aquella. El hombre se quedó detrás de las chicas.

—¿Cómo está? —preguntó él.

Su compañera de viaje se levantó y lo miró.

—Afectada, no es para menos —contestó con pesar, sabiendo que la muerte de un ser querido había que llorarla hasta quedarse seca, como le había pasado con el cura Patrick—. Necesita tiempo.

Fue entonces cuando Teresa se levantó, a pesar de su tristeza, su belleza resplandecía bajo el sol del atardecer como algo etéreo. Trevor se quedó sin aire, jamás había visto beldad como aquella, era una flor convertida en mujer, pero nada más surgió en su interior salvo la admiración de contemplar una mujer bella. Al mismo tiempo, manojos de decepción se posaron en el corazón de Grace al observar que Trevor había quedado prendado por Teresa. No le podía recriminar nada, pues Teresa era una mujer que deslumbraba, no como ella. Si hubiera podido, se hubiera escondido bajo tierra para sanar su

desolación.

—Aún no le he dado las gracias, señor... —empezó a decir Teresa.

Hasta su voz era melodía de ángel, dichosa ella que parecía haber acaparado los ojos plata de Trevor, cuyas pupilas abiertas no se apartaban de Teresa. Y Grace, a cada minuto que pasaba, se sentía más imperfecta.

—Trevor Jenkins.

Él alargó la mano, y ella hizo lo propio, Trevor se la besó como lo haría un caballero.

—Señor Jenkins, me llamo Teresa Murray, nos hemos conocido en unas circunstancias terribles...

Trevor la interrumpió.

—Por favor, llámeme Trevor.

Ella asintió con un gesto casi imperceptible de cabeza.

—De acuerdo, si tú también me llamas Teresa. Quería darte las gracias...

—Tuvo que detenerse, pues las lágrimas afloraban como espinas en sus ojos —. Has salvado la vida de mi hijo y la mía, gracias, estoy en deuda contigo.

Trevor miró de reojo el cadáver del suelo.

—Siento no haber llegado a tiempo.

La mujer contempló al hombre tendido en el polvoriento y seco suelo, se llevó las manos a su vientre.

—Es, es... era mi marido, llegamos de Irlanda buscando una vida mejor... Charles, mi querido Charles, ¿qué voy a hacer ahora sin él?

No pudo continuar, se abrazó a Grace en busca del calor y consuelo humano y lloró a lágrima viva. Trevor maldijo los tres hombres a los que había perdonado la vida, aun así, sabía que había hecho lo correcto. Cualquiera otra decisión habría sido ser igual que ellos, y si alguna vez mataba a alguien, que fuera porque de verdad no le había quedado alternativa. Tal vez, si hubiera llegado antes, hubiera tenido que disparar a matar para salvar al marido de Teresa. Trevor negó con la cabeza... la palabra matar le revolvía las tripas.

—Teresa, necesito saber si había más gente con vosotros —solicitó Trevor—. Porque si es así, quizá necesiten ayuda.

La mujer se limpió las lágrimas con las puntas de sus dedos, un suspiro de dolor brotó de sus labios. Teresa negó con la cabeza.

—No, no hay nadie más viajando con nosotros. Reconozco que nos equivocamos al escoger viajar solos en vez de hacerlo en la seguridad que da una caravana. —Se llevó las manos a su vientre—. Pero me quedé embarazada y Charles no quiso esperar. Y ahora, ahora...

Su voz diluyó debido al llanto.

—No te tortures —la calmó el hombre—. La gente también muere asesinada en caravanas debido a ataques de bandidos o indios.

En realidad, Trevor intentaba no hacer más leña del árbol caído. Supuso que la juventud de la pareja, la poca experiencia y llevados más por sueños que por razonamientos les había jugado una mala pasada. Había sido una temeridad hacer el Camino de Santa Fe solos, expuestos a todo y todos. Sin duda, en la seguridad y recursos humanos que proporcionaba una caravana hubieran tenido muchas más posibilidades. Aun sabiendo la verdad, se la guardaría para él; no deseaba causarle más dolor a Teresa del que llevaba encima.

Trevor y Grace buscaron un lugar recogido, por aquello de encontrar la paz, solo así la muerte liberaba el alma. Improvisaron una tumba, pronto sería de noche y no tendrían oportunidad. Con la Biblia en la mano, Teresa le dio sepultura con todo su amor y con la promesa de que con el tiempo se volverían a encontrar en el Cielo.

## CAPÍTULO 8

Trevor inspeccionó la zona, pues ya no había tiempo de acercarse al lugar previsto en un principio por él, ya que la noche se cernía sobre ellos y Teresa no estaba en condiciones de emprender la marcha en aquellos momentos. Encontró un lugar entre unas rocas y unos matorrales y montó un campamento. Él se encargó de los caballos, Grace preparó la cena, como era de esperar, Teresa no quiso probar bocado, pero cuando se le recordó que debía pensar en su hijo aún por nacer, claudicó y se comió lo que había en su plato. Después se puso a dormir, aunque intentó que no se la escuchara, se oía su llanto desgarrado y se quedó dormida, agotada de tanto llorar.

Entre tanto, Grace y Trevor estaban frente al fuego, acababan de cenar y, antes de ponerse a descansar, saboreaban una taza de café al que le habían echado un chorro de *whisky*. Trevor no había encontrado ningún momento para darle su reprimenda, la contempló de reojo. Con ropas masculinas y con el pelo pelirrojo enmarañado tenía un aire a fierecilla salvaje que lo excitaba, se preguntó si podría regañarla sin que su tono de voz delatara su deseo. Aun así, debía advertirle, de modo que se levantó, dejó la taza cerca de las ascuas del fuego para que no se enfriara y se sentó a su lado, pues no quería despertar a Teresa.

—Hoy te arriesgaste demasiado —comentó—, te dije que te quedaras allí arriba hasta que yo fuera a buscarte.

Grace se removió en el lugar, notaba el calor del cuerpo de él pegado a su costado y se estaba poniendo nerviosa. Pero no era un nerviosismo como los de antes, que iba acompañado de miedo, este era de otra naturaleza, pues en su interior crecía una necesidad que la apabullaba en exceso. Y es que no temía a Trevor tal como temía a Jake, eso había quedado atrás con los tantos días de viaje y convivencia. Dejó la taza en el suelo.

—Lo siento...

—¿Que lo sientes? Eso no basta, Grace, te pusiste en peligro y no era necesario.

La mujer apretó los labios, si bien en un principio no tenía intención de decir nada salvo disculparse, ahora las ganas de defenderse pudieron con ella.

—Que yo sepa, eras tú el que estaba en peligro, en realidad, mi imprudencia te salvó la vida.

—Lo tenía todo bajo control.

Grace deseaba gritarle, revelarse, pero Teresa, cerca de allí, al lado de unos matorrales, parecía dormir tranquilamente, así que se obligó a disminuir su tono hasta convertirlo en un susurro.

—Pues no lo parecía.

—Que no lo pareciera no quería decir que no tuviera la situación controlada —murmuró con dureza.

Grace se levantó con enfado, se alzó cuan larga era, puso sus manos en las caderas como si lo desafiara.

—¡No sé... me dio esa impresión! —Disminuyó su tono cuando se dio cuenta de que gritaba—. Además, no vale la pena hablar más del tema, estamos bien, ¿no?

Trevor no contestó. Oh, Dios... las llamas del fuego iluminaban el rostro de la mujer y en sus ojos vivarachos y azules brillaba la cólera, sus cejas seductoras se habían arqueado, cuyo punto de altura se alzó hasta su tope, todo junto había creado una expresión más típica de una pantera que luchaba por la supervivencia. La hombría del hombre creció hasta el punto de causarle dolor, nunca llegó a imaginar que un enfado fuera tan y tan seductor. No pudo reprimirse, se alzó y, sin previo aviso, se abalanzó sobre los labios de Grace como si estuviera muerto de hambre, la besó con la misma dureza con la que momentos antes la había regañado. Grace en ningún momento dio señales de rechazo, todo lo contrario, se abrazó al hombre, dejó que su lengua penetrara en su boca y que le mordiera ligeramente los labios, que la devoraba, y cuando salió de su inicial impresión, fue ella la que introdujo su lengua en la boca de él y le demostró cuán enfadaba también estaba ella. Sus

lenguas se aparearon con el frenesí salvaje que da el deseo corriendo por las venas. Estuvieron pegados por sus bocas todo el tiempo que les permitieron sus pulmones. Cuando se separaron, respiraron agonías deliciosas, bien merecía la pena ahogarse en aquel beso.

—No vuelvas a desobedecerme —comentó él incapaz de creerse que hubiera reaccionado como un salvaje.

—Sí... no... quiero decir... —susurró ella a duras penas, todavía impactada por el beso—... no, no lo haré.

Trevor sacudió la cabeza y sonrió, se volvió a sentar, y ella lo hizo inmediatamente después.

—Sí que lo harás —afirmó él.

Grace suspiró.

—Si lo creo necesario, sí.

—No quiero que te pongas en peligro.

—Lo sé, y yo no quiero que tú te pongas en peligro. Por cierto, ¿por qué no los mataste?

A Grace le había sorprendido que Trevor los hiriera y los dejara marchar, sabía de su buena puntería.

—Nunca he matado a nadie, no creo en la muerte como solución a los problemas...

El hombre se detuvo, ¿él había dicho eso? Había estado a punto de pegarse un tiro porque creía que era la solución a sus penurias, y cuán equivocado había estado, en aquellos instantes, lo sabía del cierto.

—Eres un hombre de honor.

—No se trata de honor, sino de principios, de saber que lo que hago es lo correcto porque así me lo dice mi interior.

Trevor era una persona maravillosa, y Grace se daba cuenta de ello, sus carnes temblaron por muchos motivos. La emoción de tener a un hombre como aquel a su lado era uno de los motivos, y el otro era la necesidad de su cuerpo por recibir toda su atención, algo que ella jamás había experimentado.

Se daba cuenta de lo que había perdido estando al lado de Jake.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó la mujer mirando hacia Teresa.

Trevor apagó el fuego, a pesar de que estaban bien escondidos, su olor y la luminosidad de las llamas podrían dar pistas de dónde estaban y, con lo ocurrido aquel día, no podían arriesgarse. Después cogió su taza de café y se lo bebió.

—Mañana arreglaré el carromato, y pasado emprenderemos de nuevo el viaje. No podemos quedarnos más tiempo del necesario, los asaltantes podrían regresar, aunque con sus heridas, bastante les va a costar.

—Creo que te olvidas de algo importante, el carromato está sin caballos.

—Me encargaré de encontrarlos, por eso no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Ya deben estar a varios quilómetros de distancia y vete tú a saber cuál dirección han tomado.

—Pirata me ayudará, confía en mí, los caballos perciben la energía de las personas, yo, desde la distancia, les hablaré con el corazón y, cuando el viento les lleve mi olor y el de Pirata, regresarán.

Si no fuera porque ya habían sido muchas las veces que había sido testigo de la especial comunicación que tenía Trevor con los caballos, hubiera pensado que estaba loco o borracho. Confiaba en su instinto, pues el interior del hombre parecía estar en conexión con todo lo que lo rodeaba.

—Vayamos a descansar, Grace, mañana será un día duro, los tres tendremos trabajo que hacer si queremos seguir con el viaje. —Hizo una corta pausa, se levantó y, antes de dar el primer paso, dijo—: Por cierto, gracias por salvarme la vida hoy y por ser una excelente compañera de viaje.

Grace se quedó sin habla, las mariposas bailoteaban en su estómago contraído entre una mezcla de alegría y asombro. Las rodillas le temblaban, motivo por el cual no pudo alzarse; solo pudo asentir y dejar que él se alejara, dejándola con la sensación de vacío. Por fin, y después de dar un largo suspiro, se levantó y se fue a su lecho. Esta vez, Trevor había montado el suyo lejos de ella, no quiso preguntarle el motivo, pero deducía que se debía a que Teresa estaba allí y que debían guardar las formas. La mujer se puso de

lado, hacía frío, y se tapó con la manta. El cansancio la llevó a entrar en el mundo de los sueños con más rapidez de lo que creyó.

Por su parte, Trevor se tumbó, todavía estaba sorprendido, y es que nunca nadie había arriesgado su propia vida para defenderlo como había hecho Grace. Giró el rostro y le echó una última mirada, ella era un bulto oscuro acurrucado en el suelo; encontraría la falta de dormir abrazado a ella esa noche. Pero debía ser realista, ya que más que nunca debía tener sus instintos despiertos, pues aunque no creía que los asaltantes acudieran buscando venganza, no tenía la certeza de que hubieran más; tal vez aquellos tres formaban parte de una banda de delincuentes. Sus compinches no estarían inmovilizados debido a las heridas, nada los detendría y, si bien estaban escondidos, nunca se podía dar nada por seguro en el salvaje Oeste. No había querido contarle nada a Grace para no asustarla, de modo que se puso el sombrero sobre la cara, ya había dejado su Colt debajo de la silla de montar, que hacía de almohada, y el rifle bajo la manta por si acaso.

Quedaba poco para que amaneciera, nada más despuntaron los primeros rayos, Trevor había partido montando a Pirata en busca de los caballos extraviados. Mientras, Grace y Teresa se quedaron en el campamento, coserían como pudieran la lona del carromato e inspeccionarían lo que se podía aprovechar después de que su interior quedara desparramado por el suelo cuando el vehículo se volcó. Trevor les pidió que se quedaran allí y que no salieran en ningún caso por los alrededores, también les dijo que no encendieran fuego hasta que él no regresara. Las muchachas obedecieron y desayunaron queso y panecillos que Teresa había cocinado antes de que sucediera la desgracia. Por suerte, los víveres que llevaba en el carromato no se habían estropeado en el accidente.

Trevor no tuvo que cabalgar mucho, estaba escondido y observaba una pequeña tribu de comanches. Con su catalejo revisó cada rincón, por suerte, no tenían los caballos que les había descrito Teresa, no le hubiera gustado tener que lidiar con ellos o, si la necesidad, lo requería recuperarlos a la

fuerza. Contempló el cielo, los colores se cruzaban unos con otros, parecían embates de espadas que luchaban por hacerse un hueco en el firmamento. Los naranjas, ocre, violetas, azules no sabían que allí arriba había espacio para todos; aunque no se les podía recriminar nada, porque en la Tierra, las personas tampoco lo sabían, pues diferentes razas luchaban por el mismo hueco. En el Oeste ya hacía tiempo que entre indios y blancos había empezado una disputa por las tierras; unos usaban la fuerza de las armas y otros, la voluntad del alma.

Él prefería no darles muchas vueltas, pues no estaba en su mano. Tantas muertes inútiles cuando no había necesidad, solo hacía falta tener el deseo de llegar a acuerdos sin causar daño a nadie. Pero mucho temía que el orgullo, la venganza y la avaricia, defectos innatos en el ser humano, indistintamente de su color de piel, blindaba cualquier buena intención.

Sin hacer ruido, se marchó, deseando con toda el alma que aquella tribu no acabara como otras muchas que habían sido destruidas sin contemplaciones. Descendió lentamente por una ladera rocosa de accidentada pendiente. Toda precaución era poca, de modo que animó a su montura a que fuera con cuidado, dado que si el animal resbalaba, ambos se precipitarían camino abajo y las consecuencias podrían ser nefastas. Mejor no pensar en ello.

El sol ya había despuntado y le brindaba la confianza que le había faltado por tener que cabalgar en la penumbra azulada del amanecer, pues le daba una visión más certera del lugar por donde pasaban. De cuando en cuando, algún cascote se soltaba y caía entre un estruendo que no era tanto, pero que con ayuda del eco se dimensionaba, abofeteando al ambiente destructivamente, que casi encogía los sentidos; eso, de alguna manera, lo obligaba a ir todavía con cuidado. Las sombras que se proyectaban, alargadas y tupidas, a lo largo y a lo ancho de la zona, producidas por grandes paredes de rocas, unas perpendiculares y otras paralelas, daban una profundidad sobrecogedora al paisaje a esa hora de la mañana.

El hombre se detuvo a dar un sorbo de agua de su cantimplora, se caló el sombrero y siguió a galope lento, ya habían dejado atrás la pendiente, y el

terreno ahora era muy llano, solo algún montículo aquí y allá daba cierto volumen a la zona. Trevor había dejado que Pirata lo guiara y parecía hacerlo hacia el oeste, pues su olfato había detectado algo. El hombre admiraba a los équidos por muchas razones, entre ellas, la nobleza y la complicidad que se adquiriría cuando el animal percibía que entre la relación que se daba entre él y un humano no se basaba en el poder de uno sobre el otro, sino que la amistad sincera dominaba por encima de todo lo demás. Solo esperaba que los animales perdidos detectaran con su instinto que él no les deseaba ningún mal.

No tardó en dar con los cuadrúpedos y su alegría fue mayúscula; aún tenían las correas, carrilleras y bocados puestos. Estaban cerca de unos espesos matorrales, sus fosas nasales estaban ensanchadas debido a la respiración agitada, de sus bocas colgaba espuma y sus pieles brillaban a causa de la transpiración. Era evidente que estaban cansados y asustados, pues debían haber estado horas y horas corriendo de aquí para allá. Trevor les habló, sabía que los animales poseían capacidades innatas, que si bien no entendían las palabras tal como una persona, sí que captaban su mensaje y sus intenciones. Los animales en un principio piafaron y relincharon, el hombre se fue acercando con su cantimplora en la mano. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, vertió una poco de agua en su palma, que extendió hacia los animales. Tal como esperaba, se acercaron y entre los dos lamieron el poco líquido. Volcó un poco más de agua, Trevor sabía que aquella cantidad no era suficiente, pero de camino al campamento pasaría por el lugar donde quería acampar antes de que Teresa se cruzara en el camino y dejaría que bebieran hasta hartarse. Aprovecharía para echar un vistazo por los alrededores, por si había señales de vida humana en algún rincón, porque si todo iba como había previsto, a la tarde ya estaría el carromato arreglado para emprender de nuevo el viaje. Las mujeres lo agradecerían, ya que podrían asearse y cocinar.

Las horas pasaban descalzando el día, minutos aprovechados, tiempo

restado a la vida y ganado a la muerte. Y en Teresa se podía percibir precisamente que el tiempo era vida y el tiempo era muerte. En sus entrañas, la esperanza crecía, mientras que pocos metros más allá, en una tumba cubierta de piedras coronada con una cruz construida con dos palos cruzados de madera, Teresa había enterrado los sueños a los que le había dado sepultura con lágrimas que no podía detener. Desde luego que no había nada más hermoso que envejecer viviendo al lado de la persona amada; y Trevor reflexionaba sobre ello mientras la observaba: ella estaba cargando en el carromato, que él acababa de arreglar, las pocas pertinencias que habían podido salvar. Era hermosa hasta decir basta, y sin duda no le supondría ningún problema atraer a un buen hombre a su lado.

Como si una idea fuera un rayo, cruzó su mente en un escaso segundo. Al principio descartó dicho pensamiento por ridículo, sin embargo, regresó a su cabeza anclando definitivamente. En su rancho aguardaba Billy, su mejor amigo, que empezó siendo su capataz y, poco después, cuando se dio cuenta de la valía y de la condescendencia de su carácter, pues siempre estaba dispuesto a ayudar, aunque no se le pidiera, se convirtió en su socio y compañero. Estaba a punto de hacer cuarenta años, sin embargo, todo lo que le faltaba de juventud para cumplir con las expectativas de una mujer, le sobraba de bondad. Con Billy, Teresa estaría bien atendida, la respetaría en todos los sentidos; no solo a ella, sino que el hijo que esperaba no le faltaría de nada y recibiría una excelente educación. Trevor sonrió para sus adentros, cuanto más lo pensaba, más crecía su idea de que, en el fondo, serían la pareja perfecta.

Trevor no le dio más vueltas y decidió llevar su plan poniéndolo en marcha de inmediato, nunca hubiera dicho que alguna vez actuaría como un casamentero. Le vinieron ganas de carcajearse mientras se acercaba a Teresa.

—¿Te ayudo? —se ofreció Trevor.

Grace estaba dentro del vehículo cogiendo lo que Teresa le daba y ubicándolo en su lugar.

—Sí, gracias —dijo la irlandesa—, por cierto, has hecho un buen trabajo

con el carromato.

La mujer sonrió como una muestra de agradecimiento, no obstante, bien sabía el hombre que tras esos labios, perezosamente curvados, había tristezas sembradas en un llanto que no cesaba por dentro.

—Ha sido un trabajo tedioso, pero no difícil —puntualizó él.

—Nunca podré agradecerlos lo mucho que habéis ayudado.

Trevor recurriría a una pequeña mentira para atraerla a su rancho. Si bien entre sus hombres tenía un buen cocinero, no se le ocurrió otra ocupación para ella.

—En mi rancho necesito una cocinera, mi socio Billy y yo necesitamos la mano de una mujer en la casa y que nos prepare comida casera. Quiero que sepas que no estás sin opciones, que en mi rancho faltan manos, evidentemente te pagaría un sueldo y tendrías un lugar dónde vivir.

Teresa se detuvo, miró a Trevor con sus ojos verdes abiertos y con un brillo de agradecimiento chispeando sin parar. Grace escuchaba en silencio, aquel ofrecimiento pellizcó con dolor sus sentimientos, lágrimas silenciosas brotaron de su corazón. Sacó sus propias conclusiones y entendió que, tras aquella proposición, había un interés de él por Teresa. Y no le sorprendía, era hermosa, tenía una voz dulce y unas maneras delicadas, cualquier hombre desearía hacerla su mujer. Grace hubiera querido saltar del carromato y alejarse de allí; no deseaba escuchar más y tampoco le apetecía ver la escena que se desplegaba ante ella, pero si lo hacía, quedaría en evidencia.

—¿De verdad que harías eso por mí? —dijo una sorprendida Teresa—. Apenas me conoces, solo sabes que soy irlandesa, que estaba casada con un hombre llamado Charles y que espero un hijo suyo.

—No necesito saber nada más, creo que todos alguna vez necesitamos ayuda para empezar de nuevo después de un mal momento. Solo te estoy ofreciendo otra oportunidad.

Teresa se lanzó a los brazos de Trevor y lo abrazó efusivamente, él no sabía qué hacer, se quedó quieto y rígido como un palo, evidenciando su incomodidad. Entre tanto, a Grace se le escapó una lágrima y, al darse cuenta

de que no podía detener las que iban detrás, se dio la vuelta e hizo como que ordenaba las pertenencias de su nueva compañera de viaje.

—¡Muchas gracias! —agradeció Teresa—. ¡Claro que acepto!, no tengo a dónde ir ni familia a la que recurrir, toda está en Irlanda.

La irlandesa sonreía abiertamente, sus mejillas quedaron sonrojadas, tal vez estaba siendo demasiado efusiva, pero la alegría de no verse en la calle una vez llegaran a Santa Fe minaban sus buenas maneras. Solo tenía dos caballos y un carromato viejo en cuyo interior guardaba lo poco que le había quedado. Se llevó la mano al vientre y, con el pensamiento, le dijo a su hijo que ya tenían un lugar donde empezar de nuevo.

No se entretuvieron más porque no podían alargarse si querían llegar al lugar donde acamparían aquella noche; ambas mujeres lo deseaban con fuerza, pues querían sacarse el polvo de encima con un buen baño. Por suerte, Teresa sabía conducir el carromato y lo hacía muy bien, algo que el hombre agradecía, ya que aquello evitaba tener que perder tiempo en enseñarle, y más valía llegar a Santa Fe cuanto antes, y más ahora que se sentía responsable de una mujer embarazada. Él era un hombre que nunca había eludido sus responsabilidades ante la vida ni ante nadie que lo necesitara, y se encargaría de Teresa y de su bebé. Porque era lo justo, lo humano, lo correcto, lo que le pedía su corazón que hiciera.

\*\*\*

Un puñado de días fue pasando, y uno tras otro se abrieron como ventanas. A veces, la perspectiva del futuro acudía junto a Teresa como una ingrátida pompa de jabón alegrando sus pensamientos. Otras jornadas, por el contrario, el pesimismo, que venía cabalgando del pasado en brazos de su marido fallecido, eran zarzas que enredaban su camino. Pero siempre terminaba apareciendo la esperanza que, vestida de colores brillantes por las palabras de Grace y Trevor, arrancaba sonrisas a la irlandesa.

Por suerte, la zona más calurosa del camino la habían dejado atrás y ahora el tiempo concordaba más con la estación en la que se encontraban, o sea, el invierno. Sentían su aliento en sus nuca, no obstante, pronto llegaría la primavera que endulzaría el ambiente.

Por fin, otra jornada dura había llegado. Todo estaba en orden, la noche y sus estrellas mecían los sueños y las esperanzas. El silencio se cobijaba en los latidos del corazón y la paz llegaba una vez se cerraban los párpados. Sin embargo, a Trevor aún le quedaba un buen rato para buscar el descanso que le hacía falta, pues estaba dando una última ronda por los alrededores a fin de cerciorarse de que no había peligro. Las mujeres estaban limpiando los cacharros arrojados con la poca luz que el fuego les brindaba.

Grace dejó los platos, tazas y tenedores sobre una gran roca, algo aplanada, para que se escurrieran antes de guardarlos. Luego ayudó a Teresa a prepararse su jergón dentro del carromato, encendieron una lámpara que pusieron encima de una caja de madera que de noche hacía de mesita. Por suerte, el colchón de paja había quedado ileso el día que el vehículo se había accidentado. La mujer aún no estaba en un avanzado estado de gestación, sin embargo, sus movimientos empezaban a ser más lentos.

—¿Eres la esposa o novia de Trevor? —preguntó Teresa abiertamente, extendiendo una sábana sobre el colchón.

Las mujeres todavía no habían tenido una conversación privada, una donde desvestir emociones, sentimientos, hechos... que las llevara a conocerse un poco más. Sin embargo, Grace no estaba preparada para desnudar su corazón, de modo que, mientras doblaba una manta varias veces para que hiciera de almohada, dijo:

—No...

Ella contestó lo justo, dado que no quería explicarle nada. Uno de los motivos era porque no se sentía cómoda hablando de temas tan personales. No es que desconfiara, de hecho, Teresa estaba dando sobradas muestras de nobleza; con todo, no podía sacarse de la cabeza el ofrecimiento de Trevor de llevarla a su rancho. Aunque fuera en calidad de trabajadora, bien sabía que

una vez en el hogar de Trevor, con el pasar de los días, como si de eslabones se trataran, unirían sentimientos hasta formar una gran cadena de la que ambos quedarían felizmente entrelazados. Por eso, la idea de compartir confidencias con ella la incomodaba, pues ya la veía como la esposa de él. Además, no quería que la viera como una mujer de moral dudosa atrapada por los pecados de la carne. Una conclusión a la cual llegaría en el caso que le dijera que estaba casada, que había abandonado a su marido y que había trabajado de pianista en un burdel.

Grace reconocía que todo se le estaba antojando pesado y difícil de soportar; y si hasta entonces la idea de llegar a Santa Fe le horrorizaba por lo que significaba —separarse para siempre de Trevor—, en aquel instante, le sucedía lo contrario. Quería alejarse de él cuanto antes, ya que no quería ser testimonio de ninguna relación entre él y Teresa. Aquello sería peor que recibir una paliza de Jake, simplemente sus entrañas no lo soportarían.

—¿Sabes si Trevor está casado? —preguntó Teresa.

Hubo un silencio solo roto por el ruido de los movimientos de ambas mujeres arreglando el lecho.

—No, no está casado —contestó al fin.

Grace seguía sin abrirse a ella, la miró de reojo y no dijo nada más, ya habían acabado de preparar la cama. Grace contempló las mantas puestas sobre el colchón, dado que no se atrevía a mirar a Teresa, así que hizo como si inspeccionara el trabajo hecho. Y es que tenía la sensación de haberse quedado sin lengua, era incapaz de pronunciar palabra alguna, pues sus sentimientos se amontonaban en su interior y su mente era una maraña de pensamientos negativos.

Antes de que Teresa tuviera tiempo de darse cuenta, salió del carromato y se acercó al fuego que llameaba con energía. Trevor, ante la perspectiva de una noche fría, había puesto leños grandes mezclados con otros pequeños, pues había que calentarse a conciencia antes de irse a dormir. De cuando en cuando, los troncos chispeaban, su sonido corto y seco se enlazaba uno detrás de otro y creaban melodías de fantasía.

Lejos de ver duendes y hadas, Grace no veía nada, salvo su frustración en las cenizas. Deseó que Teresa se pusiera a dormir, pero su anhelo no se cumplió, ya que su compañera de viaje se colocó sobre los hombros un chal y salió del carromato llevando la lámpara agarrada de una delgada asa. Se sentó al lado de Grace.

—¿Te interesa Trevor? —preguntó, con sinceridad, Teresa.

Grace hubiera querido decirle que le interesaba de todas las maneras en que un hombre podía interesarle a una mujer. También ansiaba comentarle que Trevor era la persona más maravillosa que había conocido jamás, que solo él ocuparía su corazón, un corazón que había estado vacío durante toda su vida hasta que lo conoció. Sin quererlo ni desearlo, él había llenado de vida un lugar que solo latía por necesidad. Sí, a esa altura del viaje reconocía que lo amaba como la nobleza ama a la verdad. Pero guardaría silencio porque estaba casada y no había ninguna posibilidad entre ellos; y más valía reconocerlo de una vez por todas.

—No, no me interesa —contestó Grace en un tono más seco del que pretendía.

A Teresa no se le escapó aquel rechazo que de pronto notó hacia su persona. Ella, que era una persona amable, que deseaba llevarse bien con todo el mundo, quiso arreglar la situación.

—¿Grace, estás enfadada conmigo? —Le cogió la mano y la acunó entre las suyas—. Si he hecho o dicho algo que te molestara, te pido perdón de corazón, quiero ser tu amiga.

Grace giró el rostro y la miró. A la luz del fuego y la lámpara, la belleza de Teresa adquiría un aire etéreo, seguramente los ángeles del Cielo no escatimaron esfuerzos y pusieron todos sus sentidos en crear una obra tan perfecta. Muy a su pesar, Grace admitía que la mujer que contemplaba era bella por dentro y por fuera, y eso aún hacía más dolorosa su aversión a tenerla cerca, que correspondía a motivos más egoístas que morales, y se avergonzaba de que fuera así. Se dio cuenta de que no estaba siendo justa y decidió cambiar sus pensamientos, porque si seguía por aquel camino,

acabaría lastimando a una mujer que no lo merecía y, a la larga, cuando comprendiera lo que hacía, su conciencia no lo soportaría. Demasiada desgracia cargaba Teresa con su marido recién asesinado, y un hijo que no conocería jamás a su padre, como para hacerle su sufrimiento más agudo comportándose injustamente.

—Perdóname, Teresa. —Se giró y la abrazó con cariño—. Estoy cansada, no tiene nada que ver contigo y me hará muy feliz que seamos amigas.

Teresa sonrió, sonrisas que evocaban a bizcochos de miel y a un trago de *whisky*, pues sus labios se curvaban de dulzura que emborrachaba los sentidos, y más para un hombre, y ese hombre, sin duda, sería Trevor. Grace no podía sacarse esa idea de la cabeza.

—Gracias, Grace, me has quitado un peso de encima. Es una lástima que no te interese Trevor. Serías la esposa perfecta para él.

La aludida no sabía si llorar o reír, deducía que su compañera no era consciente que había otra intención detrás del ofrecimiento de Trevor de darle trabajo en su casa, que no era otra que hacerla su esposa con el tiempo. Si lo pensaba fríamente, él era un hombre maravilloso, y Teresa también lo era; ciertamente harían la pareja perfecta.

—¡No digas bobadas! —rebatió Grace.

—No es ninguna bobada. Todo hombre necesita una mujer, y toda mujer necesita un hombre. No puedes andar por ahí sola, expuesta a toda clase de peligros. Es triste estar sola... —La mujer se detuvo, las lágrimas empezaban a hacerse una bola en su interior—. Yo ahora voy a estar sola, tendré a mi hijo, lo sé, pero no es lo mismo.

—No digas eso, eres muy joven y hermosa. Estoy segura de que encontrarás un buen marido.

—No, no creo que pueda amar a otro, sé que no podré amar a ningún otro como amé a Charles.

—A veces tenemos que alejarnos de pensamientos idealistas y acercarnos a la cruda realidad. Necesitarás un hombre que te ayude, Teresa, tienes que pensar en tu hijo y...

Grace guardó silencio, pues oyó los pasos de Trevor a su espalda. Teresa también se había dado cuenta y ambas sonrieron con complicidad, sabiendo que ya continuarían con la conversación en otra ocasión. La amistad parecía florecer entre ambas más deprisa de lo que hubieran imaginado y les agradaba; empezaban a sentirse cómodas una con la otra. Grace no sabía lo que era gozar de los lazos de una amistad, en el orfanato, ya bastante tenía con sobrevivir, y cuando se casó con Jake, él le impidió que hiciera amistades, la aisló del mundo por egoísmo y maldad. Así que la sensación de tener una amiga la ilusionaba, sin embargo, no duraría mucho, pues la realidad, cual hacha se tratara, cortaría de cuajo el acercamiento como si fuera un árbol. Y el hachazo no estaba muy lejos, Santa Fe se encargaría de dividir sus caminos.

Teresa se levantó, se arrebujó en el chal buscando el calor de la lana, ya que hacía frío, y se le escapó un espasmo. Agarró la lámpara y dijo:

—¿Todo bien, Trevor?

El hombre se quitó el sombrero como muestra de educación, se peinó el cabello con los dedos, lo notaba largo; lo primero que haría cuando llegara a Santa Fe sería darse un buen corte de pelo. También se afeitaría, pues llevaba la barba más espesa de lo normal debido a que las circunstancias y la falta de agua habían impedido solucionarlo como le hubiera gustado.

—Sí, todo está en orden, podréis descansar tranquilas.

—Yo me voy a dormir —informó la irlandesa—. Grace, el colchón es lo suficientemente grande para las dos, hace frío esta noche.

—Gracias, Teresa, pero mejor que duerma aquí fuera por si surge algún contratiempo.

—Acepta el ofrecimiento —sugirió él—. Como he dicho, por los alrededores todo está muy tranquilo. Duerme dentro del carromato, estarás mejor, y yo también estaré más tranquilo.

Grace se levantó y asintió.

—De acuerdo, buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Teresa mirando al hombre mientras Grace

cogía su manta.

—Que paséis una buena noche, damas encantadoras —dijo, con alegría, Trevor, arrancando una carcajada a las mujeres—. Cualquier cosa, no dudéis en pegar un grito.

Trevor esperó a que desaparecieran dentro del carromato para colocarse el sombrero, esa noche hacía un aire que helaba los pensamientos. Estaría pendiente de echar leña al fuego, más que nunca había que mantenerlo vivo. Su olfato le decía que al día siguiente se encontrarían con nieve, de hecho, durante el día había comprobado que a lo lejos las montañas estaban nevadas, había visto relucir el plateado de sus cimas.

El hombre se arregló su lecho, tan pronto se tumbó, notó la calidez de la piel de bisonte en su espalda; sonrió y recordó al chamán. Habían regalos que se agradecían eternamente con el corazón así pasaran los años, sabiendo de antemano que tal pensamiento llegaría a aquel indio de grandes sentimientos.

No dio más vueltas y se puso el sombrero sobre el rostro dispuesto a descansar, su cuerpo, hasta ese momento en tensión, se relajó. Era tal el cansancio que llevaba encima que no tardó en quedarse dormido. Pero un hombre que vive en el Oeste y que sabe de sus peligros, siempre tiene sus sentidos en alerta. Por ese motivo, un ligero ruido lo alertó, desechó en su mente el sonido del fuego y se concentró en el que había llamado su atención. El hombre, con lentitud, se quitó el sombrero de la cara y agarró su Colt. Sus movimientos eran pausados, pues sabía que no debía alertar al intruso. Se incorporó lo suficiente para dar un vistazo y no vio nada en su campo de visión, solo percibió las sombras de las llamas bailar en la oscuridad con sus tules anaranjados. Prestó más atención y detectó un ligero llanto que provenía del carromato.

Sin hacer ruido, se levantó y se acercó, supo que era Teresa que lloraba, su llanto sonaba amortiguado debido a que, seguramente, se había tapado la cara con la manta a fin de no despertar a Grace. Meditó que en el fondo era mejor que derramara su llanto, pues debía purgar su dolor de alguna manera.

Trevor se volvió a tumbar, había unas nubes delgadas en el cielo que

pronto desaparecieron. Entonces la luna desgarró las sombras mates y quedaron reducidas a nada. Se podía ver el carromato bien perfilado en el paisaje, y las grandes piedras, y los caballos; todo brillaba bajo aquella luz plateada como si se tratara de joyas preciosas semitransparentes. Se percibía la paz en toda su dimensión, una paz ficticia que se diluía con el llanto que Teresa no podía aguantar. Y es que el dolor era dolor, el dolor por lo perdido era sangre sin derramar, porque el dolor del corazón no sangra, es un sufrimiento que siempre regresa después de anestesiarlo durante las horas de sueño. Teresa debería aprender a descabezar los recuerdos; claro que también los necesitaba para soportar el presente y no caer en la desesperación. Debería encontrar un equilibrio que le sirviera para sosegar sus sentimientos cuando se desbordaran. Porque sucedería más a menudo de lo que ella podría esperar, cuando su hijo, de mayor, le preguntara quién y cómo era su padre.

Trevor se sintió idiota y, con ironía, reconocía que necesitaba sentirse idiota para abrir los ojos. Se estaba reflejando en Teresa, pues él había pasado por algo parecido: también se había quedado sin aliento y perdido, sin saber qué hacer, tropezando con un futuro que no quería cuando perdió a Amy y supo que no habría un mañana. «Todo es más fácil cuando se ve el mismo dolor en otro —pensó Trevor—, entonces se toma conciencia y se puede analizar la vida vivida hasta ese momento de una manera profunda, incluso dolorosa, porque el dolor, de alguna manera, se necesita purgar para saber que late en mi corazón y que yo creí que estaba muerto en vida».

Cierto. Y se estaba dando cuenta del tiempo que había perdido por aferrarse al pasado donde su vida se vio frustrada de muchas maneras. Convirtió su amargura de niño y su desesperación por no tener a Amy a su lado en el centro de su existencia, había alimentado su tristeza sin darse cuenta, y casi cometía la locura de pegarse un tiro como solución. Y la solución estaba en la lucha por salir adelante, no en la resignación.

Sin quererlo, volteó el rostro hacía el carromato. Allí estaba Grace, ella era su presente y deseaba que fuera su futuro. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, quería un futuro.

Futuro... ¡qué palabra más hermosa!

## CAPÍTULO 9

Y los días y semanas fueron pasando. El ambiente desértico, con el que se habían encontrado en algunos lugares, había quedado atrás. A medida que se acercaban a su destino, tocaba lidiar con otro tipo de paisajes y clima. La primavera estaba cerca, sin embargo, el crudo invierno se sentía en las pieles de los viajeros; la verdad era que estaba haciendo más frío del que tocaría por aquella fecha. Teresa, una mujer que ofrecía lo poco que tenía, mostrando con ello que en su corazón todo era bondad, ofreció ropas a Grace y Trevor. Estos no las rechazaron, conscientes de que había que abrigarse, así que el hombre complementó su vestimenta con un abrigo largo de cordero de su difunto marido. Si bien su esposo no era tan grande como Trevor, que quedara ajustado a su cuerpo no representó ningún problema, puesto que al sentirlo más pegado, la sensación de calidez era mayor. Después echó mano de sus guantes de piel de ante, ya desgastados por el uso que les había dado durante todo el viaje, pues no solo servían para proteger las manos del frío, sino que eran imprescindibles para muchos trabajos a fin de evitar lastimar los dedos.

Grace, por su parte, había cambiado sus ropas masculinas por femeninas. Se había puesto unas medias de lana, unos pololos, una camisola, dos enaguas y un vestido grueso azul celeste. En un principio, Grace se había negado, pues sabía que aquella prenda era de calidad y estaba casi nueva. Teresa le contó que la ropa había sido un regalo de su marido el día que se casaron y que ella se había confeccionado aquel vestido. Saber aquello aún la reafirmaron más en su decisión de no aceptarlo, sin embargo, la insistencia de Teresa pudo con la negativa de su amiga.

Además, le dejó una bufanda, una pieza que la misma irlandesa había tricotado con lana sin teñir, por lo que su aspecto era bastante rústico. Grace se cubrió la cabeza con ella, cuyas puntas anudó bajo la barbilla. Como era

bastante gruesa, abrigó con eficiencia, casi se le escapa un suspiro de placer al notar la textura suave y caliente protegerle las orejas y mejillas. A pesar de que se puso su abrigo, decidió darles una protección extra a los hombros con un chal gris oscuro. Para las manos usó los guantes que Trevor le había proporcionado en El Paso cuando empezaron su andadura por la ruta Camino de Santa Fe. Estéticamente no podía decirse que estuviera estupenda, sin embargo, en aquellos momentos lo importante era estar abrigada. Teresa sacó su capa con capucha de terciopelo marrón oscuro que llevaba unos ribetes a modo de adorno en un tono satinado más claro.

Quedaba un día de camino para llegar a Santa Fe, si los cálculos de Trevor no fallaban, a la noche dormirían calientes en unas mullidas camas. A medida que se acercaban a la ciudad, el frío era más intenso, además, la nieve caída días atrás había cubierto el paisaje como si se tratara de un gran velo. Allá donde se miraba solo había blanco, todo era blanco, caminos, valles, colinas, montañas... Por suerte, la capa de nieve no era muy gruesa y permitía circular con relativa tranquilidad, aunque lidiar con ella requería cierta pericia que, de momento, parecían tener, sobre todo Trevor, que encontraba solución a todo y a más. Sin duda era un hombre de las montañas, duro y salvaje, que se adaptaba a cualquier situación.

El viento ululaba con fuerza a ras del suelo levantando puñados de nieve que se alzaban caprichosamente en remolinos. La vegetación que encontraban estaba cubierta de nieve y parecían esculturas fantasmales de hielo. Trevor escudriñó el cielo con ojos intranquilos, pues, en el horizonte, un conjunto de nubes quebradas, que viajaban a gran rapidez, le advertía que se acercaba un frente de precipitaciones y, con las temperaturas tan bajas, con toda seguridad caería nieve. Bien sabía que la madre naturaleza, a veces, se comportaba caprichosamente y le preocupaba que acabara cayendo la de Dios. Pero no comentó su preocupación a las mujeres y, después de desayunar, reanudaron la marcha.

Grace viajaba en el carronato con Teresa para ayudarla a llevar el vehículo, ambas mujeres se turnaban haciendo más llevadero el viaje. Grace

había aprendido sola a manejar carros observando a Jake, él nunca quiso enseñarle nada, ni a montar a caballo, y se lo dejó claro ya la primera vez que ella le había pedido que la instruyera. Suerte que el cura Patrick le había enseñado todo lo que Jake le negó. Además, con la ayuda de Teresa, estaba aprendiendo pequeños secretos que le servirían para manejar más hábilmente.

Solo habían avanzado unos cuantos quilómetros cuando la rueda delantera izquierda del carromato empezó a dar problemas. El chirrío sonaba como una flauta desafinada cuya estridencia se incrustaba en los oídos de una manera molesta. El hombre no pudo evitar soltar una maldición, por suerte, las mujeres no lo habían oído. Además, Teresa se encontraba indispuesta, motivo más que suficiente para detenerse. La mujer se escondió detrás de unos arbustos, el desayuno le había sentado mal y no pudo reprimir las ganas de vomitar. Grace no se separó de ella, pues su rostro ceniciento la preocupaba y sospechaba que de un momento a otro se desmayara, y temía lo peor. Quizá el embarazo se estuviera resintiendo debido a la dureza del viaje y a la tristeza por la muerte de su marido, todo junto parecía haber cristalizado en el interior de la mujer a modo de dolencias e indisposiciones.

Mientras tanto, Trevor revisó la rueda, era la misma que se había estropeado anteriormente cuando los bandidos los habían asaltado. A simple vista parecía que resistiría hasta Santa Fe, aun así, habría que cambiarla por otra nueva; dudaba mucho que aguantara otro viaje como aquel. De momento, había que centrarse en Teresa, era mejor tomarse lo que quedaba de camino con tranquilidad, tampoco tenían muchas alternativas.

Según sus previsiones, el mal tiempo llegaría entrada la noche, que era cuando seguramente estarían en Santa Fe. El cielo ya estaba cubierto por una masa de nubes de varias tonalidades de gris, no tardarían en espesarse según avanzara la jornada. No había duda alguna que en las alturas celestes se estaba amasando una nevada a destiempo, pues no era muy normal que, casi a las puertas de la primavera, el tiempo fuera tan riguroso y caprichoso. El viento era tan frío que cortaba como cuchillos, respirar costaba más de lo habitual y debían hacerlo a jadeos profundos. Demorarse más de lo necesario

podía equivaler a tener problemas, porque si caía un gran temporal de nieve, casi se podrían dar por muertos. Así que cuando las mujeres regresaron, eso fue lo que les explicó, ya no podía esconder por más tiempo la evidencia. Ante tal perspectiva, y viendo que no podían acampar sin jugarse la vida, decidieron que Teresa viajaría dentro del carromato, tumbada en el colchón. Trevor le ofreció su manta de piel de bisonte, eso hizo que entrara rápidamente en calor y que se encontrara mejor.

No obstante, todavía esperaron unos minutos para darle a Teresa tiempo a recomponerse. El hombre aprovechó para inspeccionar los caballos; todos estaban bien, de sus bocas salían grandes columnas de vaho que el viento helado hacía desaparecer casi de inmediato. Después se dio la vuelta y vio a Grace sentada en una gran roca, miraba al suelo, y en el suelo solo había nieve. Era evidente que le sucedía algo, se acercó y le preguntó:

—¿Sucede algo, Grace?

La mujer, que estaba sumergida en sus pensamientos, dio un sobresalto. Se quedó con su mirada clavada en la de él, sus latidos se intensificaron. Como siempre que le sucedía cuando lo tenía cerca, intentó no dar importancia a sus sentimientos revueltos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hace un buen rato que te estoy observando y estás ausente, lejos de aquí.

Trevor sentía los ojos color aguamarina de ella entrar en su cuerpo, y lo calentó más que todas las capas de ropa que llevaba encima.

—Vaya, ni siquiera me había dado cuenta —comentó la fémina.

—Si tienes un problema, dímelo, intentaremos solucionarlo.

Grace apretó los labios, boca adentro había una tormenta que arrasaba sus sentimientos. ¿Cómo explicarle que ella, una mujer casada ante Dios, que había jurado guardar fidelidad y respeto a un hombre que ella consideró merecedor de su amor, se había enamorado de él? Su desolación era tan grande que la estaba sumiendo en un pozo sin fin, porque sabía que nunca podría tenerlo, y en aquellos momentos menos, sabiendo que a él le

interesaba Teresa.

—Gracias, Trevor. —Ella le sonrió con sinceridad, pues de verdad agradecía su amabilidad—. Pero hay cosas que solo yo puedo solucionarlas.

Trevor creyó adivinar que esas «cosas a solucionar» tenían relación con el final del viaje. Cada vez estaban más cerca de Santa Fe, por tanto, ella cada vez estaba más cerca de tomar decisiones, unas decisiones que no podían alargarse en el tiempo. Cuando lo fue a buscar al hotel antes de empezar el viaje, ella le había hablado que su intención era empezar de nuevo en otro lugar; y estaba a punto de lograr su objetivo, o en su caso, una parte del objetivo, porque aún le quedaba la parte más dura: sobrevivir en el lugar escogido. Estaba de acuerdo con que Grace debía reanudar su vida, pero no de la manera que había hecho en el pasado. Para empezar, él no dejaría que trabajara en un burdel tocando un piano, eso lo tenía claro, Grace podía aspirar a algo más, y él la iba a ayudar.

—Quiero ofrecerte trabajo, Grace.

La mujer tragó saliva, ¿trabajo? De pronto, la imagen de la noche en que se habían conocido afloró en su mente y sospechó que le iba a ofrecer algún tipo de trato a cambio de sus servicios, en el Oeste, había pocas alternativas para una mujer sin dinero y sin familia, sin un hombre que velara por ella. De todos modos, reprimió tales suposiciones. Trevor no era así, se lo había demostrado cada minuto que había durado el viaje. Él no era como los demás hombres. Él no era como Jake. Sin duda, su ofrecimiento sería tan honesto como su gran cuerpo.

—¿Un trabajo?

—Sí, un trabajo en mi rancho, tú y Teresa os podríais encargar de la casa, ambas tendréis un sueldo que os permitiría salir adelante, seréis dueñas de vuestro futuro.

A la mujer se le escaparon las lágrimas, pues nunca la habían ayudado en nada. Si bien él sabía que no eran lágrimas de tristeza, no le gustaba ver empañados aquellos ojos azules, por lo que se las limpió con el pulgar.

—Eres un hombre maravilloso.

—No digas eso, no soy un hombre maravilloso.

—Sí que lo eres.

—No, no lo soy, en cambio, tú sí que eres maravillosa...

A punto estuvo Trevor de confesarle que había una doble intención en su propuesta. Quería que no trabajara en un burdel porque no lo soportaría, además deseaba tenerla cerca, contemplarla cuando el día fuera duro para encontrar la tranquilidad que cualquiera perdía después de atender sus obligaciones. Y poderle robar algún beso. Y quizá, solo quizá, con el tiempo, cuando ella lo aceptara como hombre, podría adorarla con sus manos, con su boca, con su carne erecta... No, no había nada de maravilloso en su oferta, salvo su egoísta necesidad por poseerla.

Por su parte, Grace tuvo clara la respuesta desde el primer momento. Miró hacia el carromato donde estaba Teresa, no pudo dejar de pensar en el hijo que esperaba, y en el fondo de su corazón deseaba lo mejor para la madre y el niño. Y lo mejor para su amiga era Trevor, fuera como fuese, el tiempo los acabaría por unir, si no lo hacía antes la belleza espectacular de Teresa.

—Gracias, Trevor, por tu generoso ofrecimiento, pero tengo otros planes.

Grace prefería mentir antes que decirle la verdad, no se encontraba con fuerzas para lidiar con sus sentimientos.

—¿Otros planes?

Trevor se estaba poniendo nervioso, bajo el ala de su sombrero, las sombras de sus facciones parecieron más profundas de lo que eran, le daban a su rostro unos relieves angostos, del que está dispuesto a todo por una causa que considera justa. Tenía claro que bajo ningún concepto dejaría que ella regresara a la vida de antes.

—No te preocupes, sé arreglármelas solas —matizó ella.

Grace buscaba una salida diplomática, cualquier cosa era mejor que enfrentarse al hombre que tenía delante, que, por algún motivo que no lograba comprender, no le había gustado que rechazara su oferta.

—Si no tienes muy claro qué hacer, ven a mi rancho por unos días.

Tómatelo como un descanso.

El hombre insistía, e insistiría hasta la saciedad, pero ella lo haría por lo contrario.

—Tengo claro lo que voy a hacer. Además, si invitas a toda la gente con la que te tropiezas, dudo que haya en tu rancho lugar para tanta gente.

Trevor casi se ríe con el comentario, entrecerró los ojos.

—Mi rancho es grande, mi casa es grande, necesitarías cabalgar semanas enteras para recorrer mis tierras, créeme, hay lugar para mucha gente. ¡Que me lleve el Diablo si no digo la verdad!

Grace alzó sus cejas, si bien era consciente que todo lo que poseía Trevor era de calidad y que no había dudado en gastar su dinero con ella proporcionándole ropa, comida y caballo, nunca supuso que era rico.

—¿Entonces eres un hombre rico?

Trevor no supo qué contestar, pues si ser rico consistía en poseer tierras y dinero, entonces era bastante rico, lo reconocía, aunque no le gustaba alardear de ello.

—Depende de lo que entiendas por rico, el dinero no te hace rico, bella dama.

Cierto, el dinero lo había hecho rico materialmente e infeliz en lo emocional, porque con su dinero no había conseguido lo que más anhelaba, que era casarse con Amy, y por más que hubiera tenido, tampoco lo hubiera logrado. Cuando llegó por primera vez, años atrás, a Santa Fe, sin nada en los bolsillos, solo lo acompañaba su objetivo de forjarse un futuro. Todo lo había hecho por Amy, pues su necesidad de darle lo mejor había sido su única motivación. Trabajó duro y compró algo de tierra cuando tuvo suficiente dinero para ello. Contrató a Billy como capataz para que lo ayudara; entre los dos criaron reses, animales fuertes de carne exquisita que se vendió muy bien. Aquellas ventas le habían proporcionado bastante dinero, que invirtió para adquirir más tierras. Poco a poco fue aumentando su ganado y sus propiedades, y cuando consideró que era lo suficientemente rico para darle un porvenir dorado a Amy, decidió construir una casa grande de la cual ella se

sintiera orgullosa. Después, fue a buscarla para hacerla su esposa, y se la encontró casada con otro. Fue duro, tan duro que por poco se muere de tristeza y desolación.

Con satisfacción reconocía que todo aquello había quedado atrás gracias a una pelirroja llamada Grace, una bella dama de labios de melocotón y piel de seda blanca. La deseaba, y deseaba tenerla cerca, para ello debía tener paciencia. «Poco a poco», se dijo. Si bien no podía hacerla su esposa a ojos de la sociedad, puesto que estaba casada con otro, la haría su mujer en cuerpo y alma, y esa ley era la que valía a ojos de Dios.

—Me alegro de que la vida te haya sonreído —dijo ella—. Teresa tiene suerte...

Grace se detuvo, estaba hablando más de la cuenta. Trevor no entendió el comentario.

—La misma suerte que tú si no hubieras rechazado mi oferta de trabajo. Pero aún estás a tiempo.

—Ya he tomado mi decisión, tengo mis planes. Solo espero que Teresa no tarde en encontrar un buen marido.

Grace terminó por morderse la lengua, no era de su incumbencia, estaba hablando de la vida de Teresa como si le perteneciera. Sin embargo, ella no contó con que Trevor sonriera y les chispearan los ojos; adoraba esa expresión de adolescente pícaro.

—Eso espero, que encuentre marido —comentó él en un tono risueño.

Y es que Trevor pensaba en su amigo Billy, sin embargo, Grace achacó tal comentario a las intenciones de Trevor con respecto a la irlandesa, y no le quedaron dudas de que él deseaba casarse con Teresa.

—Yo también espero que lo encuentre, desde luego que lo hará feliz —comentó con un deje recriminatorio que hasta se sorprendió.

Los malditos celos, porque sí, porque eran celos estúpidos de los que no se sentía orgullosa. Aun así, ya era tarde para retractarse y meditó que era mejor no seguir con aquella conversación. Quiso marcharse, pero Trevor la agarró del brazo, el hombre achicó los ojos mientras la contemplaba. No lograba

descifrar la causa de su enfado, que si bien ella intentaba disimular, su comentario en un tono recriminatorio la había delatado. De todos modos, no le dio importancia y lo atribuyó al cansancio del viaje.

La cara del hombre adquirió la expresión risueña y traviesa de siempre, le gustaba tenerla cerca, y eso era motivo más que suficiente para sentirse feliz. Y es que ya daba una cosa por hecha: se llevaría a Grace a su rancho, aunque tuviera que atarla como si de un ternero se tratara. Sabía que tales pensamientos no eran propios de él, pero ella no le estaba dando alternativa y no permitiría que llevara la vida de antes. Además, también estaba Jake, y si era retorcido como su padre, sería cuestión de tiempo que diera con ella. Él no permitiría que nadie hiciera daño a Grace, ella era magia para su alma, una magia pura y dulce, tan grande que vivir sin su presencia sería como quitarle el aire que respiraba.

Sin previo aviso, la atrajo a su cuerpo y quiso besarla con pasión, pero la rigidez de la mujer le advirtió que sería rechazado. No ocultó su pena, y su rostro mutó de risueño a triste; incluso su mirada plomo se oscureció y adquirió el tono gris del cielo que había sobre sus cabezas y que presagiaba tormenta de nieve. En cambio, en los ojos de ella no había enfado, solo una muda súplica, la súplica de que la dejara libre. Eso hizo él: dejarla libre, porque ella tenía derecho a escoger cuándo quería que la besara o cuándo no, aunque eso lo frustrara.

—Solo es que tengo que ir a ver cómo está Teresa —dijo ella como excusa, incapaz de aguantar aquella mirada gris de pesar que le partía el alma—. Si está bien podremos seguir... —Casi le faltaba voz, pues se sentía rota, rota de arriba abajo, en su boca habían quedado encerrados sus verdaderos motivos.

—Es una maldita excusa, y tú lo sabes. No quieres besarme, no pasa nada, bella dama, en realidad, el juego entre hombre y mujer siempre ha sido así, ¿verdad? —Su tono era triste y cruel, cuando se dio cuenta de que estaba siendo injusto, se disculpó—: Lo siento, no quise decir lo que he dicho.

Se sostuvieron la mirada unos segundos, las palabras quedaron retenidas

en sus bocas. Ella negó con la cabeza, no dudaba de la disculpa de él, pero no estaba en condiciones de seguir con aquella conversación, de modo que marchó hacia el carromato. Trevor no la detuvo, era su manera de amparar sus verdaderos sentimientos, pues se sentía desnudo a pesar de ir vestido. Por su parte, la mujer, mientras se acercaba al carromato, se mentalizó que había hecho lo correcto. Por muchas ganas que tuviera de ser besada y acariciada por el hombre que amaba, no podía dejarlo sabiendo que deseaba a otra. No quería hablar más de la cuenta, ganas no le faltaban, porque en el fondo no comprendía las ganas de él por besarla cuando su mente planeaba un futuro con Teresa, y quería preguntárselo, con todo, por dignidad no podía, y no era correcto.

Al cuerpo de Trevor se pegaban sus puños apretados, en cuyo interior se cocía su frustración a fuego lento. Luchó contra sus emociones, que le bloqueaban su respiración. Tuvo que tomar despacio bocanadas de aire para aliviar una tensión que lo quemaba vivo. Se caló el sombrero y no dejó que la rabia lo consumieran por dentro. Ya habría más momentos en el futuro para estar con Grace y robarle mucho más que un beso. Solo debía tener paciencia.

Al poco reanudaron el viaje, Teresa estaba tumbada dentro del carromato que Grace conducía. De los ollares y de las bocas de los animales salía un vaho compacto y blanco, parecían chimeneas que desprendían humo, incluso a Trevor y a Grace también les hubiera sucedido si no hubieran llevado sus respectivos pañuelos atados a la altura de la boca en un intento de protegerse del frío agudo. Wind iba al lado de Pirata y seguía su ritmo, había asumido que su compañero era el líder y se compenetraba perfectamente con él. Era feliz yendo a su costado, con lo cual Trevor no tuvo que atarlo tras la carreta. Lo prefería así, no le gustaba limitar a los animales, bien sabía que si se les demostraba que estaban seguros, responderían con nobleza y confianza; era muchísimo más de lo que mucha gente le había dado a lo largo de su vida. Desde luego que Wind había sido una grata sorpresa, por ello, se alegraba de haberlo comprado en El Paso. Con certeza, sería un buen caballo que se adaptaría perfectamente a los que ya tenía en el rancho. Aparte de su negocio

de reses, también quería dedicarse a la cría de caballos y enseñar a la gente a tratarlos como se merecían.

De cuando en cuando, resbalaba del cielo algún copo de nieve, parecían briznas heladas de tristeza, despojadas de la fuerza que le daban las nubes agrupadas, como masas gruesas que vaticinaban el fin del mundo. El horizonte ya era una borrosa imagen debido a una neblina que parecía galopar empujada por el aliento del viento proceloso que ya había incrementado todavía más su fuerza. Apenas se insinuaba el camino que debía seguir y una penumbra grisácea parecía cubrirlo todo como si de un sudario se tratara.

Trevor aceleró el paso, exigió a los équidos y a ellos mismos un último esfuerzo. Apenas tenían unas horas, el temporal se acercaba y más valía darse un poco de prisa, solo esperaba que Teresa lo soportara. Las nubes preñadas de nieve empezaron a dejar caer su carga, los copos eran puños cerrados que golpearon los rostros de Trevor y Grace. Ráfagas de viento salvaje rompían las cortinas de nieve dejando entrever el camino a seguir. Las patas de los caballos se hundían en una manta de nieve y las ruedas de la carreta pintaban un dibujo tortuoso que con rapidez era ocultado de nuevo debido a la gran cantidad de nieve que caía. Como salidos de la nada, aparecieron de entre el manto blanco de precipitación dos jinetes y, como si fueran ángeles salvadores, los ayudaron a llegar a la ciudad. Trevor, por fin, pudo suspirar tranquilo. Habían estado cerca de que la inusual tormenta de nieve los engullera en sus fauces heladas.

Teresa había aguantado el ritmo frenético de la última parte del viaje. Trevor ya había oído de la fortaleza de las irlandesas y lo había comprobado con sus ojos. Habían llegado a Santa Fe cansados y helados, el hombre buscó un hotel donde hubiera habitaciones con estufa y baño con retrete. Una vez allí, ayudó a Grace a bajar del carro, pues la mujer estaba tan helada y tan llena de nieve que tenía dificultades. Ella dejó que sus manos rozaran el contorno de sus pechos mientras la ayudaba a bajar, y su contacto la marcó a fuego. Grace aguantó la respiración, aquel lugar adoró el tacto liviano que

casi le arranca un gemido. En ella se despertó la misma necesidad que había experimentado el día que se detuvieron cuando pasaban por un tramo desértico y el calor los obligó a descansar un rato. Aquella tarde acabaron besándose con pasión, él había acariciado sus pechos que había desnudado con consideración. Su cuerpo había despertado a sensaciones nuevas, tan explosivas que creyó que el mundo tomaba otra dimensión para ella desconocida. Habría hecho cualquier promesa para sentir otra vez las manos de Trevor acariciar sus pechos. Pero su deseo no se cumpliría, el desamor quemaba sus entrañas, su sueño zurcido de ilusiones vanas no la llevarían a ninguna parte.

Una vez que Grace tuvo los pies en el suelo nevado, se miraron y supo que él había sido consciente de su turbación, en realidad, ambos estaban pensando lo mismo. Pero él no dijo nada, y ella tampoco. Ambos se dirigieron a la parte trasera del carromato dando zancadas cortas, ya que el viento soplaba con energía y la nieve caía de costado. Ayudaron a Teresa a salir, y las mujeres entraron en el hotel, un suspiro de gloria bendita salió de sus respectivas bocas.

Trevor dejó a las muchachas en el hotel para que comieran algo caliente y entraran en calor. Él se encargó de los animales, los instaló en un establo que alquiló, bien merecían un lugar cálido y abundante comida después de lo bien que se habían portado. Los limpió con la almohaza y los premió con unas zanahorias que había mandado a un mozo comprar. Les arregló un buen lecho de paja a fin de que durmieran tranquilos aquella noche, que se vaticinaba fría. No ahorró en halagos y mimos, consciente de que ellos los entendían.

Cuando terminó, se acercó al hotel. Nada más entrar se quitó el sombrero y sacudió la nieve que se había posado en el ala, hizo lo mismo con su chaqueta y después se la quitó. Se encontró con Teresa sentada en una silla frente a una mesa que había cerca de una gran chimenea. Tenía una taza entre los dedos, sus mejillas rojizas evidenciaban que había entrado en calor, incluso su rostro mostraba buena salud. Era evidente que el descanso, la buena temperatura y comida caliente, recién hecha, la habían devuelto a la

vida. Aun así, avisaría al médico para que le hiciera un reconocimiento; no le gustaban las sorpresas y mejor pecar de exceso que de lo contrario.

Se dio cuenta de que muchos hombres no dejaban de mirarla y supo que no la podría dejar sola, bien sabía que sus intenciones no serían honestas. Una mujer tan bella en medio del salvaje Oeste era una joya que todos ambicionarían. A Grace la visionó conversando con un buen grupo de hombres y mujeres que también estaban cerca del hogar, que llameaba con brío. Solo había una circunstancia para que hubiera tanta gente junta y era que formaran parte de alguna caravana que continuarían por el Camino de Santa Fe, pues esa ruta no terminaba en la ciudad, sino que seguía muchas millas más hacia al oeste. Grace hablaba con ellos y, a primera vista, se advertía que ya había hecho amistad con gran parte de ellos.

Trevor pidió a una camarera que le sirviera lo mismo que a las mujeres, cuando esta le informó que habían pedido estofado, casi se le hizo la boca agua. Tenía hambre y además aún llevaba el frío dentro de sus huesos, y un buen plato de estofado lo ayudaría a entrar en calor. Se acercó a Teresa y se sentó en la silla frente a ella, a la espera de que le sirvieran la cena. Se acarició la barba, no es que fuera muy larga, pero le molestaba, al día siguiente acudiría al barbero para que se la rasurara y aprovecharía para que le hicieran un corte de pelo. La mujer dejó la taza sobre la superficie, en cuyo interior había leche caliente. En el restaurante había bullicio, pues el tiempo invitaba a quedarse tranquilo en el interior hasta que pasara el temporal.

—¿Cómo te encuentras, Teresa?

El hombre miró de reojo a Grace, seguía charlando con el grupo de gente de antes, daría lo que fuera por saber de qué hablaban. Una especie de malestar se acumuló en sus tripas, pues presentía que, si supiera de qué conversaban, no le iba a gustar.

—Mucho mejor, el mareo ha desaparecido y me siento con fuerzas.

—Me alegro —dijo, se obligó a dejar de cavilar sobre Grace y los desconocidos, alargó sus labios hasta convertirlos en una radiante sonrisa, era motivo de alegría que Teresa hubiera recuperado las energías—. He

encargado una habitación de dos camas para ti y Grace, yo dormiré en la de al lado, cualquier cosa que suceda durante la noche, me despertáis dando un porrazo a la pared que separa ambas habitaciones.

La camarera dejó el plato de estofado y unas tortillas de maíz sobre la mesa, el hombre pidió que también le trajeran una taza de café caliente con un chorro de *whisky*.

Teresa esperó a que la camarera se fuera para seguir con la conversación.

—Te lo agradezco mucho, pero siento que me estoy aprovechando de tu generosidad, solo quiero que sepas que, cuando tenga dinero, te devolveré hasta el último dólar.

A Trevor no le hacía falta que le devolviera el dinero, y así se lo quiso hacer saber, pero se acordó de que también había oído que las irlandesas eran muy cabezotas. De modo que decidió no decir nada, era mejor evitar situaciones incómodas; cuando llegara el momento ya improvisaría. De hecho, ayudarla no le suponía ningún esfuerzo, además, le gustaba hacerlo. Fue entonces cuando Grace se unió a ellos, el hombre estaba masticando el trozo de carne que tenía en la boca, lo hacía con rabia, pues a pesar de que la comida estaba muy buena, no la saboreaba. La incertidumbre lo ponía nervioso y la necesidad de saber el motivo por el que Grace había estado tanto tiempo con aquellos desconocidos lo estaba poniendo nervioso. Al instante apareció la camarera con la taza de café.

—Gracias —agradeció él mirándola—. Dígale al cocinero que el estofado está riquísimo. —Esperó a que se alejara y le preguntó a Grace—: ¿Va todo bien?

Desde luego que era una manera muy sutil de preguntarle, pero Trevor sí o sí buscaba respuestas a su curiosa necesidad, y abordarla directamente no hubiera quedado muy elegante. Grace no se dio cuenta, en el fondo era ingenua, de modo que no tuvo reparo en contestar.

—Sí, muy bien. Acabo de conocer a un grupo de emigrantes que van en caravana a St. Louis. —Hizo una pausa—. Me han ofrecido unirme a ellos.

—Le habrás dicho que no, supongo —solicitó Teresa, que se había

convertido sin darse cuenta en aliada de Trevor.

—Pues la idea me agrada y les he dicho que sí.

Un silencio profundo se cernía sobre los tres, a pesar del bullicio del restaurante, parecía hacerse más intenso a cada segundo que pasaba. Grace no se atrevía a mirar al hombre y tenía la mirada fija en la mesa, Trevor la observaba a ella y Teresa contemplaba a su amiga con la boca abierta de par en par.

Grace sabía que separarse de él sería demasiado duro, pero no había otra solución y había tomado una decisión.

—¿Estás segura? —se inquietó Teresa, la idea de perder su amistad la entristecía sobremanera.

Trevor agarraba la cuchara con fuerza, incluso había perdido el apetito. Cogió la taza y le dio un sorbo grande, pues el último trozo de carne que masticaba necesitó de ayuda para poder ser tragado.

Teresa no ocultó su tristeza, a sus maravillosos ojos, de un tono verde selva, acudieron varias lágrimas. Había perdido a su marido y no quería quedarse sin la amistad de su amiga.

—No niego que sería un lugar maravilloso para empezar de nuevo —comentó la irlandesa—, pero Santa Fe también lo es.

Trevor respiró hondo antes de hablar. Prefería que colgaran su cabellera de un palo antes que dejarla marchar, de ningún modo permitiría que ella se fuera tan lejos. Había que convencerla de lo contrario, y si no, recurriría a soluciones más drásticas.

—Estoy de acuerdo con Teresa —señaló él sin perder ni un minuto, intentando que su tono fuera neutro y que no mostrara su ansiedad, creyó haberlo conseguido.

—Grace, puedes empezar aquí, yo podría ayudarte, además me gustaría poder verte de vez en cuando. Te visitaría muy a menudo, pues quiero que estés conmigo cuando nazca el bebé —agregó llevándose las manos al vientre.

Trevor dio gracias al cielo de que la irlandesa hubiera acudido en su ayuda, aquello lo tranquilizó, aunque no le duró mucho.

—No puedo... —reconoció Grace cabizbaja, negando con la cabeza.

—¿Por qué? —dijo, alarmada, su amiga—. Santa Fe es un lugar próspero, sé que podrías hacerte un lugar aquí.

—Escucha a Teresa, no seas tan tozuda —añadió el hombre, su tono era igual de frío que la nieve del exterior.

A Grace le sorprendió el matiz helado que había empleado Trevor, por un momento quedó paralizada, pero estaba entre la espada y la pared y no podía echarse atrás en su decisión.

—Está decidido —dictaminó Grace.

—Te echaré de menos... —susurró Teresa.

La irlandesa alargó sus manos por encima la mesa, Grace hizo lo mismo y acoplaron sus dedos con afecto. Fue entonces cuando se atrevió a mirar a Trevor. En sus ojos grises detectó rabia, miedo y tristeza, pero sin quererlo ni desearlo ambos quedaron atrapados en los ojos del otro y recordaron los buenos momentos pasados en el viaje, sobre todo los sensuales. Entonces se contemplaron con adoración, y ella se sintió acariciada por rayos de sol. En realidad, su corazón luchaba en batallas silenciosas donde las espadas alzadas eran sentimientos en carne viva. Nunca jamás, salvo el cura Patrick, le había mostrado afecto; y que tanto Teresa como Trevor mostraran cariño hacía ella era más de lo que nunca hubiera imaginado. Y le agradaba aquella sensación de sentirse apreciada, pues siempre había vivido entre humillaciones en el orfanato cuando era niña; y de mayor, ya casada, se resignó porque había creído que no había nada mejor, hasta que había dicho basta y había decidido vivir sin miedo. Qué más quisiera ella que quedarse en Santa Fe cerca de ellos, ver nacer y crecer al hijo de Teresa y cultivar una amistad que la llenaba más de lo que nunca hubiera pensado. Pero no podía, no podía porque hacerlo sería morir de pena. No soportaría ver a Trevor y Teresa unidos en matrimonio, aquello era peor que quemarla viva.

—Ya les he dicho que me iba con ellos —anunció Grace, se levantó de

golpe, pues no quería continuar con la conversación, sus lágrimas empezaban a desbordarse—. Creo que es mejor que me vaya a descansar.

—Trevor nos ha reservado una habitación para las dos —informó Teresa levantándose también—. ¿Nos vamos a dormir?

Grace no pudo marcharse sin antes dirigirle a Trevor una expresión de agradecimiento. Ambos se sostuvieron la mirada, abrazos y besos brillaron en sus pupilas abiertas hasta el infinito. Y cuando dejaron de contemplarse, se sintieron vacíos de todo.

Grace y Teresa no tardaron en meterse bajo la tibieza de las mantas. Suspiros de regocijo salieron casi al unísono de sus bocas, aquello hizo que estallaran en carcajadas. Ambas tenían ganas de hablar un rato, pero el cansancio pesaba en sus cuerpos, sobre todo en el de Teresa, que fue la primera en quedarse dormida; tras ella, Grace sucumbió rápidamente a Morfeo.

Por su parte, Trevor no entendía las prisas de Grace por marcharse, era como si huyera de él. Un estremecimiento lo sacudió de arriba abajo. Se terminó la cena con más pena que hambre, estaba enfadado consigo mismo y con ella, y no lo disimulaba con la manera de coger la cuchara y beberse el café. La camarera pareció darse cuenta y preguntó al hombre, pero al ver que sus ojos grises escupían pólvora, se marchó a la cocina.

Después Trevor se fue a dormir, tal vez cuando descansara encontraría la manera de que Grace cambiara de opinión y decidiera ir a su rancho por las buenas. Siempre habría tiempo a llevársela por las malas.

## CAPÍTULO 10

El día amaneció soleado y frío. Cualquiera hubiera dicho que la noche anterior había descendido la rabia del cielo en forma de ventisca y nieve, pues lucía un sol radiante y la bóveda celeste era un lienzo azul perfecto, sin mácula alguna que desluciera su grandiosidad. La nieve recién caída parecía un mar de merengue espumoso y liso. Casi daba pena pisarla y ensuciarla con las botas, las ruedas de los carros y las patas de los caballos sucias de fango. Pero la tranquilidad y la poesía del paisaje solo destellaron en los habitantes de Santa Fe el tiempo que cruza un relámpago en las nubes, pues el día a día y las necesidades dejaban poco espacio a saborear la hermosura de la madre naturaleza y suspirar de alegría con algo que el sol fundiría tarde o temprano.

Lo primero que hizo Trevor cuando se levantó fue ir a buscar a Pirata y a inspeccionar el camino que llevaba a su hogar. El rancho estaba cerca del nacimiento del río Pecos, en lo alto de unas montañas, por tanto la nieve habría cortado provisionalmente el camino y habría que esperarse unos días a que se deshiciera. Si dependiera de él, emprendería el camino sin vacilaciones, pues conocía atajos y confiaba en el buen hacer de Pirata. Sin embargo, tenía que pensar en Grace y Teresa, ellas no estaban acostumbradas a circular por lugares angostos y peligrosos en aquellas condiciones. Además, una cosa era viajar a caballo, que le permitía dar rodeos con facilidad y pasar por todos lados, y otra muy distinta con un carromato que necesitaba espacio para circular y maniobrar. También debía pensar en el embarazo de la irlandesa, y no debía arriesgarse más de lo necesario. Así que no tuvo más alternativa que informar a las mujeres que estarían unos días en Santa Fe hasta que pudieran emprender el viaje en condiciones.

Por una parte estaba contento, porque aquello le permitiría tener más tiempo para convencer a Grace de que la única alternativa que tenía era irse a su rancho. Por suerte, la caravana en la que ella pretendía marcharse tampoco

podía salir debido a los mismos motivos: la nieve.

Y los días pasaron, y esos días de tranquilidad sirvieron para que Trevor pidiera ayuda a las mujeres, ya que decidió comprar un carro y llenarlo de provisiones; bien sabía que su rancho necesitaría de todo un poco. Por fortuna, en las tiendas y en los almacenes todavía encontraron todo lo necesario, incluso había hermosos retales de ropa para confeccionar vestidos. Además, en uno de los comercios, no hacía muchos días que les habían llegado tejidos para hacer cortinas. La idea había sido de Teresa en cuanto vio las bonitas telas que, sin quererlo, ya estaba poniendo un toque femenino en su hogar, que agradó al hombre.

Grace no quiso intervenir mucho, sabía que acabaría marchándose en dirección contraria. Aun así, Trevor insistió, pues los planes del hombre con respecto a ella eran otros; de modo que la mujer se dejó llevar no solo por él, sino que la emoción que mostraba Teresa terminaron por contagiarla a ella. Aquello sirvió para que la irlandesa se olvidara por un rato de su tristeza por haber perdido a su marido y para que Grace no pensara en un viaje que la llevaría lejos. Ambas escogieron telas, encajes, lazos y botones con los que confeccionar vestidos. De hecho, Teresa era muy buena costurera, explicó que en Irlanda cosía para gente de la alta sociedad, y prometió enseñarle a su amiga algunas técnicas. Grace asintió sin mucha efusividad, pues sabía que aquel deseo no se cumpliría. En su interior ya había asimilado que se marcharía con la caravana, aunque Teresa parecía no aceptarlo; era como si quisiera convencerla de lo contrario intentando sobornarla con lo que tenía a mano.

Trevor aprovechó otro nuevo día de compras para adquirir ropa nueva, pues la que llevaba se había desgastado durante el viaje, sobre todo por la parte de las rodillas de los pantalones, incluso se apreciaba algún agujero. Escogió una chaqueta de piel negra larga hasta las rodillas, un chaleco de seda también negro, una camisa de lino blanca, unos pantalones grises, unas botas oscuras y un sombrero claro de ala ancha. Se aseguró de que fuera grueso a fin de que aguantaran las inclemencias del tiempo y lo protegieran

del sol. Una vez que escogió su nuevo atuendo, fue al probador, no tardó en salir ataviado con todas las prendas. Cabía decir que recibió la aprobación de las muchachas y alguna otra que había en la tienda, arrancando las sonrisas de los presentes. No era para menos, Trevor destacaba por su corpulencia y por la esencia fuerte que emanaba. Fue Grace la que se sonrojó de pies a cabeza cuando notó la chispa del deseo inundarla de pies a cabeza. Amaba y deseaba a ese hombre.

A pesar de que Grace se negó, Trevor no prestó atención a sus negativas y le regaló un bonito vestido rosa satinado con volados, con detalles de encaje blanco en las mangas, falda y cuello, y una capa azul marino con sus guantes a juego que la protegerían del frío. Lo complementó con un bonete de paja con visera ancha, adornado con lazos rosas y flores de varias tonalidades, y unos botines marrón oscuro. Teresa la ayudó a ponerse las prensas nuevas, cuando terminó, Grace se miró en el espejo antes de salir del probador. Nunca había tenido un vestido tan bonito como ese, y verse vestida con él le resultó un sueño. Se sintió como una princesa de cuentos de hadas y le dio pena llevarlo puesto; casi prefería tenerlo guardado para que no se estropeará nunca y poder admirarlo cuando quisiera, como si fuera una obra de arte.

Cuando la mujer apartó la cortina y salió, se hizo un silencio expectante en toda la tienda, fueron muchos los compradores que contuvieron el aliento; entre ellos... Trevor, que se quedó sin aire en los pulmones de la impresión. Grace poseía una figura hermosa que realzaba la belleza de cualquier cosa con la que se cubriera. Cualquier modista de reputación estaría encantada de diseñar prendas para ella, sabiendo de antemano que sus telas se amoldarían y cobrarían vida en aquella figura esbelta con dulzura y clase.

Los días fueron pasando uno tras otro. La nieve se iba derritiendo y, poco a poco, las carreteras quedaban limpias, aunque el fango también empezaba a ser un problema, con todo, sería por poco tiempo, pues los aires empezaban a cambiar y la primavera ya estaba dando sus primeros guiños, tal como tocaba por aquella época.

Por su parte, Grace evitaba a Trevor a toda costa, pero él se negaba a que

lo apartara. No entendía el motivo por el cual la mujer le rehuía y prefería estar con los forasteros de la caravana; al fin y al cabo, eran desconocidos, de los que sabía poco, por no decir nada. De acuerdo que no estaba siendo justo, pues una manzana podrida en un cesto no significaba que todas estuvieran podridas, y sin duda habría muy buenas gentes en esa caravana. Sin embargo, Grace no tenía a nadie que velara por ella, por tanto, estaba a merced de cualquiera con malas intenciones. Siempre había algún granuja de mente primitiva entre buena gente, porque los malos pensamientos no saben vivir solos. Necesitan de la bondad de otros para sentirse superiores, dándoles el derecho a lastimar. Además, conocía lo suficiente a Grace para saber que ella, en muchos aspectos, era demasiado ingenua. Jake la había engañado desde el primer momento, mostrándose ante ella como un príncipe azul sobre un corcel blanco. Definitivamente no podía dejarla al amparo de la suerte, porque buscar un futuro mejor no era jugar una partida de póker, y ella parecía estar jugando una partida con los ojos vendados, tomando decisiones demasiado precipitadas.

Trevor revivió todos los momentos que había pasado con ella desde que la vio por primera vez en el burdel, a su mente acudieron los buenos y los malos ratos. No quería olvidarse de ninguno, pues para él eran demasiado importantes. Con todo había un pensamiento por encima de los demás: la noche en la que planeó pegarse un tiro. La decisión más estúpida y más cobarde que cualquier ser humano pudiera cavilar. Ella lo había salvado de su propia desesperación en el momento preciso, cuando casi acababa cometiendo una locura. En verdad existían ángeles de carne y hueso que, sin saberlo, ayudaban al más necesitado. Siempre había visto magia en Grace, incluso antes de conocerla se había metido en sus sueños, ayudándolo a revivir las pesadillas de su pasado como una manera de curarlas y tomar conciencia de que no era como su padre.

Hubo un tiempo, cuando era un niño sin madurez suficiente para saber lo que era correcto o no, que pensaba que todo hombre debía recurrir a la violencia para sobrevivir. No obstante, ese Trevor fue creciendo y su alma se

reveló contra aquel pensamiento. En algún lugar oculto de su interior, una chispa había sido empujada hacia el anhelo fuerte de desear algo de lo que no había sido consciente hasta entonces. Comprendió que había dos maneras de amar: una destructiva y otra constructiva. Con la sabiduría que da los años, y alejándose cada vez más del ejemplo negativo de su padre, supo que a través del amor él quería construir un hogar, tener hijos y educarlos, no solo para que fueran hombres y mujeres de provecho para sí mismos, sino también para la sociedad, predicando con el ejemplo.

Trevor sonrió tontamente. Se dio cuenta de ello, pero no se reprimió, porque cuando pensaba en el amor y en construir un hogar, a su cabeza no acudía Amy, como en un pasado no muy lejano, sino Grace y su magia de mujer. Sus pulmones se hincharon de aire, Grace le importaba demasiado, tanto que no podía perderla, y debía esforzarse al máximo. Bien sabía que estaba pidiendo un imposible, pues ella necesitaba tiempo para sanar el dolor que le había causado su marido. Deseaba demostrarle que una caricia era lo contrario a un bofetón, y que no debía temer a sus manos y su cuerpo.

No obstante, para demostrarle todo aquello debía tenerla a su lado. Un imposible. Porque ella se había negado en rotundo y cada día se estaba alejando un poco más. Algo que no entendía, ya que por más que ella lo negara, la verdad de sus sentimientos como mujer chispeaba en sus ojos cuando él estaba cerca, evidenciado su impaciencia por tenerlo tan próximo, incluso notaba que lo deseaba como hombre.

Aquello lo ponía nervioso, nervios que se acumulaban en su ser, provocando que su frustración creciera al comprobar que cada día pasaba más tiempo con la gente de la caravana. Era como si ella estuviera desconectando de él y de Teresa empujada por algo más profundo que advertía en su mirada aguamarina cuando se cruzaba con la de él, y que ella evitaba a toda costa, batiendo con miedo sus pestañas, como aleteos de mariposas atrapadas en una telaraña.

Él ya se había mentalizando de que Grace no cambiaría de opinión por mucho que insistiera; y lo único que le quedaba por hacer era obligarla. Solo

esperaba que no lo odiara por ello. Se sentía responsable, quería lo mejor para ella, y lo mejor para ella era que se tomara el futuro con tranquilidad y que no decidiera con precipitación opciones que tal vez le pesarían en el futuro. Si después de reflexionar deseaba vivir lejos de él, lo entendería, lo aceptaría e intentaría soportarlo.

Lo que no sabía Trevor era que el pasado de Grace llegaba montado a caballo una vez que la nieve dejó que los caminos fueran transitables. Como una sombra amenazante, cargado con mil razones y ninguna verdad, con la maldad circulando por sus venas, con su pistola señalando muerte dentro de su funda, con sus puños amasando golpes, entró Jake en el pueblo. A veces no hacían falta palabras para que un aura definiera a las personas, y eso le pasaba a ese hombre vestido de negro de arriba abajo; todo él era oscuro como la muerte. La sensación espesa de tenebrosidad que se agudizaba con su cercanía precipitaba a que cualquiera que se acercara a él se marchara veloz, con la impresión surrealista de haber sido empujado por unas manos ficticias. Miedo era lo que evocaba ese hombre, cuya rabia agudizada por los días que había tenido que perseguir a Grace lo había vaciado por dentro. En su lugar había un nido de serpientes, y es que su interior no daba cobijo a sentimientos claros y puros.

Como siempre, Jake no tardó en saber dónde estaba Grace, pues su pelo pelirrojo, un pelirrojo nada común con mechadas doradas, y su piel blanca, igual que los puñados de nieve que aún sobrevivían en las sombras eternas que todo pueblo tenía, no la hacían pasar desapercibida. Con sus espuelas resonando a cada paso, y cojeando debido a la herida mal curada por sus prisas —producida por el disparo de su esposa— se acercó al hotel. Como era avanzada la mañana y todavía quedaba para la hora del almuerzo, no había mucha gente. El comedor estaba ubicado en la parte derecha y encontró a dos mujeres, una limpiaba las mesas y la otra barría. No perdió tiempo y se dispuso a sobornar a una de ellas para que le informara en cuál habitación se hospedaba a la que consideraba aún su esposa y de su propiedad. La otra camarera recriminó a su compañera y le aconsejó que no aceptara el soborno

y que no dijera nada, pero en cuanto Jake la miró de manera amenazante, decidió mantenerse al margen.

Jake era un hombre precavido, cuanto menos supieran de él, mucho mejor, por lo que no dijo su nombre cuando las mujeres le preguntaron y se marchó sin decir ni tan solo adiós; poco le importaba no ser educado. Luego, anduvo por el exterior del hotel con disimulo, pues a esa hora había gente circulando por las calles embarradas debido a la nieve deshecha. Bien sabía que debía entrar en el dormitorio sin que nadie lo viera, a fin de que no alertaran a Grace. Su cojera le impedía mostrarse ágil como antes, de todos modos, se las apañó bastante bien y una vez que ubicó la habitación de su huidiza esposa, entró a hurtadillas por la ventana, valiéndose de un gran establo y un árbol que había detrás del edificio, que le proporcionó las sombras y los recovecos necesarios para trepar sin ser visto.

No muy lejos de allí, Trevor y Teresa ultimaban los preparativos; al día siguiente se marcharían hacia el rancho del hombre. Grace, como era de esperar, no estaba con ellos, sino con la caravana que también reanudaría el viaje al mismo tiempo que ellos. De modo que no era de extrañar que Trevor no estuviera muy efusivo por la marcha, ya que casi tendría que atar y amordazar a Grace para llevársela con él, y no era motivo de orgullo actuar como un cavernícola.

Sin embargo, ellos dos no se habían dado cuenta de que Grace no estaba con las gentes de la caravana, sino que aquella excusa le había permitido a la mujer alejarse, pues su dolor ya era tan grande que no podía aguantar el llanto. El día era soleado, de esos días tibios que invitaban a buscar un lugar resguardado, y sin sombras, para disfrutar de la recién nacida primavera que, con vergüenza, empezaba a dar los primeros abrazos a la tierra. Grace estaba detrás del almacén buscando oscuridad y soledad. No había nada más amargo en la vida que la tristeza a oscuras, pero no le quedaba más remedio y se escondió y lloró. Sus lágrimas eran hojas que caían de un árbol sin vida ni ilusión por crecer, porque así se sentía ella: como una planta con raíces muertas. Estaba siendo patética, lo sabía, cualquier otro en su situación

estaría disfrutando de las pocas horas que le quedaban por pasar con Trevor y Teresa. Pero no se sentía con fuerzas, y no quería sucumbir al llanto ante su presencia, porque implicaría desnudar sus emociones, y no quería abrazos nacidos de la lástima.

La mujer estaba apoyada en la pared, removía la tierra semihúmeda con la punta de su bota distraídamente, dibujando circunferencias que deshacía cuando eran círculos perfectos. Como si sus pies tuvieran vida propia y decidieran su destino, escribieron el nombre de Trevor. Grace se sorprendió, la inmensidad de los sentimientos que ella llevaba en su interior estaban más vivos que nunca; en cierto modo, su cuerpo le estaba hablando sin decir una palabra. De nada le estaba sirviendo ignorar la evidencia, por más que se forzara a vestirse con la indumentaria de la seguridad a fin de que todos vieran solo esa parte de ella, pues eso le daba una confianza ficticia, la realidad se imponía, y dicha seguridad se diluía como la nieve que ella contemplaba. Claro que sus sentimientos se estaban negando a llevar aquel vestido, y es que toda ella clamaba por irse con Trevor y Teresa, pero ya había tomado una decisión.

Aunque... ¿Trevor la escucharía si le dijera «te amo» antes de que se marchara? Grace cerró los ojos y negó con la cabeza. Mejor no, se pondría en evidencia y después le sería imposible mirarlo a la cara sin sentir una profunda vergüenza. Mejor no hacer nada, como los cobardes que huyen de la batalla. Mejor permanecer en silencio el resto de su vida.

Grace se agachó y tocó el nombre de Trevor, lo acarició con las puntas de los dedos con el mimo de un rayo de sol tocando un pétalo. Grande fue la emoción que experimentó, y supo que jamás aquel nombre habitaría el olvido. Y como le sucedía últimamente, dejó vagar su mente e imaginó un futuro idílico junto a él, que bien sabía que se sostenía por columnas de humo, pues por mucho que lo deseara, era un viaje a ninguna parte. Y cada vez era más consciente de que debería encontrar la manera de arrancarse esa fantasía del alma, porque sus ilusiones eran como las estrellas: imposibles de tocar.

La mujer deshizo el nombre de Trevor, las letras se difuminaron en la tierra humedecida por la nieve, ya líquida, pero aunque desapareciera a la vista, ella escribía cada palabra con cada uno de sus latidos en el interior secreto de su corazón. Decidió irse al hotel, ya que se sentía casada por dentro y por fuera. Dormía mal por las noches, y de día la paz no acudía a su mente por más que intentara distraerla hablando con las gentes de la caravana. Siempre acababa equiparando a todos aquellos hombres con Trevor, y ninguno se podía comparar con él, era imposible. Trevor era una excepción.

Pasó por al lado de la caravana y saludó a los que a partir del día siguiente serían sus nuevos compañeros de viaje; estaban poniendo a punto las carretas. Algunos de ellos se acercaron, pero como ella no tenía ganas de conversar, se despidió alegando que debía preparar el equipaje. De hecho, no había dicho ninguna mentira, ya que aún no había organizado sus cosas; se había negado a hacerlo hasta última momento porque aquello significaba que Trevor y ella seguirían por caminos distintos. Pero ya no podía esperar más y tendría que arreglar sus pocas cosas. Mientras caminaba, el ajetreo de los preparativos que conllevaba una caravana de aquellas dimensiones se desvanecía en el aire.

Nada más entrar en el hotel, la recibió el aroma a comida, distinguió el olor contundente a pastel de carne asada, incluso percibió a lo lejos el olor a galletas recién horneadas. Sin duda un festín para estómagos exigentes, aunque ella, debido a los nervios, había perdido el apetito.

La mujer echó una mirada al comedor. Los primeros comensales ya estaban ubicados en sus mesas y echaban buena cuenta a sus platos llenos; los servían las dos camareras de siempre. Cuando vieron entrar a Grace, contuvieron la respiración, esta, que siempre había vivido con sus instintos en alerta, se percató de que una de ellas se quería acercar para decirle algo, no obstante, la otra se lo impidió agarrándola del brazo. Ambas intercambiaron alguna que otra palabra; a simple vista, una de las camareras parecía estar bastante enfadada, y era tal su enfado que reprimió a la otra. Aquel

comportamiento tan extraño la sorprendió por el mero hecho de que parecía que el problema era ella, y no lo entendía, pues aparte de alguna conversación relacionada con la comida que servían, no había mantenido ningún contacto más profundo con ellas. Con todo, no le dio importancia, o mejor dicho, no quiso darle importancia. Su cabeza estaba revuelta con idas y venidas de pensamientos, unos más absurdos que otros debido a su situación emocional, y no quería más motivos de desvelos. Solo deseaba que el día de mañana llegara pronto y acabar de una vez por todas con su sufrimiento.

Subió los escalones uno tras otro, como si su cuerpo pesara el doble y su alma se arrastrara por el suelo. No tardó en llegar a la habitación, ella no era consciente de que Jake estaba detrás de la puerta, aguardando con paciencia y en silencio desde hacía un buen rato.

Pronto Grace sabía que del pasado no se podía escapar.

Grace abrió la puerta, no le dio tiempo a cerrarla, pues él la arrastró adentro y cerró con brusquedad. Inmediatamente después, y antes de que ella pudiera reaccionar, le puso las manos a la espalda y le apretó las muñecas con fuerza a fin de inmovilizarla; ella se debatió, pero todo esfuerzo fue inútil.

Grace miró a su marido: la maldad impregnaba los ojos del hombre como si fuera un veneno letal. Ni las serpientes miraban de aquella manera, porque las serpientes mataban por hambre o para defenderse, Jake lo hacía por placer.

—Cuánto tiempo, Grace, por tu cara veo que no soy bien recibido.

Su tono, en otrora seco y duro, había mutado a uno cavernoso, Grace se dio cuenta de ello y pensó que ese hombre ya estaba podrido por dentro. Intentó no mostrar miedo, pero en su situación, inmovilizada por completo, resultaba inútil, y más todavía porque se sentía sin aliento, pues su maldad la oprimía. Era como estar entre dos paredes que la aplastaban sin remedio. Aun así, utilizó sus pocas fuerzas para hablar.

—Nunca serás bien recibido.

—Grace, Grace... —empezó a decir con un aire engañosamente tranquilo —, a un marido le debes mostrar respeto y sumisión —declaró con un matiz a

mofa.

Apretó con tanta fuerza las muñecas de Grace que ella no pudo evitar quejarse de dolor a través de un siseo largo y profundo. Eran tan fácil en aquellos momentos acordarse de Trevor, que entre este y el hombre que tenía delante había un abismo de intenciones. Trevor jamás haría daño a una mujer.

—Después de todo el daño que me has hecho, no te odio, Jake, solo mereces que te tenga lástima.

Jake la agarró del pelo con tanta violencia que su moño se deshizo. Ella, al verse con las manos libres, quiso golpearlo, pero no le dio tiempo porque él la aferró por los hombros y la tiró contra la pared. El golpe que recibió en su delgado cuerpo fue duro y seco, sus pulmones se quedaron sin aire; a duras penas podía respirar y mucho menos incorporarse. Se quedó en el suelo, con su mejilla pegada en la superficie de madera, hizo amago de levantar la cabeza, ya que debía ubicar a su marido en el espacio para defenderse. Sin embargo, no podía, estaba demasiado aturdida, de hecho, no era la primera vez, pues conocía la sensación de morirse lentamente. Jake, cuando vivían juntos, la solía golpear hasta el límite. Solo la dejaba con un hilo de vida en el cuerpo, lo suficiente para que pudiera recuperarse y poder golpearla de nuevo, con lo cual no le sorprendió que la pateara en el vientre. El impacto fue tan fuerte que no pudo evitar que su estómago se contrajera y expulsara allí mismo lo poco que llevaba dentro.

Grace estaba mareada, su mirada borrosa no le servía de mucho y, cuando pudo enfocar, las paredes daban vueltas a su alrededor, aun así, notó la presencia espesa de Jake cerca de ella. Él era el hijo legítimo del dolor; como tal, le gustaba pavonearse de su poder sin miramientos, porque lo llevaba muy adentro y, cuando se llevaba el pecado pegado en el alma, dejándolo sin aire para recomponerse en un intento de que tomara conciencia de lo que hacía, todo ruego era inútil. De modo que la mujer decidió no suplicar por su vida, no cuando hacerlo significaba darle un placer morboso.

Jake la contempló desde la altura, había aprendido a dar forma a la crueldad desde el primer día de su enlace matrimonial. Que ella lo

abandonara solo había sido un revulsivo a su naturaleza malvada; de alguna manera le había proporcionado las alas negras que todo ángel caído llevaba, y se sentía orgulloso de llevar esas alas. En parte, la sensación poderosa que experimentaba haciéndole daño se unía con la expectación que traía consigo el futuro, pues había decidido matarla lentamente. Jake sonrió, se agachó frente a ella, tenía asumido que si la mataba, no tendría con quien divertirse. Pero su mente retorcida no tardó en buscar solución y la idea de encontrar otra Grace lo emocionaba, tanto como ver el sufrimiento de su esposa brillando en sus preciosos ojos azules.

La muchacha notó el aliento de él cerca de su rostro, su maldad la oprimía, era como encontrarse aplastada bajo el peso de una piedra, sin posibilidad de moverse. Jake la agarró de nuevo del pelo, el moño ya era una sombra maltrecha en su cabeza, y a tirones la obligó a levantarse. No dándose por satisfecho, alzó el brazo con que sujetaba el cabello de la mujer, no tuvo miramientos con ella, y Grace quedó suspendida en el aire. Su cara desfigurada por el dolor hizo reír a Jake, ella movió los pies con desespero buscando el suelo. No obstante, él era un hombre fuerte y ella, una mujer menuda, por lo que no le costó mucho esfuerzo mantenerla en aquella posición.

Grace clavó sus uñas en el brazo que la sujetaba, pues le dolía, dolía mucho. ¿Acaso para morir hacía falta sufrir tanto? «Dios, apiádate de mí», susurró en el silencio de su mente.

—¡Mátame de una vez! —pidió ella.

Aunque sus ganas de llorar eran enormes, se negaba a hacerlo, pues sabía que sus lágrimas eran la alegría de él y no quiso darle aquella satisfacción.

—Antes de eso quiero divertirme un poco, creo que me lo merezco. — Hizo una pausa, respiró tan profundo que se escuchó en toda la habitación—. Te haré pagar cada kilómetro que me has hecho recorrer en tu busca.

Grace supo que los próximos minutos serían difíciles de soportar. En el fondo de su corazón deseó que su alma se despegara de su cuerpo, porque no sabía si podría aguantar tanto dolor.

\*\*\*

Trevor y Teresa habían terminado de empaquetar las últimas cosas. Se dirigieron a la caravana en busca de Grace. Una vez en el lugar, les informaron de que ella no estaba con ellos, sino que se había ido a hacer su equipaje. De modo que fueron al hotel, pues era casi hora de comer y podrían hacerlo los tres juntos.

Cuando ambos entraron en el establecimiento, una de las camareras acababa de dejar un plato humeante sobre la mesa de uno de los clientes, era la misma muchacha que había censurado el comportamiento de su compañera cuando se dejó sobornar por Jake. Se percató de la entrada de Teresa y Trevor, aunque en un primer momento titubeó, acabó por acercarse a ellos. Por lógica, la muchacha había deducido que el forastero tan oscuro de la mañana no llevaba buenas intenciones con respecto a Grace, y como sabía que Teresa y Trevor eran sus compañeros de viaje, tal vez pudieran ayudarla.

—Señor Jenkins... —Hablaba retorciendo el delantal entre sus nerviosos dedos, Trevor frunció el entrecejo, pues se había dado cuenta—. Esta mañana ha estado aquí un forastero preguntando por la señorita Grace, quería saber en qué habitación se hospedaba.

—¿Un forastero? —preguntó, sorprendido, él, su instinto empezó a ponerse en guardia, Jake, su marido, fue en el primero que pensó—. ¿Te dijo su nombre?

—No, no quiso darnos su nombre. —Su tono pausado y triste mostraba culpabilidad—. Solo que la andaba buscando, yo, yo no quise decirle nada, pues me pareció que no llevaba buenas intenciones, pero mi compañera... —Hizo una pausa—. Se, se lo dijo a cambio de una buena propina. —Suspiró de alivio y de vergüenza al mismo tiempo.

La camarera estaba siendo breve, el sentimiento de culpa había provocado que de su boca solo salieran las palabras justas. Aunque ella no había sido la sobornada, su silencio la hacía sentirse cómplice de un acto que ella repudiaba. Trevor se dio cuenta y quiso agradecerlo, pero la premonición de

que la misma maldad de su padre flotaba en el ambiente en otro cuerpo y con otro nombre lo dejó sin habla.

La sensación de peligro se filtró huesos adentro. Trevor dejó en libertad un gruñido más propio de un lobo que se preparaba para la caza. No podía dejar de pensar en Grace y, aunque perdiera la vida, su necesidad por ayudarla lo hizo reaccionar con rapidez. Sin perder un segundo más, que bien podría salvarla, corrió veloz hacia la habitación, sin saber si ella estaría allí o si Jake ya se la habría llevado, o, en el peor de los casos, si ya la habría asesinado. Aquella última suposición fue la que le dio velocidad a las zancadas mientras el suelo se estremecía bajo sus pies, incluso de la unión de los listones de madera, colocados uno al lado de otro, salía polvo.

Con un movimiento rápido de mano, se encargó de soltar la correa que mantenía sujeta su Colt, en un segundo la empuñó con la determinación clara de que si tenía que disparar a matar, lo haría por más que sus entrañas se revelaran contra tan terrible acción, tal como le sucedía cuando agarraba su arma. Sin más, abrió la puerta, por suerte no estaba cerrada por dentro, aunque si lo hubiera estado, no hubiera tenido ningún problema de echarla abajo.

La imagen que se desplegó antes sus ojos fue de esas que impactaban hasta lo más profundo del interior de cualquier persona con conciencia en el cuerpo. Jake tenía agarrada a Grace por el cabello y la había alzado, sus pies se agitaban en el aire en busca de estabilidad. Sin embargo, lo que más le impactó fue su rostro de miedo y resignación, que evocaba a la vida sin vida, a las estrellas sin luz, a los ríos sin agua, al sol sin su tibieza, a la boca sin sonrisa. Grace era su piano sin teclas y sin música porque Jake se lo había arrebatado todo, absolutamente todo.

## CAPÍTULO 11

Grace emitió un sonido desgarrador. Debajo de sus pestañas Trevor vio la misma pesadilla que persiguió a su madre en vida. Entonces era un niño y no pudo hacer nada por ayudarla, en cambio ahora era todo lo contrario.

—¡Suéltala! —exigió Trevor, apuntó a Jake con furia; el destello plateado de su Colt amenazaba muerte.

Jake entornó los ojos a modo de rebeldía, su comisura derecha se alzó hasta formar un rictus de indiferencia. Sin embargo, cuando escuchó que su contrincante amartillaba el arma, abrió de golpe la mano que sujetaba el pelo de la mujer. Grace cayó al suelo igual que un fardo pesado que no vale nada y que tiran con desprecio. El retumbar fue doloroso, y su eco impactó en el alma de Trevor. Quiso correr hacia ella, abrazarla, protegerla, adorarla con cada uno de sus sentidos a fin de borrar en ella aquel sufrimiento. Pero si lo hacía, Jake los mataría a ambos, primero, la debía poner a salvo.

Trevor experimentó un progresivo incremento de su furia que rivalizaba con la tranquilidad y el buen hacer que había mostrado siempre en aquellas lides. Su deseo era infringirle a Jake todo el castigo que se merecía, pero tuvo que enfriar su imaginación a fin de no sucumbir a sus más bajos instintos como ser humano. Jake merecía un infierno hecho a medida, construido de torturas, porque la muerte no era suficiente castigo para él.

—Grace, ¿estás bien? —preguntó Trevor sin apartar la mirada de Jake.

La mujer se incorporó, se sentó en el suelo con evidentes muestras de dolor.

—Más o menos.

—¿Puedes moverte?

—Sí...

—Entonces aléjate de Jake.

Grace se levantó y caminó hacia un rincón, sus pasos titubeaban, con todo,

logró mantenerse estable y se alejó todo lo que pudo de su marido. Se apoyó en la pared con sus manos en el vientre, pues ese lugar todavía le dolía. Trevor la miraba de reojo y su furia crecía a cada paso que ella daba, consciente de que estaba así por culpa de un salvaje. Jake también contemplaba a Grace y su rostro evidenció lo satisfecho que se sentía por haber lastimado a su mujer. Sus facciones profundas y su mirada oscura cubierta de veneno adquirieron la expresión de felicidad del pintor que contempla su macabra obra.

Trevor sintió un asco profundo por ese ser. Se daba cuenta de que ese engendro mostraba una grandilocuente superioridad sin vergüenza, el mismo orgullo enfermizo que poseía intrínsecamente todo asesino déspota y cruel. La persona que tenía delante era como su padre, ese ser sin compasión que había matado a su madre por egoísmo y por el mismo sentido de superioridad del que estaba haciendo gala Jake. Cuando era niño, no había comprendido esos aspectos de la naturaleza humana. Ya de mayor, con mucho vivido, con la vida como maestra que le había enseñado las mejores lecciones, sabía que solo haría falta despojar a Jake de aquella superioridad y desnudarlo como nunca creyó posible. El muy canalla se había alimentado del miedo de Grace para saciar su orgullo de hombre; la verdad era que no se merecía la compasión de nadie. Porque a un hombre como ese, si se le demostraba que no era nada frente a la verdad, se derrumbaba. Y esa verdad era la que él le iba a enseñar de inmediato. Aunque dudaba mucho de que sirviera para algo, pues lo veía en sus ojos malignos, emborrachados de crueldad, saturados de una oscuridad espesa que lo ahogaba cada día un poco más en los lodazales del mal, tal como le había sucedido a su progenitor. Cuando no había voluntad de cambiar, todo esfuerzo era inútil, era como querer alumbrar al ciego con una lámpara para que vea el camino. Lo había vivido en su padre, y Jake era igual.

Teresa, que había corrido tras Trevor, entró en la habitación. El hombre no contó con aquel inconveniente, pues había sido tan grande su precipitación por ayudar a Grace que no le había dicho a Teresa que se quedara abajo y

buscara un lugar seguro, dado que podía desatarse un tiroteo y las balas, por desgracia, eran caprichosas y no tenían nombre.

Aun así, Trevor reaccionó deprisa, empujó a la mujer para que se quedara a su espalda, con lo que su propio cuerpo le servía de escudo. Por su parte, Jake aprovechó aquel segundo para desenfundar su arma, quiso disparar a Trevor, pero enseguida se dio cuenta de que su adversario era un gran pistolero al que no se podía coger desprevenido. En lo que duró un parpadeo, Trevor disparó y dio allí donde había mirado.

Jake recibió un balazo en la mano que sostenía su pistola; en consecuencia, provocó que el arma cayera al suelo. El proyectil había entrado por los nudillos y había salido a la altura de la muñeca para terminar incrustándose en la pared. A pesar de que la herida impactaba y sangraba mucho, la realidad era que no era grave, aun así, le era imposible utilizarla hasta que curara. Sin embargo, Jake tenía la mano izquierda en perfectas condiciones y miró el arma que había caído en el suelo, si bien le faltaba un dedo, con el tiempo aprendió a disparar con los cuatro buenos.

—Ni se te ocurra... —amenazó Trevor, bajo el ala de su sombrero se percibían sus pupilas dilatadas de furia.

De los dedos de Jake se iba escurriendo la sangre, gota a gota caía al suelo, espesa y amarga como la hiel, porque en ese hombre todo era hiel, su mirada, sus pensamientos, sus acciones... A Trevor no le sorprendió que no mostrara dolor, porque los demonios nunca sentían dolor. Se dio cuenta de que miraba a Teresa con la alevosía que traía una lujuria enfermiza. Aquello no le gustó, pues supo que no solo tendría que velar por Grace, sino que la belleza de Teresa lo atraía como a un oso, la miel. Un maltratador como aquel no respetaría la nueva vida que la irlandesa concebía en su interior.

Quizá sería mejor matarlo de una vez por todas, así de simple y fácil, deseaba su muerte como una manera de liberar a Grace. Pero ¿lo soportaría su conciencia? Sabía que no, porque siempre había luchado por no parecerse a esos hombres de gatillo fácil que encontraban en la muerte la solución a todos sus problemas. No creía en la violencia sin sentido y sin justificación.

Al fin y al cabo, los hombres como Jake, en el fondo, eran unos cobardes; solo haría falta despojarlo de su orgullo, desnudarlo ante la verdad, y huiría con el rabo entre las piernas, entonces dejaría de ser una amenaza.

—Ahora llega ese momento en el que tengo que decidir si matarte o dejarte vivo —dijo Trevor en un tono despectivo.

Pretendía jugar con él, que se pusiera tenso, que temiera por perder la vida, que supiera que le podía infligir mil y unas torturas si se lo proponía. Solo así la máscara de soberbia, que lucía con altanería en aquellos instantes, caería, dejando a su paso su verdadera naturaleza cobarde.

Jake apretó los labios y alzó las cejas, después abrió los brazos en un gesto que mostraba rendición, y dijo:

—¿Dispararás a un hombre desarmado y herido? ¿Eres de los que matan a indefensos?

Trevor enfundó su Colt y sonrió abiertamente, enseñando sus dientes blancos y mostrando una seguridad que Jake no poseía, ya que lo delataban el par de gotas de sudor de su frente.

—¿Ves? —Trevor alzó sus palmas—. Ahora estamos en igual de condiciones.

Trevor dio dos pasos hacia su contrincante, sus botas se clavaban en el suelo y su ruido parecía tambores tocando para la batalla. La tensión era grande, Teresa corrió hacia Grace, y esta le rodeó los hombros con su brazo derecho. Ambas mujeres se pegaron a la pared, sus ojos abiertos casi no parpadeaban, incluso contenían el aliento por la expectación del momento.

—Yo estoy herido y tú no —dijo Jake enseñándole su mano ensangrentada.

Trevor separó ligeramente las piernas, tenía las manos relajadas a su costado, abrió y cerró un par de veces los puños, entrenando sus dedos para el duelo. Era evidente que se estaba preparando para pelear.

—Bueno, eso a ti no te importa, ¿por qué me iba a importar a mí? —aseguró su contrincante encogiéndose los hombros.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jake.

Trevor dio otro paso adelante, en aquellos instantes, los separaba poco más de un metro de aire y tensión. Era evidente que a Jake le estaba costando guardar la compostura, pues ya no tenía un par de gotas de sudor en la frente, sino que aquella parte del rostro transpiraba de lado a lado, Trevor casi podía ver su orgullo marchando con las orejas gachas.

—Nunca te importó que Grace estuviera herida para darle su merecido, ¿verdad? ¿Cuántas veces la dejaste inconsciente en el suelo y la seguiste golpeando? —Trevor seguía con las manos pegadas a su cuerpo y apretó los puños, puños que guardaban golpes—. ¿Cuántas veces te rogó que pararas porque le hacías daño? ¿Cuántas veces te detuviste cuando la viste sangrar tal como hace tu mano ahora mismo? ¿Te crees que a mí me importa que tengas una mano invalidada? Es más divertido, porque se trata de eso, de que yo me divierta y tú sufras, tal como te gusta hacer con Grace.

Trevor se dio cuenta, gracias a la nuez del cuello de su adversario, que se movía de arriba abajo con mucha dificultad al intentar tragar, que el miedo lo estaba poseyendo, que ya sus ínfulas de grandeza lo abandonaban de prisa. Era bueno que captara que él no se detendría si le tenía que dar su merecido.

—No te atrevas... —susurró Jake.

Trevor se acercó completamente a él, sus cuerpos notaban la presencia el uno del otro.

—Que no me atreva a qué —dijo, entre dientes, Trevor.

En aquella estancia, se había producido un paréntesis temporal. Los minutos, los segundos no importaban, tampoco importaban los cuchicheos que se estaban produciendo en el comedor, donde las suposiciones y las exageraciones de lo que pasaba en la habitación de arriba corrían como la pólvora.

Jake estaba acorralado, bien lo sabía, y como animal que huele el peligro, no tuvo reparo en embestir con su cuerpo a Trevor. Sin embargo, a este no lo cogió desprevenido, su fuerza detuvo la arremetida y aprovechó el contacto para empujarlo con todas sus fuerzas, que provocó que su contrincante cayera

al suelo. Fue tal la violencia que a ambos hombres se les cayó sus respectivos sombreros.

Trevor había visto desde niño la impaciencia del cobarde que se siente atrapado y que no calcula sus posibilidades. Más bien arremete desesperadamente, dejando su vida en manos de la suerte. Lo había aprendido en su padre cuando su madre se enamoró de otro y ese otro la defendió. Pero no sirvió de mucho, pues el cobarde de su progenitor esperó a que su madre estuviera sola para matarla por venganza. Y allí estaba su padre reflejado en los ojos de Jake, y su madre, en las heridas de Grace.

Trevor no pudo contenerse, tenía al enemigo tendido en el suelo. Se agachó y lo agarró de la camisa, tiró de él hacia arriba y lo obligó a que se levantara. Le dio un puñetazo con tanta fuerza que Jake volvió a caer al suelo, esta vez el golpe fue duro y sonoro. Entonces Trevor dijo:

—¿Verdad que ahora no eres tan valiente? Los cobardes como tú solo se meten con gente indefensa, eres patético, Jake, tan patético que das asco.

Una parte de Trevor estaba fuera de sí, pues no podía dejar de ver en el brillo de los ojos marrones de Jake a su padre. Su sangre caliente, llena de furia y de venganza por no haber podido ayudar a su madre en el pasado, se concentró en sus puños, en aquellos momentos convertidos en instrumentos de tortura y dolor. No perdió ni un segundo, y el recuerdo del sufrimiento vivido por su madre le dio el valor necesario.

Trevor se agachó sobre Jake, como si fuera un oso enfurecido con ganas de descuartizar a su presa, y empezó a pegar a su adversario. Un puñetazo, y otro, y otro caían sobre el rostro de su contrincante; labios y nariz se partieron. Trevor no podía parar, las venas de sus sienes incrementaron su tamaño como ríos de sangre que se abrían paso en una mente dominada por la amargura de un pasado aún por cicatrizar. Y es que Trevor nunca había reaccionado de aquella manera tan agresiva, jamás había recurrido a la violencia para salir de un problema. Su naturaleza comprensiva, calmada y racional le buscaba los caminos correctos. Pero en aquellos instantes era presa de una rabia que se llevaba fermentado durante casi toda su vida. Así

que siguió golpeando y golpeando a Jake, perdido en otra dimensión.

Grace se dio cuenta de que Trevor no era Trevor, sino que era su versión agresiva, la misma que vio cuando lo conoció y que la asustó sobremanera. Pero también había conocido la parte bondadosa y racional de él y, sin duda, esa parte era mucho más enorme que la que estaba contemplando, con lo cual reaccionó sin miedo y se acercó a Trevor, ignorando el peligro que suponía dicha acción, aunque sabía del cierto que a ella no le haría nada. Su corazón se lo decía, y el corazón nunca se equivoca. Con firmeza, agarró el brazo del hombre para que detuviera sus golpes.

—¡Ya basta, Trevor, no vale la pena!

Con determinación, como burbujas efervescentes, las palabras se abrieron camino en el interior descompuesto del hombre. Se detuvo y se dio cuenta de que estaba fuera de sí y que respiraba con agonía. Sacudió su cabeza y miró a la mujer. Ella lo contemplaba con sus labios de melocotón apretados, en sus ojos había el brillo de la comprensión, Grace esbozó una triste sonrisa y negó con la cabeza, diciendo con ese gesto que no siguiera.

Solo la magia de esa mujer era capaz de detener la locura que iba a cometer. Se levantó y miró a Jake, estaba con sus labios inflados y ensangrentados, al igual que la parte izquierda de su rostro. Su ojo derecho era una bola enorme color púrpura, y nada más que una rendija delgada como una la hoja de un cuchillo dejaba entrever su mirada. Sin duda estaría varios días sin poder abrir el párpado.

Trevor contemplaba su obra macabra horrorizado con él mismo, pero no era el momento de derrumbarse emocionalmente. Lo hecho, hecho estaba, no podía retroceder en el tiempo. Nunca había golpeado a nadie hasta ese extremo de locura. Si bien se arrepentía, de ningún modo iba a pedir disculpas; a Jake debía quedarle claro que, si se acercaba a Grace o a Teresa, se convertiría en un salvaje y que no dudaría en alimentar a la bestia de su interior. Más valía que no lo violentara si no quería recibir otra golpiza como aquella, o incluso otra peor.

De modo que Trevor aprovechó aquel momento y se dirigió a Jake para

amenazarlo:

—Bien, Jake. —Agarró a Grace de la cintura, que seguía a su lado apoyándolo y dándole consuelo con su mirada y su magia de mujer; la separó un par de metros de Jake, pues no se fiaba—. Esto es solo una pequeña muestra de lo que te sucederá si te acercas a Grace o a Teresa.

El aludido se apoyó por los codos, enfocó su ojo bueno y, lejos de sentir arrepentimiento, sintió odio y también miedo, un miedo que pareció detectar Trevor, el cual esbozó una sonrisa de satisfacción. Ciertamente, no había estado bien golpearlo de aquella manera, sin embargo, algo bueno había salido de todo ello, pues ese demonio estaba probando en su propia piel lo que era el miedo, el mismo miedo que le hizo padecer a Grace. Fue entonces cuando Trevor se dio cuenta del charco que había en el suelo a la altura de la pelvis del hombre, abrió sus ojos de sorpresa.

—Mira, Grace —empezó a explicar Trevor—, Jake se ha meado de miedo, ha perdido hasta la dignidad, lo que tú jamás perdiste. Lárgate, Jake, lárgate antes de que te meta una bala en la cabeza y remate el trabajo. —Echó mano a su Colt para dar énfasis a su amenaza.

El ranchero no precisó que lo amenazara una segunda vez. Se levantó a trompicones, incluso resbaló con su propia orina. Grace era incapaz de reconocer a su marido, ese hombre cruel y déspota que la golpeaba. Trevor lo había despojado de su orgullo de la manera más humillante posible. De pronto se sintió libre, como nunca se sintió mientras estuvo casada con Jake.

Trevor esperó a escuchar los pasos de Jake en su huida y no dejó de mirar la puerta abierta hasta que se aseguró de que había salido del hotel. Corriendo, se dirigió a la ventana y apartó la cortina lo suficiente para mirar el exterior. Contempló la cojera de Jake mientras caminaba a su caballo, dedujo que era como resultado de la herida producida por el disparo de Grace. Montó en el équido y el trabajo le costó por lo conmocionado que estaba. Después lo vio galopar hacia la salida del pueblo.

Trevor se dio la vuelta, sus ojos se encontraron con los de Teresa, que seguía pegada a la pared con una expresión de sorpresa, Trevor bufó aliviado,

pues le hubiera pesado que lo mirara con miedo. Mientras, Grace se acercó a él y lo abrazó, por algún motivo se sentía cerca de él, y él aceptó el abrazo como lo más maravilloso del mundo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, muy bien —informó aliviado—, tengo que hacer algo urgente, no sé cuánto tiempo tardaré, diré a la camarera de abajo que os traiga algo de comida, solo abridle a ella, luego quiero que tú y Teresa os encerréis en esta habitación. Y cuando llegue, tú y yo tendremos una charla —dijo mirando a Grace en un tono contundente que no admitía réplica.

A Grace no le dio tiempo de preguntar nada, ya que él salió de la habitación como si los demonios lo persiguieran. Teresa fue la primera que reaccionó en cuanto se quedaron solas; se acercó rápidamente a la puerta, que cerró con llave.

—Vaya... —susurró Teresa asimilando todo lo que había pasado, apoyando su espalda en la batiente—. Parece que estamos bien protegidas.

Grace no pudo hacer otra cosa que darle la razón y asintió con la cabeza, pues aún estaba asimilando todo lo que había pasado. Y es que Trevor no dejaría que nadie las lastimara, les había proporcionado una seguridad que en aquellas salvajes tierras era media vida, y más siendo mujer.

Trevor salió al exterior después de haber pedido a la camarera que llevara el almuerzo a las chicas. Conocía a un par de hombres de Santa Fe que por un buen puñado de dólares harían lo que les pidiera. Eran bastante temerarios, y eso jugaba a su favor, de modo que no perdió el tiempo y fue en su busca. Los hombres se mostraron receptivos en cuanto les habló del dinero que ganarían. La entrevista duró poco, solo el tiempo necesario para que Trevor les pidiera que vigilaran al forastero que había acabado de abandonar la ciudad. Les dio una descripción, el rasgo más distintivos sería que vestía de negro, que le faltaba un dedo en su mano izquierda, que estaba herido en la mano derecha por un balazo, que cojeaba de la pierna izquierda y que en la cara tendría signos evidentes de haber recibido una paliza, de esta manera, se

aseguraba de que no se confundieran de hombre.

Lo único que pretendía Trevor era asustar a Jake. Este ya había dado muestras de cobardía y sería un trabajo fácil. Quería que se sintiera vigilado durante un tiempo, que lo amenazaran, que lo intimidaran. Solo así el miedo se enroscaría por su cuerpo como una serpiente y no se atrevería acercarse a Grace o a Teresa, porque si lo hacía, la próxima vez no habría perdón y dispararía a matar. Le había dado la oportunidad de seguir viviendo a cambio de que se fuera lejos; y si no lo hacía le esperaba la muerte. Jake debía comprender que siempre había que esperar de los demás lo mismo que uno les había hecho, y Jake había causado mucho dolor, y eso sería lo que recibiría. Al fin y al cabo, la mediocridad siempre se medía con las acciones, y Jake se había definido a sí mismo. Trevor no tendría compasión con él.

El hombre acarició su arma, nunca había matado a nadie, casi había sido un milagro teniendo en cuenta que en el Oeste solo sobrevivían los fuertes. Por experiencia sabía que siempre había una primera vez para todo. No le gustaría tener que disparar a Jake, pero por ninguna circunstancia dejaría que tocara a Grace, aunque perdiera la vida defendiéndola.

Después, Trevor paseó por el pueblo en busca de tranquilidad, a fin de asimilar los últimos acontecimientos. Se tomó su tiempo, gran parte de la tarde, pues necesitaba calmarse y estar a solas consigo mismo; seguidamente, regresó al hotel. Deambular por Santa Fe había dado sus frutos, en su interior había germinado con fuerza la semilla que plantara día atrás de no dejar marchar a Grace, cuando se enteró de que se incorporaría a la caravana. Ya entonces sus pensamientos eran de hacerle entender que no podía marcharse con ellos, no sabía con qué argumento, pero en aquellos instantes, después de los últimos acontecimientos, no necesitaba justificarse. Grace debía entender que en su rancho podía proporcionarle seguridad, de modo que no dudaría en recurrir a la fuerza para llevársela a su hogar.

Así de contundentes se mostraban los pensamientos del hombre mientras subía los escalones hacia la habitación de las chicas. Todo en su persona hablaba de seguridad. Sus pasos amenazantes sonaban con fuerza en el suelo

de madera, uno tras otro; su pose rígida; sus labios convertidos en una línea recta severa; sus ojos cubiertos por un sudario de frialdad... Sabía que estaba haciendo lo correcto, así tuviera que sacar lo peor de él para intimidarla y hacerla cambiar de opinión, porque si no, no dudaría en atarla como un pavo que se mete en el horno, amordazarla y llevársela a la fuerza.

Los terminantes pensamientos de Trevor lo instaron a golpear con fuerza la puerta de la habitación de las mujeres. Fue Grace quien la abrió, no esperaba encontrarse con la expresión severa de él, y aquello la hizo recular un paso.

El ranchero miró en dirección a Teresa al tiempo que agarraba a Grace de la muñeca.

—Me llevo a Grace, tengo que hablar a solas con ella, sobre todo, cierra la puerta cuando salgamos, y no abras a nadie.

La irlandesa asintió con la cabeza, también estaba impresionada por la feroz expresión de Trevor y se limitó a cerrar la puerta, tal como le había pedido, cuando ambos salieron.

El hombre se la llevó a su cuarto, era el lugar tranquilo que necesitaba para hablar a solas con ella.

Por su parte, Grace temblaba por dentro y por fuera, tenía piel de gallina, y no era de frío, sino de incertidumbre, de no saber qué esperar y, lo peor de todo, no tener la certeza de qué sería de ella de ese mismo momento en adelante. Jake la había encontrado para matarla, de acuerdo que Trevor la había defendido y la había salvado de él. Sin embargo, conociendo como conocía a su esposo, sabía que poseía una mente retorcida e intentaría buscarla de nuevo. Jake tenía el don de podrirlo todo, y tenía la absoluta seguridad que recurriría a cualquier cosa para dar con ella. Casi su corazón salía de su pecho solo de pensarlo.

Pero ahora no debía meditar en el futuro, sino en el presente, de modo que se centró en el hombre que tenía delante. Sus facciones estaban endurecidas y las arrugas, más marcadas de lo normal, sus ojos grises parecían plomo en ebullición, sus labios apretados formaban una línea tensa, las aletas de su

nariz se ensancharon evidenciando una respiración agitada... A pesar de la agresividad que mostraba Trevor, en el fondo captaba que su naturaleza no era agresiva, tal como la de su esposo.

Grace estaba tan rígida que su musculatura le dolía. Sus miedos la llevaron a pensar que Jake estuviera planeando en aquellos mismos instantes matar a Trevor como venganza. Su esposo no era un ser honorable, por tanto, lo mataría a traición; seguramente por la espalda. De hecho, no sería la primera vez, ya lo había hecho con el cura Patrick. Solo de imaginarlo, el corazón de Grace latió tristeza, ya que no quería que él, el único hombre al que amaba y que la había tratado como una persona, muriera. Todo unido provocó en ella demasiada pena, se abrazó a sí misma, como si en ese acto buscara un consuelo que no llegaba. Sus lágrimas empezaron a bajar por sus mejillas formando cadenas de cristal.

Trevor fue consciente de su pesar nada más su mirada azul vertió la primera lágrima. De pronto la contempló con ojos nuevos y la vio tan indefensa que toda su rudeza se esfumó. Fue en ese instante que se dio cuenta de que no estaba haciendo las cosas bien, que de nada servía mostrarse altanero ante una mujer que merecía un cielo bordado de estrellas. Quiso abrazarla, un abrazo sincero y tierno, que borrara su pasado de malos tratos. Se acercó a ella, pero cuando vio que temblaba, se quedó a un par de metros de distancia. Fue entonces que advirtió la opacidad del ambiente, miró por la ventana y el día fenecía dando los últimos coletazos en líneas anaranjadas y ocre en el cielo; pronto sería una bóveda inmensa de oscuridad. A fin de relajar la atmósfera, se acercó a la mesa y encendió un quinqué. La luz de la lámpara los tocó con suavidad, los dotó de sombras y luces, de misterio y verdad.

—Jake no te molestará más —dijo Trevor rompiendo el silencio.

Grace tragó saliva e imaginó lo peor: Jake estaba muerto. Aun así, por mucho que lo hubiera deseado en el pasado no anhelaba su muerte. Tampoco quería venganza, solo ansiaba que la dejara en paz y que se olvidara de su existencia, puesto que ya lo había condenado al más absoluto ostracismo.

—¿Lo, lo... has matado? —preguntó en un hilo de voz.

—No.

Trevor detectó que ella respiraba de alivio y la admiró todavía más. En el corazón de esa muchacha no había ni un gramo de venganza, y le agradaba.

—Entonces, ¿cómo sabes que no me molestará?

—Lo sé.

Trevor siempre escatimaba palabras... y Grace necesitaba saber más.

—Conozco a Jake, sé lo retorcido que puede llegar a ser, ¿qué le has hecho?

—Nada. Jake es agua pasada —se apresuró a comentar.

Por muy loco que pareciera, la mujer confiaba en él, además, sabía que no le contaría nada, de modo que lo dejó estar.

—Está bien —claudicó en un suspiro—, ¿es todo lo que tenías que decirme?, ¿puedo irme? Aún tengo que arreglar mis cosas para marchar mañana.

—No, tenemos un asunto pendiente del que debemos hablar. Ha habido un cambio de planes, mañana por la mañana partirás con Teresa y conmigo hacia mi rancho.

Grace necesitó de unos segundos para comprender lo que había dicho con tanta contundencia.

—No puedo, ya te dije que me iba con la caravana, parten también mañana, eso ya lo sabes.

Trevor se puso tenso, las aletas de su nariz se abrían y cerraban, y se obligó a no sacar el enfado que empezaba a enroscarse en su cuerpo.

—No, tú no te vas a ninguna parte, salvo a mi rancho —soltó con la solemnidad del que sabe que está haciendo algo bien y que no acepta que le digan lo contrario.

—No puedes obligarme.

—Sí que puedo —advirtió en un tono engañosamente tranquilo, y continuó con rapidez para no darle tiempo a que pusiera excusas—: ¿Acaso

no te das cuenta de que pondrás a toda la gente de la caravana en peligro? Jake podría vengarse con ellos, acuérdate del cura.

—También lo puede hacer con la gente de tu rancho y contigo. Lo has puesto en evidencia, sé que no te perdonará.

—Lo dudo, Jake me tiene miedo, ¡se ha orinado encima! La vergüenza y el miedo lo mantendrán a distancia.

—Entonces, me iré sola a donde sea.

—Ni lo sueñes, te vendrás conmigo, por las buenas o por las malas. Si tengo que atarte y amordazarte, lo haré.

—Tú no harías una cosa así jamás.

—Ponme a prueba. Tu vida está en juego y haré lo que haga falta.

—¡No puedo irme contigo!

—Pero ¿por qué? No lo entiendo, y sospecho que hay otro motivo del que no me quieres contar nada.

Grace respiró profundo para insuflarse fuerzas.

—Porque es evidente que estás interesado en Teresa...

—¿Yo interesado en Teresa? —preguntó incrédulo.

Trevor no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Reconozco que Teresa es una mujer hermosa —dijo, al fin, Trevor—, pero no, no estoy interesado en ella.

Toda la indignación del mundo se acumuló en el rostro de Grace.

—¡Eso no es lo que parece! Le pediste, casi le suplicaste —puntualizó—, que fuera a vivir a tu rancho. Y sonríes como un idiota cuando hablas del tema. ¡Cualquiera hubiera pensado lo mismo!

El hombre aún rio con más fuerza.

—¡A mí no me hace gracia! —espetó ella crispada hasta la desesperación.

—¡Claro que me río! Sin embargo, no es por lo que tú crees. Mi interés por Teresa es otro.

Trevor, como siempre, tan conciso, y aquello exasperó a la mujer, de ninguna manera intentó disimularlo.

—¡No te atrevas a darme una explicación tan vaga, tal como haces siempre! —exclamó la mujer—. ¡Explícamelo para que yo lo entienda!

—Quiero que Billy Sims, mi socio en el rancho, conozca a Teresa. Reconozco que él es algo mayor, pero es el hombre que le conviene a ella, lo intuyo. Tengo un buen presentimiento.

En un primer momento, Grace repitió mentalmente lo que acababa de decirle y no supo qué comentar al respecto. En realidad, estaba más que aturrida, no esperaba que el motivo fuera aquel. Llevaba tantos días cavilando con el amorío de Trevor y Teresa, que verse liberada de golpe y porrazo del sufrimiento que le suponía tal realidad la dejó sin fuerzas y habla. La sensación de alivio recorrió su cuerpo como una chispa de fuego que calentaba sus carnes a su paso. La sensación de paz le resultó balsámica para su mente y para sus músculos agarrotados desde hacía tiempo. Había dado por hecho que Trevor estaba interesado en Teresa.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Grace paralizada por la impresión y confusión.

—¡No, y no se te ocurra decirle nada! Mis intenciones son nobles, Grace. Solo busco que ella tenga otra oportunidad.

—No le diré nada, sé que lo haces por su bien. Pero el amor es un sentimiento complicado, no puedes imponerle que ame a otro hombre si a ella no le apetece.

—Estoy de acuerdo. Siempre he creído que el amor nace, no se impone. De todos modos, no adelantemos acontecimientos, primero quiero que conozca a Billy, que vea que le conviene en muchos sentidos, será entonces cuando ella sabrá valorarlo. Tal vez en un principio no lo ame, pero con el tiempo eso cambiaría. Conozco a Billy y es fácil que una mujer lo acepte y quiera. Si hasta ahora no está casado es porque es muy tímido... —Trevor hizo una pausa, por su cabeza de casamentero rondó una idea—. Tú podrías ayudarme.

—¿Yo? —aclamó sorprendida.

—Sí, como te he dicho, Billy es tímido, y podrías alentar a Teresa a

acercarse a él, a ti te escuchará.

—Oh, Dios, creo que estás loco de remate.

—Bueno, tal vez, pero cuando conozcas a Billy sé que me ayudarás.

Grace se encogió de hombros, todo estaba yendo muy deprisa, había decidido su futuro y, de pronto, su vida parecía cambiar. Si bien Trevor había aclarado su intención de llevar a Teresa a su rancho, ella no podía ir con él. Había demasiadas cosas que los separaban.

—Trevor, no puedo irme contigo, yo, yo... no está bien.

El hombre se acercó a ella.

—Sí que está bien, todo está bien. Por favor, deja que cuide de ti, deja...

—Hizo una inspiración—. Deja que te ayude a superar los malos momentos que pasaste.

—No puedo...

—¿Tu negativa tiene que ver con mi comportamiento con Jake? ¿Tienes miedo de mí? Sí, de acuerdo, reconozco que por un momento perdí el mundo de vista y me convertí en un hombre agresivo, más en consonancia con el carácter de Jake.

—Sé que te cegó la rabia.

—¿Tú crees? ¿Y si te digo que yo soy fruto de un acto de violencia? Mi agresividad hacia Jake fue fruto de mi frustración...

Trevor no podía creerse que estuviera desnudando su alma, pero más sorprendido estaba por el hecho que hacerlo lo reconfortaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella sorprendida por la confesión de él.

—Mi madre era una mujer como tú. —Trevor estaba dejando en libertad sus sentimientos y, tal como sucede cuando la piel queda despojada del calor de sus ropas, sus palabras temblaron en su boca—. Mi padre la maltrataba y abusaba de ella a diario. Yo no fui engendrado con amor... Dentro de mí llevo la semilla de la violencia. ¿No te acuerdas cuando nos conocimos? Es así como era mi padre, esa es mi herencia... yo, yo no poseo el don maravilloso de amar, sino de destruir.

Trevor no pudo continuar, pues en la cara de Grace se fue esculpiendo poco a poco el terror. Y es que él había aprendido a descifrar miradas de pavor, espasmos involuntarios cuando el maltratador estaba cerca, las respiraciones agitadas, los llantos silenciosos, los rezos que no llegaban a nadie... Supo que ella se estaba imaginando la escena en la que su madre era forzada, tal como casi hizo él cuando la conoció. Trevor dedujo que Grace, a partir de aquel instante, lo vería como un monstruo.

Sin embargo, ocurrió algo que dejó a Trevor sin habla.

Grace se acercó a él y le acarició el rostro con sus dedos esponjosos y tibios como miel de primavera. En aquellas yemas había un dulce agradecimiento que se había acumulado durante un viaje en el que habían aprendido más de ellos mismos que en toda su vida.

El corazón de Trevor se ahogó en la emoción de sentirse querido. La fragancia de la vida era hermosa, y él podía deleitarse en su felicidad, aspirar esperanza, aunque solo fuera un instante.

—¿No tienes miedo de estar en una habitación a solas con un salvaje?

Grace dejó de acariciarlo y lo miró a los ojos.

—No. Nunca me he sentido más segura en mi vida.

—¿No eres consciente de que por mi sangre corre la violencia? Ahora mismo podría hacer contigo lo que quisiera.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en que te vea como un monstruo?

—Porque lo soy. ¡Nací de la violencia!

—Un hombre capaz de enamorarse de una mujer, como tú te enamoraste de Amy, nunca sería violento. Así que no insistas, tú no eres como tu padre o como Jake. Sabes lo que es el amor nacido del corazón.

—Te crees que lo sabes todo, y no sabes nada.

En su tono de voz había un matiz de ternura lastimada por los golpes de la vida, que tenía que ver más con su pasado frustrado que con su presente esperanzador.

—El que cree que lo sabe todo eres tú. Solo sé que tu corazón habla a

través de tu mirada, y cuando el corazón habla, dice la verdad, tu corazón me está hablando, me dice muchas cosas, y todas buenas. Lo sé, en el fondo siempre lo he sabido, pero mi miedo me impedía verlo.

Dicho esto, Grace sonrió, pues en sus palabras no había ninguna recriminación, salvo la certeza de lo que ella intuía y expresaba en voz alta. Trevor vio el paraíso en aquella sonrisa de melocotón. Esta vez fue él quien acarició el rostro de Grace, tal como ella había hecho momentos antes. Grace cerró los ojos, para ella eran caricias enhebradas en la aguja de la esperanza que cosían su interior a puntadas fuertes.

—Por favor, Grace, sálvame, ven conmigo al rancho.

En aquellos instantes, Trevor la vio como una estrella fija en el cielo que, con su mágica luz, guiaba al despistado marinero. Sí. Él iba a la deriva desde hacía mucho tiempo y necesitaba de ella para no perderse en las aguas turbulentas de su pasado. Como hombre desesperado y a la vez agradecido por que la vida le pusiera una mujer como aquella en su camino, posó sus labios en los de Grace y, errando por ellos, buscó saciarse. Pero cuanto más erraba, más ansiaba, más deseaba. Senderos carnosos lo llevaron a un camino de flores. Untó aquellos labios de melocotón de dulzura, y ángeles y mariposas aletearon en su interior. Grace se dejó conquistar por aquella boca que sabía a felicidad. Sintió la plácida emoción de aquel beso fraguado de esperanza y la hizo volar. Subía y subía. Su amor por Trevor tocó el firmamento. Subía y subía. El ritmo de su corazón se incrementó, sus sentimientos cobraron vida más allá de las estrellas y fueron estos los que decidieron. Entonces tuvo la respuesta.

Grace se separó de él entre un tembleque de rodillas, respiraba con cierto nerviosismo y la emoción la dejó sin habla. Tragó saliva para recomponerse y dijo:

—Sí, iré contigo a tu rancho.

## CAPÍTULO 12

El viaje hacia el rancho transcurrió sin incidencias, mucho tuvo que ver el clima, que se mostró compasivo con los viajeros. La primavera avanzaba y echaba su aliento con determinación, la nieve se iba deshaciendo con rapidez. Cada vez eran más grandes las porciones de tierra que quedaban al descubierto y que pronto renacerían a la vida tejiendo alfombras de colores. Grace no se perdía detalle, conectó en seguida con aquellas salvajes tierras; eran misteriosas y acogedoras, con mucho por dar y recibir.

El tiempo transcurría en segundos exactos, uno tras otro, formando cadenas que a unos los asfixiaría y a otros los liberaría. No era el caso de los viajeros, ellos, por fin, quedarían libres de un largo viaje que ya llegaba a su término. Ya advenía la noche cuando llegaron al rancho, los últimos rayos de sol lamían la tierra alargando las sombras. Sin embargo, aún había suficiente luz para apreciar la enorme casa. Era de dos plantas construida con troncos grandes y redondos, en cuya arquitectura se podía apreciar una maestría solo al alcance de los mejores. Su fachada miraba hacia el sureste, de este modo se aprovechaba el calor y la luz del sol desde que salía. Teresa y Grace quedaron impactadas, sus rostros mostraron fascinación, y Trevor se sintió complacido.

Apartada de la vivienda, se encontraba el lugar donde estaban las reses, las cuadras de los caballos y los corrales de los demás animales: gallinas, pollos y pavos. Entre esas zonas había huertos que pronto, cuando la temperatura fuera más cálida, serían sembrados. Había otros terrenos que tenían el aspecto de ser futuros henares. También se apreciaba una gran dehesa en construcción a la que habían empezado a cercar construyendo una valla.

No muy lejos se encontraba un enorme granero y otra casa, también hecha con grandes troncos y de una sola planta. Trevor explicó a las mujeres que era el lugar donde dormían sus trabajadores y que las dos construcciones que había detrás serían los futuros hogares de dos de sus hombres. Pronto se iban

a casar, y él no había puesto ningún impedimento para que formaran sus respectivas familias en sus tierras.

De hecho, la intención del ranchero al adquirir tantas tierras no había sido otra que la de crear un pequeño pueblo de buena gente con ganas de trabajar y progresar en la vida, sabiendo de antemano que nada se conseguía sin esfuerzo. Por su parte, Grace escuchaba atenta sus explicaciones, pues no podía dejar de mirarlo con ojos de admiración por su naturaleza generosa; nunca creyó que existieran personas como aquella.

El tiempo apremiaba, no porque tuvieran prisa, sino porque la noche empezaba a cubrir el paisaje. Aun así, las mujeres dieron un vistazo rápido por los alrededores, dejando que sus miradas vagaran por todo lo que podían abarcar; desde luego que ya habría tiempo en las próximas jornadas de deleitarse, pero la curiosidad y la expectación podían con ellas. Parecían dos niñas pequeñas a las que habían llevado de excursión y recién descubrían el mundo a su alrededor. La magnificencia del lugar sobrecogía sus corazones de felicidad. Todo el rancho estaba circundado por pinos que protegían las construcciones del viento que de cuando en cuando bufaba en aquellas altitudes. A lo lejos las nubes habían liberado las montañas, dejando a la vista una cadena de picos de granito que estaban cubiertos por nieve. Parecían dedos puntiagudos que acariciaban el cielo que ya empezaba a estar estrellado. Grace no pudo evitar gemir de admiración y no tardó en amar aquel paisaje lleno de misterio. Por un instante, todo a su alrededor se difuminó y quedaron ella y la naturaleza. Y en el silencio de la naturaleza, se desataron tan maravillosas conversaciones que las palabras sobraron. La mujer quedó aturdida de felicidad, aquellas montañas tenían formas de leyendas, invitaban a soñar y a crear historias mágicas.

El río Pecos circulaba cerca, se podía escuchar el rumor agradable de sus aguas, que entraba con suavidad por los oídos como si se tratara de la melodía perfecta, creada por la Madre Naturaleza a fin de apaciguar las almas atormentadas. Grace y Teresa supieron que se pasarían largos minutos paseando por su riba. Se enteraron, gracias a las explicaciones que les daba

Trevor, que él y Billy habían construido unos canales para abastecer de agua las casas, animales y huerto. Perpendicular al río se podía advertir otra cordillera de montañas nevadas, cuyo deshielo alimentaría el Pecos. Todo allí estaba estudiado al milímetro, nada era casual y estaba estructurado para que funcionara a la perfección. Teresa y Grace no tardaron en apreciar el trabajo hecho y auguraron un futuro de abundantes beneficios.

Sin duda, el rancho proyectaba una imagen de Trevor, a libertad y amor por lo que hacía. Y era cierto, pues mucho amor y esperanza había puesto él en aquellas tierras que Grace estaba recién descubriendo con una emoción de aventura sana.

Desde lejos, los hombres que trabajaban para Trevor lo reconocieron. Había vaqueros, caballistas, granjeros, un carpintero, un cocinero y un herrero. Al completo se quitaron sus respectivos sombreros y los agitaron en el aire a modo de saludo. No tardaron en acercarse en cuanto se percataron de que Trevor regresaba acompañado. Billy estaba entre ellos y se extrañó de que sus acompañantes fueran mujeres, pues sabía la herida que le había dejado Amy, y desde entonces ninguna más le había interesado. A sus casi cuarenta años, Billy tenía madurez suficiente para comprender que había amores que no se olvidaban, así que dedujo que había una explicación más que razonable para que aquellas dos damas lo acompañaran.

Billy era fácil de reconocer entre tanto varón. Su cuerpo doblaba en tamaño a cada uno de ellos, incluso el de su socio Trevor, y teniendo en cuenta que este ya era más corpulento de lo normal, podía decirse que aquel era una excepción de la naturaleza. Sin duda destacaba, un rasgo que atemorizaría a cualquiera a primera vista. Nadie en su sano juicio osaría meterse con un hombre tan grande como un oso, que de un guantazo era capaz de derribar a dos varones a la vez.

Billy tenía unos ojos azules transparentes y luminosos, como un cielo sin nubes, en ellos habitaba la verdad. A pesar de que en las patillas ya asomaban las primeras hebras blancas, su cabello negro era abundante y rizado y le daba un aire más salvaje aún. Sin embargo, sus facciones redondeadas,

suavizabas por la bondad que anidaba en su interior, diluían cualquier temor que los desconocidos experimentaban nada más verlo por primera vez. Porque, sin conocerlo a fondo, se intuía un carácter bonachón y nada violento. Billy, en realidad, era un ser sin malicia.

Tal como había calculado Trevor, Teresa y Grace se asustaron y dieron un paso atrás cuando presentó a su socio y lo escucharon hablar, pues otra de las peculiaridades de Billy era su tono grave de voz que sobresaltaba. Cuando se enfadaba, sus palabras parecían los gruñidos de una bestia encolerizada. Por suerte, todo temor se esfumó rápido y las féminas lo saludaron con largas sonrisas.

Por otro lado, a Trevor no le pasaron desapercibidas las miradas de sus trabajadores hacia ellas, sobre todo hacia Teresa, su belleza espectacular tenía a los hombres embobados; y es que no pasaba desapercibida ni estando embarazada y agotada del viaje. Bien sabía el rancharo que podía acarrear problemas con el pasar del tiempo, de todos modos, hablaría con ellos en privado. Nunca estaba de más advertirlos, no permitiría que se pasaran de la raya con ellas. Reconocía que algunos de sus hombres tenían la sangre muy caliente debido a su juventud, pero si después de avisarles se atreverían a traspasar los límites, los echaría sin más. De todos modos, si todo salía como estaba planeado y Teresa se casaba con Billy, no habría de qué preocuparse. De Grace se encargaría él, que la protegería de todo mal, eso lo tenía claro.

A Trevor tampoco le pasó inadvertida la timidez de Billy, cuyo rostro se enrojecía cada vez que miraba a Teresa, incluso tartamudeó un par de veces. No obstante, Grace y Teresa no hicieron ningún comentario al respecto y, poco a poco, Billy cogió más confianza.

Después de las presentaciones, buscaron refugio, pues había empezado a soplar un viento preñado de frío. Se calentaron en la estufa y cenaron en la casa de los trabajadores, un poco de estofado de ciervo que había sobrado del mediodía, pues ya no había tiempo de preparar otra cosa. Luego, el anfitrión instó a las damas a que entraran a su hogar. La verdad era que no había mucho que enseñar, puesto que los muebles, que a esas alturas deberían estar

colocados en su sitio y luciendo todo su esplendor, estaban apilados por varios lugares, tapados con sábanas a fin de protegerlos del polvo. Trevor se había preocupado de comprar muebles de calidad; su propósito no había sido otro que casarse con Amy y darle el hogar que se merecía. Pero cuando su sueño se rompió en miles de pedazos afilados, no le quedaron ánimos en el cuerpo para terminar de arreglar la casa, a pesar de tener muebles, baúles llenos con sábanas, telas y todo el menaje que necesitaba un hogar. De modo que lo dejaron tal como estaba, Billy y él se arreglaron dos habitaciones con lo esencial, habitaciones que cederían a las mujeres.

Trevor se las ingenió para que fuera Billy el que llevara las maletas de Teresa.

—Gracias —agradeció Teresa en cuanto Billy dejó la última maleta en el suelo.

La mujer levantó el quinqué que sostenía y lo alzó para dar un vistazo rápido. De acuerdo que era un dormitorio de gran tamaño, sin embargo, predominaba una decoración muy austera, solo había una cama y una palanganero. Era evidente que ese hogar necesitaba una mano femenina, de hecho, Trevor la había contratado para eso, desde luego que se iba a esmerar. Se le presentaba mucho trabajo, un trabajo que agradecía y haría con todo su cariño.

Teresa, en un acto reflejo de tener frío, se abrazó a sí misma; Billy se dio cuenta.

—Hace un poco de frío aquí —dijo él, carraspeó para disimular la fortaleza de su tono, que si bien era el habitual, de ningún modo quería intimidar a la mujer, aun así, de poco le sirvió y su voz sonó fuerte y autoritaria.

Ella lo miró y asintió, tardaría tiempo en acostumbrarse a aquel acento contundente. El hombre enrojeció de pies a cabeza, Teresa se percató y disimuló la sonrisa de su boca. La realidad era que encontraba a Billy encantador, a pesar de su corpulencia que sugería lo contrario.

Billy no tardó en acercarse a una estufa redonda de leña de hierro

esmaltado y cerámica, era lo último en estufas: moderna y práctica a la vez, que daba un punto decorativo muy acorde al hogar que, en un principio, había querido construir Trevor. Ya estaba preparada para encenderla y los troncos secos no tardaron en prender con rapidez; su sonido chispeante dio una nota de alegría al ambiente.

La mujer buscó un lugar para poner el quinqué que todavía llevaba en la mano.

—Yo lo pongo en el suelo, cerca de la cama —informó el hombretón en un tono natural.

Billy lo decía como si fuera lo más normal del mundo dejar las lámparas en el suelo. Teresa pensó que hasta su poco refinamiento era encantador, por segunda vez, Teresa tuvo que disimular su sonrisa, bueno, mejor dicho, una carcajada, y teniendo en cuenta que pocas ganas de reírse tenía desde que habían disparado a su marido, para ella era un gran avance, pues necesitaba salir adelante, no solo por ella, sino por su hijo, también hijo de su difunto marido. Era lo único que le quedaba de él.

—Yo creo que en esta habitación faltan muebles —explicó ella en un tono que sonó divertido, aunque en el fondo no lo pretendía.

Otra vez Billy se ruborizó y, mientras asentía, dijo:

—Sí, creo que tienes razón. —Dio un barrido con la mirada por la estancia—. A esta habitación le faltan muebles —añadió como si de pronto hubiera tomado conciencia de que con la cama y el palanganero no había bastante—. Mañana, si quieres, podemos amueblarla a tu gusto, abajo hay muebles de sobra.

—Los he visto; de momento, no me queda otra solución que poner la lámpara en el suelo.

Billy sonrió, se dio cuenta de que no podía dejar de observarla, ella le aguantaba la mirada al tiempo que se tocaba el pelo como queriendo arreglárselo, puesto que sabía que su moño estaría despeinado.

—Y un espejo también me haría falta —señaló la irlandesa.

Billy quiso decirle que no le hacían falta espejos, pues era una mujer

hermosa, y las mujeres hermosas como ella estaban preciosas todos los minutos del día. Pero no lo dijo porque su timidez lo tenía dominado y temía tartamudear de nuevo. En aquel mismo instante, a Teresa se le escapó un bostezo, y él decidió que era hora de marcharse para dejarla descansar.

—Bueno, yo me voy. Si... si necesitas algo, Trevor y yo estaremos en el dormitorio del final del pasillo.

—Te doy las gracias por cederme tu habitación.

—Lo hago con mucho gusto, te mereces lo mejor...

Billy se detuvo y carraspeó, hubiera deseado tener el don de la palabra para construir bonitas frases y agradecerle un poco. Del mismo modo, le hubiera gustado darle un beso en la mejilla de buenas noches. Pero no. No era lo apropiado.

—Buenas noches —se despidió ella.

—Buenas noches.

Billy salió de la habitación y enfiló a la que a partir de aquel momento sería la suya.

Mientras, en el dormitorio de al lado, Grace también agradecía la muestra de cordialidad de Trevor cediéndole su cuarto.

—Pero ¿dónde dormiréis tú y Billy?

La mujer estaba cerca de la cama mientras Trevor encendía la chimenea. Ambos oyeron los pasos de Billy cuando salió de la habitación de Teresa, pronto fueron un susurro en la lejanía, hasta que desaparecieron con el sonido de una puerta que se abría y se cerraba.

—En otra habitación, ya Billy debe estar arreglándola.

Grace miró el dormitorio, había una cama, una jofaina, y las ventanas estaban sin cortinas. Extendió los brazos mientras decía:

—Esta habitación es muy grande, nunca había visto una tan grande.

—Es la habitación principal. —Con el dedo señaló una puerta a la derecha —. Detrás de aquella puerta hay un baño.

A Grace le dio la impresión de que era demasiado lujo para ella.

—Yo podría dormir en la carreta, no sé si esto es para mí.

Trevor se acercó a ella, veloz, como el viento que soplaba afuera, la agarró de las manos.

—No digas eso, Grace, te mereces esta habitación y mucho más.

—Lo justo sería que durmieras tú aquí, es tu casa.

—Insisto, quiero que te quedes aquí, no te preocupes por Billy o por mí, nos apañaremos; la casa es grande y hay habitaciones de sobra.

Ella decidió no insistir.

—Tienes una casa preciosa —comentó la mujer.

Grace sonrió, Trevor le devolvió la sonrisa con otra.

—Yo no diría tanto, le faltan muchas cosas, sobre todo en decoración, pero en realidad... —Guardó un breve silencio—. Le falta vida.

Tan pronto como esas palabras salieron de su boca se cristalizaron en su mente, creando bellos pensamientos. Todos tenían un denominador común: Grace. Futuro. Esperanza. Felicidad. El viento gimió en el exterior y trajo a Trevor de vuelta al presente.

—Tardé mucho en construirla, quería... —empezó a contar él, pero se detuvo.

Trevor apretó los labios. No tenía sentido explicarle que no había reparado en esfuerzos ni dinero para edificar a Amy una casa de ensueño. Había querido que ella viviera en un lugar amueblado y decorado como la gran casa de ciudad en la que había vivido toda la vida. Con tal de que no hubiera echado su antigua vida y estatus de menos, hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa. Ahora tenía una gran casa. Y espectaculares muebles. Y todo lujo de detalles para engrandecer un hogar. Y estaba guardado en baúles o tapados con sábanas para que el olvido no los devorara.

Grace arrugó el ceño, casi escuchaba los pensamientos de Trevor, no tuvo reparo en expresar los suyos en voz alta. Se acercó a él y comentó:

—Querías construirle un palacio a Amy.

Él no dijo nada, poco a poco se estaba dando cuenta de que el recuerdo de

Amy, y de lo que podría haber sido, cada vez le apretaba menos gracias a la maravillosa mujer que tenía delante. Ella le daría la vida que le faltaba a su hogar.

Trevor deseaba cambiar de conversación, no le apetecía hablar de Amy y de su fallida relación, todo eso había pasado y deseaba involucrarse de esperanza, porque solo cuando uno se da cuenta de los verdaderos tesoros de la vida, sabe ciertamente que está vivo. Y él estaba vivo, más vivo que nunca.

—Me gustaría que Teresa y tú le dierais ese toque femenino que le falta a esta casa.

Ella asintió, y la emoción ante la expectativa brilló en sus ojos azules. Pese a que ya era entrada la noche, la mujer no quería que él se fuera todavía, así que decidió alargar la conversación.

—Te ayudaré encantada a terminar de darle los últimos toques a este precioso hogar —dijo con una vehemencia de la cual ella ni se daba cuenta y que provocó que él sonriera de oreja a oreja—. Por cierto, Billy es tal como me lo describiste, en su enorme cuerpo solo hay ternura y bondad, se ve a simple vista, es como un conejito recién nacido. ¿Siempre ha sido así de tierno?

Trevor estalló en carcajadas, se acercó al fuego, se agachó y echó más leña de la que había apilada en una cesta.

—¡No creo que le guste que lo compares con un conejito! —bromeó él al tiempo que removía las brasas del fuego—. Menos mal que no te ha escuchado.

Trevor se levantó y quedó de espaldas al fuego y de cara a ella.

—¡No le diré nada! No quiero que se enfade —exclamó la muchacha con desenfado.

—¡Mejor así! Y sí, siempre ha tenido este carácter, al menos desde que yo lo conozco. Sus padres murieron siendo él pequeño, sus tres hermanos mayores se encargaron de él. Ahora están esparcidos y no sabe ni por dónde andan. Ha perdido toda comunicación con ellos.

—Sus hermanos hicieron un buen trabajo.

—Sí, pero la bondad de Billy es de esa que se lleva por dentro, es innata. —Sonrió, una sonrisa que mostraba la admiración que sentía por su compañero—. Su instinto protector hacia lo más débiles es admirable. No duda en ayudar y no rechaza a nadie. De todas maneras, no te equivoques, todo lo que tiene de bueno, lo tiene de mal carácter cuando lo provocan. De hecho, no soporta las injusticias y lucha contra ellas, por eso sé que Teresa y su bebé estarían en buenas manos.

—A lo mejor tu plan funciona, me ha dado la impresión de que se han caído muy bien.

—Ah, ¿tú también te has dado cuenta?

—Sí, ¿cómo no me iba a dar cuenta si enrojece cada vez que Teresa lo mira?

—¡Cierto! Es muy tímido, le costará cortejarla, lo conozco y no se atreverá. Por eso te pido que me ayudes, habla con Teresa para que se lo ponga un poco más fácil.

—Claro que te ayudaré, de hecho, yo también pienso que Billy es lo mejor que le puede pasar a Teresa. Si ella logra verlo de esta manera, creo que le dará la oportunidad de cortejarla.

—Gracias. —Trevor miró por la ventana, que era un cuadrado de oscuridad, sin embargo, se escuchaba gemir el viento con vehemencia—. Es tarde, y tú necesitas descansar.

—No, no te vayas todavía —pidió ella suavemente.

La mujer se acercó a él, la calidez de la llamas era agradable. Contempló abstraída sus ojos grises que brillaban con dulzura infinita. Ella no dudó y lo besó, un beso bordado con amor que provocó que lo atara con las cuerdas de la pasión. Las ataduras eran de terciopelo, y de seda, y de susurros a media voz.

Trevor recogió en el beso la esperanza, esperanza invisible a la mirada y tan palpable alma adentro. Porque las cosas hermosas no se veían con los ojos, sino que era el corazón el encargado de enseñarles, como secretos ocultos que solo los privilegiados sabían encontrar. Y es que así se sentía

Trevor: como un privilegiado. Ojalá pudiera guardar aquellos besos para cuando le hicieran falta.

—Grace...

La mujer miró hacia la cama, era de matrimonio y no tuvo reparo en expresar a través de su boca lo que su cuerpo y corazón ansiaba.

—Quédate conmigo...

Trevor se separó, su cuerpo se tensó al negarle lo que ansiaba, solo el aire que empezó a circular por entre los dos cuerpos fue capaz de enfriar su deseo; por todos los medios debía rechazar su invitación. No le quedaba otra alternativa, no podía exponer a Grace a las habladurías tan pronto, por nada del mundo quería que nadie la viera con malos ojos. Sería cuestión de horas que todos en el rancho supieran que Grace estaba casada; y no sería muy correcto que empezara un idilio con ella. De modo que, si sucedía algo entre ellos, debería ser de una forma muy discreta; hasta entonces guardaría las distancias a fin de dar con una solución. Esta última posibilidad lo llenó de una amargura densa a hiel, pues tocarla, besarla, abrazarla con todos sus sentidos... Era demasiado hermoso como para no disfrutarlo desde el primer momento.

Trevor la miró a los ojos, en su mirada pudo ver con claridad el sabor de una ternura inocente a la que nadie se podría resistir. Sin embargo, había demasiado en juego. No le quedó más remedio y se mantuvo firme a la tentación apelando a su fuerza de voluntad.

—Mi bella dama —susurró con el corazón—. No puedo, Billy me espera, me tiene que poner al día de todo lo que ha sucedido en mi ausencia, si no voy sabrá que...

No pudo continuar, o mejor dicho, las palabras a veces sobraban, como en aquellos momentos, pues por la cara de tristeza que ella puso, entendió que era consciente como él de lo que significaba que se quedara a pasar la noche. En el fondo agradeció que Grace tomara conciencia de su situación. Trevor se despidió besándole la mejilla.

\*\*\*

Era tarde cuando Trevor y Billy terminaron de hablar de los asuntos relacionados con el rancho. El primero se puso al día y no pudo sentir otra cosa que agradecimiento por su socio y por sus trabajadores. Entre todos habían hecho funcionar el rancho y poco se había notado su ausencia. Siempre era bueno saber que podría marcharse tranquilo en el caso de que, otra vez, tuviera que irse lejos por mucho tiempo. En aquellos instantes, se sentía feliz de haber regresado, al día siguiente tomaría las riendas de su negocio de nuevo. Y esta vez lo hacía con ganas debido a la ilusión de tener a Grace cerca.

Los hombres terminaron de arreglar sus respectivos camastros en silencio; lo principal era apañárselas por esa noche, al día siguiente se tomarían su tiempo para acondicionar un cuarto para cada uno. Si bien eran muy buenos amigos y nunca discutían por nada, reconocían que necesitaban cada cual su privacidad.

Trevor no podía dejar de mirar de refilón a su compañero con cierta jocosidad, puesto que su rostro sonrojado daba fe de que pensaba en Teresa. Además, por su boca erraba la sonrisa inquieta y nerviosa de un hombre que empezaba a sentir mariposas en el estómago.

—Y dime una cosa, ¿qué te ha parecido Teresa? —preguntó Trevor con un disimulo estudiado y pícaro.

Billy, que estaba poniendo una manta en su camastro, se incorporó para mirarlo y contestarle.

—Pues bien.

Dicho esto, encogió los hombros con una despreocupación que no sentía, pues intentaba que su compañero no percibiera que Teresa le gustaba. Trevor se sentó en su camastro improvisado y se quitó las botas.

—Solo... ¿bien? —insistió.

—Sí, bien, nada más.

Billy también se sentó en su camastro, desde esa posición intentó acabar de poner bien la manta, pero el acaloramiento que llevaba encima por pensar y hablar de Teresa no ayudaron y la pieza quedó puesta de cualquier manera, sin estética ni funcionalidad, colgando de un lado más que del otro, un desastre.

Trevor agarró la lámpara que estaba en el suelo e iluminó el rostro de su amigo, entonces dijo:

—No me engañes, tienes el rostro rojo como un tomate.

—¡Eso no significa nada! Tengo calor.

—¡Ja, calor! —bufó irónicamente—. Teresa te gusta.

—Y si me gusta, ¿qué pasa? —Estiró su cuello cuan largo era, en una muestra de orgullo varonil, pero pronto hundió los hombros como si hubiera sido derrotado—. De acuerdo, sí, me gusta. Es tan bonita...

—Pues si te gusta, cortéjala.

Billy no disimuló su indignación.

—¿Cortearla, estás loco? Está embarazada y con marido... —Se detuvo al instante, consciente de que no hacía falta tener un marido para quedarse en cinta—. No me digas que algún desgraciado se ha aprovechado de ella. —Se acercó a Trevor y lo agarró de la camisa—. ¡Dime su nombre, ese desgraciado va a conocer mis puños!

Trevor abrió los ojos como tazas, pocas veces había visto a su amigo tan enfadado.

—Haz el favor de sentarte. —Billy dejó de agarrarlo por la camisa—. Siéntate... que pareces una bruja gruñona. —Su compañero obedeció y miró al suelo mostrando su arrepentimiento por el estallido—. Teresa perdió a su marido en el viaje.

—¿Está muerto? —preguntó impactado, levantó la vista y miró a su amigo.

—Sí, unos bandidos le dispararon.

—Dios mío... qué mal lo debe estar pasando. Y ahora se ha quedado sola

y desamparada.

Trevor escondió su alegría por tener la habilidad suficiente de llevar la conversación a donde él quería.

—Está sola y desamparada, necesita un hombre que la proteja y cuide a ese bebé como si fuera suyo, ¿entiendes lo que quiero decirte?

Billy esbozó una mueca torcida que estaba entre la alegría y la tristeza.

—¿Es por eso que la has traído contigo? ¿Me estás diciendo que le pedirás que se case contigo? Tú eres el mejor hombre que conozco, ella, contigo, estará en las mejores manos.

Trevor bufó desesperado, le vinieron ganas de patearle el trasero. Su compañero nunca se había concedido más valor que el de un insignificante hombre sin derecho a mucho, y si no luchaba contra aquella falsa percepción, fracasaría en su empeño de conquistar a Teresa.

—¡Por el amor de Dios, Billy, hay que explicártelo todo! A veces un mulo es más inteligente que tú. Corteja a Teresa si te gusta.

—¿Me estás diciendo que sea yo el que me case con ella?

—¡Sí! Y no me hagas repetirlo más veces.

Billy se mantuvo callado, en el silencio de su alma reflexionaba sobre esa posibilidad. No tuvieron que pasar muchos segundos para que tuviera una respuesta.

—No. Yo, yo no soy lo suficientemente bueno para una mujer como Teresa. Ella merece lo mejor de lo mejor, y no soy yo.

Trevor agarró una de sus botas y se la tiró, a Billy no le dio tiempo de esquivarla y un chillido corto y seco salió de la boca.

—¡Ah, eso hace daño! —exclamó frotándose la cabeza.

—Eres un maldito terco que no ve más allá de su nariz. A ver si así te sacas esas ideas tan estúpidas de la cabeza. Y no conozco a nadie mejor que tú para Teresa. Ella será feliz a tu lado.

—¿Y tú cómo lo sabes? He fracasado siempre cuando he querido conquistar alguna mujer, ¿te crees que estoy soltero por capricho?

—Eres un buen hombre, Billy, eso salta a la vista, no dejes pasar esta oportunidad, tal vez sea la última... —Se acordó de Grace, de la esperanza que ella ponía en la vida a través de la cruz que ella llevaba en el cuello—. Sé que el Cielo está conmigo en esto, lo presiento. —Se le ocurrió una idea—. Si no la cortejas tú, la conquistará cualquier otro con más agallas. ¿O acaso no te has dado cuenta de cómo la miraban? Así que tú mismo.

Las aletas de la nariz de Billy se abrieron para dejar paso a una inspiración feroz. Murmuró una retahíla de insultos hacia los posibles candidatos. La percepción real del fracaso lo sumía en una mezcla de desaliento y tristeza.

—Yo no sé cortejar a mujeres —mencionó sabiendo que frente a cualquier otro candidato tendría las de perder—. Soy un desastre, y lo reconozco, me da miedo intentar enamorar a Teresa y fracasar. A estas alturas de mi vida no lo soportaría.

—A veces, en la vida se trata de hacer lo que más temes, de esta manera llegará el día que ya no le temerás. En tu caso, lo que más temes es que te rechace, sabes que el rechazo ya lo tienes, de modo que de nada te sirve temerlo, debes luchar por conseguir lo contrario. Solo fracasa el que no intenta alcanzar su sueño.

Trevor se tumbó de lado sobre el camastro, dándole la espalda a su amigo, con un movimiento de mano se cubrió con la manta. Sabía que este estaría reflexionando sobre sus palabras. Y era cierto. Billy era consciente de que los años no pasaban en vano, que llegaría un día en el que se levantaría y se daría cuenta de que, a pesar de tener amigos, estaba solo. Solo... De pronto esa palabra lo asustó. No tendría una mujer con la que conversar por las noches a la lumbre del hogar. No experimentaría la dicha de ser padre y enseñar a su hijo a ser honrado. El constante temor de ser rechazado lo había llevado a no intentar nada desde hacía ya mucho tiempo. Tal vez iba siendo hora de superar su timidez y tratar de conquistarla.

Billy estaba cansado, echó un vistazo a su compañero, parecía que pronto se quedaría dormido, de modo que fue a coger la lámpara para apagarla, que estaba en el suelo porque no había ningún lugar adecuado para ponerla.

Sonrió tontamente cuando se acordó de la conversación que había mantenido con Teresa.

—¿Trevor?

—¡Quéééé...! —soltó en un tono cansado y con los ojos cerrados.

—Oye, el lugar de las lámparas no es el suelo.

Trevor abrió los ojos y se volteó lo justo para mirar a Billy. ¿Desde cuándo le importaban esas cosas?

—¿Ahora te das cuenta? Mañana te encargas de subir una mesita.

—Mañana tenemos mucho trabajo, hay que poner los muebles en su lugar, adecentar esta casa y ponerla bonita.

—¿Tú sabes cómo se hace eso?

—No, pero puedo aprender. Y tú también deberías hacerlo; a las mujeres les gustan estas cosas.

Trevor se volvió a tumbar tal como estaba antes y sonrió para sus adentros. Billy haría cualquier cosa para agradar a Teresa y, si tenía que aprender a decorar casas, coser, o lavar... lo haría sin dudarlo e ignoraría las burlas de sus compañeros. Solo esperaba que Teresa se diera cuenta de lo mucho que valía Billy.

La densidad del cansancio que llevaba Trevor encima lo obligó de dejar de pensar. No tardó en cerrar los ojos y, detrás de sus párpados, aparecer Grace, a la que le salieron unas alas de ángel, radiantes, blancas y vaporosas como nubes. Ella se encargaría de velar por sus sueños.

## CAPÍTULO 13

Habían transcurrido tres días desde que Teresa, Grace y Trevor llegaron al rancho. Habían sido tres días duros. En todos los sentidos. Primero, porque hubo que adecentar la casa a marchas forzadas, y segundo, porque los cambios tan bruscos requerían de un tiempo de adaptación.

Trevor y Billy se encargaron de ubicar los muebles en sus correspondientes lugares, siguiendo las instrucciones de las mujeres, claro. Un trabajo que hicieron con premura y buen humor; poco a poco, la casa tomaba un aire a hogar y tanto ellos como ellas sonreían a cada mueble colocado. Al final, el resultado, como no podía ser otro, fue espectacular. Las cortinas, alfombras, detalles decorativos... enriquecieron un ambiente que no tenía nada que envidiar a una casa señorial de ciudad. Era así como la había imaginado Trevor, un regalo para Amy, pues su intención había sido que no le faltara de nada y que gozara de todas las comodidades de las que siempre había disfrutado en su hogar desde niña. Incluso había construido dos baños en la planta superior, uno general y otro privado en la habitación de matrimonio, donde había colocado una gran bañera con unas patas de plata relucientes que había mandado traer de Europa. No había escatimado con el dinero y había enriquecido su casa con todo lujo de detalles. Pero después de tanto tiempo y del trabajo hecho, miraba impresionado su hogar, un hogar con el que había soñado desde que conoció a Amy.

Así de pensativo estaba Trevor cuando entró en su casa. Era casi hora de cenar, en el exterior el sol empezaba a descender a su lecho de montañas, atravesando un llameante horizonte rojizo. La penumbra se desplegaba como alas negras que se abrían y batían. El fresco nocturno había vuelto después de estar horas desaparecido echado por el cálido sol de primavera.

Trevor no tardó en ver a Grace, llevaba una camisa Garibaldi blanca y una vaporosa falda de cuadros grandes en tonos verdes. Se había recogido el pelo

pelirrojo con una gran cinta verde, del que se desprendían varios tirabuzones. Grace iba de la vitrina con marquetería floral y adornos en oro —donde estaban guardados en sus baldas tapizadas en satén platos, vasos, copas y cubiertos— a la mesa, en cuyo centro había un precioso candelabro con sus velas encendidas. Trevor se tomó un tiempo para mirarla a escondidas desde el umbral de la puerta. Si él no hubiera sabido nada de su pasado, hubiera dado por hecho que se trataba de una dama educada con elegancia y distinción. Caminaba como si tuviera música en el cuerpo y cada paso era una nota de felicidad. Se movía con una gracia juvenil que provocaba que su vaporosa falda ondeara con alegría. Su espalda recta parecía la cuerda afinada de un violín preparado para el concierto de su vida. Cierto. Ella era música. De esa que suena en el alma.

Trevor retuvo en sus pupilas la imagen que se desplegaba ante él, como si se tratara de una escena celestial de la que quedarse atrapado eternamente. Y es que Grace estaba preciosa, tan hermosa que su corazón se encogió de emoción. Ella encajaba en aquella casa, cierto, solo ella podía embellecer su hogar. No supo qué le había ocurrido, pero por más que lo intentaba, no conseguía imaginar a Amy en su lugar, poniendo la mesa con esa gracia tan femenina y juvenil. Siempre había pensado que guardaría con todo detalle y amor a Amy o, mejor dicho..., su sentimiento. Con todo, al revisar su memoria, que creía llena de ella, se vaciaba. En su mente, Amy era una figura desdibujada y tuvo que esforzarse para recordar sus rasgos faciales y, cuando ocurrió, no se emocionó, no vibró, no la deseó como le ocurría en el pasado. Con sorpresa reconoció que no le importaba; la admiración que sentía por Grace alborotaba de una manera impactante su corazón. Ya nunca la podría imaginar en otro lugar que no fuera su rancho. No quería que se marchara nunca, ella pertenecía a aquellas tierras tanto como él, y no quería perderla. La necesitaba. Como respirar.

Trevor aspiró profundamente y entró en el gran comedor, en cuyo centro había una mesa rectangular, de madera de roble con las patas bellamente torneadas, en la cual se podía ubicar a dos familias enteras. En un rincón, a

unos metros, y sobre una hermosa alfombra, había colocado un sofá victoriano con el respaldo serpentino enriquecido por adornos dorados. Su tapicería era de color amarillo pastel con rayas verdes oliva, con toda seguridad su mullido asiento haría las delicias de los invitados. Perpendicular a este había una gran chimenea donde ardía un buen puñado de troncos. Todo en aquella casa estaba estudiado para que fuera acogedora a los que vivían dentro y a los que vinieran de visita.

El exterior de su hogar también seguía con la idea de funcionalidad. La manera de abastecerse de agua, cuidar animales, el huerto, las construcciones... Todo seguía un patrón con el objetivo de rendir al máximo, sin por ello renunciar a la comodidad. Trevor era una persona innovadora, quizá demasiado avanzado a su tiempo, sin embargo, sus ideas estaban calando en sus propios trabajadores y, poco a poco, iba creando escuela. La verdad era que su amplitud de miras lo había llevado a poseer un negocio próspero. Hasta entonces no había sido consciente de todo lo que había hecho, pero desde que habían llegado las mujeres, su hogar tenía vida y había podido comprobar que sus ideas habían sido todo un acierto. Trevor se sentía orgulloso, y eso lo empujaba a seguir creciendo.

Grace no tardó en verlo entrar al comedor, la felicidad invadió su mirada, que se cubrió de chispas azules. Trevor se quitó el sombrero, lo dejó colgado en una silla y le sonrió a modo de saludo, en sus ojos había chispas grises. No negaba que deseaba besarla, y tal anhelo provocó que esa expresión tan característica suya de picardía infantil se agudizara. Su alma le reclamaba pegarse a ella para disfrutarla en todos los sentidos, de una mujer que lo llenaba de ilusión y esperanza. De todos modos, se contuvo, consciente de que alguien podría sorprenderlos.

—¿Has visto a Billy? —preguntó Trevor—. No sé dónde se ha metido, llevo rato buscándolo.

—Está con Teresa en la cocina.

—¿En la cocina? —se sorprendió él—. Que yo sepa, pocas veces entra en la cocina.

—Pues no lo parece, está ayudando a Teresa con la sopa de calabaza, los panecillos, las truchas que trajiste y el bizcocho de zanahoria. —Había colocado la última servilleta, se tomó un momento para mirarlo y continuar —: Se ha tomado muy en serio el cortejar a Teresa.

Trevor miró las servilletas, colocadas artísticamente, como si fueran bichos raros. Debido a su vida solitaria y errante, pocas veces utilizaba servilleta, y mucho menos tenedores y cuchillos de plata. Cuando viajaba o trabajaba había que improvisar, todo detalle quedaba en un segundo plano, pues había que ser práctico y rápido en el momento de cocinar y comer. No obstante, de ahora en adelante debería acostumbrarse a sentarse en una mesa debidamente presentada para agasajar a sus comensales y mantener una educación que bien se merecían Grace y Teresa.

La mujer cogió las cucharas para ponerlas sobre las servilletas.

—A este paso, Billy aprenderá a cocinar —opinó él divertido.

Grace sonrió al recordar a Billy. Su aspecto no correspondía al de un caballero, además sus gestos eran más bien rudos, torpes, pero la bondad que había en su corazón compensaba cualquier carencia.

—Creo que Billy está haciendo un trabajo estupendo, a Teresa no le es indiferente.

Trevor dio un paso hacia ella, tal noticia lo puso contento.

—¿Te ha contado algo Teresa?

Ella negó con la cabeza. No les dio tiempo a conversar más, puesto que entró Teresa con las truchas y Billy con una sopera repleta de una humeante sopa de calabaza, Grace y Trevor fueron a por los panecillos y el postre.

Echaron buena cuenta de los alimentos una vez que Teresa bendijo la mesa. Era otra de las cosas a las que Trevor se tendría que acostumbrar. La cena transcurrió en armonía, hablaban, reían, se contaban las anécdotas del día tal como haría una familia bien avenida. Todos los presentes eran conscientes y disfrutaban del momento. Trevor se dio cuenta de que Grace se acariciaba la cruz muy a menudo. Para ella, aquel trozo de madera era importante, había un sentimiento y una manera de ver la vida muy particular,

tal como le había enseñado el cura Patrick. Ninguna joya valdría lo que valía aquella cruz. Trevor tuvo necesidad de regalarle algo especial, algo que traspasara la barrera de un obsequio de lujo comprado para convertirse en una ofrenda para el alma. Enseguida tuvo la respuesta. Ya tenía ganas de ofrecerle lo que tenía en mente.

Era entrada la noche cuando Teresa y Grace acabaron de retirar la mesa y lavar los platos. La primera se fue a dormir tan pronto terminaron, la intención de la segunda era también irse a dormir, pero antes de ello tenía que apagar velas y lámparas. Billy y Trevor estaban dando una vuelta por los alrededores del rancho a fin de asegurarse de que todo estuviera apacible. Cuando entraron a la casa, Billy se fue a dormir, Trevor vio a Grace apagando las velas del candelabro.

—Creía que ya te habías ido a dormir, debes estar cansada, ya me encargo yo de apagar las velas.

—Solo me queda este candelabro —informó ella agarrando el apagador de velas por su mango delgado, iba colocando la punta, de forma acampanada, en la llama de cada vela, en un momento las tuvo apagadas—. ¿Y tú no vas a dormir? —preguntó cogiendo el quinqué que utilizaría para iluminarse de camino a la habitación.

—Esa era mi intención hasta que te he visto, quería preguntarte si te apetece hacer una excursión a caballo mañana después de desayunar.

—Me encantaría.

Y era cierto: le encantaría pasar toda una mañana a solas con él, cabalgando como el viento por aquellas tierras tan maravillosa, por ello, no ocultó su excitación que se acumuló en sus ojos convirtiéndose en bonitas chispas azules.

—Te quiero presentar a cierta amiga —contó él en un tono enigmático.

La cara de Grace se metamorfoseó de inmediato, en sus ojos ya no brillaban chispas azules, sino lágrimas de tristeza.

—No, no es ninguna mujer —informó Trevor con rapidez, pues su intención no había sido otra que mantener la sorpresa hasta el último

momento, sin embargo, se había dado cuenta de que ella había llegado a erróneas conclusiones y decidió decirle la verdad—. Es una yegua, y tiene un fuerte carácter, yo la llamo Indomable, es rebelde al yugo del ser humano, y eso me gusta.

Grace se sintió idiota y se insultó mentalmente.

—¿No se deja domar?

—Nunca me ha gustado la palabra domar.

—¿Por qué?

—Domar es someter a cualquier ser vivo a los caprichos de otro porque se siente superior y, por tanto, se cree con tal derecho.

Una de las pasiones de Trevor eran los caballos. Siempre había tenido una conexión especial con los cuadrúpedos. De niño nunca tuvo amigos, pues su padre se encargaba de ahuyentar a quien lo intentara. De modo que se acostumbró a estar con caballos, se dedicó a conocerlos por dentro y por fuera, y sabía del cierto que se trataban de animales nobles sin ápice de maldad en el cuerpo.

Trevor, una persona a la que no le gustaba encasillarse e intentaba mejorar, no domaba a los équidos, sino que su trabajo iba mucho más allá y enseñaba a los animales a relacionarse con él de una manera natural. Al final, caballo y hombre se hacían amigos, ninguno de los dos estaba por encima del otro y su relación se basaba en una amistad de igual a igual. Había aprendido, gracias a la experiencia sufrida de pequeño, que no estaba bien arrebatar la libertad de otro creyendo que bajo su sometimiento estaría mejor. Nadie era superior a nadie, y maldito al que recurriese a los palos y amenazas para robar a otro su más precioso tesoro: su libertad.

Trevor continuó explicando a una interesada Grace su punto de vista.

—Sería incapaz de domar a un caballo, prefiero enseñarle qué es lo que yo le puedo aportar, y después que decida si quieren quedarse o marcharse. Si decide aceptarme, ten por seguro que confiará en mí con los ojos cerrados, un sentimiento que será mutuo.

Grace escuchaba a Trevor con interés, siempre había visto la dureza de

muchos caballistas con sus animales en el momento de domarlos. Sin embargo, en aquel instante, se daba cuenta de que la fuerza no llevaba a ningún lado. Las palizas no enseñaban. Los gritos no instruían. Nada, salvo el amor, cariño y comprensión llevaban a alcanzar las metas más altas.

Al mismo tiempo, Grace se acariciaba la cruz, esa acción no pasó inadvertida al hombre, pues también se había dado cuenta durante la cena que había hecho lo mismo. Sabía que aquella cruz de madera era su amuleto y que echaba mano a su magia cuando se sentía insegura o en peligro. Trevor era consciente de que habían pasado muchas cosas desde que se habían conocido en aquel prostíbulo de El Paso, unas buenas y otras malas, y necesitaba saber imperiosamente si ella estaba bien a su lado. El hombre se acercó a ella y posó su palma sobre la mano en que ella tenía agarrada la cruz.

—Sé lo que significa esta cruz, ¿tienes miedo, Grace? ¿Yo te provoqué miedo?

Grace se sorprendió por la pregunta y arrugó el entrecejo.

—No, no me provocas ningún temor, al contrario.

Incluso con la poca luz del quinqué, Trevor apreció lágrimas sin derramar en sus bellos ojos azules. Apartó la mano y la dejó caer a su costado.

—Grace... ¿qué te sucede?

—Me acaricio la cruz porque tengo la necesidad de agradecerle a cada momento todo lo que me está dando, nunca creí que pudiera ser feliz, siempre he creído que la felicidad no estaba destinada para mí.

Trevor no esperaba esa respuesta.

—¿Eres feliz?

—Mucho, y tú... tú eres parte de mi dicha. Por primera vez en mi vida, me siento segura.

—Te dije que aquí estarías segura.

—Es mucho más que eso, Trevor, es sentir que perteneces a un lugar. Sabes, me encantan estas tierras y esta casa. Nunca imaginé vivir en un lugar

tan hermoso.

—Te mereces lo mejor.

Grace palpaba la intimidad del momento, se sintió valiente, tanto como para confesarle que lo amaba. No podía guardar encerrado por más tiempo un sentimiento único.

—Trevor, yo te amo.

Un hombre como Trevor temía pocas cosas en la vida, siempre plantaba cara con determinación a cualquier situación, ya que no se plegaba ante los avatares de la vida. Sin embargo, dos simples palabras tenían la fuerza suficiente para atemorizarlo hasta la desesperación. Posó el dedo índice en la boca de la mujer, necesitaba no oír más «te amo», no estaba preparado para sentir de la boca de Grace un sentimiento tan grande y profundo. Amy también le decía que lo amaba y, al final, todo había quedado en nada, puesto que no era amor lo que sentía por él, sino otro tipo de cariño más propio al que se dispensa a un amigo querido.

Trevor apartó el dedo de la boca de ella, dejó que la mano cayera a su costado. Qué más querría él que lo amara de verdad, pero el miedo por que fuera agradecimiento y no amor erizó su piel de una manera dolorosa. Tal vez Grace confundía amor con agradecimiento. Sí, claro, debía ser eso, pues no concebía que una mujer como aquella lo amara de verdad.

—Tal vez confundes amor con agradecimiento, Grace. Y no me debes agradecimiento alguno.

El rostro contraído de la mujer mostró su perplejidad.

—¿Por qué dices tal cosa? Yo sé lo que siento...

Él la interrumpió otra vez, silenciándola con el dedo.

—Dejemos todo como está. Será mejor que nos vayamos a dormir — sugirió de pronto él empujado por la necesidad de interponer soledad entre ambos a fin de recomponerse—. Mañana será otro día y debemos descansar.

Trevor necesitaba huir, no por cobardía, sino porque tenía que protegerse si no quería salir lastimado de nuevo. Quedarse hubiera significado continuar

con la conversación, y no quería, pues su corazón no soportaría acabar magullado de nuevo. Por una parte, quería que Grace lo amara tal como una mujer enamorada ama a su pareja, pero que tal sentimiento fuera verdadero. Por otro lado, tenía miedo de creer en ese amor y que con el tiempo se esfumara y lo abandonara. Era consciente de que amar siempre había sido un sentimiento sagrado y mágico, sobre todo mágico, porque quien ama, sueña, construye, protege, vuela y hace grande la palabra vida. Y sí, tenía miedo de soñar, construir, proteger, volar, y despertarse un día y darse cuenta de que todo había sido una quimera. Ya le había pasado una vez, no quería que volviera a suceder. Subió los escalones temblando en la oscuridad opaca del ambiente. Aceptó que sus propios demonios lo acompañaran, a los que debía plantar cara, bien lo sabía, el problema era cómo.

Aquel repentino cambio incomodó a Grace. Estaba perpleja, no supo qué decir o hacer y dejó que se marchara. Se sentía idiota por imaginar que Trevor podía llegar a amarla algún día, ¿quién querría amar a una mujer como ella? Nadie podría. Era una huérfana sin pasado, una mujer a la que ni su marido había podido amar, una mujer que tuvo que trabajar en un prostíbulo para ganarse un plato de comida. Ella no era como Teresa o como Amy. La desilusión fue en aumento, dado que desde que habían llegado al rancho, siempre que podía y estaban solos, él se despedía con un beso en la mejilla. En aquella ocasión no hubo un beso en la mejilla, ni tan solo un «buenas noches». Y le dolía. Quiso no darle importancia, pero a medida que subía los escalones le escocía todavía más.

No había dolor más grande que estar cerca del cielo y caer de golpe porque se habían roto las alas.

\*\*\*

Trevor y Grace salieron del rancho vestidos con pantalones resistentes, camisas y chaquetas. Por su puesto, un buen gorro los cubriría del sol y de la

lluvia, si se presentaba, aunque no parecía ser el caso, ya que no había ni una nube que perturbara el cielo azul. Cabalgaban cuesta arriba como dos niños, sobre Pirata y Wind, en sus bocas habían esculpidas sonrisas y en sus miradas, la felicidad. Tal como había imaginado ella, las montañas resultaron ser un lienzo espectacular de texturas y colores. Si a eso se añadía que la primavera empezaba a enseñar su magia, todo allí hablaba de hermosura y paz, una paz que se palpaba y se agarraba a los viajeros como si formara parte de sus ropajes.

Trevor se detuvo en lo alto de un peñasco, la vista desde aquel lugar era maravillosa. Imaginaron que eran dos halcones, entonces los ojos de ambos volaron por el azul penetrante del río Pecos, cuyas aguas feroces besaban las piedras a su paso y provocaban sonrisas de espuma blanca que desaparecían cuando dejaban atrás el motivo de su felicidad. Después volaron sobre el bosque, el viento se revolcaba en los pinos y los hacían danzar al unísono de aquí allá, como la comparsa de un baile. ¿Cuántos secretos habría entre aquellos árboles?

—¿Lo escuchas? —preguntó él fascinado por el paisaje.

—¿El qué?

Grace sintió la respiración agitada de él y provocó que desviara la mirada del paisaje para observarlo. Se quedó sorprendida por la fascinación que veía en los ojos grises del hombre, él amaba aquellas tierras.

—El silencio de la inmensidad, estas tierras... todo es maravilloso —murmuró el hombre como si acariciara las palabras.

Grace volvió a mirar el paisaje a través de los ojos de él, y admiró cada rincón, cada sonido, cada secreto, cada aroma. Entonces su respiración también se agitó, había algo en el paisaje salvaje que elevaba su alma hacia el infinito. Cierto, aquellas tierras eran espectaculares. A Grace se le escapó el aliento, no sabía lo que le deparaba el futuro, pero fuera lo que fuese, malo o bueno, tenía la seguridad de que nunca olvidaría los momentos que estaba pasando junto al hombre que amaba.

Solo estuvieron un rato más, los justo para llenar sus almas con la melodía

de la naturaleza. A continuación subieron a sus monturas y siguieron cuesta arriba. No tardaron en llegar a una especie de explanada tupida de hierba; después voltearon unas grandes rocas y entraron en una depresión, que dejaron atrás con rapidez, y siguieron por una senda estrecha. Antes de continuar, desmontaron y se pusieron sus respectivos zahones, pues debían protegerse de la vegetación espesa y las zarzas que había por aquel tramo. Al cabo de media hora llegaron a un prado de verde hierba resguardado por pequeñas montañas cubiertas por pinos y álamos. Detrás de estas se podían divisar los picos plateados y helados, dominando el horizonte por completo.

Wind y Pirata mostraron nerviosismo, Trevor sonrió, puesto que era la prueba de que Indomable seguía viviendo por el lugar.

—Wind y Pirata han olido a la yegua —dijo Trevor mientras calmaba a los équidos que no paraban de piafar.

El hombre oteó el lugar con ojos expertos, le murmuró a Grace que debían guardar silencio. Ella miraba el paisaje con tal intensidad que cualquiera hubiera pensado que esperaba un milagro, el rancharo no pudo evitar sonreír. La verdad es que Grace era una mujer que disfrutaba cada experiencia con mucha intensidad, no perdía detalle y vivía el momento en toda su magnitud.

Trevor no era la primera vez que se paseaba por aquel prado. En cuanto descubrió que allí vivía un ejemplar de Przewalski, una raza de caballo muy antigua de la que cada vez quedaban menos ejemplares, la emoción lo embargó. Se diferenciaba de sus congéneres por ser un poco más pequeños. Aun así, su estructura era maciza; su morro y vientre, blancos, y el resto del cuerpo, color canela, y poseían una crin alzada en un tono negro. Normalmente vivían en manadas pequeñas, todas hembras, a excepción de un semental como dominante. Trevor había llegado a la conclusión de que aquella yegua se había quedado sola, pues lo más seguro era que todos sus compañeros fueran muriendo por enfermedades o cazados por depredadores o por el hombre.

Trevor miró con ojos nerviosos a su alrededor, buscando al animal, la hierba y las primeras flores de primavera se movían debido a un viento

ligero. La montañas que circundaban el lugar, si bien eran pequeñas, eran lo suficientemente altas para resguardar la zona del frío y los vientos fuertes que soplaban fuera de aquella zona.

El cuadrúpedo no tardó en aparecer trotando con una elegancia innata. Su pelo corto relucía como el terciopelo y dio evidentes muestras de haber detectado a la pareja. A él lo conocía de verlo en otras ocasiones, no así a Grace, que en cuanto olió su aroma, echó las orejas atrás. Trevor sabía que aquel gesto significaba temor, sin embargo, pronto su miedo se diluyó. No le extrañó, pues conocía la naturaleza de aquel magnifico ejemplar, había dedicado largas horas para espiarlo en su día a día. El animal, más listo que mucha gente, había advertido que Grace no era de temer, el rancharo se alegró.

Indomable se dio la vuelta y corrió campo a través.

—Oh, ¿ya se va? —murmuró Grace decepcionada.

—Tememos que seguirla, está jugando, siempre lo hace cuando vengo, le gusta llamar mi atención y llevarme a su rincón preferido.

Y así fue. Trevor y Grace siguieron al animal hacia un arroyo de un azul cobalto precioso. Entre sus aguas había dos castores construyendo un dique que serviría para retener las aguas. Debido al muro, se había formado un estanque donde podrían edificar una castorera en la que criar a sus pequeñines. Sus pelajes mojados brillaban en matices rojizos mientras iban de aquí para allá en busca de ramitas, sin embargo, huyeron cuando olieron a Trevor y Grace.

La pareja se quedó detrás de un arbusto y observaron a la yegua sin hacer ruido. Indomable tenía las patas dentro del agua y bebía con denuedo; de tanto en tanto levantaba la cabeza, movía las orejas y olía el aire. Hubo un instante en que miró a Grace, a esta le dio la impresión de que le sonreía. No tardó en hundir de nuevo el hocico en el arroyo con la tranquilidad del que sabe que no lo van a lastimar.

Trevor y Grace habían dejado a sus respectivas monturas en el prado para que cabalgaran a su antojo. Después de espiar un buen rato a Indomable, el

hombre agarró la mano de Grace y la instó a acercarse al arroyo, unos robles proyectaban sus sombras, entre sus hojas se filtraban rayos de luz que destellaban en el agua y en el pelaje de Indomable. La imagen era hermosa, y Grace supo que no querría estar en ningún otro lugar del mundo en aquel momento.

Cuando el équido detectó que se acercaban más de lo necesario, se levantó sobre sus dos patas traseras al tiempo que movía las delanteras en el aire de una manera amenazante. Les advertía que solo les permitiría acercarse hasta aquella distancia. Trevor se quedó quieto, y Grace hizo lo mismo.

—Solo nos deja llegar hasta aquí —informó el hombre.

No insistieron y se quedaron allí de pie observando el animal. El sol del mediodía suavizó los rostros de ambos, su calor suave llegó a sus pieles, y era reconfortante, tuvieron que quitarse la chaqueta. El día estaba siendo especialmente maravilloso, sus sonrisas se ampliaban a cada comentario y a cada cosa que descubrían en el paisaje.

—¿Alguna vez la has podido tocar? —preguntó ella.

—Sí, pero entonces iba solo.

—¿Me dejará algún día que la toque?

—Por supuesto que sí, y solo tú tendrás derecho a montarla, porque así lo habrá decidido Indomable.

—¿Y yo qué debo hacer para ganarme su confianza?

—El corazón de una persona lucha por ser libre, el caballo busca lo mismo, así que domar no es una opción, domar es someter, privar de libertad, y no es eso lo que desea. Si ella detecta que quieres hacerla esclava, no dejará que te acerques y luchará a muerte por seguir libre.

Trevor instó a la mujer a que se sentara en el suelo. Se centró en observar sus ojos, que mostraban la felicidad en destellos mágicos de luz. El rancharo supo que nunca había contemplado una mirada más hermosa.

—¿Cómo lo sabrá? —interrogó la mujer.

—No es algo inmediato, tardarás tiempo. Deberás ganarte su confianza

poco a poco, tendrás que dejar que se acerque a ti, que te huela, que te empuje, que se enfade contigo. Por el contrario, tú tendrás que mostrarte humilde; sobre todo háblale, los animales entienden más de lo que crees, no son tan tontos como la gente piensa. Ellos también tienen alma, y todas las almas se conectan de una manera u otra. Hasta que no forjes ese vínculo invisible, no podrás comunicarte en toda su plenitud con ella.

—Tú lo explicas de una manera que parece tan fácil...

—Y no lo es. Debes darle tiempo, el necesario para que ella sepa que eres su amiga, que no quieres someterla, y cuando la confianza sea plena, dejará que la guíes. Vuestra relación debe basarse en la colaboración, no en la sumisión de ella a ti. Puedes tardar más o menos, pero llegará el momento en que tú y ella seréis uno, y estaréis unidas para siempre.

Grace negó con la cabeza, lo que le contaba Trevor era más o menos lo que ella había intentado con él. Aun así, se esforzó en recuperar el temple, pero la desilusión era tan grande que no podía tranquilizarse. Recordó la noche anterior cuando le había confesado su amor, y el mismo impacto amargo de entonces inundó su boca. La sensación de que Trevor no la podría nunca amar tomó aspecto de una horca, cuya cuerda le apretaba la garganta sin piedad.

—No creo que yo pueda —susurró en un hilo de voz, con la impresión de estar asfixiándose por culpa de la tristeza, de saber del cierto que ella no podría atraer a Indomable, ya que había sido incapaz de hacerlo con Trevor.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy especial, solo soy una mujer sin pasado ni futuro.

El hombre reaccionó de inmediato a tal estupidez.

—¡No digas eso, Grace!

Trevor había levantado la voz, aquello provocó que el animal marchara.

—Lo siento, es mi culpa —murmuró, con pena, ella, observando como Indomable se iba hacia un bosque—. Lo estropeo todo.

Grace sentía que la oscuridad la envolvía, por su parte, Trevor era

consciente de que la perdía, notaba su alma lejos de la de ella.

—No, no es tu culpa —se disculpó, pues intentaba que aquel momento de confusión finalizara—, he sido yo el que ha gritado, no lo tendría que haber hecho. Lo siento.

Pero no iba a concluir. Nada de eso, ya que Grace estaba peor: la sombra de su tristeza había trepado de su corazón a sus ojos y estaba a punto de ponerse a llorar. Para evitar que él la viera, se levantó con rapidez y se alejó, sin embargo, Trevor la atrapó, la agarró del hombro y la obligó a que lo mirara. Las córneas grises de él y las azules de ella se solaparon, y ambas brillaron tristeza. La expresión pícara de Trevor desapareció bajo una máscara de confusión, y la vivaracha de ella, bajo una montaña de pesar.

—Grace, ¿qué te sucede?

—Acabo de echar a perder el día, perdóname.

Su llanto se desbordó.

—Deja de una vez de decir tonterías.

—Lo siento, Trevor —dijo limpiándose las lágrimas con la manga, en aquellos momentos le importaban muy poco las maneras—. No sé si merezco nada de todo esto...

—Tú te lo mereces todo. ¡Todo!

—¿Todo? Dime, Trevor, ¿me consideras merecedora de tu amor? Ayer noche te confesé que te amo, ¿me merezco que me ames tú también? Para mí eso es todo, es ese «todo» del que tú hablas.

—El problema no eres tú, soy yo.

—¿Es por eso que me apartas cuando me acerco demasiado? Lo que me pides que haga con Indomable para ganarme su confianza, devoción y amor, ya lo hecho, lo he hecho contigo, así que no me digas que conseguiré su amor porque no es cierto, Indomable huirá de mí como tú haces.

—Eso es diferente.

—Tú dices que los animales sienten como las personas, que su alma se conectan con las demás, sean animales o personas, y estoy de acuerdo, de

modo que no digas que es diferente porque no lo es.

—Es cierto... —Hizo una corta pausa—. Lo que más desearía en el mundo es que de verdad me amaras.

—Mi amor lo tienes, y lo sabes.

—¿Estás segura de que no es agradecimiento? ¿Sabes lo que es amar?

Grace lo miró aturdida. Se detuvo el tiempo justo para reflexionar en lo que le preguntaba. Desde niña, ella había aprendido a vivir sin quejarse, sin sollozar, sin sonreír, sin protestar..., ya que no había experimentado otra cosa. Conocer a Trevor le había permitido saber que vivir de aquella manera era morir de pena estando viva. No tuvo que pensar mucho en su respuesta, esta acudió a su mente empujada por la verdad del amor que sentía por él.

—¡Sí! Nunca sentí por nadie lo que siento por ti. —Hablaba sollozando, desgarrándose por dentro—. Si no es amor, dime qué es. Daría mi vida por ti, tu presencia es alimento para mi corazón, cierro los ojos y te veo en la oscuridad tras los párpados, alumbrándome el camino. Tengo necesidad de estar a tu lado, de comprenderte, de ayudarte en el camino de la vida, que tú y yo seamos uno unidos en la vida para siempre...

A pesar de estar en un lugar donde la naturaleza era una alfombra tejida de sentidos, se hizo el silencio, sobre todo en Trevor, que solo podía prestar atención a las palabras de Grace, que seguían resonando en su mente.

«Si no es amor, dime qué es. Daría mi vida por ti, tu presencia es alimento para mi corazón, cierro los ojos y te veo en la oscuridad tras los párpados, alumbrándome el camino. Tengo necesidad de estar a tu lado, de comprenderte, de ayudarte en el camino de la vida, que tú y yo seamos uno unidos en la vida para siempre...».

Trevor no podía dejar de escuchar «unidos en la vida para siempre».

«Para siempre».

## CAPÍTULO 14

Grace no podía continuar, ya no había secretos en su interior. El llanto sofocaba las palabras, sombras líquidas salían por sus ojos. Por su parte, Trevor asimiló la confesión como si hubiera recibido una caricia y un jarrón de agua fría al mismo tiempo. Aun así, en su mente embutida de todo y nada, calibró el amor de Grace por él. Si tenía que ser sincero, Amy nunca lo había amado de aquella manera... Qué agonía que sintió de pronto al regresar a su pasado, aquél que lo había destrozado hasta casi hacerlo desaparecer de la faz de la tierra. Estúpido y mil veces estúpido, pues lo que tenía delante era futuro y felicidad. Empezaba a comprender que se estaba perdiendo vivir, y encima se estaba comportando como un malnacido por hacerle pasar un mal momento a Grace, cuando ella merecía lo contrario. ¡Incluso lo había salvado en El Paso de pegarse un tiro!, y cuántas cosas se hubiera perdido por una mala decisión, nunca le agradecería lo suficiente que ella hubiera irrumpido en aquel dormitorio antes de apretar el gatillo. Grace era princesa para adorar en todos los sentidos.

—Grace, no llores... Me duelen tus lágrimas, yo soy el causante de ellas, y créeme que no merece la pena.

—Ya se me pasará, o eso creo... ¿Para qué tanto interés en traerme a tu rancho si en el fondo me quieres lejos?

—Eso no es verdad —afirmó él, se esforzó en mantener un tono sereno, que no sonara a desesperación—. Yo no te quiero lejos, que estés lejos me hace daño.

Grace soltó un largo suspiro.

—No te entiendo, Trevor.

Trevor no quería confesarle que estaba muy asustado, no era un miedo común, sino que se trataba de un miedo de esos que se pegaban al esqueleto y no te dejaban mover con libertad. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando

comprendió que lo justo sería confesarle que la amaba, porque sí, porque la amaba de arriba abajo, de todas las maneras posibles, de día, de noche, a cada minuto, a cada aliento... Pero una cosa llevaría a otra y la perspectiva de que lo abandonara con el tiempo, tal como había sucedido con Amy, lo mantenía en un sinvivir. La sensación de que cualquier hombre fuera mejor que él y que, al final, ella se diera cuenta lo frustraba e impedía que se entregara tal como cabía esperar.

De todas maneras, no podía dejar que Grace pensara que le era indiferente, sin embargo, tenía en su cabeza sus pensamientos tan desordenados que no sabía cómo enfrentarse. No quería abrir la boca para decir cualquier tontería de la cual, a lo mejor, acabaría arrepintiéndose. Decidió ser sincero, la sinceridad no causaba dolor, y no quería hacerle daño; y si las palabras verdaderas significaban despojar sus sentimientos, entonces no había nada que temer.

—Siempre he sido muy torpe —expresó a duras penas él—, ahora no sé qué decirte, temo meter la pata. Tal vez, si te demuestro mis sentimientos de otra manera, me entiendas mejor.

—¿Qué quie...?

A Grace no le dio tiempo de terminar. Trevor tiró de ella y la atrajo a su cuerpo. Un beso. Un abrazo. Una caricia. Una sonrisa. La unión de dos cuerpos con hambre de sentirse mutuamente. Fue Trevor el que tomó la iniciativa: abrió uno por uno los botones de su camisa, lo primero que asomó fue la cruz. La acarició con las yemas, pues tuvo la necesidad de agradecer haberle puesto en su camino a Grace. Hubo un tiempo en que perdió la fe debido a su pasado lleno de sueños rotos. En cambio, en aquel instante, había recuperado la esperanza perdida. Los milagros existían. Él era buena muestra de ello, porque solo un milagro llamado Grace lo había salvado de sí mismo.

A continuación, despojó a la mujer de sus ropajes. Antes de desprenderse de las propias, observó a la beldad que acababa de desnudar. Ella era un sueño de nubes blancas, de palabras tibias, de sonrisas que estaban curando su alma perdida. No imaginaba los días sin ella, su hogar no sería lo mismo si

decidiera marcharse. Trevor no dejó que los miedos estropearan el momento; al fin y al cabo, más valía vivir el presente, y en su presente estaba ella, ella con la verdad escrita en sus ojos azules y sonrisas. Solo eso importaba.

Después la besó, sus labios estaban salados debido a las lágrimas, que él se encargó de endulzar con un beso nacido de su alma. Ya no había amargura y desilusión que los cubriera; la esperanza era todo lo que estaba envolviendo aquellos rebordes esponjosos y tibios que pronto enrojecieron de pasión.

Grace yacía tumbada en la hierba con los ojos cerrados, esperando que él le hablara con su cuerpo de su amor por ella. Valles, laderas y montes hermosos que merecían unas manos que los tocasen con ternura, y él la adoraba con sus yemas, con su boca sedienta de ella. Su lengua no fue temerosa y trepó hasta las cúspides color canela de sus pechos, que se irguieron a su contacto. Mientras, sus dedos revoltosos hurgaron entre sus piernas abiertas... carne tierna que despertó a la caricia como nunca antes le había sucedido, que arrancó suspiros largos y delirantes en la mujer.

Muy lento, Trevor la veneraba, ella era toda suya y él, de ella. Su cabeza se ubicó entre los muslos de ella y, con su lengua, la amó todavía más. Saboreó su centro de mujer como si fuera un manantial del cielo y se prometió que nunca más nadie la lastimaría. Casi podía notar como aquella flor cubierta por el rocío de la pasión florecía para él, porque nunca nadie supo hacerla florecer.

Trevor la adoraba. El mundo a su alrededor se difuminó cuando ella tocó su intimidad erecta, sus dedos se perdían y se encontraban en aquella piel aterciopelada que rebosaba vida. Nunca una caricia había dicho tanto... Sus yemas escribían versos de amor, aquello provocó que a él le crecieran alas, y su deseo voló, voló alto, tan alto que tenía la sensación de estar haciendo el amor en el cielo.

Él no podía esperar más, la cubrió con su cuerpo, y su sexo de mujer, abierto y húmedo de miel, respondió al suyo y acogió su deseo de hombre que ardía hacía ya demasiado tiempo por penetrarla. Embestidas de almíbar suavizaron sus miradas y sus bocas con sonrisas plácidas. El himno del amor

y la pasión tocó en ambos cuerpos, cada vez con más intensidad. Y mientras gemía deseo que engendra felicidad eterna, se miraron a los ojos, pupilas abiertas a la vida, que se reconocían, que se querían sin palabras, porque en aquellos momentos eran sus almas que, conectadas a la más grande intimidad, brillaban energía pura y susurraban bellos poemas.

Las entrañas de la pareja se convirtieron en fuego líquido que tuvieron su reflejo en los vaivenes de sus cuerpos. La música de la pasión inundó ambos corazones, bonitas notas que los llevaron al cielo en busca de paz. Se perdieron en la inmensidad del tiempo y del silencio. Como si fuera magia, ellos entendieron de besos y abrazos, porque no todos los besos y abrazos se daban con amor, y los suyos rebosaban amor por todas partes.

Y después del deseo llegó la calma, una calma cargada de aromas que los dejó tendidos en la hierba fresca. Su perfume fresco los trajo de nuevo a la tierra. Estaban tumbados uno al lado del otro, abrieron los ojos. Vieron las primeras mariposas de la temporada, trozos de terciopelo luminosos, que volteaban sobre ellos. Batían sus alas divinas al viento, a ritmo de primavera, cantando la sinfonía de la belleza y elegancia, palpitando amor a cada giro. Una de ellas, vestida de amarillo y violeta, se posó en la frente de Grace como si su rostro fuera una rosa abierta.

Trevor se apoyó en un codo y dijo:

—Hasta las mariposas te aman.

Grace acarició el rostro del hombre; una cosa llevó a la otra, empezó con un beso, siguió una osada caricia, un gemido, el deseo levantó el vuelo. Y allí, entre las alas multicolores y ligeras de las mariposas, se amaron de nuevo.

Trevor y Grace se hubieran quedado la vida entera entre aquellas montañas, pero la realidad azotaba sus corazones y tenían responsabilidades que atender. Antes de emprender el camino de vuelta, Indomable regresó y galopó alrededor de ellos un buen rato. El animal parecía saber que pronto se marcharían y no quería que se fueran sin despedirse a su manera; Grace le había caído bien y era un buen comienzo.

Después de una frugal comida, y sin perder más tiempo, pues la tarde ya se escapaba por el cielo camino a las cúspides de las montañas, regresaron al rancho. A la entrada de este, antes de pasar por los campos de cultivos, cuadras y corrales, Grace se dio cuenta de que había un cartel semicircular de madera colgado entre dos jóvenes pinos por unas bonitas cadenas negras, pero lo curioso era que no había nada escrito. Se detuvo a un par de metros.

—¿En ese cartel —dijo ella mirándolo— irá el nombre del rancho?

—Sí.

Trevor también detuvo su montura y miró hacia arriba. El tiempo y las inclemencias le habían dado carácter a aquel trozo de madera. Su hogar aún no tenía nombre, no le había dado importancia hasta ahora, sin embargo, las cosas habían cambiado mucho y tenía motivos de sobra para no postergar más aquella decisión.

—¿Y cómo se llamará? —preguntó Grace.

—Todavía no lo sé, le tendremos que buscar un nombre, ¿no te parece? Un hogar no es hogar hasta que lo bautizas.

Las comisuras de Grace se alzaron a su máximo, su sonrisa era abierta, de esas que dejaban huella y que Trevor quiso besar. Lo hubiera hecho si no hubiera sido porque podían verlos; oía a sus trabajadores en sus quehaceres y sería fácil que alguno los sorprendiera. Y es que la mujer tenía motivos para sonreír de aquella manera, pues que la incluyera en aquel proyecto la ilusionaba sobremanera, la hacía partícipe de una decisión personal, casi sentía aquel rancho como su casa, su hogar, su puerto...

Sin más, echaron a trotar y se encontraron a Billy y Teresa paseando por la riba del río Pecos. Ni tan si quiera se dieron cuenta de su llegada y decidieron no importunarlos, ya que daban muestras de disfrutar del paseo y parecían tener una conversación muy agradable. Grace y Trevor sonrieron en complicidad, nada les gustaría más que se casaran. El tiempo los sacaría de dudas.

\*\*\*

Grace y Teresa estaban en el comedor preparando el ajuar del bebé a pesar de la insistencia de la segunda de dejarlo para más adelante. Su temor no era otro que el miedo de que algo saliera mal durante el parto. Había perdido a su marido, y temía también perder a su hijo. En un principio, se había negado a disponer las cosas de su bebé, porque si el parto salía mal, no quería recuerdos que hicieran más profundo su dolor, no lo soportaría.

Sin embargo, la insistencia de Grace dio sus frutos y la hizo recapacitar. Debía, como mínimo, tener lo necesario para vestir a un recién nacido, no podía envolverlo en trapos, claro. Si todo salía bien, entonces coserían más ropita que se adecuara a los cambios de un niño que crece cada día un poco más.

Teresa estaba sentada en una butaca cerca de la lumbre del hogar. Llevaba un vestido color salmón claro con pequeñas flores blancas, era lo suficientemente holgado como para que le cupiera su abultado vientre. La tarde invitaba a refugiarse en el hogar, pues desde hacía unas horas llovía plácidamente; agua de primavera bienvenida que regaría el maíz, heno y las hortalizas recién sembradas. La futura mamá tejía una manta para su hijo con lana blanca de calidad que le había traído Billy de Santa Fe. Grace estaba sentada en el sofá victoriano, le encantaba aquel lugar y se había acostumbrado a su comodidad en un abrir y cerrar de ojos. Ella vestía un precioso vestido verde agua, con encajes en el cuello y en los bordes de las mangas y la falda. Lo había complementado con un chal, pues debido a la tarde lluviosa había refrescado y tenía los hombros algo fríos. La muchacha había terminado de cortar patrones para confeccionar dos faldones y dos camisolas. Las piezas eran tan diminutas que prestaba atención mientras las cosía, pues quería que quedaran perfectas, y ninguna puntada debía ser más grande de lo normal.

De pronto, Teresa dio un respingo y de su boca salió un quejido, Grace se preocupó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes, el bebé acaba de darme una buena patada.

—Es porque ya quiere salir.

—La verdad es que no falta mucho.

—¡En apenas un mes sales de cuentas! —dijo emocionada.

Sin embargo, su amiga se llevó las manos a su abultado vientre y se entristeció. Grace dejó la costura en la cesta.

—Teresa, tendrías que estar contenta.

La irlandesa cogió de nuevo su tarea y empezó a tejer tan deprisa como le permitieron sus habilidosos dedos, pero no pudo continuar, pues un tul de lágrimas cubrió su mirada.

—Estoy contenta, Grace, muy contenta —soltó Teresa con más pena que gloria.

Se limpió las lágrimas con un pañuelo que sacó de su manga.

—Pues no lo parece.

La irlandesa la miró.

—¿Y si el parto no sale bien?

Grace se levantó y se puso en cuclillas frente a su compañera, la cogió por las manos en un gesto cariñoso de complicidad.

—¡Claro que saldrá bien! Recuerda que no estás sola, nos tienes a todos nosotros. Además, Billy se deshace en atenciones hacia ti.

—Billy... —murmuró, en sus labios se esbozó una sonrisa agradable, incluso sus ojos verdes brillaron dulzura—. Es tan bueno, no sé qué haría sin él.

—Dime una cosa: ¿te gusta Billy?

Su amiga se tomó un tiempo para contestar, Grace se alzó, dejó el chal encima del sofá, se acercó al fuego y le dio la espalda. Miró a Teresa con interés, esperando a que ella contestara.

—Sí, reconozco que me gusta. —Se llevó las manos a su vientre, como si abrazara a su hijo—. Su timidez es encantadora, y la torpeza que muestra

cuando yo estoy delante, graciosa. Pero gustar no significa amar. Yo amé una vez, no creo que pueda una segunda.

—Billy es un buen hombre, sería un padre perfecto para tu hijo.

—¡Mi hijo ya tiene un padre! —exclamó alterada.

Grace supo que no había escogido bien las palabras.

—Claro que tiene un padre, un padre que no está. Tienes que pensar en darle lo mejor a tu hijo.

—Yo le hablaré de Charles... —susurró al borde del llanto—. No permitiré que piense que no tiene padre.

—Y harás bien, pero recapacita: tú necesitas la ayuda de un hombre para criar a tu hijo, y educarlo, y al mismo tiempo, que os proteja a ambos.

—¿Me estás sugiriendo lo que yo creo que me estás sugiriendo?

—Sí, te estoy sugiriendo que te cases con Billy.

—¿Estás loca? ¿Cómo quieres que me case con un hombre al cual no amo?

—Acabas de confesarme que Billy te gusta, y te creo, os vi hace unos días charlando muy amigablemente cerca del río, cuando regresaba de mi paseo con Trevor.

Teresa enrojeció y escondió su mirada, negaba con la cabeza, como si con aquel gesto pudiera borrar su sentimiento de agrado hacia Billy.

—Billy sabe que estoy triste por la pérdida de Charles e intenta distraerme.

—Billy y sus atenciones te gustan muchísimo, hasta un ciego se daría cuenta.

Teresa levantó los ojos y miró a su compañera, no daba crédito que fuera tan evidente. Sintió como si le fuera infiel al recuerdo de su marido.

—Billy me cae muy bien, lo reconozco, pero para casarse con alguien hay que amarlo.

—Ya lo sé —recalcó—, pero piensa que tus circunstancias han cambiado. Estás sola, a punto de ser madre, quizá no lo amas ahora, pero con el roce y el tiempo, el amor puede nacer de una manera natural.

—No lo sé, Grace, estoy demasiado confusa, no puedo olvidar a Charles, si lo hago, tengo la sensación de que le estoy siendo infiel.

Los recuerdos retenían a Teresa, también su decencia la mantenía anclada en el pasado. Incluso sus ojos se habían oscurecido y eran de un verde apagado. Aun así, no se vivía eternamente de recuerdos, sino que había que deslizarse por el futuro sin miedo a vivirlo. La futura mamá debía comprenderlo, Grace no dejaría de intentarlo.

—Y es normal que estés asustada —expuso esta—, perdiste a tu marido, lo asesinaron delante de ti, nadie te está pidiendo que lo olvides. —Hizo una pausa—. Estás a punto de dar a luz... No dejes que la tristeza te impida ver la oportunidad de ser feliz, debes pensar también en tu hijo y valorar su futuro bienestar, Charles querría eso y por nada del mundo pensaría que le estás siendo infiel. Piensa en ello, Teresa, tampoco es tan descabellado que te cases con Billy, permite que el tiempo haga el resto.

—Lo haré, pensaré en ello, sin embargo, te olvidas de lo más importante.

—El qué.

—Que él no se me ha declarado.

Grace rio.

—Vaya, es verdad. Y esa parte es importante, desde luego. —Hizo un mohín divertido—. Aunque mi olfato me dice que no tardará mucho en hacerlo.

Teresa dio un respingo, esta vez, más acentuado que el anterior.

—Buf...

—¿Otra patada?

—Ven —pidió, con afecto, la irlandesa—. Pon la mano sobre mi vientre.

Grace se acercó, se arrodilló y, ayudada por Teresa, puso las palmas en el lugar exacto donde el bebé parecía dar patadas. A cada golpe, ambas reían emocionadas por partes iguales.

Mientras, en el exterior, protegidos de la lluvia en el interior de un cobertizo, estaban Billy y Trevor. El primero daba los últimos retoques a una

cuna de madera con balancín y con el cabezal tallado en motivos vegetales. El resultado era una obra de arte con la que Billy pensaba dar un paso adelante en su relación con Teresa. La había construido con sus propias manos; buena muestra de ello eran las pequeñas heridas que se había hecho, pues nunca había labrado algo tan complicado.

Trevor estaba admirando el trabajo hecho por su amigo, la lluvia había arreciado y el frío también, la corriente de aire provocó que el cabello rubio oscuro, ligeramente largo, ondeara con gracia. Ya se habían formados charcos considerables por los caminos.

—Es una cuna preciosa, puedes estar orgulloso, estoy seguro de que le va a encantar.

Su amigo suspiró cansinamente, no porque estuviera cansado, sino por la posibilidad de ser rechazado.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. ¿Ya estás otra vez dudando?

—Siento ser tan negativo. —Acarició la cuna con reverencia—. Pero me parecería un milagro que Teresa aceptara la posibilidad de casarse conmigo.

—Lo hará, ya lo verás.

—Si se casa conmigo, sé que no va a ser por amor. Que me quiera sería demasiado pedir.

—Billy, entiende que ella estaba casada, amaba a su marido, no puede olvidarlo de buenas a primeras.

—Además, en su vientre tiene a su hijo.

—¿Eso es un problema para ti?

—¡Claro que no, bruto! Si Teresa quiere, le haré de padre, pero no a cambio de que olvide a su padre verdadero, el crío debe saber de dónde viene, es lo justo y lo correcto.

—Eso te honra, eres un buen hombre, y Teresa lo valorará.

—¿Tú crees que pueda llegar a quererme algún día?

—Claro, no lo pongo en duda. Como te he dicho, tú eres un buen hombre,

pero ella es una buena mujer y sabrá valorarte desde el principio. Dale tiempo.

—Le daré todo el tiempo que necesite.

Trevor miró de nuevo la cuna, la verdad era que no había visto ninguna tan bonita. Pronto el hombre pensó en Grace como madre de sus hijos, pero sacudió tales pensamientos de la mente. Eran demasiadas veces las que rondaba por la cabeza pedirle a Grace de amarse abiertamente, sin esconderse, sin embargo, rechazaba tal idea cuando pensaba que Grace se llevaría la peor parte, y la gente mezquina no dudaría en lapidarla con comentarios. Ojalá, ojalá pudiera pasearla por el rancho como su mujer, nada le gustaría más.

—Mañana un par de hombres van Santa Fe, se estarán unos días y después regresarán, ¿qué te parece si invitamos al padre Glenn a que venga unos días de visita? —sugirió Trevor.

Billy no disimuló su confusión, sus ojos azules brillaban pensativos, recordando. Hacía tiempo que Trevor estaba peleado con todo lo divino, pero desde que había regresado de viaje, había cambiado en muchos sentidos. Y es que el viaje junto a Grace le había supuesto volverse más fuerte de espíritu. Ya no parecía el hombre que caminaba con pesadez, con un aire oscuro cerniéndose a su alrededor; todo aquello había desaparecido y ni su sombra había quedado. Incluso sus rasgos pícaros, endurecidos por el abandono, en aquel momento, se habían suavizado. Sin embargo, lo que más había cambiado en Trevor era la sonrisa perenne que llevaba dibujada en su rostro, siempre lucía unos rebordes curvados de felicidad y jamás lo había visto sonreír de tal manera, ni cuando estaba enamorado de Amy. No dudaba que tan espectacular cambio se lo debía a Grace, pues se había dado cuenta de que entre ellos había algo más de lo que mostraban a simple vista.

—Eh, Billy —exigió Trevor, dándole un coscorrón cariñoso en la nuca a su socio—, que te he preguntado que si invitamos a pasar unos días al padre Glenn.

Billy reaccionó.

—No adelantes acontecimientos. Aún no sé si Teresa aceptará mi propuesta de matrimonio.

—No solo se trata de que os case, estaba pensando que siempre es buena la presencia de un cura entre nuestros trabajadores, muchos tienen pecados que confesar.

En realidad, detrás de tal propuesta escondía darle una sorpresa a Grace, ella lo había devuelto a la vida y necesitaba demostrarle sus sentimientos sinceros. Quería que conociera al párroco Glenn, era un buen hombre al que no le importaba sacrificarse por lo demás; lo había demostrado muchas veces. Por lo que ella le había contado, el cura Patrick se parecía, y quería que conociera a Glenn. También tenía pensado comprarle un piano para que lo deleitara con su música después de cenar.

—¿Estás seguro de que lo que te importa son las almas pecadoras de nuestros trabajadores? —preguntó, con un deje de humor, Billy—. No soy estúpido, detrás de tu propuesta hay mucho más, ¿Grace, tal vez?

Su amigo se sorprendió, abrió los ojos de par en par, carraspeó antes de hablar.

—¿Grace? ¿Qué tiene que ver ella? —dijo en su intento por disimular.

—No soy estúpido, tampoco te diré cómo tienes que vivir tu vida, sé que Grace es una mujer maravillosa a la que la vida no la ha tratado bien.

Trevor llegó a la conclusión que de nada serviría negar la evidencia; además, no le apetecía mentir a su amigo.

—Gracias —soltó Trevor.

—Mucho te debe gustar Grace, porque los curas te dan alergia.

—Eso era antes.

—¿Y qué es lo que ha cambiado?

Trevor pensó en la pregunta y recordó la cruz de Grace.

—Todo.

Sin infelicidad no se conocía la felicidad, y la felicidad se la había traído Grace a través de la esperanza que representaba la cruz. Hubo un tiempo en

que su alma vivió alejada de su cuerpo, pero como si de un milagro se tratara, había regresado con más fuerza que nunca si cabía. Notaba como su energía lo hacía vibrar de arriba abajo cuando estaba junto a ella.

Billy no le preguntó nada más, con el tiempo había aprendido a descifrar las señales del cuerpo. Amy era pasado. Grace era el futuro. Su amigo lo llevaba escrito en los ojos.

## CAPÍTULO 15

Grace galopaba a pelo sobre Indomable como si fueran solo un cuerpo y un alma. Su camisa de cuadros azules y granate se hinchaba y, unida a la velocidad del équido, daba la sensación de que volaban. Animal y mujer habían desarrollado un fuerte vínculo que solo unos privilegiados llegaban a alcanzar alguna vez.

Trevor los contemplaba desde la distancia, impresionado por lo poco que había costado que Indomable aceptara a Grace como compañera de viaje en la vida. La verdad es que era fácil amarla; ella era bondad y amor, y lo demostraba día a día en su trato hacia los demás. Nunca se cansaría de dar las gracias al cielo por tan magnífico regalo.

Grace y Trevor eran felices cuando estaban solos, por ello, aprovechaban aquellos momentos para dar rienda suelta a su amor. Ella cabalgó un buen rato más, después desmontó y dejó que su nueva amiga jugara con el alazán de Trevor. La mujer se acercó a él corriendo, este estaba sentado sobre una manta gris, cerca del río Pecos. Se tiró literalmente sobre el hombre, no reprimió su deseo de mujer enamorada y, con sus labios de melocotón, lo besó con ardor. Unieron alientos y lo convirtieron en uno solo, sincero, libre de engaños y grande de sentimientos. Él acarició sus senos y, con su lengua, vistió de aliento sus cumbres inhiestas. Agasajó sus piernas. Amasó dulzura. Elaboró una bonita cadena de besos. Pintó un cuadro de pasión a pinceladas lentas. Agarró sus caderas, a las que preparó con mimos húmedos para la batalla. Apartó sus pétalos íntimos y bebió en su secreto de mujer su porción de vida... Lengua traviesa que amarraba su sonrosada pasión para que no escapara.

Ella besó con besos de azúcar su torso de hombre. Construyó un camino húmedo que la llevó a su deseo erecto, y ahí, entre gemidos y siseos, no dejó porción de carne tierna sin amar, cubriendo su piel varonil de lamidas de

miel.

Después, después los cuerpos se fundieron y, con movimientos tan ancestrales como el aire que respiraban, dejaron que fueran sus almas las que expresaran lo que sentían. Y las mariposas regresaron a la llamada del amor, batieron sus alas divinas al viento, contagiándose de la felicidad que impregnaba el lugar entre vuelos y bailes.

Había sido un momento hermoso que nunca olvidarían, y entre risas y caricias se vistieron. Él contempló embobado cómo el rostro de la mujer que acaba de amar con todo su cuerpo tenía las mejillas encendidas, aún su respiración estaba alocada debido al momento. Su aspecto le gustaba y excitaba, se acercó a ella y le quitó unas hojas que se habían enredado en su cabello rojizo algo desmadejado.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, llevándose la mano a su cabeza—. ¿Estoy muy despeinada?

—Lo suficiente para que nadie dude de que has estado retozando desnuda entre mis brazos —contestó con humor.

—¡Trevor! —se escandalizó—, ¿hablas en serio? —interrogó mientras intentaba peinarse el cabello.

Él le arregló las hebras sueltas y las colocó dentro de su moño.

—Ya está, ahora tienes un aspecto más decente.

—Será mejor que nos vayamos, Teresa está a punto de salir de cuentas y no quiero estar fuera más tiempo del necesario.

Trevor asintió, oteó a su alrededor en busca de sus monturas. Pirata e Indomable estaban pastando, disfrutando de una hierba verde y tierna; después de tanto ejercicio era normal que tuvieran hambre. Solo de verlos se podía advertir que eran felices y que se lo habían pasado bien jugando un rato.

Regresaron al rancho con el corazón henchido de felicidad. Si no fuera por esos ratos en los que nada existía, salvo ellos y su amor, los días se harían interminables, pues en el rancho y en la casa no podían mostrarse tal como deseaban, ya que debían guardar las formas. Se detuvieron a la entrada del

rancho y contemplaron el letrero colgado, sin ninguna palabra gravada todavía.

—Hay que buscar un nombre —dijo Trevor—. Quiero que todos conozcan este lugar y sea motivo de orgullo y de ejemplo para otros con ganas de hacer algo bueno en la vida.

—La inspiración llegará cuando menos lo esperes.

—Recuerda que me dijiste que me ayudarías a bautizar este lugar.

—No lo he olvidado...

Grace se removió nerviosa y su silla crujió, un escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo. Pirata e Indomable parecían sentirse como ella, bufaban sonoramente y sacudían sus cabezas con energía, estaban demasiado inquietos. Trevor se alzó sobre los estribos y echó un vistazo a todo lo que sus ojos abarcaban desde aquella distancia.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer.

—Los caballos están nerviosos porque perciben un olor que no les es familiar.

Grace miró a un lado y al otro, esperando que por entre los pinos saliera alguien. Los équidos se calmaron, fue entonces cuando Trevor se acordó de que había invitado al padre Glenn y supuso que los animales habían detectado su olor. Llegó a la conclusión de que sus trabajadores habían regresado de Santa Fe y, con un poco de suerte, habrían comprado un piano tal como les había pedido, aunque fuera de segunda mano. La cara se le iluminó solo de pensar en la sorpresa que le daría a Grace, aquello lo motivó para apresurarse a llegar a su casa e instó a Grace a una carrera.

Lo que no sabían Grace y Trevor era que la maldad siempre se rodea de sombras y silencios. Y es que los équidos, animales dotados de una sensibilidad especial, habían percibido la mentira y la violencia refugiada entre los pinos. La figura oscura de Jake, que escondía su mirada podrida bajo el ala de un sombrero igual de oscuro que sus pensamientos, vigilaba a la pareja y prometía boca adentro vengarse de él y de ella. Había fraguado un plan en cuanto se deshizo de los hombres que había contratado Trevor para

intimidarlos. Estos ya hacía días que yacían muertos en el desierto, pasto de los buitres, con varios balazos en las espaldas; ni tan solo les había dado sepultura. Jake no conocía otra manera de dar muerte a los que le estorbaban u odiaba, pues no era suficiente hombre para hacerlo cara a cara. Jake era un ser mezquino y cobarde que utilizaba la crueldad con los más débiles para mostrar su superioridad. Nunca cambiaría.

Jake empuñó su arma, la falta del meñique no era impedimento para que pudiera utilizarla certeramente. La cólera por lo sucedido en la habitación del hotel de Santa Fe había servido de alimento a su mente enferma de todo; la maldad lo tenía dominado y su sed de venganza parecía insaciable. Se acarició la herida mal curada de su muslo izquierdo y miró el muñón que ocupaba el lugar del dedo; lo solía hacer cuando debía cargarse de la vitalidad que acompaña al vengador, pues había sido Grace que, en su desesperación por escapar de sus garras, cuando aún vivían como marido y mujer, había cerrado la puerta con fuerza y le había amputado esa parte del cuerpo. En su mente recogida, atizada por el mal, él soñaba con hacerle pagar por aquello, por seguir viva, por sonreírle a ese rancharo como nunca le había sonreído a él. Pero, sobre todo, por su deshonra, por ese pecado la crucificaría en vida.

Y no muy lejos de allí, Trevor dejó ganar a Grace en la carrera hacia el rancho.

—Has hecho trampa —se quejó ella mientras entraba en el establo a Indomable.

—Pero si has ganado tú —le espetó él al tiempo que quitaba la silla de montar a Pirata.

—De eso me quejo, que me has dejado ganar.

Ambos cepillaban sus animales antes de darles su más que merecidas raciones de maíz y zanahorias.

—¿Se ha notado mucho? —preguntó él.

—¡Vaya si se ha notado!

Dejaron a los caballos instalados y preparados para que comieran y descansaran. Luego, entraron en la casa. Teresa, nada más los oyó, echó a correr hacia ellos, la irlandesa no escondió su felicidad.

—Trevor, Grace, tenemos visita —dijo una radiante Teresa—. Y ha traído consigo un bonito piano.

Grace miró a Trevor, su intuición le decía que nada había sido casual, y la mirada gris de él, abierta de par en par, y su sonrisa sincera y amplia confirmaron sus suposiciones. A la mujer no le dio tiempo de preguntarle nada, dado que Teresa la cogió de la mano y la arrastró hacia el comedor.

Billy y un grupo de sus trabajadores estaban ubicando, en un rincón paralelo al sofá, el piano de cola de madera oscura y patas gruesas y redondeadas. Por suerte, el comedor era grande y no supuso ningún problema, al contrario, daba un toque de distinción al ambiente.

—¿Sabes tocar el piano, Billy? —preguntó el párroco admirando la pieza de cerca.

—Yo no —contestó sorprendido por la pregunta, miró sus dedos gruesos, no estaban hechos para tocar aquellas teclas relucientes.

El padre Glenn era un hombre bajito pero membrudo, aunque dicha característica quedaba disimulada bajo una sotana algo grande. Su cabello espeso, ya blanco debido a su avanzada edad, enmarcaba un rostro de facciones robustas. Utilizaba, para caminar, un bastón; de joven había caído del caballo y se había partido la pierna derecha, con tan mala fortuna que los huesos no se unieron tal como debían. Desde entonces cojeaba, y cuanto más mayor, más se acentuaba aquel defecto que sobrellevaba bien, excepto los días en que el dolor lo hacía blasfemar en voz baja. A veces, cuando debía caminar distancias cortas, se aventuraba sin bastón, pero era tan exagerado su renqueo sin el apoyo, que pocos fueron los que no se habían burlado en el pasado.

No obstante, siempre había sido un hombre tolerante y nunca hizo de las risas un motivo para enfadarse, al contrario, el perdón era todo lo que encontraban en él. Como no podía trabajar debido a su invalidez, se dedicó en

cuerpo y alma a la iglesia. Escoger ese camino lo llevó a conocer lo peor y lo mejor del ser humano. Había aprendido a apreciar a amar al prójimo, a no envidiar a nadie por lo que era o tenía. Glenn era un buen hombre que aconsejaba desde el corazón; sus fieles se lo agradecían cubriéndolo de atenciones y lo recibían en sus casas con los brazos abiertos. La verdad era que se lo había ganado, porque siempre estuvo dispuesto a brindar ayuda a quien lo necesitara. Incluso a Trevor, que intentó aliviar su dolor, con todo, el rancho nunca se dejó y el párroco recibió dosis de desprecio que, por suerte, nunca tuvo en cuenta. Buena prueba de ello era que estaba en el rancho de él.

—Grace sí que sabe tocar el piano —dijo Trevor de pronto, en un tono emotivo—. Sus dedos son mágicos... —agregó emocionándose aún más.

Todos giraron sus cabezas, al unísono, hacia él, mientras la aludida se sonrojaba de arriba abajo. Fue un momento incómodo para Grace; Trevor sospechó que hubiera sido mejor mantener la boca cerrada, pues sabía que su rostro debía mostrar más de lo que hubiera querido. Además, todos los presentes los miraban alternativamente, sacando conclusiones sobre ellos dos. Teresa salió en su ayuda.

—Trevor dice la verdad, Grace sabe tocar el piano. —Se acercó a ella y abarcó con su brazo derecho los hombros de su compañera en un gesto cariñoso—. Y según tengo entendido, lo hace muy bien —añadió dándole un leve achuchón.

Fue entonces cuando Trevor y el sacerdote cruzaron las miradas y se las sostuvieron un buen rato. No había recriminación ni censura de ninguna parte, era como si se saludaran en silencio y se dieran una nueva oportunidad. Y es que el rancho era consciente de que no se había portado bien con Glenn; habían sido muchas las veces que le había faltado el respeto a su Dios y a su trabajo. En cambio, en ese momento, todo aquello quedaba lejos en su memoria y en su pasado y quería recuperar la amistad de aquel sacerdote, ya anciano.

—Padre, ¿conoce a Grace? —preguntó Trevor enfocando sus ojos grises

en los castaños de Glenn.

—No tengo el placer, hijo.

El ranchero agarró cariñosamente a Grace por el codo, la acercó al religioso e hizo las presentaciones. La armonía se palpaba en el ambiente, arrancando sonrisas a los asistentes.

—Por cierto, hijo, te agradezco la invitación —mencionó el párroco con sinceridad dirigiéndose a Trevor.

Este, como respuesta, sonrió con la misma sinceridad, entonces dijo:

—Tenía serias dudas de que aceptara, sé que no me porté bien, fueron muchas las veces que renegué de usted y de Cristo.

—Hijo, el señor siempre brinda compasión y perdón a aquellos que creen en él, solo hace falta que lo encuentres y le hables, lo llevas dentro de ti. No lo busques en otro lugar.

—Eso intento, padre, eso intento.

Fue en ese instante cuando Glenn se dio cuenta de la humilde cruz que llevaba Grace en el cuello.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, hija —manifestó el religioso centrando su atención en Grace—. Nos unen muchas cosas, lo presiento. ¿Es cierto lo que dicen Trevor y Teresa? ¿Sabes tocar el piano? Nos ha dado trabajo en el camino, ha sido el culpable de que nos hayamos retrasado en el viaje.

—Sí, precisamente me enseñó un cura que conocí, se llamaba Patrick Sten. Por desgracia, no está entre nosotros...

Su voz se quebró, su rostro era el reflejo de la tristeza, pues jamás olvidaría al hombre que la había ayudado cuando nadie más lo hizo. Glenn no quiso preguntar, aunque deducía que detrás de aquel cambio había una historia triste que ya tendría tiempo de averiguar. Trevor quiso animarla con un abrazo, pero sabía que no podía, y aquello lo frustró, si bien lo disimuló.

Teresa y Billy, que habían desaparecido en silencio un instante, aparecieron cargando bandejas con limonada y galletas, entre los dos

sirvieron a los invitados.

—Mientras degustamos estos sabrosos presentes, nos podrías deleitar tocando alguna pieza en este magnífico piano —sugirió el párroco.

Todos se sumaron a la petición, y Grace asintió encantada. Se acercó al instrumento y se sentó en el taburete rectangular tapizado en terciopelo granate. Seguidamente, abrió la tapa y empezó a tocar *Sarabande*, de Haendel. Las notas no tardaron en introducirse cuerpo adentro y anidaron en los corazones de los espectadores. La emoción entraba por los oídos y tenía su reflejo en las sonrisas y las miradas brillantes. Los dedos de Grace enviaban puñados de esperanza; eran llaves que sin querer abrían las mentes de quienes la escuchaban, las vaciaba de todo lo malo para llenarlas de luz.

—Tienes razón —susurró el sacerdote cerca de la oreja de Trevor—. Los dedos de Grace son mágicos.

Atraídos por la melodía, los trabajadores que estaban fuera entraron, ellos también querían renacer por dentro.

Y allí, en aquellas salvajes tierras, hubo un momento en el que la música traspasó las paredes y se esparció por las montañas que rodeaban aquella bonita casa.

\*\*\*

El vientre de Teresa estaba enorme. Apenas salía de cuentas en unos días, ella empezaba a notar como su bebé se encajaba para el parto. Teresa estaba sentada en una silla frente a la mesa de la cocina, pelaba patatas para preparar un pastel de carne que serviría durante el almuerzo. Por el rabillo del ojo le llamó la atención una sombra que se acercaba, giró el rostro y vio a Billy, en cuyos brazos sostenía una preciosa cuna, la más bonita que había visto nunca. A la mujer le brillaron los ojos, Billy dedujo que se trataban de lágrimas, fue en aquel instante que se dio cuenta de que podría haber sido un poco más romántico. Dio un barrido visual por la cocina y concluyó que aquel espacio

no era el mejor para declararse y, mucho menos, para ofrecer un obsequio como el que llevaba en sus brazos.

Pero ya era tarde para cambiar de planes, de modo que más valía seguir adelante con sus intenciones. El hombre se acercó a Teresa, esta dejó la patata y el cuchillo encima de la mesa y se levantó, se limpió las manos en el delantal que estaba colgado en la silla, pues su vientre estaba tan abultado que ya no se lo podía poner.

Billy dejó la cuna en el suelo, se peinó su cabello negro rizado en un gesto instintivo, evidenciando con aquel movimiento nervioso su presión emocional.

—Espero que te guste, es... es un regalo para tu hi... hijo —dijo el enorme hombre.

Billy se aclaró la garganta con el deseo de que los nervios no lo hicieran tartamudear más. Por su parte, Teresa no sabía qué decir, con sus pequeñas manos acarició la cuna; era preciosa y no tardó en imaginarse a su hijo en el interior. Pero reprimió su mente y la vetó a que se desbocara, pues en ella aún había instalado el pesimismo que le decía que no se hiciera ilusiones, que a lo mejor nada saldría bien.

Empujada por la tristeza y por lo perdido en el pasado, se puso a llorar desconsoladamente. Billy quedó impactado, ya que le dolía verla de aquella manera. Su torpeza impidió que reaccionara con rapidez y sacó sus conclusiones.

—¿No te gusta? Lo siento, ya me la llevo de aquí.

Teresa lo detuvo agarrándolo del brazo.

—No, no te la lleves, es la cuna más bonita que he visto jamás —aseguró llorando a lágrima viva.

Billy se calmó, aun así, no entendía el motivo del llanto.

—Entonces, ¿qué es lo que no te gusta? —Empezó a inspeccionar la cuna de arriba abajo en busca de algo mal hecho—. Dímelo para que pueda arreglarlo antes de que nazca el niño.

—Es perfecta, una obra de arte maravillosa. No es la cuna, Billy..., soy yo.

Si bien hasta el momento no habían tenido ningún contacto íntimo, salvo agarrarse de las manos durante sus paseos, Billy no pudo con su dolor de verla en aquel estado y la abrazó con todo su cariño y amor. Lejos de rechazarlo, Teresa se dejó apretar contra aquel cuerpo que en aquellos instantes tanto lo reconfortaba. El hombre se sacó un pañuelo del bolsillo de sus pantalones y, con movimientos torpes, pero a la vez tiernos, limpió el rostro lagrimoso de la mujer, incluso aquellas órbitas verdes eran hermosas inundadas de lágrimas. Billy no se cansaba de admirarla y adorarla en silencio.

—Sea lo que sea, le buscaremos solución —afirmó él con rotundidad, con un marcado sentimiento de optimismo brillando en sus ojos azules.

Teresa no podía creerse que ese hombre tan grande fuera tan sensible. Le gustaba la manera en que la mimaba y protegía, pues todos sus actos salían de su corazón.

—Tengo miedo... —confesó ella al fin, su mirada verde eran hojas que temblaban—, miedo de perder a mi hijo, de que el parto no vaya bien y se muera como le sucedió a su padre.

—No te agarres a la posibilidad de que algo vaya mal, eso te duele a ti y al niño, y también a mí. Si una cosa he aprendido en la vida, es que los pensamientos negativos atraen tristeza y los positivos, felicidad. Muchas veces solo hay que desear algo con fuerza para que se cumpla.

Teresa meditó en lo que él le decía.

—Creo que tienes razón, pero cuesta tanto...

—Cada vez que te sientas de esta manera, me vienes a buscar, no estás sola, y no dejaré que pases más por un minuto de tristeza, no si yo lo puedo evitar.

—Billy, eres tan bueno, nunca he conocido a nadie como tú.

El hombre no entendía mucho de mujeres, y mucho menos de declaraciones, con todo, sabía que era el momento de lanzarse.

—¿Y es suficiente para que te cases conmigo?

Al principio, de los labios de la mujer brotó una sonrisa cordial, sin embargo, después de procesar su petición y asentarla en su mente, en su boca se formó la pregunta.

—¿Casarme?

—Sss... sí, ¿qui... quieres casarte conmigo?

Silencio. Los ojos del hombre tenían un aire a suspenso, era evidente que esperaba una respuesta, que deseaba con toda su alma que fuera afirmativa. Ciertamente, había esperado demasiados años una oportunidad como aquella.

—Billy, no quiero lastimarte...

—No, no sigas... —Billy era consciente de su fracaso, sus pupilas se empañaron. Las lágrimas brotaban, pero supo retener la humedad pegada a sus ojos—. Perdóname, me he equivocado, entiendo que no quieras casarte conmigo.

A duras penas, ese hombre tan grande como un oso, con sus hombros abatidos por la tristeza, podía mirarla a los ojos. Iluso... fue la primera palabra que cruzó por la mente de Billy. Era un iluso, un iluso patético que se había engañado por creer que una mujer como Teresa podía aceptarlo a su lado.

—¿Quieres escucharme? —aseveró ella en un tono contundente no propio de su carácter, él asintió sorprendido—. Me gustaría casarme contigo, pero no sé si eso sería justo para ti.

Billy no entendía y así se lo hizo saber.

—No te entiendo...

—Billy, me está costando todo lo que tuve una vez. —Hizo una pausa—. Te aprecio mucho, sin embargo, no te amo... todavía.

Se llevó las manos a su vientre y recordó a Charles. Al mismo tiempo, las esperanzas de Billy se vieron sorprendentemente revitalizadas por ese «todavía»; deseaba haber entendido ese todavía, porque la palabra todavía significaba esperanza, pero era tan torpe que temía haberlo interpretado mal.

Necesitaba salir de dudas de inmediato.

—¿Ese «todavía» quiere decir que tal vez en el futuro puedas sentir algo por mí?

—Claro que sí, cualquier mujer se sentiría feliz de tener un esposo como tú.

Billy volaba, no solo por el cielo, sino por el universo entero.

El hombre, emocionado hasta las trancas, se arrodilló frente a ella y le cogió las manos.

—Teresa, cástate conmigo, y me ganaré tu amor poco a poco. ¡Lo juro!

Ver al hombre tan emocionado agradaba a Teresa, no obstante, él merecía lo mejor y no estaba segura de que ella fuera una buena opción.

—¿Eres consciente de que, si todo sale bien, voy a tener un hijo de otro hombre? Además, quizá no pueda corresponderte... —se sonrojó—... íntimamente como cabría esperar de una mujer casada.

Billy entendió y lo aceptaba. ¿Cómo no iba a aceptarlo? Tiempo era lo que tenía para enamorarla, lo demás llegaría cuando fuera el momento.

—Te daré todo el tiempo que necesites, seré paciente y no te exigiré nada. —Miró su vientre—. Y si tú me dejas, seré su padre.

Ella negó con la cabeza.

—Él o ella tiene un padre.

La mujer jamás renunciaría a aquella idea, si bien su padre estaba muerto, no lo estaba en su memoria y en su corazón. Su hijo sabría de él, no permitiría lo contrario. Por alguna razón, Billy dedujo que había metido la pata, necesitó explicarse a fin de que ella no lo juzgara erróneamente.

—Lo sé, ese bebé, cuando sea mayor, lo sabrá todo de su verdadero padre. Yo solo pretendo hacerle de padre en ausencia del propio. Quiero cuidarlos a ambos sin borrar tu pasado o el de tu hijo, sé que no sería justo para ninguno de los dos. Comprendo tu necesidad de mantener vivo a Charles en tu corazón, del mismo modo que entiendo que lo hagas en el corazón de tu hijo. Yo te ayudaré en esa labor, puedes estar segura.

Ya en ese instante, Teresa empezó a amar un poquito a Billy. Su sensibilidad la dejaba sin palabras y sabía que, con el tiempo, la semilla que empezaba abrirse dentro de ella crecería y llegaría el día en que amaría a Billy.

—Me casaré contigo, Billy, no hacerlo sería cometer el mayor error de mi vida.

Ambos se levantaron al mismo tiempo, aunque el vientre de esta no permitía acercarse a él todo lo que hubiera deseado, tomó la iniciativa y lo besó. Fue un contacto corto y delicado, era un comienzo, desde luego, el comienzo de su historia de amor. Billy se sintió el hombre más feliz del mundo.

Antes de decidir nada más, sopesaron la idea de esperar a celebrar la boda, pues lo más correcto era guardar luto durante un tiempo; Charles, el difunto, bien lo merecía. Pero Teresa también sabía de la bondad de su marido; este hubiera querido que su hijo naciera en el seno de una familia y con la perspectiva de un futuro prometedor. Si ella estaba en aquella situación, era porque, cuando su esposo se enteró de su embarazo, no quiso perder tiempo y la convenció para arriesgarse a emprender el viaje, pues él deseaba con toda su alma que, cuando el niño abriera por primera vez los ojos al mundo, fuera en un lugar que pudiera llamar hogar. De modo que Teresa reflexionó sobre ello unos días. Consultó con el padre Glenn y con la gente que la rodeaba; no tardó en contar con la bendición de todos. A veces, las normas había que aparcarlas en beneficio de los que seguían vivos, ya que, en el fondo, se trataba de eso: de seguir adelante respetando y aprendiendo de lo bueno y lo malo que había quedado atrás. Fue entonces que Billy y ella se animaron a casarse con celeridad.

Y cuando se puso una fecha al enlace hubo una fiesta en el rancho. No solo los recién prometidos estaban felices, Grace y Trevor se sentían radiantes de felicidad por la noticia. Todo había salido bien, y la esperanza fue otra invitada entre los presentes.

\*\*\*

El sol primaveral de la mañana se derramaba por las sábanas recién tendidas y las dotaba de la majestuosidad que daba el blanco divino. Grace estaba acabando de tender la colada cuando oyó unos pasos a su espalda. Un palpito en el corazón le recordó otros tiempos, tiempos oscuros de palizas y humillaciones. Podría decirse que se había aprendido de memoria los pasos de Jake, pasos largos, pesados y tenebrosos, como los que escuchaba en aquellos instantes. Y es que habían sido demasiadas veces que, en la oscuridad del día y de la noche, lo oía llegar a casa envuelto de una niebla helada. Aquellos pasos, que parecían tambores tocando ejecución, que traían consigo golpes y amenazas mientras utilizaba su cuerpo de mujer para descargar su furia de hombre. Era entonces cuando sus dedos se convertían en instrumentos de tortura y su voz gutural era tenebrosa música para su alma.

Todo aquello regresaba como una nube oscura cargada de rayos y truenos, que tapaba el sol de la esperanza para ser devorada por infinita oscuridad. Infiernos con sabor a sangre renacieron en su boca... dolor, dolor y más dolor fue lo que ella experimentó de arriba abajo.

Grace se dio la vuelta y el aire se espesó a su alrededor. Era incapaz de hablar y, mucho menos, de respirar, estaba paralizada, congelada como una estatua de hielo. Jake estaba frente a ella; sus ojos castaños, dos órbitas perdidas en el cielo, no presagiaban nada bueno, en su mirada tenebrosa enseguida ella vio sus intenciones. No llevaba sombrero y pudo apreciar que tenía la cara despellejada por el sol; era evidente que se había pasado días cabalgando sin descanso, cruzando las zonas desérticas sin importarle que el astro rey le lanzara fogonazos. Las ganas de matarla estaban siendo más fuertes que todo lo demás. Llevaba una camisa color gris claro con rayas delgadas más oscuras y unos pantalones color ciervo, ambas piezas sucias.

—Nos volvemos a encontrar, Grace, esta vez, no escaparás.

Su cabello moreno, impulsado por una extraña corriente, se sacudió. Grace

pensó que hasta la Madre Naturaleza parecía revelarse ante su presencia. En un gesto instintivo, se agarró la cruz en busca de protección, Jake vio aquel humilde pedazo de madera, incluso pudo percibir el amor que había guardado en su interior como si de un talismán se tratara; la furia lo dominó. Y es que Jake odiaba el símbolo que representaba la cruz, odiaba a Dios, odiaba a las personas buenas, odiaba dar las gracias, odiaba amar, pero, sobre todo, odiaba a Grace por haber huido de él.

Grace contempló como su marido se acercaba, Jake cojeaba. En la expresión contraída de su rostro podía detectar que el dolor lo martirizaba. Su silueta se hacía cada vez más grande, al igual que su miedo, que la mantenía tan paralizada, y se sentía incapaz de gritar o correr; era como si sus pies hubieran echado raíces y estuviera agarrada a la tierra. Ese hombre aún llenaba su alma de temor, pues Grace sabía lo que le esperaba.

Jake, empujado por tanto odio, no tardó en darle un puñetazo; la inercia del golpe provocó que ella cayera con violencia. Sin embargo, la sangre que nacía en su boca y el dolor del golpe de su costado no eran nada comparado con su interior, que se desgarraba de pena solo de pensar que no volvería a estar entre los brazos de Trevor. Todo su mundo se vino abajo en cuanto notó que Jake le arrancaba la cruz y la tiraba al suelo. A duras penas pudo ayudarse de los codos, que hincó en la tierra para incorporarse un poco. Vio a su esposo levantado y pisando la cruz; después este giró su rostro amenazante y, bajo su bigote, descuidado y sucio como sus ropa, la sonrisa de la muerte se curvó con exageración. Grace abrió los ojos con desespero, quiso gritar y pedir ayuda, pero no pudo, dado que en ese mismo instante el pie de su marido cogió impulso para darle una patada en la cabeza. Entonces ya no hubo nada que hacer. Un remolino oscuro de dolor la engulló y su mente se sumergió en la nada

## CAPÍTULO 16

El sol brillaba en el cenit, sus rayos eran agradables. Trevor y Billy se estaban lavando las manos y la cara en unos cubos de agua, preparándose para almorzar. Se estaban colocando unas camisas limpias cuando vieron a Teresa y al sacerdote acercarse a ellos. Por las caras contrariadas de ambos sabían que había algún problema.

—¿Sucede algo? —preguntó Trevor en cuanto se pusieron a su altura.

—Eso es lo que no sabemos —contestó Glenn.

—No encuentro a Grace, la he buscado por todos lados y no sé dónde está.

Trevor fue incapaz de moverse, un miedo narcótico le impidió incluso pestañear. Se obligó a reaccionar, sabía que no se había ido, ya que no faltaba ningún caballo y dudaba que se hubiera aventurado a marcharse caminando por unas tierras salvajes donde lo único que le esperaba era una muerte segura. Grace no era una persona temeraria.

—¿Cuándo fue la última que la viste? —quiso saber Trevor.

—Esta mañana tocaba hacer colada, ella se encargaba, lo extraño es que solo las sábanas están tendida, la demás ropa aún está sin colgar, es como si hubiera desaparecido sin más.

De pronto, a Trevor le vino a la memoria un día en que Grace y él habían salido a cabalgar, cuando regresaban, ambos notaron una sensación pegajosa, oscura, de sentirse observados por una energía negativa. Su corazón no tardó en unir las piezas... En su mente rebotó, una y otra vez, un único nombre.

—Jake...

Dicho esto, corrió al lugar donde se tendía la ropa, miró a su alrededor, buscaba alguna pista. Su cuerpo reaccionó convulsivamente a causa de una sensación profunda, y giró el rostro hacia un punto que lo atraía de una manera especial; era como si su cuerpo fuera guiado por una fuerza ajena. Paladeaba muerte y se puso nervioso. No tardó en ver la cruz en el suelo, su

corazón subió a su garganta debido a un mal presentimiento; todo en su interior se cubrió con la tristeza que traía el color negro del luto. Se apagaba como una vela consumida cuya llama tiritaba sus últimos instantes, ¡qué dolor más grande experimentó! ¡Qué sensación de ahogo!, casi no podía respirar por el impacto tan brutal.

Cuando pensó que por su culpa Grace estaba en peligro, le vinieron ganas de despellejarse vivo. Tan fácil que hubiera sido acabar con Jake en la habitación del hotel de Santa Fe. Pero su reticencia a sentenciar a muerte a otro semejante nunca lo había llenado de orgullo. Idiota... Sí, idiota, porque esas mismas reticencias habían sentenciado a la agonía a la que consideraba su mujer. Nunca debería haber esperado que un hombre como Jake abandonara una obsesión enfermiza. Su fijación no era otra cosa que gusanos descomponiéndolo todo. Y Jake ya hacía tiempo que estaba podrido por dentro, era incapaz de razonar, sus pensamientos estaban envenenados. No había cura para personas como aquella, capaces de arrastrar a otros a sus infiernos porque se creían superiores y con derecho. Y ahora estaba él pagando su error de dejarlo vivo. Grace...

Se acercó a la cruz, se arrodilló frente a ella y la cogió. Estaba llena de tierra y tenía marcas de haber sido pisoteada con rabia. Trevor la limpió con sus dedos temblorosos; significaba tanto que le dolía verla en aquellas condiciones. Después la apretó en su puño en un intento de buscar esperanza, tal como hacía Grace.

Llegaron los demás, también estaban trastornados, se colocaron detrás de él, todos reflejaban en sus rostros la angustia.

—Si se la ha llevado Jake... —dijo Teresa, que lloraba por su amiga, pues bien sabía de lo que era capaz aquel hombre.

—¡Hay que salir en su busca! —anunció Billy con la vitalidad que le daba luchar contra las injusticias.

Trevor se levantó, sus facciones endurecidas no tenían aquella picardía juvenil tan característica, sino que la ferocidad estaba estampada en su mirada, en sus labios convertidos en una línea feroz, en las arrugas de

crueldad que se habían marcado en su rostro.

—Traeré a Grace de vuelta a casa —sentenció, con dureza, Trevor, hasta su voz había cambiado y, en aquel momento, mostraba la furia contenida del que estaba dispuesto a todo—, mataré a Jake. Esta vez, no cometeré el error de dejarlo vivo.

—Trevor, matar no es la solución —dijo el párroco.

El aludido detuvo sus andares, no se dio la vuelta y se mantuvo de espaldas a los presentes.

—Se trata de salvar, no de matar.

No dijo nada más, se colocó la cruz alrededor de su cuello y se fue a buscar a Pirata. Billy y todos los hombres del rancho, excepto el religioso, fueron detrás de él dispuestos a salvar a Grace al precio que fuera. La mujer se había hecho un lugar en el rancho y en sus corazones, todos la apreciaban y no dudarían en ayudarla, así tuvieran que arriesgar sus propias vidas.

Trevor no tardó en dar con el rastro de Jake; por las pisadas dedujo que solo llevaba un caballo, por tanto, dos personas montaban un mismo équido. Eso le daba cierta ventaja, pues si Jake era listo, sabía que no podía extenuar el animal si no quería matarlo. Si sucedía, lo obligaría a seguir a pie, aquello equivaldría a la muerte, no solo para Grace, también para Jake. Trevor conocía aquellas tierras, habían montañas y barrancos, zonas sin vegetación que no podían ocultar ni a una mosca. Además, no vivía nadie por aquella zona, de modo que no podría robarle el caballo a nadie. Cierto, tenía una pequeña ventaja, eso lo tranquilizó en parte, pero más valía no dar nada por hecho, puesto que la experiencia que da la vida, le había enseñado que las personas perturbadas tenían una capacidad de supervivencia asombrosa.

El jinete cabalgaba como el viento. Animal y hombre conectaban de una manera especial y Pirata sabía que ese día debía dar lo mejor de sí. El sonido de los cascos, rompiendo el suelo, se elevaba por encima de cualquier otro ruido. Las montañas devolvían su eco con una furia inhabitual; Trevor tuvo la impresión de que era el llanto de Grace que llegaba a sus oídos. ¿Qué

horribles torturas estaría aguantando? El hombre no podía quitarse de la cabeza a una Grace lastimada, con sus carnes golpeadas y sollozando de dolor. Tenía claro que, si Jake la había herido, recibiría el mismo trato por su parte; además, le reservaría una muerte lenta para que experimentara el mismo dolor.

Trevor se sacudió tales pensamientos; necesitaba serenidad y no furia para no cometer equivocación, pues cualquier error o precipitación podría sentenciar a Grace a muerte. Un hombre como Jake la haría sufrir lo indecible antes de matarla. Para insuflarse fuerzas, llevó su mano a la cruz, la acarició, pronto notó su energía tranquilizadora y su cuerpo se llenó de fe y esperanza, porque tal como le había enseñado Grace, la esperanza debía circular por las venas siempre.

Sin más, azuzó a Pirata, su asombrosa velocidad difuminaba el camino, las montañas y los matorrales. Daba la sensación de que volaba, y los demás jinetes no podían seguir su ritmo; pronto quedaron rezagados. Trevor se dio cuenta, pero no podía detenerse, pues su instinto le decía que pronto daría con Grace. Aún le parecía un milagro haber encontrado la felicidad, y no la iba a perder, esta vez, no. No había oscuridad más profunda que la oscuridad que traía la ausencia de la persona amada. Amaba a Grace, la amaba por encima de todo, un amor de esos que construían vida y ahuyentaba todo lo malo. Ella era como lluvia que mojaba la tierra sedienta, una estrella en el cielo, un sol en invierno, un aliento cuando no quedaba...

Mentalmente, repasó todos los ratos que había pasado junto a ella; los buenos y los malos, todos formaban parte de algo grande que se había gestado muy lentamente. Ella lo había salvado de sí mismo, y cuando la encontrara, la amaría cada día, a cada minuto, a cada segundo del resto de su vida.

\*\*\*

A duras penas Grace pudo entreabrir los ojos, sus párpados parecían dos rocas que ni con su fuerza de voluntad podía levantar. No sabía en qué lugar se hallaba, todo estaba borroso, un borroso gris a nube espesa, aun así, logró enfocar su mirada: estaba en el espacio vacío de una cueva de la cual no veía ni la entrada ni la salida. Solo la poca luz que entraba de unas grietas en la pared le daban a entender que fuera era de día. Estaba atada de pies y manos, ambos amarres parecían estar unidos por un nudo. Tiró de las cuerdas sirviéndose de sus extremidades y, horrorizada, comprobó que si movía sus pies hacia abajo, las ligaduras de sus muñecas se ceñían de una manera dolorosa. Al final, lo dejó estar, consciente de que Jake era listo y la había inmovilizado demasiado bien.

Grace cerró los ojos, le dolía la cabeza debido al golpe que le había dado su esposo, también notaba sus labios inflados. Respiró profundo en busca de tranquilidad, que la inspirara para trazar un plan que la ayudara a escapar; solo tendría una oportunidad de liberarse en cuanto Jake la desatara. Pero tenía un problema: tampoco sabía cómo reducir a un hombre que la doblaba en tamaño y fuerza. Sin embargo, morir en el intento era el menor de sus problemas. Sabiendo de antemano que Jake la haría sufrir antes de acabar con ella, morir tratando de escapar era la mejor opción de todas.

Grace echó un vistazo a su alrededor, buscaba algo que le sirviera de arma. A pesar de la poca luz, apreciaba varios tamaños de piedras. En cuanto Jake la soltara, se haría con una de ellas; tal vez lo pudiera sorprender golpeándolo en la cabeza, entonces cogería su montura y huiría. Desde luego que lo tendría difícil para alcanzarla, aunque corriera con todas sus fuerzas no le podría dar caza; un hombre sin caballo, en aquellas tierras, estaba perdido.

Cuando sobrevivir era todo lo que se tenía, los silencios dolían. Grace lo sabía, y más en aquella oscura, fría y silenciosa cueva. Casi parecía una tumba, todo a su alrededor hablaba de muerte. Se preguntó si había amado alguna vez a Jake; que conocía el verdadero amor, el respeto, el cariño, la ternura... de la mano de Trevor, se le hacía muy difícil, casi imposible, haber amado a Jake alguna vez. Ni cuando lo conoció el día que fue al orfanato a

recoger la cosecha de algodón y la cortejó con educación, había abrazado la idea de amor. Sus ganas de escapar del lugar donde la tenían esclavizada para trabajar incansablemente en las tierras que poseían los señores dueños del orfanato la habían hecho creer que sentía algo por aquel hombre.

La verdad era que nunca había tenido opciones de escoger, la vida y las circunstancias habían elegido por ella desde su nacimiento. La habían abandonado. No la habían amado en el orfanato. La habían utilizado para trabajar en las plantaciones de algodón del sur. Sí, de acuerdo, había decidido casarse con Jake, pero en el fondo, fue él quien la había seleccionado, seguramente, entre muchas otras dada su mente retorcida. Y ella nunca calibró las consecuencias, pues su único objetivo no había sido otro que escapar de la esclavitud a la que la tenían sometida. Lo que verdaderamente había deseado siempre era estar con Trevor; incluso antes de conocerlo, su corazón anhelaba experimentar un sentimiento que nunca creyó tener a su alcance y que no quería perder. Esa había sido la elección de su vida. La más importante. La única. Una oportunidad por la que valía la pena luchar y de la que nunca se arrepentiría.

De pronto tuvo la sensación de que todo el tiempo que había pasado junto a Trevor y todo lo que había vivido flotaba, como si fuera un mundo irreal en el interior de una gran burbuja. Y que dicha burbuja estallaría. Y que con su estallido desaparecería para siempre aquel mundo maravilloso.

Grace no pudo evitar llorar. Había tenido tan cerca la libertad y la felicidad que su recuerdo la magullaba como los golpes que le daría Jake en cuanto le apeteciera. Saber que ya no volvería junto a Trevor dolía tanto como las palizas, incluso más. Se trataba de un sufrimiento interior, mucho más profundo, que la dejaba sin aliento y le provocaba temblores de angustia.

Grace dio un respingo y se obligó a prestar atención, pues había oído en la lejanía unos ruidos; pronto supo que era Jake y su caballo. En cuanto él entró en la cueva, desmontó y se acercó a Grace. Jake siempre había utilizado la intimidación para someter a su esposa. Esta vez, no fue diferente y la agarró por la barbilla, apretando con sus fuertes dedos aquella zona. Incluso en la

penumbra, ella logró ver que él sonreía con su boca abierta y sus dientes apretados mientras la amenazaba con la mirada marrón. Jake cerró sus dedos un poco más, su mentón dolía, pero Grace no mostró el miedo de otras ocasiones, cuando solo una de aquellas miradas la llevaban a temblar y a rogar a su marido que no le hiciera daño. La mujer sabía lo que vendría a continuación: una paliza, una violación... Sin embargo, para su sorpresa, la soltó de la mandíbula y de sus amarres.

—¡Sube al caballo! —gritó él de mala manera, apuntándole con su arma.

Su voz cavernosa aún se escuchó más profunda entre las paredes de la cueva. Con solo un vistazo rápido, supo que el palomino de su marido estaba en malas condiciones, también respiraba con cierta agonía. Jake no había cambiado y nunca cambiaría, maltratar era por lo único que vivía. No pudo evitar sentir compasión por el équido; sus pensamientos la llevaron a pensar en cómo Trevor trataba a las personas y a los animales, tan diferente a las maneras de su esposo.

—¿No ves que el pobre animal no está en condiciones? —se quejó ella.

Jake miró al animal; después centró su atención en ella al tiempo que las comisuras de su boca se arqueaban en una mueca de desprecio.

—No te preocupes, si no obedece sabe lo que le espera. Aguantará.

La mujer apretó los labios, quería reprenderlo por su comportamiento, pero decidió evitar toda confrontación, pues no estaba en condiciones de presentar batalla.

—¿A qué viene tanta prisa que no puedes dejar que el animal descanse y se reponga? —La mujer miró la cantimplora que colgaba de la silla—. Tiene sed, igual que yo. ¿Acaso nos vas a matar a ambos de sed?

Jake acarició la cantimplora con la alevosía del maltratador que se siente satisfecho con sus acciones.

—Si os doy agua, me quedo yo sin beber, tendréis que esperar.

Grace evaluó a su marido: estaba nervioso, sudaba y se limpiaba la transpiración de la frente con gestos agitados y algo temblorosos. Algo en sus planes no estaba saliendo bien, pero tampoco se lo preguntaría, hacerlo sería

atizar su furia y, si hasta ahora no la había golpeado hasta dejarla inconsciente, mejor no darle motivos. Debía estar en las mejores condiciones físicas posibles si quería escapar.

Grace se frotó las muñecas doloridas, sintió alivio en cuanto notó la sangre circular por sus dedos, estos estaban agarrotados y le dolían a medida que iban despertando. La mujer sabía que debía improvisar, no había tiempo de trazar un buen plan, de modo que decidió que, antes de montar, debía coger una piedra e intentar golpearlo. Para ello, fingió que sus rodillas no podían sostenerla y se desplomó al suelo. Agarró la primera piedra que tocó, con todo, sus reflejos no pasaban por su mejor momento a causa de que tenía todavía el cuerpo entumecido, además estaba mareada por el golpe en la cabeza. Todo unido provocó que su velocidad fuera lenta y patosa, y Jake, por el contrario, estaba con sus instintos en su cenit de locura y reaccionó a su intento con mucho éxito.

No solo fue que esquivó la piedra apartándose a un lado, sino que inmediatamente después cogió a Grace por los hombros y la tiró contra la pared. Su espalda se golpeó con fuerza y toda ella rebotó hacia adelante. A duras penas pudo aguantar el equilibrio; se tragó su grito, por nada del mundo se quejaría, eso era alimento para su esposo. Durante un instante se tambaleó, pero las ganas por contrariarlo y por que no la viera débil y vulnerable acudieron en su ayuda y se mantuvo erguida. Su vestido añil, con el cuello de dos piezas en encaje blanco, sufrió un importante desgarró y un trozo de ropa quedó colgando a la altura de su hombro. Debajo, su piel había sufrido varios desgarró y empezaron a sangrar.

—Zorra estúpida, ¿quieres que te mate aquí mismo?

Jake alargó el brazo y quiso intimidarla apretando el cañón de su arma en su sien. Ella no se amedrentó, en sus ojos azules se había espesado la rebeldía, el pelo se le había soltado y caía sobre sus hombros y espalda en cascadas rizadas pelirrojas, acrecentando todavía más aquella expresión díscola. Grace era la viva imagen de la vida, una vida que se mostraba indómita frente a la muerte. Alzó la barbilla en un gesto desafiante que hizo

que Jake apretara los dientes. La mujer lo miró de reojo y sonrió, sin duda la fuerza de aquella pistola era potente y letal, sin embargo, no le temía. En el fondo se sentía ganadora. Eran pocos los que comprendían que el amor de una caricia era aún más fuerte que una bala disparada por unas manos crueles, porque el amor de una caricia no se podía matar. Grace lo había descubierto junto a Trevor, y si Jake le disparaba, moriría con una sonrisa en los labios, con su ilusión de mujer bombeando en su corazón hasta su último aliento por el amor que sentía por Trevor, teniendo la certeza de que sus caricias y besos volarían con ella al Cielo. Jake se había apropiado de su cuerpo, y su cuerpo no era nada comparado con los sentimientos del alma.

—No te tengo miedo, Jake, mátame y acabemos de una vez.

La respiración de Jake se agitó, pues estaba calibrando las consecuencias de matarla. Por una parte, las ganas de venganza le decían que disparara, pero por otra, Grace era el cebo que necesitaba para hacer sufrir a Trevor.

Pasó un segundo, dos, tres... solo silencio y silencio. El hombre acabó guardando la pistola en su cinto, aferró a Grace de mala manera y la montó sobre su palomino. Una vez hecho, agarró una cuerda y le ató las muñecas en el fuste de madera.

—Dime, Jake, ¿por qué no me has matado?

El hombre tenía el pie en el estribo, no contestó de inmediato, sino que esperó a terminar de montar detrás de ella, le dijo al oído:

—¿No sabes la respuesta?

Una risa malévola brotó de sus labios.

—No, no lo sé, por eso te lo pregunto. Si lo supiera, te aseguro que mantener esta conversación contigo sería lo último que haría.

Era cierto, pues le era difícil mantener una charla con una persona que despreciaba.

—Hace días que os vigilo, Trevor te ama, y hubiera sido demasiado fácil mataros a ambos. Quiero que él sufra, ¿te imaginas cómo debe estar sufriendo sabiendo que tú estás conmigo y que, por tanto, yo tengo el poder de hacer contigo lo que quiera? Daría mi vida por ver la cara de ese perro

ahora mismo.

Un latigazo recorrió la espina dorsal de la mujer. El frío se instaló en su cuerpo como un mal presagio.

—Pretendes mantenerme viva hasta que te canses de hacerlo sufrir a él, solo después me matarás.

—Ah... veo que vas entendiendo.

—Cierto, voy entendiendo, y lo único que entiendo es que Trevor es más listo y mucho más hombre que tú.

—¡Estúpida, no tenías la lengua tan larga cuando vivíamos juntos! —gritó crispado.

—Entonces te temía, ahora no, Jake. Puedes golpearme y violarme todas las veces que quieras, lo único que te da poder sobre mí es tu fuerza física, nada más.

Grace esperaba el estadillo. Y así fue. Jake agarró la melena de la mujer y tiró de ella hacia atrás, esta se negó a mirarlo, tal como pretendía, y mantuvo los ojos fijos en el techo desigual y escarpado de la cueva.

—Si no fuera porque Trevor y sus hombres han dado con nuestro rastro más deprisa de lo que creía, ahora mismo te daría tu merecido y te demostraría lo hombre que soy.

Dicho esto, pasó su lengua pegajosa por el lateral de su cuello mientras tiraba más de su pelo. Grace sintió náuseas y a punto estuvo de vomitar, pero se obligó a no sucumbir ante él, a no mostrar ni un ápice de cobardía. Sin embargo, su marido le había proporcionado información: ahora sabía que Trevor le estaba pisando los talones. Después de todo, a lo mejor tenía una oportunidad, pues su esposo no canalizaba muy bien la expectación que traía consigo la venganza que ansiaba como un loco, y aquello unido a la tensión de sentirse perseguido, quizá, solo quizá, le hicieran cometer un error.

Jake sabía que no había tiempo que perder, debía poner distancia entre sus perseguidores, así que guió a su palomino para salir de la cueva con premura, ya había perdido demasiado tiempo. Una vez fuera, el sol de la tarde cegó a Grace y a Jake, sus pupilas tuvieron que acostumbrarse a la luz. Galoparon a

través de unas lomas áridas, después siguieron campo abierto; pronto Jake se dio cuenta de que no había sido muy buena idea y maldijo por lo bajo. Hubiera sido más acertado dar un rodeo, ya que su caballo dejaba una estela de polvo detectable a los lejos y Jake sabía que Trevor no tardaría en verlos. Además, su palomino estaba casi extenuado, sacaba espuma por la boca y, por más que él lo azuzaba, no podía dar más de sí. También los flancos del animal sangraban debido a sus espuelas, que él había afilado con mala intención. Jake lo maldijo y prometió matarlo a palos en cuanto tuviera otro.

La mujer también se dio cuenta del error, pues no había escogido un buen camino para escapar y no había sido buena idea no dejar descansar al caballo. Como había supuesto, su mente enferma y sus prisas por vengarse le habían jugado una mala pasada. Con disimulo, empezó a tirar de las cuerdas que sujetaban su muñecas al fuste de la silla de montar. Tal vez, si podía liberarse, y cuando el équido disminuyera el galope, podría saltar.

De pronto, a lo lejos sonaron cascos de caballos, Jake volteó la cabeza y vio una nube de polvo, entre esa neblina ocre visualizó caballos.

—¡Maldita sea! —gritó Jake.

—Nunca podrás salir vivo de aquí, Jake. Trevor te dio la oportunidad de seguir vivo y la has desaprovechado. Te lo he dicho..., él es mucho más listo que tú.

—Te aseguro que no me iré solo al Infierno —amenazó.

Grace conocía lo suficiente a Jake para saber que era un cobarde, tal como lo había demostrado en el hotel de Santa Fe cuando tuvo la muerte cerca. Sin embargo, si se sentía acorralado, moriría matando, de eso estaba segura.

Jake debía trazar un plan para despistar a sus perseguidores, oteó el paisaje y pronto dio con una solución: hacia el sureste se desplegaban unos montículos de grandes rocas escarpadas. Una vez que las alcanzara sería cuestión de encontrar un escondite y, cuando se hiciera de noche, se escabulliría junto con Grace arropados por las sombras.

Casi había alcanzado las montañas pedregosas, se sentía eufórico y paladeaba el éxito. Las rocas parecían paredes enormes, incluso tapaban el

sol de la tarde y su sombra se proyectaba en el árido suelo como si fueran dedos alargados y gruesos. Fue en ese momento en el que Grace, a fuerza de tirones dolorosos, había soltado las amarraduras de sus muñecas para que quedaran lo suficiente holgadas y le permitieran escurrir sus manos. Jake se había detenido y había desmontando bajo la atenta mirada de Grace que estudiaba el instante idóneo para salir corriendo.

No tardó en presentarse el momento.

## CAPÍTULO 17

Jake estaba de espaldas a ella, observando a sus perseguidores y calculando la distancia. La mujer no se lo pensó y saltó del caballo, se arremangó la falda y salió corriendo hacia el primer camino que vio entre unas rocas y matorrales. Su marido se dio la vuelta de inmediato al detectar por el rabillo del ojo una figura en movimiento. La insultó y desenfundó su arma, le disparó por la espalda, la mujer oyó como la bala pasaba silbando cerca de su oreja. El proyectil chocó contra la roca y unas esquirlas salieron disparadas. Durante unos segundos, el eco del disparo se extendió y rompió con el silencio que reinaba hasta el momento.

Pero aquello no detuvo a Grace, había cogido desprevenido a su esposo, proporcionándole cierta ventaja. No desaprovechó ni un segundo, consciente de que dicha ventaja quedaría en nada, y empezó a subir por una senda escarpada y estrecha, con escalones naturales de difícil escalar. Por suerte, la flexibilidad de su cuerpo jugó a su favor y, con más o menos dificultad, ascendía pequeños tramos. Echó la vista solo lo justo para ver que su esposo la seguía de cerca, este intentó dispararle de nuevo, pero ella desapareció detrás de un promontorio rocoso en el momento en que la bala salía del arma. Otra vez el eco del disparo estalló en el ambiente, que provocó que Grace acelerara el paso.

Grace estaba cansada, por otra parte, la falda de su vestido se enganchaba a los matorrales espinosos, no podía perder el tiempo y tiraba de la prenda a fin de soltarse, y ocasionaba que la ropa se rasgara. Pero poco le importaba en aquellos instantes su vestido, su vida estaba en juego, su marido se acercaba y debía ponerse a salvo. A unos cuarenta metros de carrera agónica, encontró una especie de puente que habían formado dos rocas unidas por su parte superior, se agachó y se escondió. No ofrecía mucho refugio, pero era todo lo que tenía, y necesitaba recuperar el aliento; notaba como el aire

quemaba sus pulmones y se obligó a respirar bocanadas grandes. Además, tenía la garganta seca, era tanta la necesidad de agua que su boca a duras penas producía saliva. Nunca en su vida había tenido tanta sed. Con cuidado, sacó ligeramente la cabeza, el sol empezaba esconderse y, si no tardaba en hacerse de noche, tal vez tuviera una oportunidad.

Oyó unos pasos no muy lejos de ella, era Jake, lo sabía del cierto, pues, entre insultos hacia ella, rugía como un salvaje. Sabía que sería cuestión de minutos que Jake diera con ella, eso no podía suceder, de modo que echó otra carrera a la espera de que se hiciera de noche para esconderse.

Sin embargo, Jake le dio alcance y la tiró al suelo.

—¡Maldita seas! —gritó él al tiempo que se sentaba a horcajadas sobre su vientre.

Aplastada contra la tierra árida, ella empezó a golpearlo con los puños, pero su fuerza no era nada comparada con la de él. Este la abofeteó con fuerza; la mujer quedó aturdida e inmediatamente notó como unos dedos rodeaban su cuello. Grace abrió los ojos de par en par y no dudó en clavar su mirada en la de él, porque a la muerte había que mirarla de frente. Después de cómo había sido su vida junto a él, sin derecho a nada, obligada a todo, no pediría compasión. Si lo hacía, regresaría a lo mismo de siempre, y por nada del mundo quería vivir un día más con Jake. Desde niña había aprendido a esconder sus emociones, la supervivencia había sido lo primero. Pero sobrevivir en aquellas condiciones era morir dolorosamente cada día. Sí. Cierto. Prefería la muerte.

Por su parte, él casi leía en los ojos azules los pensamientos de ella, aquello aún lo ofuscó más, no soportaba no tener el poder. Era evidente que ella ya no le temía como antaño. Entonces no dudó y apretó su cuello con toda su rabia mientras lanzaba al aire un alarido de vencedor que resonó en las rocas.

La muchacha no podía respirar, su aliento era un jadeo agónico. Lo peor de todo era contemplar la cara de satisfacción de Jake mientras apretaba su cuello, sus pupilas dilatadas eran dos sombras oscuras envenenadas por la

crueldad. La odiaba como odia la tristeza la felicidad. Grace agarró las muñecas de su marido e intentó que la liberara, con todo, él estaba fuera de sí y por más que ella tiraba, no pudo hacer nada, y ya no entraba aire en sus pulmones.

Grace sabía que iba a morir.

\*\*\*

Pirata se encabritó y relinchó con fuerza, Trevor tiró de las riendas y detuvo al animal. Tenía el corazón en un puño desde que el eco había traído el sonido de un disparo y, unos segundos después, otro más. Por lógica, y porque Jake no era muy listo, dedujo que al verse acorralado había decidido refugiarse en las montañas de piedras, un lugar donde había desniveles, barrancos y peñascos tan pronunciados que un mal paso podía despeñar al más hábil. Sin embargo, conocía aquel lugar falto de vegetación, de bosques, de grietas y de cuevas, por tanto, no es que hubieran muchos lugares para esconderse y despistarlo. Solo había montones de rocas aquí y allá que no ofrecían mucha protección, solo lo justo para esconderte detrás. Aun así, sabía que como último recurso a Jake le quedaba cogerlo desprevenido en una emboscada. A esas alturas debía saber que lo seguían varios hombres, de modo que una emboscada quedaba casi ridícula, tenía todas las de perder.

Pero lo que no sabía Jake era que Trevor no esperaría a que sus compañeros llegaran, la vida de Grace corría peligro y debía actuar con celeridad. De modo que en aquellos instantes tanto Jake como Trevor estaban en igualdad de condiciones.

El rancharo estaba nervioso, notaba rugir su sangre en la sien y sentía la presión dolorosa de la badana en su cabeza, por lo que se ajustó su sombrero buscando aliviar aquella sensación. Sabía que aquel estado lo dejaba en inferioridad de condiciones, por lo que se obligó a tranquilizarse. Instintivamente se tocó la cruz, aquello le volvió a dar esperanza.

Trevor llegó al lugar donde estaba el palomino de Jake, hizo un barrido por el lugar, prestó atención por si oía algún sonido que le diera una pista, no obstante, solo el silencio cubría el lugar, un silencio que sonaba a muerte. Siempre llevaba la pistola lista para disparar, pero nunca la sacaba a menos que fuera para protegerse. Sin embargo, esta vez, la desenfundaría para matar, porque no podía ser de otra manera, de modo que soltó la correa que mantenía sujeta su Colt para tenerla a punto. Jake se había sentenciado a muerte.

Su respiración se agitó y tuvo la sensación de que su corazón salía del pecho. De pronto, divisó en el suelo varias huellas, sin duda se trataban de las botas de Jake y los botines de Grace que se dirigían a una abrupta senda repleta de dificultades, que se bifurcaba en varias rutas de igual dificultad. Sin embargo, detectó que sobre los tonos verdes oscuros de los matorrales se alzaba el tono añil, como si fuera una chispa de color en el árido paisaje. Se acercó a toda prisa y pudo ver que se trataba de un trozo diminuto de ropa, sin duda pertenecía al vestido de Grace. Aquello le dio esperanza, incluso sonrió, y fue siguiendo a toda prisa el rastro de pedacitos de tela. No tardó en percibir unos ruidos que nada tenían que ver con los de un animal, sino que estos eran de naturaleza humana. ¡Jake! Después le siguió un alarido que no presagiaba nada bueno. A pesar del calor, su piel se erizó de pánico.

Grace...

No hacía falta ser muy inteligente para saber que Jake estaba fuera de sí. Trevor apresuró el paso y no tardó en dar con ellos. La escena que se desplegó antes sus ojos lo dejó helado: Grace estaba tumbada en la arenosa tierra y Jake estaba a horcajadas sobre el vientre, inclinado hacia adelante, con sus grandes manos apresando el cuello de la mujer. Trevor reaccionó rápido, cogió carrerilla y embistió a Jake como si fuera una manada de reses, ambos hombres rodaron por el suelo, levantando en el proceso una espesa nube de polvo. Los sombreros salieron despedidos debido al impacto, cayeron al suelo y se quedaron ahí, boca arriba, sucios y algo aplastados. Fue Trevor el que se incorporó primero, vio como Jake tensaba la mandíbula y

apretaba los puños, puños que cogieron velocidad para pegarle en la cara.

Sin embargo, Trevor era ágil de reflejos y se apartó justo a tiempo, un movimiento que provocó que su rival se tambaleara; por poco cae de bruces al suelo. Jake, nada escarmentado, con la mano derecha quiso alcanzarlo con un gancho, pero tampoco consiguió ni siquiera rozarlo. Fue en ese instante en el que Trevor aprovechó para dar un puñetazo a su adversario en la mandíbula. Mientras Jake se recuperaba del golpe, Trevor miró en dirección a Grace, ella se había sentado, tenía la mano en el cuello y tosía, luchaba por respirar. Suspiró de alivio al ver que estaba viva. Hubiera ido hasta ella para abrazarla y besarla, pero debía acabar con un asunto que hacía demasiado tiempo que duraba.

Jake había caído a dos metros de distancia, se incorporó lo suficiente para visualizar a su enemigo. Debido al golpe lo veía doble, de modo que sacudió su cabeza para enfocar la mirada.

El rostro de Trevor era una máscara de tranquilidad, una tranquilidad engañosa, pues debajo de aquella placidez hervía su furia. Aun así, sus ojos grises eran severos; a punto estuvo de decirle algo, pero no iba a malgastar palabras cuando sabía del cierto que de nada serviría. Y es que esperaba una excusa, la excusa que le permitiera acabar con Jake para siempre. Fuera como fuese, no podía considerar dejarlo vivo, y mucho menos darle otra oportunidad porque la aprovecharía para dañar a Grace. Jake era capaz de cualquier cosa, lo había demostrado y lo seguiría demostrando si seguía con vida. El asunto había tomado un cariz demasiado serio, nada más y nada menos que la vida de Grace estaba en juego. Jake la había sentenciado a una muerte lenta desde que se había casado con ella, y por nada del mundo dejaría que se saliera con la suya. Demasiadas palizas, demasiadas humillaciones había vivido Grace. Ahora le tocaba vivir a su lado. Juntos. Para siempre.

Nunca había matado a nadie, no era un asesino, siempre había repudiado disparar sin más. Jamás había considerado un arma como un instrumento para demostrar su valentía, sino que la utilizaba para defenderse. Tal como le

había dicho el padre Glenn, matar no era la solución a nada, y estaba de acuerdo. No obstante, en este caso no había otra solución o, mejor dicho, Jake no le daba otra opción. No pudo evitarlo, la cólera circulaba por sus venas y se concentró en la mano que tenía cerca de su Colt, la abrió y cerró un par de veces, preparándose para matar. Ya nada lo haría cambiar de opinión.

Jake se levantó y contempló como su adversario se acercaba. Revivió la paliza que le había dado en el hotel de Santa Fe, sabía que se volvería a repetir, por ello, no dudó en desenfundar. Pero Trevor, desde que había empezado la pelea, buscaba la excusa que le permitiera extraer su Colt de su cinto, lo hizo tan deprisa que los ojos de Jake fueron incapaces de verlo cuando él apenas empezaba a sacar su arma.

Trevor agarró su Colt con más intensidad de lo normal, los tendones de su mano se tensaron y quedaron marcados en su piel; en ningún momento dejó de aferrarla con fuerza a pesar del dolor. Trevor podía dispararle en la cabeza y terminar rápido, pero no quería que le alcanzara la muerte de golpe, sino que deseaba herirlo el suficiente tiempo para que viera que moría como resultado a su mal corazón. A lo mejor aprovecharía esos minutos para arrepentirse de sus pecados; por otra parte, Trevor sabía que los hombres como aquel nunca cambiaban y se llevaban con ellos la maldad, que rodeaba su alma, para purgarla en otra vida.

Y el disparo llegó.

Y fue ensordecedor, retumbó en las montañas de piedra y se repitió en forma de eco. Trevor enfundó su arma tan rápido como la había desenfundado. Jake soltó un aullido antes de darse cuenta de lo que había sucedido. Miró hacia abajo y vio a la altura del pecho la herida de un balazo. Su camisa rayada en gris se quedó empapada de sangre. Quiso devolver el disparo, pero su arma resbaló por la mano que la sujetaba, pues las fuerzas lo estaban abandonando y no pudo hacer nada por impedirlo. Cayó de rodillas, se tambaleó como una rama sacudida por el viento y miró a Trevor y a Grace alternativamente. Después de unos eternos segundos, se desplomó de lado y se encogió. Quiso decir algo en un trágico y largo balbuceo, pero quedó en

eso, en un intento, pues la muerte fue más deprisa que sus palabras y lo atraparon en su lazo eterno.

Grace lo miró tendido en el suelo. En aquellos momentos, era un trozo de carne a merced de la tierra. Paseó sus ojos por su boca, una boca que nunca más se abriría para despreciarla. Su mirada saltó a sus manos, unas manos que nunca más la golpearían. Debería sentirse triste, porque era así como había que sentirse cuando la muerte estaba frente a los ojos. Sin embargo, no estaba triste, tampoco contenta, se sentía aliviada y liberada.

Libre...

Casi no sabía lo que significaba esa palabra. Había soñado tantas veces con ser libre para elegir su camino que se sintió extraña. Ser libre implicaba no mirar por encima de su hombro, no despertarse abruptamente a media noche con cualquier ruido y que no le subiera la bilis a la boca cuando confundía a cualquier hombre con su marido. Pero, sobre todo, ser libre quería decir vivir sin miedo, solo vivir, vivir y no cansarse de vivir.

Trevor dio unos grandes pasos que lo llevó a situarse frente a Grace. Grace miró a Trevor, Trevor a Grace; a pesar de que la muerte yacía a sus pies, no pudieron evitarlo y se abrazaron con desesperación.

—Grace... —susurró él—. ¿Estás bien? —Trevor reparó en los golpes que ella tenía en la cara y quiso haber sido él el golpeado. La certeza de que amaba a aquella mujer por encima de todo se condensó en su interior—. Mi bella dama..., lo siento, lo siento, no he podido evitarlo. Nunca más nadie te va a hacer daño, lo juro. Te encontré en medio de una tormenta dolorosa, cuando no creía que hubiera esperanza. Te quiero, Grace, no quiero perderte, quédate conmigo para siempre. —Él se descolgó la cruz que todavía llevaba en el cuello y se la colocó a Grace; se sintió complacido de que hubiera regresado a su lugar—. No pierdas nunca la esperanza.

Grace rompió a llorar, en su llanto había acumulado su vida entera, una vida de esclavitud y miserias. Necesitaba vaciarse de todo aquello para dejar paso a todo lo que Trevor le ofrecía.

En ese instante, aparecieron Billy y los demás hombres.

—¿Estáis bien? —preguntó Billy.

Grace y Trevor lo miraron, fue Trevor quien habló.

—Sí. —Miró el cadáver de Jake—. Enterradlo, yo me llevo a Grace a... —Se detuvo un instante, pues un pensamiento cruzó por su cabeza, ya tenía nombre para su hogar—... a casa, al Rancho Hope.

Billy arqueó sus cejas y sonrió.

—¡Bien! El rancho por fin tiene un nombre. Me gusta.

Trevor rodeó con su brazo izquierdo los hombros de Grace, en un gesto protector y amoroso, y la instó a marchar de allí, pues ella parecía estar impactada. La ayudó a descender rocas abajo, su cabello suelto y su vestido seguían enganchándose a cualquier arbusto. Pirata los esperaba y se había hecho amigo del palomino que Trevor revisó. Se dio cuenta de que el équido estaba en malas condiciones y tenía marcas de haber sido maltratado, además, parecía tener sed. Quiso acercarse, pero el animal, en un primer momento, se mostró asustadizo; teniendo en cuenta por todo lo que había pasado, lo consideraba normal. Dejaría pasar unos minutos para que se acostumbrara a su presencia, a Grace ya la había reconocido, dado que parecía llamar su atención. Para ese caballo, su tormento había concluido también; empezaba una nueva vida, muy diferente a la que había tenido. Lo llevaría al rancho, donde lo cuidaría como se merecía, con el tiempo acabaría recuperándose.

Grace vio que la cantimplora de Trevor colgaba en la silla de Pirata, sus expresión fue la de haber encontrado un tesoro. Se abalanzó sobre ella, la agitó levemente y, cuando escuchó el sonido de líquido de su interior, sus ojos se iluminaron como dos soles resplandecientes. Bebió con desesperación, como si su garganta fuera tierra árida. Después la mujer, con la palma de su mano ahuecada, ayudó al palomino a que bebiera un poco, el animal estaba tan sediento como ella. Trevor los observó y fue fácil sacar conclusiones: Jake también había tenido a Grace sin agua todo el tiempo, seguramente se la reservaba para él. Incluso muerto, su rastro se alargaría en el tiempo, siempre Jake estaría presente entre ellos como el ejemplo que no había que seguir en la vida. Trevor maldijo a Jake, pero vetó sus

pensamientos, pues estaba muerto, y a los muertos había que respetarlos.

Después ayudó a montar a Grace sobre Pirata y ató las riendas del palomino a su silla. Los rayos crepusculares cubrían el horizonte, pronto se haría de noche, sin embargo, no podrían cabalgar deprisa, pues Grace y el caballo no estaban en condiciones. Pero ahora aquello poco importaba, tenían todo el tiempo del mundo.

Tenían toda una vida.

\*\*\*

Era una espléndida mañana. El Rancho Hope se había vestido de gala. El sol lucía sus mejores colores. Las flores emanaban arco iris de perfumes. El cielo era terciopelo azul. Los pájaros cantaban sus renovadas sinfonías para la ocasión. Porque la ocasión lo merecía.

Todo estaba preparado en el rancho para celebrar varias ceremonias de boda al mismo tiempo. No solo se casaban Billy y Teresa, sino que a última hora se habían sumado algunos de sus trabajadores. Trevor no podía estar más contento, poco a poco el lugar iba tomando el aspecto de una comunidad levantada por buena gente. Sería cuestión de tiempo que los matrimonios que hoy se unían tuvieran hijos, niños que corretearían de un lado a otro, llenando de vida el lugar. Y no había mejor visión en el mundo que ver futuro en cada esquina.

Trevor y Billy estaban esperando a que Teresa bajara, Grace la estaba ayudando a ponerse el vestido de novia. Habían tenido que confeccionar en tiempo récord un vestido que se ajustara a las medidas de su abultado vientre. Teresa había salido de cuentas, y habían sido muchos los que apostaron que nacería antes de la boda. Sin embargo, a la madre naturaleza no le gustaban las prisas, se tomaba su tiempo, porque el arte de crear y dar vida requería de paciencia.

—¿No crees que está tardando más de lo normal? —se quejó un

desesperado Billy mirando a Trevor y al padre Glenn, que estaban a su lado.

Billy lucía un traje negro con chaleco de seda en tono perla. Como no estaba acostumbrado, de vez en cuando se toqueteaba la corbata, pues tenía la sensación de que de un momento a otro lo ahorcaría. Para la ocasión, se había cortado su abundante pelo negro y había provocado que sus rizos se ensortijaran un poco más. Aun así, le favorecía, dejaba su rostro despejado, incluso parecía más joven.

Por su parte, Trevor llevaba un traje parecido pero en gris; las prendas, de corte impecable, encajaban en su fornido cuerpo a la perfección. Su chaleco también era de seda, pero en un tono granate. Por poco le da un ataque cuando se vio en el espejo, pues no estaba acostumbrado a vestir de aquella manera, casi ni se reconocía. Billy no llevaba sombrero, en cambio, Trevor sí, había estrenado uno negro de ala ancha, también eran nuevas sus relucientes botas negras.

—A lo mejor Teresa está de parto —comentó, divertido, Trevor.

Billy, que no había captado la broma, empezó a sudar.

—¡Dios mío! —exclamó este.

Antes de que echara a correr como un poseso, Trevor ya lo había sujetado del brazo.

—¡Estoy bromeando! Pretendía calmarte...

—Menuda manera de calmarme, un poco más y me da un ataque. Eres pésimo escogiendo bromas.

—La primera que me ha venido a la cabeza. —Hizo una mueca de arrepentimiento—. La verdad es que no he estado acertado, soy un bruto, yo en tu lugar también hubiera salido corriendo.

El padre Glenn intervino.

—¿No creéis que no sería mala idea que Teresa se pusiera de parto ahora mismo? Bautizo y boda en el mismo día. —Sonrió abiertamente.

—Padre, con lo nervioso que estoy prefiero celebraciones por separado —soltó Billy, después exhaló un largo suspiro que arrancó las carcajadas de

Trevor y del religioso.

—Llevas razón —corroboró Glenn—, si Teresa se pusiera de parto ahora, tendría que celebrar un entierro, ¡el tuyo! Si no te calmas te va a dar un ataque.

—¿Usted cree que puedo tranquilizarme en el día más importante de mi vida?

—No quiero pensar en cómo estarás el día que nazca el bebé —expuso Trevor.

—Sabéis, no sois de mucha ayuda vosotros dos —se quejó, indignado, Billy.

—Anda, ve a beber algo antes de que te desmayes —dijo su amigo.

—Tienes razón, me noto la garganta rasposa y tengo la boca seca de los nervios.

Billy se acercó a las mesas que habían instalado en el exterior para después de la ceremonia religiosa. Estaban ataviadas con bonitos manteles blancos bordados. Sobre la superficie había jarrones con ramos vistosos, bebida y comida; había de sobra para que la celebración de tantas bodas fuera un éxito y se recordara durante mucho tiempo.

Billy cogió un vaso, en un primer momento, asió una botella de *whisky*, pero enseguida se arrepintió y la cambió por una jarra de refrescante limonada. Se llenó un vaso, que se bebió de golpe, lo volvió a llenar, pero esta vez, por el contrario, dio pequeños sorbos.

Trevor y Glenn lo observaban desde la distancia.

—Nunca lo he visto tan nervioso —señaló Trevor.

—Es bueno que se tome el matrimonio tan en serio.

A la mente de Trevor acudió Grace, la mujer que amaba y con la que quería compartir la vida. Todavía no le había pedido que se casara con él; la verdad era que no entendía cómo aún no se lo había propuesto. Grace estaba viuda, por tanto, no había ningún impedimento para pedirle matrimonio, pero no sabía cómo hacerlo. De pronto se sintió igual de nervioso que Billy.

—Por cierto, Trevor, me gusta lo que has hecho en el Rancho Hope, me alegra saber que has recuperado esa parte de ti que perdiste hace mucho tiempo. —Entornó los ojos—. Sé que la culpable es Grace, y no te atrevas a negarlo.

—¿Usted sabe que... que ella, yo...? En fin...

Trevor se sentía incómodo y algo violento, el religioso se dio cuenta y una sonrisa se formó en su boca.

—Muchacho, el amor no es un sentimiento por el que te hayas de sentir avergonzado. Llevo muchos años observando a la gente, es imposible no darse cuenta de que la amas con locura.

Trevor se quitó el sombrero y empezó a moverlo nerviosamente entre sus manos, cuando se dio cuenta de lo que hacía, se atusó su cabello rubio y se lo volvió a colocar. Intentó mantener una expresión neutra, de todos modos, por muy embarazoso que le resultara hablar de ese tema con un sacerdote, no escondería sus sentimientos; Grace era la columna vertebral de su vida. Antes de hablar dejó escapar el aliento en un largo suspiro que lo tranquilizara.

—La amo. La amo tanto que no me imagino la vida sin ella. Y antes de que me lo refriegue por la cara, reconozco que tenía razón, de hecho, siempre la ha tenido. Dios nunca quita, siempre pone en el camino lo que necesitamos. Me quitó a Amy para ofrecerme a Grace, en realidad, ella es lo que siempre he necesitado. No puedo sentirme más agradecido.

—¿Lo ves, muchacho? No somos nadie para poner en duda y juzgar las decisiones de Dios. —Trevor asintió con la cabeza—. Y no tardes en pedirle que se case contigo.

—Sí, precisamente estaba pensado en ello.

—Bien, entonces no voy a insistir, los cotilleos de vuestro amorío sin estar casados la perjudicarían. Trátala con respeto, ella se lo merece, es toda una dama.

—Lo haré, padre, y gracias por sus consejos.

—Me gustaría pedirte otra cosa... —dijo de una manera enigmática.

—Usted dirá, por poco que pueda, lo complaceré, bien lo sabe.

—Me gusta este lugar, ¡incluso mi pierna lo nota! Me gustaría quedarme a vivir aquí y construir una pequeña iglesia. No encuentro un sitio mejor para vivir lo que me queda de vida. Eso atraerá a más gente que quiera labrarse un futuro digno y honrado. Es excitante la idea de crear una comunidad próspera en todos los sentidos.

Trevor no supo qué decir. Había sido toda una sorpresa y sus ojos grises abiertos y las arrugas que se formaron en su ceño fruncido daban fe de lo sorprendido que estaba. Realmente nunca había pensado en la posibilidad de construir una iglesia, y escucharla de la boca de un hombre al que apreciaba, respetaba y admiraba, la hacía una propuesta muy interesante.

—Sabe, padre, me parece que es una idea estupenda. Podemos empezar mañana mismo a edificar la iglesia; pegada a ella podríamos construirle una casa, ambas construcciones unidas por una puerta interior. De este modo será más cómodo para usted.

—Vaya, muchacho, es cierto eso que dicen de ti, que eres muy innovador y cuidas hasta el mínimo detalle.

Glenn palmeó el hombre de Trevor cariñosamente. Después ambos se acercaron a la mesa donde estaba Billy, que seguía igual de nervioso, incluso más. Los tres se sirvieron limonada; las ganas de Trevor y Billy de beber *whisky* eran grandes, pero si se emborrachaban antes de la ceremonia, las mujeres no se lo perdonarían jamás.

Entre tanto, Grace estaba dando los últimos retoques a Teresa. Esta iba de blanco riguroso, tal como una novia. Por el contrario, su amiga se había puesto un vestido de organza de seda color verde esmeralda, con un escote de hombros caídos, y cuerpo ajustado, enriquecido con adornos chantilly, lazos y botones a la espalda forrados del mismo tono que la prenda. La falda era de volantes y pliegues que se unían a la espalda en un polisón, cuya ropa caía en una cascada verde esmeralda. Aquella belleza había sido creación de una modista de renombre. Trevor había insistido, sin embargo, Grace se había

negado en un primer momento, pues Teresa tenía habilidad en el arte de coser, además, ella misma estaba aprendiendo. Pero él había insistido aludiendo a que una famosa costurera le añadiría la creatividad y la experiencia de su oficio. Al final, no le quedó más remedio que aceptar la sugerencia, la verdad era que no se arrepentía. Su cabello pelirrojo lo llevaba recogido en un laborioso trenzado que había adornado con flores blancas y unas plumas, que le daba un toque sofisticado.

Teresa estaba sentada en un taburete frente a su tocador, Grace le estaba poniendo el velo.

—¿Es normal amar a dos hombres a la vez? —preguntó Teresa de golpe, mirando a su amiga que se reflejaba en el espejo.

—¿Qué? —preguntó Grace, parpadeó varias veces, pues no estaba segura de haber entendido la pregunta.

—Que si es normal amar a dos hombres a la vez.

Sí, para su desgracia, sí que había entendido la pregunta. Grace levantó la cabeza y miró en el espejo a su compañera, ambas cruzaron su mirada, Teresa vio cómo Grace se ruborizaba debido a la pregunta.

—¡No es lo que imaginas! —se defendió la irlandesa—. Quiero decir que si es normal amar a Charles y a Billy.

Grace suspiró aliviada, apoyó sus manos en los hombros de su amiga y los acarició con cariño.

—Es normal que guardes el amor que sentías por Charles en tu corazón, pero también es normal y sano que aceptes un presente y un futuro sin él, amando a otro hombre. Que ames a los dos no significa que seas una... una cualquiera.

—A Charles nunca lo olvidaré. —Miró la parte superior de su vientre que se reflejaba en el espejo—. Pero Billy es tan y tan especial que me ha sabido conquistar. Y... —Bajó la mirada—. Lo deseo...

—¡Bien! Me alegra saber que te casas por amor, y desear al hombre que pronto se va a convertir en tu marido es bueno, haz el favor de no martirizarte más.

Teresa alzó su mirada y buscó la de su amiga.

—Ayer me besó, fue un beso de verdad, un beso que me hizo cosquillas por dentro. Quise que continuara, que me hiciera más cosas, pero él se detuvo, pues quiere darme tiempo, y yo no quiero esperar más.

Grace entendía el anhelo sexual de su amiga. Era el mismo que sufría ella cuando tenía a Trevor cerca.

—Te aconsejo que hables con él y se lo digas —sugirió Grace.

—¿No pareceré una desvergonzada si lo hago?

Grace soltó una carcajada espontánea.

—Por el amor de Dios, Teresa, antes de una hora estaréis casados. Billy no te verá como una desvergonzada cuando sepa que lo deseas como hombre, y apostarí a que dará botes de alegría. Además, necesita ese empujoncito para que seáis marido y mujer en todos los sentidos.

Grace terminó de colocarle el velo, Teresa se levantó y se dio la vuelta, su amiga miró aquí y allá y le dio los últimos retoques, después cogió el ramo de flores silvestres, agrupadas y atadas en lazos blancos y rosas, y se lo entregó a la novia.

—¿Estoy bien? —preguntó Teresa.

Grace la contempló de arriba abajo. Su vestido blanco de capas de muselinas, con cintas de encaje en el bajo de falda y escote redondo, era sencillo pero perfecto para la ocasión y para su embarazo. La miró a los ojos verdes, estos brillaban emoción y nerviosismo; quiso tranquilizarla diciéndole la verdad.

—¡Billy caerá de espaldas cuando te vea!

Ambas mujeres rieron al unísono y se abrazaron.

—Espero que la próxima boda que se celebre en el Rancho Hope sea la tuya, Grace.

Las dos caminaban por el pasillo, dirección a las escaleras. Grace se permitió soñar, se acarició la cruz y se imaginó junto a Trevor dándose el sí quiero. Sin embargo, la imagen se esfumó rápido cuando la realidad se

impuso.

—Trevor todavía no me lo ha pedido.

—Quizá también necesita un empujoncito.

Otra vez volvieron a reírse. Bajaron las escaleras, luego se dieron las manos mientras salían al exterior camino al altar que había montado el sacerdote en el exterior. El amor y el cariño siempre unirían a las dos amigas.

Y así de felices se presentaron ante los demás. Tal como había presagiado Grace, Billy casi se cae de espaldas cuando vio a su hermosa futura esposa; Trevor tuvo que sujetarlo para que no se desplomara. Teresa agarró el ramo con las dos manos y se acercó al que sería su marido. Grace se fue a sentar a su lugar, pero Trevor se interpuso; el hombre no podía dejar de mirarla, estaba tan hermosa y tenía un aspecto tan sofisticado a dama de ciudad que aún no se creía que una mujer como aquella lo amara. Sin duda la magia de la vida se había confabulado a su favor.

—Grace, no sé cómo no te lo he pedido antes... —Se quitó el sombrero y lo retuvo en sus manos—. No tengo ningún anillo, pero no quiero esperar más...

Grace lo interrumpió, incapaz de poder esperar un segundo más a que le formulara la pregunta.

—Sí, sí, sí y mil veces me casaría contigo...

Grace se tiró a los brazos de Trevor olvidando por completo que estaban rodeados de gente. Se besaron con ardor sin importar que los estuvieran observando; los carraspeos de los presentes evitaron que siguieran con el pasional beso.

—¡Padre, espere! —gritó Trevor—. Faltamos nosotros, también nos queremos casar.

Billy y Teresa se apartaron hacia un costado para dejarles sitio. Por fin empezó la ceremonia, se casaron dando el «sí, quiero», un «sí, quiero» que los uniría en la tristeza y alegría, en la enfermedad y salud durante toda la vida; y después, en el descanso de la muerte eterna, también.

La Madre Naturaleza quiso ser protagonista ese día tan maravilloso, pues nada más terminar con la ceremonia, Teresa se puso de parto. Tuvo un hermoso varón al que pusieron el nombre de Charles. Nueve meses después, fue Grace la que dio a luz una hermosa niña.

En el Rancho Hope nunca dejó de brillar la esperanza.

Fin

Si te ha gustado

*Indomable*

te recomendamos comenzar a leer

*La geek y el highlander*

de Isabel Jenner

*Selección RNR*

# La geek y el highlander

ISABEL JENNER

Tecléame "Te quiero"  
Libro 1



*Romance Histórico*

Capítulo 1

*En una Escocia del siglo XVIII...*

La construcción de madera y techado de paja se alzaba con digna funcionalidad en un exuberante rincón de los Trossachs, la región que marcaba el inicio de las Tierras Altas de Escocia. Acogía en su interior seis tablas de recio roble sobre las que se habían dispuesto seis ordenadores de sobremesa y unos troncos tallados con modestia que hacían las veces de sillas para los usuarios. Ese día solo uno de los ordenadores estaba encendido, aunque se podían escuchar las voces de dos personas dentro de la edificación. Socarrona una, más profunda y enfadada la otra.

—Vas a perder.

—Cierra esa boca, Ian. O te la cerraré yo.

Duncan MacLaine lanzó una mirada que prometía sangre a su hermano menor antes de volver a enfocar su vista cansada en la pantalla del ordenador. Por suerte, no había nadie cerca a esas horas, que hubiera podido escuchar la agorera afirmación de Ian. Pulsó varias veces la flecha derecha del teclado y luego la barra espaciadora, con escasos resultados.

—A lo mejor podríamos romper la rueda del molino para que esos trastos del diablo dejen de funcionar —continuó Ian, sin darse por aludido mientras señalaba el monitor delante del que se sentaba Duncan—. Si la rueda no gira, no hay energía. Y así tendrías la oportunidad de salir vencedor en los juegos. Como has hecho siempre.

Con un resoplido, Duncan levantó sus enormes manos de las teclas y dio por perdida la tarde de práctica.

Apagó el equipo y se puso en pie. Sus dos metros de imponente figura, apenas cubiertos por un kilt que le envolvía las caderas y un tartán que cruzaba su ancho pecho desnudo, se alzaron sobre la fila de ordenadores comunales que utilizaban los habitantes de la aldea en un momento u otro de la semana. Reprimió el deseo de prenderles fuego uno a uno hasta que solo quedasen unas cáscaras retorcidas.

Si todo fuera como en los años anteriores...

Pero su tío, Arran MacLaine, el respetado *laird* de los MacLaine, había decidido incluir competiciones de realidad virtual e informática en los juegos de las Tierras Altas que se celebraban cada verano a orillas del Loch Katrine. Dichas competiciones, que se llevarían a cabo después de algunas de las pruebas físicas tradicionales, consistirían en juegos de simulación de combates y entrenamientos, donde los hombres deberían demostrar su capacidad de concentración y coordinación, y su desempeño como estrategas, junto con ejercicios de informática y ofimática en los que los participantes mostrarían sus habilidades y conocimientos para gestionar asuntos relacionados con las finanzas del clan. El día de los juegos nada volvería a ser como antes...Y Duncan temía sufrir la primera y más horrorosa derrota de su vida. Aunque jamás lo admitiría ante Ian. El muy condenado no pararía de torturarlo si lo hacía.

—¿Sabes cuántos clanes van a participar este año? —preguntó en cambio.

—Tengo entendido que vendrán los Duff, los Craig y los Maxwell.

Duncan asintió y flexionó con cuidado los hombros, algo agarrotados por la incómoda postura que había mantenido varias horas frente al ordenador.

A pesar de las típicas rencillas por el ganado, todos eran clanes vecinos que mantenían relaciones cordiales con los MacLaine.

—Todavía queda una semana. Estaré listo para enfrentarme a ellos.

No se le escapó la mirada escéptica que le dirigía Ian, con esos ojos de un color tan parecido al suyo, como si hubieran capturado el misterioso verdor de un bosque umbrío.

—Tú también acudirás a los juegos, Ian, y no veo que estés haciendo nada útil, como entrenar. Solo incordiar como una puñetera mosca en el trasero de un caballo.

El chico se encogió de hombros con absoluto descaro.

—Yo asumí que iba a perder desde que el *laird* mandó un correo electrónico con las nuevas condiciones. —Su rostro adquirió una expresión muy elocuente—. En el que, además, incluía una lista de los clanes que iban a participar. Hermanito, de no ser por mí, no te habrías enterado de los cambios

hasta el mismo día de las competiciones. Si ni siquiera te has tomado la molestia de abrir el mail, ¿cómo vas a quedar primero en una prueba de informática?

Duncan masculló un juramento y se echó la mano al *sporrán* para abrir el e-mail del demonio, pero no había ni rastro del teléfono móvil dentro del morral de cuero que colgaba de su cintura. Lo había vuelto a olvidar en la cabaña. Ian tenía razón: era un completo desastre en cuanto a nuevas tecnologías.

Apretó los dientes y se giró una última vez hacia su hermano antes de salir al exterior; los cabellos, largos y oscuros, le tapaban parte del rostro.

—Quedaré el primero en todas las pruebas.

Tras esa contundente frase, siguió el sendero que continuaba entre ondulantes curvas hasta MacLaine Tower. Pero no tenía ni la más mínima intención de ir a ver a su tío, así que giró en el primer claro abierto entre los brezos que encontró, sumido en sus pensamientos. Era cierto que no había nada que consiguiera agriar el buen humor de Duncan durante demasiado tiempo, pero llevaba unos días bastante disgustado y Arran MacLaine era el único culpable de su situación.

El objetivo de los juegos era demostrar el valor y la destreza física de un hombre para servir a su clan, y Duncan siempre había destacado por su fuerza y su tenacidad. Tenía el cuerpo y la mente de un guerrero, músculos entrenados por la espada y la batalla. Por mucho que Arran le explicase que el mundo estaba cambiando, no entendía cómo el *laird* había puesto las capacidades para manejar programas de un maldito ordenador, como ese «Exel» o como fuera que se llamara, o la pericia en un juego virtual a la misma altura que el esfuerzo real que requería el lanzamiento de un tronco o los reflejos en una lucha cuerpo a cuerpo. «¡Ah, el progreso!», masculló. Pero no tenía por qué gustarle, y así se lo hizo saber al hombre que había cuidado de Ian y de él como un padre desde que los suyos murieron cuando eran unos niños. Sin embargo, el *laird* MacLaine se había mostrado inflexible en su decisión, y Duncan llevaba tres eternos días entregado a la agónica e

imposible tarea de ser un fenómeno del mundo digital.

Antes de que pudiera darse cuenta, había llegado a su cabaña, a la que se había marchado a vivir cuando había cumplido los dieciocho y había sentido la necesidad de ser un hombre independiente. Se encontraba cerca de la aldea, pero lo bastante lejos como para disfrutar de su intimidad. Siempre que su hermano no se dejara caer por allí, claro estaba.

Era una casa sencilla, pero Duncan se sentía muy orgulloso de ella porque la había construido con sus propias manos.

Estaba formada por una sola planta rectangular, con un entramado de madera que sostenía las paredes, hechas de bloques de piedra, barro y tepe, así como el techo de ramas y hierba seca. Una única ventana dejaba pasar la luz al interior para aislarla mejor del gélido invierno de las Tierras Altas, y disponía de un agujero en el tejado a modo de chimenea. Por dentro era igual de austera: nada más que una estancia que hacía de salón, cocina y despacho, con varias sillas talladas en sólido pino y un escritorio que podría sostener un ordenador que nunca iba a adquirir. Su dormitorio estaba separado del resto por una especie de cortina de mimbre, que bastaba para ocultar la cama a las visitas.

Empujó la puerta y rebuscó entre sus cosas hasta dar con el móvil debajo de una pila de camisas.

Tenía el cristal de la pantalla rajado por varios sitios. Cicatrices como las que mostraba su propio cuerpo, debido a los golpes y refriegas en las que lo había acompañado. La carcasa con los colores de su tartán, rayas amarillas y blancas sobre fondo negro, también había visto tiempos mejores.

Pulsó el botón para desbloquearlo y se sorprendió cuando vio nuevas notificaciones de Whatsapp. Sus conocidos cada vez le escribían menos al ver que rara vez respondía. Eran de un número que no estaba en su agenda de contactos. Y el mensaje, inesperado:



No obtuvo ninguna contestación, ni indicios de que su pregunta fuera a ser respondida, así que se quedó un momento mirando a la pantalla. La foto de perfil era una vaca de las Tierras Altas, una imagen bastante ambigua para saber quién se escondía detrás. Aunque, si Duncan tuviera que apostar, diría que se trataba de uno de los muchachos que correteaban entre los brezales de la aldea, listo para gastar una broma. Como sobrino del *laird*, mucha gente conocía su número en caso de que se presentara una emergencia y él sabía que, a ciertas edades, era muy tentador arriesgarse a tomarle el pelo a un

superior. Sin embargo, no tenía nada que perder y el mensaje le intrigaba lo suficiente como para presentarse a la cita, solo para descubrir qué se proponía el que lo envió.

Se rascó la mandíbula e hizo una mueca al tratar de imaginar cuánta gente daría por hecho que ese año perdería los juegos, luego se encogió de hombros y salió de la cabaña dando un portazo.

Todavía faltaba un poco para que se escondiera el sol, puesto que los días se alargaban en verano, así que comenzó a caminar con paso tranquilo hacia el círculo de piedras donde tendría lugar el encuentro.

Cuando faltaban solo unos metros hasta su destino, un crujido entre la maleza, como el paso de veinte jabalíes, lo hizo frenarse en seco.

Un pequeño chillido femenino lo impulsó a ponerse en movimiento de nuevo.

Desechó la idea de sacar la daga que llevaba escondida en la bota y se apresuró a bajar un terraplén poco inclinado en dirección a esa voz. Encontró un bulto enredado entre algunas zarzas, que no paraba de moverse.

Duncan estiró los brazos y, sin prestarle atención a los arañazos a su piel al descubierto, consiguió desenredar de entre los afilados pinchos a quien quiera que estuviera debajo de un tartán con los colores de los MacLaine, igual al suyo.

Solo se dio cuenta de que estaba sujetando a su doncella en apuros del trasero cuando la joven se apartó con otro chillido para hacerle frente.

Al mirarla, el *highlander* se encontró con la criatura más extraña sobre la que se hubieran posado sus ojos alguna vez. Tenía los cabellos rojos como el más descarado amanecer, pero estaban anudados en una trenza tan tirante que parecía empujar su rostro hacia atrás, un rostro menudo como el de un duende y muy solemne. Sus labios estaban apretados en una fina línea bajo una nariz respingona y usaba unas enormes gafas de metal que no le dejaban ver con claridad el color de sus iris. Aunque le parecieron oscuros y misteriosos.

De su cuerpo, Duncan tampoco podía decir mucho, porque la gruesa tela

del tartán le daba una apariencia sin forma. Pero, por lo que su mano había tocado (sin querer), no parecía estar en los huesos.

—¿Te has perdido, muchacha?

—Te estaba siguiendo, Duncan MacLaine.

Duncan parpadeó por dos razones. La primera era que su voz sonaba algo ronca, demasiado sensual para un pequeño duende del bosque. La segunda era igual de desconcertante:

—¿Estabas siguiéndome? —repitió.

La joven pareció ruborizarse un poco antes de responder:

—Pero no en el sentido tétrico de la palabra.

Duncan volvió a parpadear.

—¿Hay algún otro sentido?

—Sí. —Su rostro seguía muy serio—. Uno beneficioso. Para los dos.

Aquel encuentro era lo más raro que le había pasado a Duncan desde que una lagartija de patas cortas le había anunciado que se había quedado sin Internet por primera vez. Aún recordaba lo feliz que se veía ese bicho al informárselo. Hasta podría haber jurado que estaba sonriendo...



## No hay conexión a Internet

Prueba a:

- Comprobar los cables de red, el módem y el router
- Volver a conectarte a una red Wi-Fi
- Ejecutar Diagnósticos de red de Windows

DNS\_PROBE\_FINISHED\_NO\_INTERNET

Pero aún no tenía ninguna intención de poner fin a la conversación y sus sentidos estaban alerta por si ella era parte de una emboscada del pícaro que le había propuesto el trato por Whatsapp.

Se cruzó de brazos y reprimió una sonrisa al ver que la mirada de la chica se dirigía al lugar donde se levantaban sus bíceps.

—Te escucho.

—Yo fui quien te escribí hace un rato. —Tras esa sorprendente confesión, la joven lo apuntó con el dedo—. Voy a hacer que ganes los juegos de las Tierras Altas.

Duncan dejó caer los brazos de golpe.

—¿Cómo dices?

Su rostro debía destilar tanta incredulidad que la expresión de la chica reflejó duda por un momento.

—¿No fuiste tú quien recibió el whatsapp en el que te proponía vernos? Pero estás aquí y estoy convencida de que era tu número...

—Sí que lo recibí —confirmó Duncan, impaciente—. Lo que quiero saber es qué podrías hacer *tú* para ayudarme.

La observó de arriba abajo, en una clara muestra de su escepticismo.

De todas las sorpresas que creyó que podría encontrarse al acudir al claro, jamás se le habría pasado por la cabeza que se toparía con un misterioso y serio duendecillo del bosque que supiera de ordenadores. Aquel no era un tema por el que solían interesarse las mujeres.

Ella cuadró los hombros, lista para defenderse.

—Tengo amplios conocimientos informáticos, utilizo las últimas novedades en tecnología que existen. Soy, como todos se empeñan en llamarme, una auténtica *geek*. —A Duncan la palabra le sonó como de otro planeta—. El poderoso Duncan MacLaine, en cambio, ha ganado los juegos siete años consecutivos. Pero todo el mundo sabe que, a pesar de ser un hombre joven, no tiene ningún interés en aprender sobre ordenadores, teléfonos o nada que no esté relacionado con la fuerza bruta.

Duncan se crispó como un erizo.

—¿Y quién, si puede saberse, es la adalid de la modernidad que tiene las gallas de enfrentarse a un bruto?

La joven no dijo nada.

—Respóndeme. ¿Cómo te llamas, muchacha?

—No soy una muchacha. Soy Dallas Sterling.

—¿Sterling? —Era un clan aliado de los MacLaine, pero a bastantes millas de su aldea, muy cerca de las Tierras Bajas—. ¿Y qué hace una Sterling tan lejos de su hogar? ¿Y con el tartán de los MacLaine?

—Mi padre se casó con Fiona MacLaine y juró fidelidad al *laird* Arran —contestó ella con orgullo—. Perteneceemos al clan MacLaine tanto como tú.

—¡Vaya! Mi hermano me dijo que Fiona había actualizado su estado al de casada en Facebook y que se había mudado de nuevo a la granja de su familia, pero no sabía que venía con una niña incluida.

Duncan se alegraba de verdad por Fiona, ya que la mujer había quedado viuda muy joven y parecía que la vida le había dado otra oportunidad; sin embargo, había llamado a Dallas Sterling «niña» movido por un impulso desconocido, destinado a hacerla reaccionar y que cambiase su pétrea expresión. Aunque solo había conseguido un parpadeo un poco más rápido que los anteriores. Y bien podría haberlo soñado.

—En efecto, tiene una nueva hija. Una *mujer* de veinte años.

«Ajá», por el énfasis que le dio a «mujer», el rápido parpadeo no habían sido imaginaciones suyas. Aunque el avance para todo aquel que intentara descongelar aquel rostro severo prometía ser muy, muy lento.

Volvió a cruzarse de brazos.

—¿Y qué conseguirías tú, Dallas Sterling, si me ayudaras a ganar?

La joven desvió un momento la mirada antes de volver a centrarse en él.

—No aceptarás mi trato si no te lo digo, ¿verdad?

El guerrero sopesó la respuesta por un momento, valorando si debía poner fin a esa extraña situación o no, si debía negarse a asociarse con ese

excéntrico duende bajo cualquier circunstancia.

La determinación que brillaba en los ojos de la muchacha y la intriga que despertaba en Duncan lo llevaron a asentir. Si ella mentía acerca de su manejo de la tecnología, lo descubriría más pronto que tarde.

—Exacto. No habrá secretos en cuanto a las razones de tu oferta. — Duncan hizo una pausa—. Solo si quieres que sigamos adelante, claro está.

—Muy bien, contaba con ello. —A Duncan le pareció escuchar un susurrado «por desgracia», pese a que ella seguía sin hacer ni un solo gesto, sus labios aún tirantes. «¡Por Dios, sí que es seria!». Su actitud lo desconcertaba por completo y sus siguientes palabras lo confundieron aún más—. Entonces has de saber que mi mayor deseo es ver perder a Fergus Maxwell.

Fergus Maxwell. El *highlander* tenía un vago recuerdo de un adonis rubio y bastante presumido, y se preguntó qué podría tener en común con una joven tan peculiar como ella.

—¿Por qué?

El rubor de antes aumentó varios tonos más.

—Él... él me dejó plantada en el altar.

Duncan agrandó los ojos. Eso sí que resultaba bastante inesperado. No se le ocurría una pareja más dispar.

—¿Quieres vengarte de tu exprometido?

La joven dobló el dedo índice como un gancho y lo utilizó para subirse las gafas, demasiado grandes para su cara.

—Yo lo denominaría «devolverle el favor». Todo el clan Sterling se avergonzó de mí cuando Fergus no acudió a la boda, y el clan Maxwell hizo circular muchos memes a mi costa.

—¿Muchos memes? —solo atinó a repetir el *highlander*, anonadado. Desde que habían iniciado su conversación, la mitad de lo que le había dicho le había parecido que estaba en otro idioma.

Ella suspiró y rebuscó entre los pliegues del tartán hasta sacar un móvil

con una pantalla enorme.

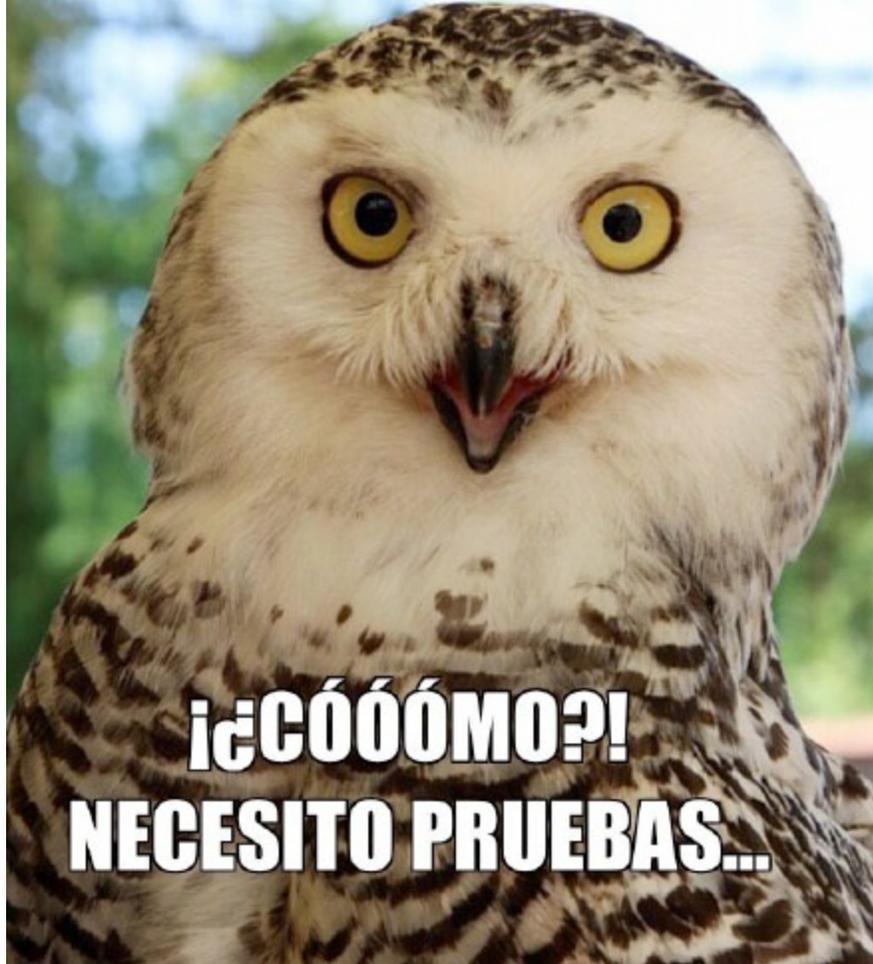
Toqueteó el aparato y luego se lo tendió a Duncan, que negó con la cabeza. Temía que se le escurriera de sus manazas y cayera al suelo. No parecía barato.

La joven volvió a suspirar y se colocó a su lado. Al tenerla así de cerca, se dio cuenta de que no le llegaba más allá de los hombros y que sus cabellos habían adquirido un precioso tono fuego a causa de un perdido rayo de sol. Un auténtico y llamativo duende.

Intentó concentrarse en lo que le enseñaba.

—Estos son solo algunos de los memes. Seguro que ya han llegado hasta la aldea, aunque tú no los hayas visto.

**MI CARA AL ENTERARME DE QUE LA  
GEEK STERLING INTENTÓ CASARSE**



**¡¿CÓÓÓMO?!  
NECESITO PRUEBAS...**

**ASÍ QUE TE HAN DEJADO PLANTADA  
EL DÍA DE TU BODA...**



**Y DIME, ¿QUÉ SE SIENTE AL VER AL  
NOVIO CORRER HACIA LA  
FRONTERA CON INGLATERRA?**

Duncan casi se atragantó con las imágenes.

Desde luego, no carecían de ingenio, pero ¿quién podría hallar placer a costa de una joven rechazada por su novio? Miró con un poco más de admiración a la chica que llevaba esa humillación con tanta entereza, aunque seguía fascinado por su seriedad.

El duende le devolvió la mirada.

—No quiero que aceptes mi ayuda por compasión. Los dos vamos a conseguir algo con nuestro acuerdo. Será en beneficio mutuo.

—Te aseguro que no lo haré por pena, muchacha. En realidad, siento una inmensa curiosidad.

Curiosidad por saber más de esa extraña criatura que parecía salida de un cuento, por saber cómo creía que podía enseñar nuevas tecnologías a un tosco guerrero como él.

Curiosidad por saber el color exacto de sus ojos.

Y, por encima de todo, curiosidad por saber qué sería capaz de hacerla sonreír.

Pero Duncan no iba a añadir nada de eso.

Dallas Sterling se acercó un poco más a él y le rozó sin querer el brazo, cerca de donde un espino le había arañado al rescatarla.

—Entonces, ¿aceptas que seamos socios?

Había esperanza en su tono.

—Dime el lugar y la hora donde comenzaremos las lecciones.

Le pareció que sus labios perdían parte de rigidez, pero no podría haberlo jurado.

—Si por mí fuera, empezaríamos en este instante. Solo tenemos una semana. Pero no he traído nada con lo que podamos practicar, por si rechazabas el trato. —Eso fue más bien un murmullo para sí misma, antes de añadir—: Creo que lo más apropiado será mantenernos apartados de la aldea para evitar escándalos sobre la relación que nos une y que no se extienda el rumor de que la *geek* Sterling te está ayudando con los juegos. ¿Mañana a primera hora en este mismo claro te parece bien? Te haré una llamada perdida cuando salga de la granja.

Duncan asintió y ella también pareció muy conforme. Luego estiró la mano hacia él, la palma extendida.

—No te arrepentirás, Duncan MacLaine, te lo prometo.

El *highlander* envolvió la mano, pequeña y de huesos delicados, con la suya, morena y áspera, y casi la tapó por completo.

—En unas horas lo comprobaré, muchacha.

Una cosa era segura: el humor de Duncan volvía a ser tan bueno como siempre.